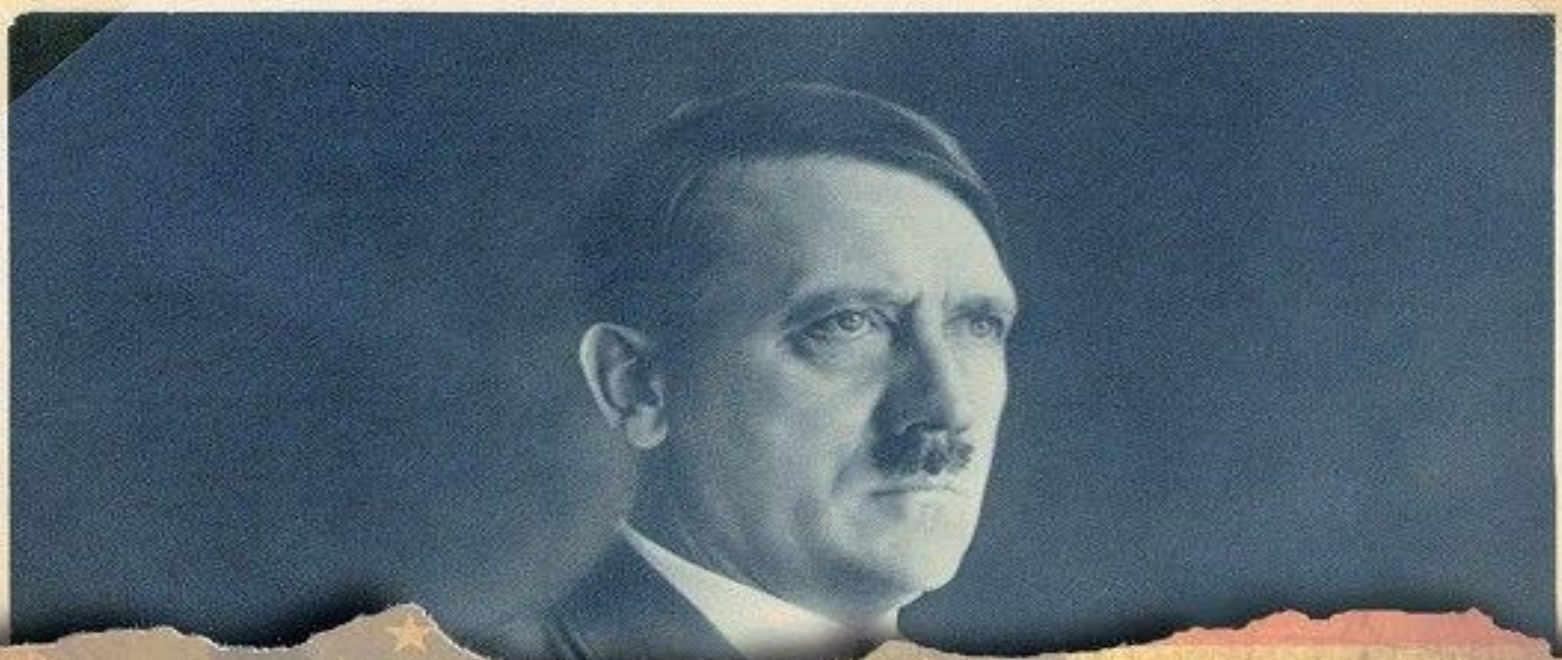

ABEL BASTI

Los secretos de Hitler

Los acuerdos de los nazis con los Estados Unidos y los sionistas, y los rastros en la Argentina del jefe del Tercer Reich

SUDAMERICANA

Índice

Cubierta
Prólogo
Primera parte.
Capítulo 1. Una ideología y una filosofía en común
Capítulo 2. Wall Street
Capítulo 3. El comercio de la guerra
Capítulo 4. Los mismos negocios
Capítulo 5. Los mismos intereses: el pacto nazi-sionista
Capítulo 6. ¿Quién es el verdadero enemigo?
Capítulo 7. La fuga a Occidente
Segunda parte
Capítulo 8. El pacto atómico
Capítulo 9. Operación Regentröpfchen
Capítulo 10. Los secretos de Hitler en la Argentina
Epílogo
Bibliografía
Notas
Créditos
Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA

Abel Basti

LOS SECRETOS DE HITLER

Los acuerdos de los nazis
con los Estados Unidos y los sionistas,
y los rastros en la Argentina del jefe del Tercer Reich

Sudamericana

Era muy difícil para los sionistas operar. Era moralmente perturbador ver que eran considerados como los hijos favoritos del gobierno nazi. Particularmente cuando éste disolvió los grupos juveniles antisionistas, y parecía preferir a los sionistas entre otras cosas. Los nazis pedían una conducta más sionista.

RABINO JOACHIM PRINZ

Fuera de un puñado de científicos del átomo y algunos políticos, todo el mundo creyó que las dos bombas que aplastaron al Japón en agosto de 1945 eran de fabricación norteamericana… En realidad estas bombas eran el arma secreta de Hitler.

ERWIN OPPENHEIMER

Damonte Taborda, ex presidente de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas, manifestó hoy que la revolución militar en la Argentina era un complot nazi para reconquistar la supremacía mundial. Dijo que, además, de los submarinos alemanes conocidos como arribados a la Argentina, otros habían sido hundidos después de su llegada por su propia tripulación, para no ser entregados a los Aliados. Agregó que los submarinos, indudablemente, traían políticos nazis, técnicos y, posiblemente, a Adolf Hitler.

UNITED PRESS, 20 de octubre de 1945

PRÓLOGO

¿Es posible que la historia del siglo XX haya sido muy diferente de la versión que nos enseñaron durante años? ¿Y si los sectores que creíamos enemigos ideológicos — que terminaron peleando en el campo de batalla —, en realidad, no eran tales?

Es posible que los principales actores del siglo XX, mientras aparecían enfrentados ante el mundo, simultáneamente y bajo cuerda, mantuvieran relaciones comerciales y hasta tuvieran afinidades ideológicas. A lo mejor sus principales referentes hacían negocios juntos y compartían, al resguardo de sectas ocultas, una misma filosofía y metas comunes.

Si esto hubiera sido así — y sin que se llegue a entrar en una versión conspiradora de la historia—, esos sucesos podrían haber ocurrido al amparo de pactos y acuerdos secretos que recién ahora comienzan a ser conocidos. También es factible que las noticias que demostraban las buenas relaciones entre los supuestos “enemigos” hubieran sido acalladas, cercenadas, quitadas para siempre de los libros de historia, esos textos — con abundantes fechas y nombres, pero sin interpretación alguna de lo sucedido— obligatorios para millones de estudiantes de todo el mundo. Una trama mutilada que heredamos y que se constituyó en la única verdad.

Nos llegó una versión tamizada, censurada, cambiada, pulida hasta en sus detalles por quienes trataron de que el pasado fuera otro, para que así los hechos ocurridos desaparecieran en la nebulosa del tiempo. De este modo, la interpretación de la realidad pasada resulta errónea, equivocada, inexacta, precisamente, porque esos sucesos no fueron tal como han sido

contados.

Este libro trata de ir a contramarcha de aquello que se nos enseñó casi como un dogma, intenta — con documentación y testimonios— fragmentar la coraza de mentiras que escondió la verdad. Para conseguirlo se debe arrojar luz sobre algunos acontecimientos históricos, rescatarlos del olvido —enterrarlos para siempre es la meta que se perseguía en la mayoría de los casos— para volverlos a poner sobre el tapete. Con estas piezas que faltaban sobre la mesa, el pasado resulta diferente y, por lo tanto, cambia nuestra comprensión de la historia.

Se tratará, pues, de develar el misterio sobre algunos acuerdos que hoy nos pueden parecer increíbles, porque hemos aprendido una historia que fue manipulada para que, de este modo, no pudiéramos conocer la realidad. Una verdad que, apenas se conoce, asombra, conmociona y horroriza.

La revolución bolchevique fue financiada desde los Estados Unidos con la finalidad de acabar con el imperio de los zares, para luego hacer pingües negocios a espaldas de las clases obreras. Esto se logró con creces, precisamente durante el gobierno soviético que, merced a acuerdos con Wall Street, abrió las puertas de Rusia a las empresas norteamericanas. Hacer trizas los imperios, las dinastías y las monarquías absolutistas fue una meta del liberalismo: con un rey en contra, que se opone a los intereses de las empresas extranjeras, no se puede negociar, tal como ocurrió con el zar Nicolás II de Rusia. Es preferible contar con democracias frágiles. Pero si los dictadores son necesarios — y se pueden hacer con ellos buenos negocios—, entonces se deben apoyar los regímenes autoritarios, sumisos a la banca.

Por eso, los mismos banqueros y la dirigencia norteamericana también

financiaron y apoyaron a Benito Mussolini, promotor absoluto del fascismo, y a Adolf Hitler, el líder del Tercer Reich. Esas ayudas fueron permanentes en el tiempo y, en definitiva, consolidaron el camino que llevaría al mayor conflicto de la historia: la Segunda Guerra Mundial. Aunque Washington aparecía como enfrentada a los gobiernos de la Italia fascista y de la Alemania nazi, la asistencia fue permanente para sostener y encumbrar a ambos dictadores.

Y si bien parece increíble, Hitler firmó un pacto millonario con los líderes sionistas, que resultó exitoso a partir de la colaboración entre ambas partes. Un dato que suena fantástico setenta años después, cuando lo que se nos enseñó — sobre la relación entre el sionismo y los nazis— fue que lo único que le interesaba a la dirigencia del Tercer Reich era matar a la mayor cantidad de judíos posible. Pero la historia nos muestra un acuerdo que se concretó, un pacto mediante el cual se sentaron las bases del Estado judío tal como lo reconocieron luego los dirigentes sionistas que trabajaron para fundar Israel. De este acuerdo, totalmente documentado y público, nadie habla. ¿Por qué razón?

Hitler también pactó con Stalin en el inicio de la Segunda Guerra Mundial, aunque el jefe soviético se ubicaba en las antípodas. Sin embargo, ambos trabajaron juntos para repartirse una parte de Europa, y sus países mantuvieron fructíferas relaciones comerciales. Esto ocurrió hasta que se debió cambiar el juego: Hitler invadió Rusia, mientras los norteamericanos no deseaban entrar en la guerra y esperaban con ilusión que los nazis aplastaran a los soviéticos.

Y, cuando finalizaba el conflicto, el Führer terminó acordando con los militares norteamericanos: quería inmunidad para él y sus hombres en el marco de un “trueque” espectacular que se grabaría para siempre en la

historia. Con ese marco, la pregunta surge inevitable: ¿pudo haber escapado Hitler, en abril de 1945, de las garras de los soviéticos sin la ayuda y la complicidad de los norteamericanos? Con la guerra ya perdida, el líder nazi tenía que salir del búnker de Berlín, cuando la capital de Alemania estaba siendo cercada por las tropas comunistas.

Si él podía lograr esa hazaña, luego — en una Europa controlada por las fuerzas aliadas— debía trasladarse hasta un puerto seguro para así realizar la última etapa de la evasión, consistente en embarcar en un submarino que lo llevaría hasta la Argentina. Finalmente, si sorteaba con éxito todos los escollos, tenía que cruzar el Atlántico, cuando los mares del mundo estaban también bajo estricta vigilancia de los Aliados, quienes disponían de un sistema de localización muy eficaz para registrar, mediante el uso de radares, el tránsito en superficie y el subacuático. Es de destacar que cuando terminaba la guerra era muy difícil que un submarino, y menos un convoy de estas unidades, pudiera navegar sin ser detectado.

El conjunto de dificultades que debía afrontar Hitler para escapar con éxito — algunas de las antes citadas parecieran ser casi imposibles de sortear sin ayuda— presupone la existencia de complicidades entre la jerarquía militar norteamericana y la del Tercer Reich, para que fuera factible la huida del Führer así como la de miles de nazis, tecnología y divisas, hacia Occidente.

En esa trama — tanto en el bando alemán como en el estadounidense— estaban quienes participaban de ese esfuerzo para salvar a los nazis de los comunistas, a los efectos de aprovechar la experiencia de los alemanes, así como sus desarrollos tecnológicos, en especial los relacionados con la ingeniería nuclear y espacial. Pero la mayoría ignoraba la existencia de pactos realizados entre las bambalinas de una de las páginas más negras de

la historia.

La connivencia entre jerarcas de bandos enemigos — que llevaría a los acuerdos que facilitaron el escape de los nazis— fue manejada por los servicios de inteligencia de los países involucrados y por altos jefes militares, pero no a nivel político. Estas alianzas subterráneas también generarían un dramático juego de intrigas, algunas de ellas con desenlaces criminales, cuyos detalles permanecieron ocultos durante más de medio siglo.

Los pactos entre las partes no necesariamente son escritos. Cuando los fines que se persiguen, así como los medios que se utilizan, son ilegales, es preferible no dejar constancia. A veces esos acuerdos son tan sorprendentes que es mejor que no existan antecedentes comprobables: su conocimiento conmocionaría a la sociedad (¿qué hubiese pasado de haberse sabido entonces que nazis y norteamericanos habían llegado a acuerdos secretos a pesar de ser enemigos?) y, además, merced a esos documentos —si éstos existieran— podrían surgir las pruebas necesarias para condenar a los involucrados.

Entonces, en el sentido que se le da en este libro, cuando se mencionan pactos se trata de negociaciones que llegaron a buen puerto, cuya existencia se puede inferir a partir de los sucesos que realmente ocurrieron y que no dejan de llamar la atención, ya que no parecen tener una explicación lógica desde la versión oficial de los hechos.

Documentación existente, que revele esta trama de complicidades, debería encontrarse entre los millones de fojas relacionadas con la Segunda Guerra Mundial, esas mismas que las potencias aún mantienen como material clasificado, lo que significa que no puede ser liberado para conocimiento de los investigadores.

Por ahora han sido desclasificados sólo algunos documentos norteamericanos, relacionados con la existencia de la operación Paperclip, consistente en captar científicos y técnicos nazis, que finalmente terminaron trabajando en los Estados Unidos y para éstos. Al parecer, para los norteamericanos, la acepción de “técnico” era tan amplia y laxa que, con esa calificación, permitieron la entrada en su país de criminales de guerra y jerarcas que conformaron un vasto contingente de inmigrantes, estimado en unos trescientos mil nazis, que cruzaron el Atlántico después de finalizada la guerra.

De acuerdo con lo dicho hasta aquí, los sorprendentes acuerdos, que se enumerarán más adelante, tienen las características de estar protegidos por una estrategia oficial de silencio que, a pesar de los años transcurridos, todavía perdura.

Han existido testimonios y realidades comprobables, como la salida de los nazis hacia los Estados Unidos, que permiten vislumbrar la existencia de esos pactos. El mutismo que se ha impuesto sobre determinados sucesos obedece a la necesidad de los sectores involucrados de que no se conozcan los protagonistas de determinados hechos ilegales. El silencio —una táctica de protección entre las partes— da un manto de cobertura, especialmente, a los grupos que brindaron apoyo ideológico, logístico y financiero, y ayuda de este modo al logro de objetivos que, en realidad, eran y son contrarios a la política pública expresada por esos mismos actores.

Otro rasgo de estas alianzas subrepticias es que, como consecuencia de la ejecución de los acuerdos, existió un daño real a la sociedad bajo una forma delictual. Se trata de perjuicios materiales, psicológicos o incluso de la vida de personas. Sin expedientes o con documentación escasa, la

existencia de varios de estos acuerdos se puede inferir a partir de los hechos objetivos y demostrables de la historia, algunos de los cuales más adelante serán analizados. Por ejemplo, después de haber terminado la guerra, miles de nazis se salvaron de ser juzgados, y de una condena segura, gracias a la paciente labor de John McCloy, alto comisionado de los Estados Unidos para Alemania, quien —utilizando su influencia como funcionario de alto rango— se ocupó de realizar los acuerdos necesarios para que algunos nazis no fueran llevados a juicio. Se trataba de personajes que seguramente habrían sido procesados por los crímenes cometidos pero que, de este modo, eran salvados ya que, a partir de esta injerencia del comisionado, no enfrentaron los tribunales. McCloy también trabajó incansablemente para que aquellos que sí fueron juzgados recibieran penas leves, casi simbólicas, también en el marco de una estrategia oficial de ayuda elaborada por Washington.

Además, los funcionarios norteamericanos — después de las condenas, y pasado el fragor de los primeros tiempos de posguerra— se esforzaron en lograr amnistías para liberar a los alemanes condenados. Por otra parte, en el seno de las Naciones Unidas, los estadounidenses se mostraron reacios a que los gobiernos de terceros países accedieran a los reclamos de extradición de criminales de guerra nazis, en especial si esos pedidos provenían de Estados que estaban detrás de la Cortina de Hierro. Veían en ello una “persecución política” contra los nazis y no las sanas intenciones de que se hiciera justicia.

Con esta cobertura — garantizada por hombres de inteligencia, funcionarios y autoridades militares—, miles de nazis arribaron a los Estados Unidos, donde, en silencio, comenzaron a servir en las fuerzas armadas o el servicio secreto.

Los técnicos y científicos germanos también pasaron a desempeñarse en dependencias estadounidenses, donde se hicieron los más fantásticos desarrollos científicos del siglo, siempre pensando en su aplicación bélica, especialmente, para diseñar una estrategia que pudiera frenar o combatir el avance del comunismo.

Resulta obvio que, para que los nazis pudieran desempeñarse en los Estados Unidos — trabajando codo a codo con sus pares norteamericanos —, antes se debió facilitar su fuga, lo que implicó pactar con ellos. La ayuda implementada desde las potencias occidentales también alcanzó a nazis austríacos, fascistas italianos, croatas ustashas, belgas flamencos y colaboracionistas franceses, así como a ex funcionarios y simpatizantes de distintos países que estuvieron bajo la ocupación del Tercer Reich. Ellos fueron puestos a resguardo del comunismo para poder, de ese modo, aprovechar sus experiencias en Occidente, precisamente para luchar contra los soviéticos durante los años de la Guerra Fría.

Por ejemplo, bajo protección británica, pudo escapar de Europa el sanguinario presidente de Croacia, Ante Pavelić, quien junto a todo su Estado Mayor se refugió en la Argentina. Él pudo vivir tranquilo varios años durante el gobierno del presidente justicialista Juan Domingo Perón, quien le brindó protección. Los reclamos de extradición para juzgar a Pavelić no prosperaron y, en los años cincuenta, agentes comunistas yugoslavos, que respondían al Mariscal Tito, balearon a Pavelić en Buenos Aires y lo hirieron gravemente. Luego de ese ataque, el ex presidente de la Croacia nazi buscaría un refugio más seguro en la España del Generalísimo Franco, que fuera tan permisivo con el Tercer Reich, recluyéndose en un convento católico donde vivió los últimos años de su vida.

Ahora bien, el acuerdo nazi-norteamericano, que no deja de sorprender a una humanidad a la que se le enseñó que ambos eran enemigos acérrimos, ¿fue el primero de estas características? Si hubiese sido así, se trataría de un evento excepcional y entonces merecería un estudio apropiado. Pero sucede que no es así.

La respuesta la tiene la historia y, al analizarla, se ve con claridad que no es el único caso en el que se falseó la verdad con una misma metodología: el bando presentado como enemigo de una de las partes, en realidad, era un socio oculto.

Si este tipo de confabulaciones han existido antes de la Segunda Guerra Mundial —lo que se verá en la primera parte de este libro—, se podría deducir que se está ante un ardid y un sistema común utilizado por los grupos de poder. Y si se trata de un método, con antecedentes históricos, la cuestión es más espinosa: si se verifica que es tradicional y se repite en el transcurso de los años, puede suponer más cómplices que los imaginables. Partícipes necesarios enquistados en lo más alto de los poderes públicos y en el sector privado, que se llenó los bolsillos gracias a los confictos armados.

Sin que se supiera abiertamente, desde Wall Street se financió a dictadores, se debilitó a las democracias promisorias y se ayudó, aunque suene contradictorio, a sectores ideológicos antagónicos al floreciente capitalismo. Vale la pena, pues, analizar primero la existencia de esos antecedentes, entre otros, para luego poder darle un marco histórico al acuerdo entre los nazis y los estadounidenses, que en realidad es el resultado de una lógica continuidad de las políticas ocultas del poder mundial. Al afirmarse, como un hecho aislado, que hubo un acuerdo entre los jerarcas del Tercer Reich y los norteamericanos, esto aparece como un

suceso fantástico, poco creíble. Pero puesto en contexto, citándose antecedentes y pruebas contundentes, así como a los actores políticos y financieros involucrados, dicha alianza entre enemigos se torna absolutamente verosímil, para volverse entonces una consecuencia lógica de la estrategia desplegada por los sectores económicos internacionales de cara a la etapa de posguerra. El aspecto más sensacional, como resultado de la negociación, fue la fuga del Führer. Pero en realidad la mayor importancia de ese pacto es que posibilitó la transferencia de hombres, materiales estratégicos, tecnología y capital del Tercer Reich a los Estados Unidos.

Hitler era solamente un hombre; en cambio, el traspaso de los recursos antes citados sería determinante y crucial con respecto al futuro del mundo, en los comienzos de la Guerra Fría que enfrentaría a Moscú y Washington — aliados bélicos durante la Segunda Guerra— a poco de haber terminado el mayor conflicto de la historia.

Al hacer una revisión de sucesos históricos similares, encontraremos otro patrón común de los pactos criminales: el manejo de la información, para presentarla al público de manera diferente, falseándose la trama verdadera. La verdad puede ser ocultada en su totalidad o presentada en forma distorsionada. Por caso, puede decirse que, con determinadas acciones, se persiguen ciertos nobles objetivos — generalmente se citan la justicia, la libertad o la igualdad— cuando en realidad se buscan otros, relacionados con el poder o con los grandes negocios.

Así, los mismos hechos tienen dos caras: una secreta y otra pública, manejadas por los medios de comunicación, que están financiados o pertenecen a grupos de poder entrenados en presentar la historia de acuerdo con su conveniencia. Un ejemplo mediático increíble de esa

estrategia es la noticia del presunto suicidio de Hitler, información falsa machacada por los medios de prensa durante más de sesenta años. “Miente, miente que algo quedará”, decía el jerarca Joseph Goebbels, encargado de planificar la propaganda nazi, y dicha estrategia ha dado resultado. En este caso, la muerte de Hitler, a fuerza de repetir por años la historia del suicidio, se hizo tan creíble que el tema se puso fuera de toda discusión.

La distorsión de la verdad, además del silencio deliberado, es otro patrón común de los pactos criminales. Ningún asesino informa que mató a una persona.

Las pruebas pueden ser destruidas y los testigos que no son leales, asesinados; se puede insertar información o testimonios falsos para crear una realidad ficticia que, a fuerza de ser repetida, se termina convirtiendo en “la verdad”.

Para analizar los hechos más objetivamente, también es necesario desmitificar de una vez por todas a Hitler; esto es, eliminar tanto las connotaciones demoníacas de su persona, que resultan de la propaganda aliada, como las divinas, consecuencia del manejo de la imagen del Führer manipulada por Goebbels.

Ni dios ni demonio. Si le restauramos su verdadera condición, la de hombre, la historia puede entenderse mejor. Haberlo convertido en demonio — y con esto hacer pensar que todo el poder estaba concentrado en él, lo que es falso— significa distorsionar los hechos, pero, además, encubrir a los cómplices de uno de los mayores dramas que padeció la humanidad. De acuerdo con la teología, el Diablo no necesita ayuda, no precisa cómplices, y actúa por propia voluntad. En cambio, el Führer necesitó mucha colaboración, en especial financiera, para llegar al poder y

luego tener en un puño a media Europa. Fue Hitler, pero pudo haber sido cualquier otra persona que tuviera ciertas condiciones y cumpliera ciertos “requisitos necesarios” la que desempeñara el rol de Führer, un papel funcional a las necesidades de los personeros de la política mundial.

En esta obra se intentará demostrar que Hitler no era un loco que, luego de alcanzar el poder, lanzó a Alemania a una carrera criminal y suicida. Y que, por el contrario, los hechos que ocurrieron, incluyendo los pasos que dio el caudillo nazi, obedecían a una aceitada planificación que tenía como cómplices a influyentes políticos y empresarios, no sólo de Alemania sino de otros países, en especial de los Estados Unidos.

Analizar los pactos que hizo Hitler en forma aislada significa poner ciertas limitaciones al estudio de esta cuestión. Por esta razón, se recorrerá un camino más ambicioso: en las próximas páginas se verá la continuidad histórica de varias de estas alianzas ocultas, verdaderos antecedentes del espectacular acuerdo militar nazi-norteamericano, cuya instrumentación y ejecución condicionaría la historia contemporánea hasta el presente.

Para poner en contexto y comprender la fuga de los nazis a Occidente, con el Führer a la cabeza — cuyo escape fue descripto en el libro *El exilio de Hitler* (Sudamericana, 2010)—, es necesario revisar la historia. En los primeros capítulos se traza una línea continua en el tiempo, que permite ver cómo actuó el poder económico internacional, el mismo que finalmente terminaría llevando a Hitler a la conducción de Alemania, para luego salvarlo de una muerte segura cuando los rusos invadieron Berlín.

Se analizarán casos anteriores, con la finalidad de demostrar que el acuerdo entre los hombres del Tercer Reich y los estadounidenses no fue una excepción, sino que formó parte de una metodología que, a rajatabla, siempre ha aplicado la nación más poderosa del mundo. Al poner estos

hechos en una perspectiva histórica, se los puede comprender mejor, ya que se ve claramente que resultan una consecuencia directa del modelo de poder impuesto por Wall Street, y la Reserva Federal de los Estados Unidos, desde principios del siglo XX.

Con este mismo esquema, donde lo que se conoce no es toda la verdad, los banqueros que manejaban el mundo debían poner a Hitler en el poder y luego, más de diez años después, salvarlo a él junto a miles de nazis.

Entendiendo otros sucesos anteriores similares — también pactos criminales encubiertos por un manto angelical, donde los norteamericanos siempre fueron los buenos—, los hechos ocultos de la Segunda Guerra Mundial se hacen más comprensibles.

Por eso, en la primera parte, se utilizará una metodología consistente en darle una rápida mirada crítica a la historia, con sucesos que parecen increíbles pero que guardan entre sí una relación indudable, para luego entrar de lleno en el tema del nazismo, con todas sus filosas aristas, esas que hasta hoy causan heridas profundas, difíciles de cicatrizar.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Una ideología y una filosofía en común

¿No habrá detrás de todos estos movimientos algo mucho más temible, algo que sus jefes ni siquiera conocen y de lo que no son, por lo tanto, más que simples instrumentos?

RENÉ GUÉNON, *Le théosophisme, historie d' une pseude-religion*

Cuando se desvanecía el siglo XIX, extrañas sectas y escuelas esotéricas, que pasaban inadvertidas trabajando en las penumbras, insuflaban peligrosas ideas a la sociedad. Sería ingenuo pensar que se trataba de un accionar fanático pero inocente o desinteresado. Nunca es así.

Al respecto, la historia nos cuenta acerca de las tenebrosas afinidades que existían entre distintos grupos de poder imbuidos de alocados pensamientos. Esas relaciones entre cofradías y hermandades secretas terminarían siendo parte del caldo de cultivo de grandes tragedias, tal como lo fueron la Primera y la Segunda Guerra Mundial.

En ese entonces cobraba cada vez más fuerza la teoría de la *Evolución de las especies*, de Charles Darwin, que revolucionó el pensamiento científico. La entonces novedosa idea de la "selección natural" — que establece que las especies más aptas son las que sobreviven mientras las más débiles desaparecen— impactaría también en las ideologías de la época. Ese pensamiento — inicialmente concebido para explicar de algún

modo que el hombre desciende del mono, y éstos a su vez de especies menos evolucionadas— sería aceptado y luego dramáticamente aplicado a los humanos, por sectores intelectuales reaccionarios. Con esa visión distorsionada de la realidad, las personas quedarían clasificadas en “fuertes”, elegidas para gobernar el mundo, y “débiles”, cuyo destino era ser dominadas y sometidas por las primeras.

En sintonía con estas ideas — que constituían una especie de “plan cósmico” determinado, liderado por tiranos desquiciados que fueron seguidos por millones de fanáticos—, aparecerían, además, algunas escuelas filosóficas como la existencialista atea, en la cual abrevarían los futuros dictadores.

Entre los existencialistas, Hitler fue seducido por las ideas de Friedrich Nietzsche, filósofo y poeta alemán cuyo pensamiento es considerado uno de los más radicales del siglo XIX. Uno de los argumentos fundamentales de Nietzsche era que los grandes valores (en Occidente representados especialmente por el cristianismo) habían perdido su importancia y su poder en la vida de las personas, opinión respaldada con su tajante y escandalizadora frase: “Dios ha muerto”.

El filósofo germano estaba convencido de que los valores tradicionales representaban una “moralidad esclava”, a la cual en *La genealogía de la moral* define como una moralidad creada por personas débiles y resentidas que “fomentaban comportamientos como la sumisión y el conformismo porque los valores implícitos en tales conductas servían a sus intereses”.

Nietzsche — muy cercano al compositor alemán Richard Wagner— afirmó el imperativo ético de crear valores nuevos que debían reemplazar los tradicionales. De este modo nació el ideal del hombre futuro: el

superhombre (*Übermensch*).

La influencia de la cultura griega —en especial los aportes de Sócrates, Platón y Aristóteles—, el pensamiento de Nietzsche, influido a su vez por el filósofo alemán Arthur Schopenhauer, y la teoría de la evolución fueron algunos de los ingredientes que ejercerían su influencia de cara a las nuevas ideologías.

Con todas estas vertientes — y algunas otras disparatadas variantes— se preparaba y fortalecía el soporte intelectual que sustentaría a los déspotas del siglo XX, justificando con falsas verdades su despreciable accionar.

Entre otros, los fermentos fueron: racismo exacerbado, falsas religiones, sociedades secretas, magia, ocultismo, mitos y leyendas antiguas, y hasta el culto a talismanes, considerados objetos de poder. Era un cóctel explosivo con elementos altamente inflamables. Tarde o temprano tendría que reventar.

La idea de la superioridad racial de ciertos “grupos elegidos” —destinados a conducir los destinos del mundo— estaba planteada desde los albores de las primeras grandes sociedades (griegos, romanos, etc.) pero ahora renacía fortalecida. Restaba aplicarla hasta sus últimas consecuencias.

Las afinidades de los poderosos — hablamos de ideología, filosofía y negocios— trascienden las fronteras nacionales y se extienden como raíces entrelazadas de un bosque subterráneo, desconocido para el común de los mortales. Por eso es importante destacar que, detrás de esa realidad que preparaba las grandes guerras, se vislumbraba la presencia escondida de personajes influyentes que integraban sectas exclusivas. Se trataba de quienes manejaban los grandes negocios, como la comercialización del petróleo o la industria bélica. Por tal motivo en esa época, tal como

acontece hoy, varios líderes mundiales proclamaban la paz pero, en realidad, buscaban el conflicto armado y la destrucción. ¿La razón? Millones de dólares se ganan en cada guerra, aunque esto signifique la muerte de grandes masas de inocentes. Para la cosmovisión de dichas personas, las aniquilaciones humanas — generalmente perpetradas contra pueblos de una "cultura diferente"— son consecuencia de sus propias ideas segregacionistas, y en el mejor de los casos justificadas como "daños colaterales".

Con ese marco como telón de fondo, veremos más adelante que Hitler fue una pieza útil de una enmarañada red de intereses. No estaba solo. Por eso, tras ser un humilde pintor de Viena, pudo llegar al máximo del poder. Por el mismo motivo, porque sus amigos eran fuertes, permaneció como jefe de una Alemania nazi que llegó a tener el dominio absoluto de casi toda Europa. También, y aunque resulte increíble, merced a esos vínculos pudo escapar ileso de Berlín cuando se desmoronaba el Tercer Reich.[1]

La concepción ideológica de Hitler, a diferencia de lo que se piensa habitualmente, no era original. Él, simplemente, desde su mocedad, se embriagó con las teorías en boga. Pero, a diferencia de otros fanáticos, no se quedó con una mera especulación intelectual sino que aplicó esas creencias en extremo y las llevó a la acción política sin ningún tipo de miramientos o contemplaciones. Además, Hitler tuvo la suerte de hallar importantes financistas para sus planes, y éstos, a su vez, tuvieron la habilidad de "encontrar" al líder nazi.

Cuando Hitler era un adolescente, varias mitologías, con las más diversas variantes interpretativas, impregnaban la intelectualidad europea. El futuro Führer no fue ajeno a esas influencias. Desde su juventud, Hitler — nacido en Austria el 20 de abril de 1889— alimentó su fantasía con las

óperas de Wagner, cuya sugestiva música sería utilizada durante las ceremonias esotéricas de varias escuelas ocultistas.

Entre las primeras obras de Wagner se destacan *Der Fliegende Holländer* (*El holandés errante*) y *Tannhäuser*. En 1864 el rey Luis II de Baviera se convirtió en su mecenas. De ese período datan, entre otras composiciones, *Tristán e Isolda* y sus óperas *Los maestros cantores de Núremberg* y el *Idilio de Sigfrido*, también *Parsifal*, su última obra.

En *Das Judenthum in der Musik* (*El judaísmo en la música*), un ensayo publicado en 1850, se manifestó el antisemitismo de Wagner. Allí lamenta la "judaización" del arte moderno. También afirma que "el judío" es incapaz de expresarse artísticamente.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX había cobrado fuerza el denominado "racismo biologizante". Uno de sus máximos exponentes en Europa fue el francés Arthur de Gobineau, que impresionó a Wagner, y el inglés — alemán por adopción— Houston Stewart Chamberlain. Ambos difundieron la idea de la superioridad de la "raza aria" frente al judaísmo. Chamberlain se casó en 1908 con Eva, la hija de Richard Wagner.

En las composiciones de Wagner se describían antiguas leyendas como el *Anillo de los nibelungos* o la historia del Santo Grial, la supuesta copa de la cual bebió Cristo durante la Última Cena. En relación con esta última — cuando el siglo XX despuntaba y Hitler se estaba formando intelectualmente—, el gran maestre Joris Lanz, jefe de la Orden de los Nuevos Templarios (ONT), dijo que el Santo Grial era:

> [...] una especie de acumulador de energía del cual la raza aria (indoeuropeos venidos del Este, fundadores del pueblo alemán) extrae sus poderes y su legitimidad superior. En tanto que "hijos de los dioses", los arios, han recibido el Grial para mantener sus facultades superiores (intuición, clarividencia, poder para dominar las energías y fuerzas de la naturaleza, etcétera).[2]

Un dato interesante es que Lanz estudiaba en la biblioteca del monasterio Heiligenkreuz (la Sagrada Cruz) y en la de la abadía de Lambach. Algunas de las obras que leía habían sido llevadas desde la India por el prior Theodor Hagen, quien había quedado muy impactado tras un extenso viaje realizado por Oriente. Por esa razón, Hagen —impresionado por la filosofía de esa región del mundo— llenó su iglesia de cruces esvásticas, el símbolo solar hindú de la fuerza y la buena suerte.

Justamente para ese entonces el joven Hitler formaba parte, con gran entusiasmo, del coro de la abadía de Lambach. Así, el futuro líder alemán, mientras cantaba con devoción, observaba la cruz esvástica que luego adoptaría como símbolo para la bandera nazi. Posteriormente, cuando llegara al poder, ese signo se convertiría en el central de la nueva enseña nacional alemana.

De esos tiempos de su formación, el mismo Hitler contaba:

> Fue sin duda en aquella época cuando forjé mis primeros ideales. Mis ajetreos infantiles al aire libre, el largo camino de la escuela y la camaradería que mantenía con muchachos robustos, lo cual era motivo frecuentemente de hondos cuidados para mi madre, pudieron haberme convertido en un poltrón. Si bien por entonces no me preocupaba seriamente la idea de mi profesión futura, sabía en cambio que mis simpatías no se inclinaban en modo alguno hacia la carrera de mi padre. Creo que ya entonces mis dotes oratorias se ejercitaban en altercados más o menos violentos con mis condiscípulos. Me había hecho un pequeño caudillo, que aprendía bien y con facilidad en la escuela, pero que no se dejaba tratar fácilmente. Cuando, en mis horas libres, recibía lecciones de canto en el coro parroquial de Lambach, tenía la mejor oportunidad de extasiarme ante las pompas de las brillantísimas celebraciones eclesiásticas. De la misma manera que mi padre vio en la posición del párroco de aldea el ideal de la vida, a mí la situación del abad me pareció también la más elevada posición. Al menos, durante cierto tiempo así ocurrió.[3]

Como miles de adolescentes, Hitler se formaría escuchando fascinado la teoría de la magia de las runas, la ascendencia cuasidivina de las tribus germánicas, el poder de los símbolos ocultos, la astrología y la alquimia y,

además, leyendo literatura antisemita, de gran difusión durante esa época. Era una mezcla de ideas afiebradas con pociones excitantes de racismo, wagnerismo y ocultismo.

El futuro líder nazi — que dedicaba varias horas a la lectura y a la pintura— reconocería a Schopenhauer como “maestro intelectual”. Schopenhauer fue el primer filósofo occidental que — además de proclamarse ateo— puso en contacto los pensamientos de Occidente con los de Oriente. La fusión de las filosofías de Platón y Kant con las doctrinas brahmánicas y búdicas se convirtió en el corazón del sistema schopenhaueriano.[4] Además, Hitler solía citarlo con frecuencia en sus conversaciones y se asegura:

> [...] en la Primera Guerra Mundial llevaba en su mochila una edición barata de *El mundo como voluntad y representación*. Preguntado por Leni Riefenstahl sobre cuál era su lectura preferida, contestó sin dudar: “Schopenhauer, siempre ha sido mi maestro”. ¿Cómo? ¿No es Nietzsche? Hitler aclaró que a éste lo apreciaba como escritor, poeta y artista, pero como filósofo su modelo había sido Schopenhauer. A través de Schopenhauer, Hitler llegó también al *Bhagavad-Gita*, otra de sus lecturas preferidas; de ese modo remontó el origen de la raza aria a los hindúes incorporándolos así a la doctrina del nacionalsocialismo.[5]

En varias obras el filósofo alemán había dejado plasmados sus sentimientos antisemitas. Por ejemplo, decía:

> [...] lo esencial de una religión en cuanto tal consiste en el convencimiento que nos da de que nuestra auténtica existencia no se reduce a esta vida, sino que es infinita. Pero la miserable religión judía no nos proporciona tal cosa; es más, ni siquiera lo pretende. Por ello es la más tosca y la peor de todas las religiones... la religión judía es totalmente inmanente, y no transmite más que un grito de guerra que llama a la lucha contra otros pueblos.[6]

Schopenhauer pensaba que los judíos podían llegar a tener derechos civiles pero jamás la conducción del Estado. Así lo expresaba:

> Es de justicia que los judíos disfruten de los mismos derechos civiles que los demás ciudadanos, pero darles parte en el Estado es absurdo: son y serán siempre un pueblo oriental extranjero, por lo que no deben tener otra consideración que la de extranjeros residentes.[7]

El filósofo admirado por Hitler calificaba a los judíos como "los grandes maestros en el arte de mentir", entre otros duros epítetos que alimentaban el sentimiento racista de los intelectuales de la época.[8]

Y así como el futuro Führer tuvo la influencia de determinados pensadores, también estuvieron aquellos intelectuales que — como, por ejemplo, el filósofo Martin Heidegger— se "convirtieron" al nazismo. Este último se integró al Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores NSDAP (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei), y su adhesión a las ideas nazis fue manifestada en el discurso que pronunció en la toma de posesión del rectorado de la Universidad de Friburgo en 1933, cargo que ocupó por poco tiempo. En 1945, tras la caída del Tercer Reich, fue destituido como docente de dicha casa de estudios por su simpatía con el nazismo.

Después de la Primera Guerra — que terminó con la derrota de Alemania—, Hitler, que había sido cabo del Ejército durante dicha contienda, se vinculó con la Sociedad Thule, un círculo místico conformado por profesionales, especialmente abogados, militares, nobles y aristócratas.

En la mitología germana, Thule era un paraíso perdido — ubicado en el océano Atlántico— donde vivieron superhombres de raza aria. Para ingresar en el mencionado grupo místico era condición indispensable acreditar la "pureza de la sangre", aria por supuesto, por lo menos hasta la tercera generación. El primer director de dicha secta fue Rudolf von Sebottendorf — su verdadero nombre era Rudolf Glauer—, quien estaba

convencido de que los esoterismos islámico y germánico tenían una raíz común. El emblema era una cruz esvástica rodeada de guirnaldas y espadas.

El segundo líder, sucesor de von Sebottendorf, fue Johann Dietrich Eckart (1869-1923) quien hizo entrar a Hitler en la Sociedad de Thule en 1922. Eckart se desempeñó como periodista para publicaciones antisemitas y de extrema derecha. Fue uno de los primeros “filósofos” y oradores del partido nazi junto a Gottfried Feder. Además de haber ejercido una importante influencia en Hitler, lo introdujo en los círculos burgueses de Baviera y de Berlín, que luego se convertirían en financistas del caudillo nazi.

La difusión y aceptación de estos extraños pensamientos vinculados con el ocultismo no se daba solamente en Alemania. Por el contrario, estas ideas fluían con gran aceptación en los círculos del poder mundial incluso más allá del Atlántico, en los Estados Unidos.

Para entonces la Sociedad Thule mantenía vínculos directos con el grupo esotérico Golden Dawn (Aurora Dorada) de Inglaterra, así como con otros círculos herméticos de distintas naciones. Por otra parte, varios de los que luego serían dirigentes nacionalsocialistas — como Rudolf Hess, Max Amann, o el filósofo del nazismo, Alfred Rosenberg, entre otros— fueron integrantes de la Sociedad Thule.

Un hombre que impresionó a Hitler, y con quien trabó amistad, fue el esotérico judío Erik Jan Hanussen, quien estuvo relacionado con su ascenso al poder.

Hanussen, cuyo nombre verdadero era Klaus Schneider, apoyó al nacionalismo hasta que fue asesinado en un bosque cercano a Berlín. Era famoso en la capital alemana porque hacía exhibiciones públicas de sus

presuntas facultades paranormales, espectáculos que cautivaban a cientos de fanáticos seguidores. Entre sus adeptos se encontraban Rudolf Hess, Joseph Goebbels y Reinhard Heydrich, quienes luego se convertirían en jerarcas del Tercer Reich.[9]

Se asegura que Hanussen además fue el astrólogo personal de Hitler, y que la camarilla nazi no tomaba decisiones sin consultarlo, hasta que fue asesinado en 1933.

Durante una reunión privada — realizada en el Palacio del Ocultismo, el 25 de febrero de ese año, a la que asistieron dirigentes del Partido Nacionalsocialista y personajes importantes de Berlín—, Hanussen cayó en trance y vaticinó:

> La multitud... una gran multitud en las calles... Todo un pueblo aclamando los desfiles de nuestros SS... Es de noche, desgarrada de fuego... Veo los reverberos iluminados, las luces de la alegría, la cruz en su vorágine de fuego... Es la llama de la liberación alemana, el fuego sobre las viejas servidumbres, el fuego que canta la gran victoria del partido... Ahora alcanza una gran casa... ¡Un palacio! Las llamas salen por las ventanas..., se extienden... Una cúpula pronto, va a derrumbarse... ¡Es la cúpula del Reichstag que flamea en la noche!

Dos días después de la predicción de Hanussen, el Reichstag, el Parlamento alemán, se incendiaba como consecuencia de una acción terrorista que ningún grupo reivindicó.

Los nacionalsocialistas culparon a los comunistas por el atentado y usaron ese hecho para conseguir el poder absoluto en Alemania. Hitler, que en ese entonces era canciller, aprovechó la situación, declaró el estado de emergencia y exhortó al presidente Paul von Hindenburg a firmar el “Decreto del incendio del Reichstag”, mediante el cual se abolieron varios derechos civiles. Esa misma norma fue utilizada por el partido nazi para detener a opositores políticos al régimen y para controlar la prensa.

Lo cierto es que, casi un mes después de haberse producido el incendio del Parlamento, el 24 de marzo de 1933, un grupo de asesinos encabezado por el nazi Karl Ernst — quien fue diputado nacionalsocialista entre 1931 y 1933— detuvo a Hanussen (algunos rumores involucraban a Ernst y a otros nazis en el incendio del Reichstag). Unos días más tarde, los diarios informaban que su cuerpo había sido encontrado por unos leñadores en un bosque ubicado en las afueras de Berlín. La muerte del astrólogo de Hitler nunca fue esclarecida.[10]

Sin lugar a dudas, una de las influencias esotéricas más fuertes para Hitler fue la del profesor universitario Karl Haushofer, también miembro de la Sociedad Thule. Haushofer estaba vinculado con las logias secretas Sociedad Vril y Sociedad del Dragón Verde, quizá por entonces las dos más importantes del mundo.

Los integrantes de la Sociedad Vril tenían como símbolo una cruz esvástica, que representaba el sol, a la que saludaban con el brazo extendido. El mismo gesto que, durante la Antigüedad, hacían los romanos y que luego adoptaron los nazis. Se trataba de una organización que tenía como propósito alcanzar la “fuerza vril”, inspirada en la mitología nórdica. Para ellos, el vril “sería una especie de energía vital que circunda a toda materia viva y que se encuentra en el principio de toda acción humana trascendental”.[11] Sus miembros creían en la existencia de una raza superior y en la posibilidad de contactar otras civilizaciones avanzadas mediante viajes galácticos.

La Sociedad Vril practicaba sesiones espiritistas, y sus integrantes empezaron a creer que los supuestos mensajes que recibían eran enviados por inteligencias extraterrestres, y no por entidades espirituales tal como lo pensaban otros grupos ocultistas. Llegaron a la conclusión de que se

trataba de civilizaciones muy avanzadas y que era posible visitarlas viajando por el espacio interestelar. Con esa idea, que se transformó en una obsesión, sus miembros concibieron planos de naves espaciales, e incluso algunos expertos piensan que pudieron llegar a construir prototipos. Trabajaron en proyectos de aeronaves diferentes de las convencionales, circulares, al estilo de los platos voladores, calculando que éstas podrían despegar y volar utilizando una desconocida tecnología antigravitacional. La mayor cantidad de los diseños fue concebida en el marco del Proyecto Haunebu, dirigido por el científico Viktor Schauberger.[12] Este círculo habría persuadido a Hitler sobre la necesidad de desarrollar iniciativas espaciales durante la Segunda Guerra Mundial.

En tanto, la Sociedad del Dragón Verde, originaria del Japón, trabajaba junto con el misterioso Grupo de los 72, una secta que reunía entre sus miembros a poderosos personajes del planeta, en especial reconocidos empresarios, militares y políticos (algunos investigadores creen que el Grupo de los 72 aún hoy está activo). No se sabe bien dónde terminaba una de las cofradías y en qué punto comenzaba la otra, ya que estaban interrelacionadas, realizando tareas secretas que permitieran alcanzar objetivos comunes.

El 24 de junio de 1922 se produjo la primera víctima judía del incipiente nazismo: el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Walther Rathenau, quien murió en los brazos de su compañera Irma Staub. Ella recogió sus últimas palabras, que aludían a los autores intelectuales del atentado: “Los 72 que dominan el mundo...”.[13] Al parecer, Rathenau había descubierto los movimientos que realizaba la secta y estaba dispuesto a desenmascarar a sus integrantes.

Según Jean Robin, y de acuerdo con su libro *Hitler, el elegido del*

Dragón, estos grupos estaban conformados por un círculo del poder mundial, con capacidad para elegir a dictadores o caudillos a los efectos de que éstos respondieran a los intereses de Los 72 y de la Sociedad del Dragón Verde. Además:

> [...] ciertas investigaciones revelaron que uno de los miembros de este centro de decisión oculta (la Sociedad del Dragón Verde), dependiente de la autoridad de Los 72, era, en 1929, el barón Otto von Bautenas, consejero privado exterior de la República de Lituania y brazo derecho del presidente del Consejo, Waldemaras, jefe del movimiento fascista de los Lobos de Acero, propietario de un yate que llevaba el nombre de *Asgärd* (denominación de una mitológica ciudad nórdica).[14]

Haushofer — catedrático de la Universidad de Munich, considerado el inventor de la geopolítica— sería un guía clave, se podría decir, el principal maestro espiritual de Hitler. Se trataba de un miembro importante de la Sociedad Thule, amaba la sabiduría oriental y, por esta razón, pasó tres años en círculos esotéricos de Japón y cinco en monasterios del Himalaya. Fue también integrante de las sociedades Vril y del Dragón Verde. En Alemania, fue Rudolf Hess — lugarteniente de Hitler y adepto de la Sociedad Thule— quien se lo presentó a Hitler. Al parecer, Haushofer, además de brindarle conocimientos ocultos, le enseñó a Hitler las dotes de la oratoria, que tan bien supo manejar el líder nazi durante sus discursos. Detrás de Haushofer, los personeros del poder mundial — unidos por el esoterismo y por los negocios— veían con agrado cómo se preparaba al hombre que ellos necesitaban, quien el 30 de enero de 1933 llegaría al poder al ser nombrado canciller de Alemania.

Ahnenerbe

La enseñanza de ocultismo entre los nazis estaba a cargo de Friedrich Hielscher y Wolfram Sievers. También se destacaban dos importantes colaboradores: el escritor Ernst Jünger y Martin Buber, famoso filósofo judío.

Buber se desempeñó en la Universidad de Frankfurt, en Alemania, como profesor de religión y ética hebrea desde 1923 hasta 1933, y a partir de ese año como docente para enseñar Historia de las religiones hasta 1938. Pero también a partir de 1933 ocupó en Alemania el cargo de director de la Oficina Central para la Educación de Adultos Judíos. En 1938 emigró a Palestina en el marco de un plan de erradicación de judíos de Europa, oportunamente acordado entre los nazis y los líderes sionistas tal como se verá más adelante.[15]

Al empezar la guerra, un misterioso maestro Hielscher — considerado un "mago negro" de la Sociedad Thule— desplazó a Haushofer en las preferencias de Hitler. Para el jerarca Heinrich Himmler, Hielscher era el hombre más importante de Alemania después de Hitler.

Los hombres de Thule, en el anonimato, siguieron trabajando durante el conflicto bélico, en especial con referentes de la organización en el exterior y otros grupos esotéricos amigos que tenían sede en países que conformaban el bando aliado. Esto les permitió mantener una relación fluida y oculta con importantes personajes de aquellas naciones que formalmente estaban enfrentadas a la Alemania nazi.

En la medida en que crecieron en poder, los nazis terminarían conformando su propia secta. En 1935, Himmler, fanático de las ciencias ocultas, creó la Sociedad de Estudios para la Historia Antigua del Espíritu (Deutsches Ahnenerbe), también conocida como "Herencia de los ancestros". La flamante orden nazi se dedicó a la investigación en distintas

áreas de la cultura y la ciencia — lingüística, espeleología, historia de las tradiciones, simbología, etc.— y concretó varias expediciones a diferentes partes del mundo para encontrar “reliquias sagradas”.

Los grupos de estudio de la Ahnenerbe estaban conformados por universitarios que investigaron en las más variadas áreas del conocimiento, incluyendo artes orientales y distintas disciplinas esotéricas. En particular se buscó rescatar y exaltar la historia de la raza germana y fomentar su cultura y tradiciones.

En 1934, Himmler se hizo cargo del castillo medieval de Wewelsburg, que se encontraba semiderruido en Westfalia, con el fin de convertirlo en el centro esotérico del nazismo. En el ala sur del edificio se encontraban los aposentos privados de Himmler, otras habitaciones estaban reservadas a Hitler pero, según se cree, el Führer nunca visitó el lugar.

En la cripta se encontraba la Sala de los Muertos, donde — después de una ceremonia funeraria— se colocarían las urnas con las cenizas de algunos elegidos pertenecientes al círculo hermético de las SS. En la segunda planta estaba el salón destinado al Tribunal Supremo de las SS, con una gran mesa redonda de madera y doce sillones que tenían los blasones de quienes debían ocuparlos. Ése era el centro neurálgico de la orden, el sitio de las reuniones y la toma de decisiones. En toda la propiedad los mejores tapices y cuadros colgaban de las paredes, mientras que valiosas alfombras y cortinados contribuían con la fastuosa decoración del edificio. Casi veinte mil libros sobre ocultismo, elementos considerados mágicos, talismanes y una gran cantidad de valiosísimas obras de arte eran parte de los bienes que se encontraban en la fortaleza.

Himmler se creía la reencarnación de Enrique I, rey de Germania y emperador de Alemania en el 910, razón por la cual todos los años él y sus

hombres conmemoraban, con rituales esotéricos, el aniversario de la muerte del monarca.

Este jefe nazi dirigiría el cuerpo de las SS (Schutzstaffel), concebido como una orden moderna de caballeros templarios, también llamados los “monjes-guerreros”, que tenían distintos grados y jerarquías. El primer “círculo” de la orden, el externo, estaba formado inicialmente por diez mil afiliados, que tenían como talismán un anillo de plata con una calavera. Los integrantes del segundo círculo, una menor cantidad, tenían como distintivo una daga con las runas de la victoria. El “corazón” de las SS estaba conformado por doce miembros, “los elegidos”, quienes se sentaban a la luz de las antorchas, alrededor de Himmler, en la mesa redonda del castillo de Wewelsburg.

Esta docena de privilegiados sumaba sus propios blasones a los dos talismanes anteriores (el anillo con la calavera y la daga con las runas). En ese lugar — donde también se acumularon tesoros robados por los nazis en la medida en que avanzaban por Europa— se planificaba cada paso a dar, se aprobaba el ingreso de nuevos integrantes en la secta, así como el “ascenso” de los mejores. Allí se evaluaba cómo la raza aria gobernaría el mundo luego de haber eliminado todos los obstáculos que pudieran cerrar el camino elegido.

Las SS crearon una simbología y un calendario pagano, con sus propias fiestas y ritos, en todos los casos desplazando la liturgia y festividades cristianas. Así, durante el 25 de diciembre — la conmemoración del nacimiento de Jesús para los cristianos— los nazis festejaban la *Julfest*, el día del “nacimiento del Sol Invencible”, mientras que la Pascua cristiana se transformó en la fiesta de *Ostara*.

La Julfest recordaba la fiesta romana del *Sol Invictus*, que representaba

el nacimiento del dios Mithra. En tanto la fiesta de Ostara se celebraba durante el equinoccio de la primavera (en el hemisferio norte, el 21 de marzo). El nombre se debe a la diosa teutónica de la fertilidad: *Eostre*. En este último caso, al igual que en el cristianismo, la celebración se realizaba durante la primera luna llena.

Objetos de poder

Con ese marco de ocultismo, los nazis se dedicaron a buscar con tesón misteriosos objetos, amuletos y talismanes. En particular se realizaron costosas expediciones a distintas partes del planeta, para obtener especialmente el Arca de la Alianza, la Piedra del Destino, el Santo Grial y la Santa Lanza de Longinos. Los dos primeros relacionados con la religión hebraica y los otros dos, con la cristiana.

El Arca de la Alianza, según la Biblia, fue construida por Moisés por mandato divino. De acuerdo con los relatos bíblicos se trataba de un cofre tallado en madera de acacia y revestido de planchas de oro, que tenía un poder enorme. A pesar de que se han tejido múltiples versiones sobre su destino, nunca fue hallada.

La Piedra del Destino aparece citada por primera vez en la Biblia cuando Jacob apoya su cabeza en una piedra, encontrada en Harán, y como consecuencia tiene sueños proféticos. La reliquia pétrea — que pesa 152 kilos y tiene grabada una cruz— fue pasando de mano en mano y se la utilizó durante cientos de años en la coronación de los reyes celtas, hasta que la robó Eduardo I de Inglaterra, en 1296, y la trasladó a la abadía de Westminster, en Londres. Allí, a su vez, se la empezó a usar durante la ceremonia de coronación de los reyes ingleses.

En 1996 el gobierno británico devolvió la piedra a los escoceses, y actualmente es posible contemplarla en la abadía de Scone, en Escocia.

Por otra parte, de acuerdo con la tradición y el Nuevo Testamento, el Santo Grial era la copa de la cual bebió Cristo en la Última Cena. Además fue utilizado por José de Arimatea para recoger la sangre de Jesús crucificado, cuando el soldado romano Longinos lo hirió con una lanza en un costado. El destino de esta reliquia está asociado al mítico rey Arturo y a los Caballeros de la Tabla Redonda, quienes la habrían resguardado. No se sabe a ciencia cierta, si realmente existió y qué pasó con el Santo Grial.

También se cree que Hitler pudo adueñarse de la Santa Lanza de Longinos, arma que habría estado en manos de varios caudillos históricos como Otón, Constantino "El Grande", Alarico, Carlomagno y Federico "Barbarroja". En 1938, Hitler anexó Austria al Tercer Reich y uno de sus primeros actos fue ir al palacio de Hofburg, en Viena, donde aparentemente estaba guardada la Lanza de Longinos, para apropiarse de la reliquia y de otros objetos que habían pertenecido al Sacro Imperio Romano Germánico, como la corona y el cetro del emperador.

Se dice que la mítica lanza, que fue guardada por Hitler en la caja de seguridad de un banco en Nüremberg, finalmente habría quedado en manos de los Aliados cuando Alemania perdió la guerra.

En Sudamérica, los nazis también intentaron apropiarse de las Calaveras de Cristal de la Diosa de la Muerte, encontradas en la década del veinte en una ciudad maya, en la península de Yucatán. El intento de robo de la pieza — de excepcional valor y de un origen aún desconocido, resguardada en un museo de Brasil— fue frustrado cuando los agentes enviados por Hitler quedaron detenidos y confesaron ese propósito.

Los nazis, además, buscaron en el continente joven el Martillo de Wotan

— símbolo del dios nórdico de la guerra— también conocido como el "Bastón de Mando". Como curiosidad, dice la leyenda que, en este caso, alguien se le adelantó a los nazis. Se trataría del intrépido Orfelio Ulises Herrera, un metafísico hispano-argentino que durante ocho años recorrió templos budistas en el Tíbet. Ulises habría obtenido, de parte de lamas, el dato exacto para encontrar el Martillo de Wotan. Por esta razón buscó en un lugar preciso en el cerro Uritorco, en la provincia argentina de Córdoba. En 1934, al excavar en esa zona, habría encontrado tres objetos antiguos que, de acuerdo con su parecer, eran el preciado bastón, una piedra circular y un tercero que, según se dice, fue dejado en el mismo sitio en el que fue encontrado. Estos elementos antiguamente habrían sido protegidos por los indios comechingones, quienes luego los escondieron allí en el cerro. El supuesto bastón, de 1,20 metros de largo, habría quedado en poder del antropólogo filonazi argentino Guillermo Alfredo Terrera, discípulo de Herrera. Al fallecer este último, habría pasado a manos de uno de sus hijos, según una extraña versión que circula en la Argentina.

Los nazis buscaban demostrar la existencia de una raza superior prearia, originaria de un continente perdido. Ahora a ellos, hijos de esos superhombres, les tocaba conquistar y dominar el mundo. Ése era su destino.

Esas ideas eran compartidas por escuelas esotéricas radicadas en los Estados Unidos e Inglaterra, entre otros países, conformadas por ciudadanos que tenían la misma ascendencia. En esta concepción intelectual se consideraba a los judíos y a otros grupos —por caso, los gitanos— razas inferiores, incluso "subhumanas".

Hitler heredó un sentimiento antisemita histórico — con fuertes

expresiones en los círculos intelectuales de los siglos XVIII y XIX— y llegó a la conclusión de que “los pueblos tienen un alma mientras los judíos ninguna”.

En la década del veinte el líder nazi decía:

> El espíritu de sacrificio del pueblo judío no va más allá del simple instinto de conservación del individuo. Su aparente gran sentido de solidaridad no tiene otra base que la de un instinto gregario muy primitivo, tal como puede observarse en muchos otros seres de la Naturaleza. Notable, en este sentido, es el hecho de que ese instinto gregario conduce al apoyo mutuo únicamente mientras un peligro común lo aconseje conveniente o indispensable. La misma manada de lobos que, en determinado momento, asalta en común a su presa, se dispersa de nuevo tan pronto como acaba de saciar el hambre... El judío sólo conoce la unión cuando es amenazado por un peligro general; desaparecido este motivo, las señales del egoísmo más crudo surgen en primer plano, y el pueblo, antes unido, de un instante al otro se transforma en una manada de ratas feroces.[16]

Los nazis, con conceptos provenientes de diferentes vertientes, llegaron a un sincretismo muy especial. Se puede afirmar que el pensamiento de Hitler no era novedoso. En realidad, encarnaba un cúmulo de ideas e intereses de grupos de poder — los que se enumerarán más adelante— que se encargarían de ayudarlo en el marco de un proyecto político internacional que no tenía precedentes. Estaban seguros del camino que debía construir y transitar Hitler, quien luego, con firme paso marcial y con sus cañones tronando, lo recorrería a una velocidad vertiginosa.

CAPÍTULO 2

Wall Street

Permítanme emitir y controlar la moneda de una Nación y no me preocuparé por quién haga las leyes.

MAYER ANSELM ROTHSCHILD (1743-1812)

Los "anglosajones"

En los albores del siglo XX se consolidaban en los Estados Unidos las ideas filosóficas, esotéricas y seudocientíficas tendientes a asegurar que había hombres superiores e inferiores, los primeros con naturales derechos sobre los segundos.

Esta ideología segregacionista estaba grabada a fuego en la cultura inglesa, que se la transmitió a sus hijos de América. Alemanes y británicos acuñaron el término "anglosajón" — un rótulo muy utilizado a principios del siglo XX—, una etiqueta conjunta que implicaba mostrarle claramente al resto cuál era el grupo étnico elegido por la Providencia para gobernar el mundo.

> [Durante esa época] la etnología pervertida y la historia deformada, que estaban convenciendo a los alemanes de que eran una raza maravillosa y aparte, fueron imitadas por algunos (demasiados) escritores ingleses, que comenzaron a exaltar una nueva invención etnológica, el "anglosajón". Esta notabilísima mezcla fue presentada como el ápice de la humanidad, corona y premio del esfuerzo acumulado de griegos, romanos, egipcios, asirios, judíos, mongoles y demás ruines precursores de

su esplendor blanco.[1]

Por ejemplo, en 1910, Winston Churchill — quien tras su paso por la armada británica en la Primera Guerra llegaría, en los años cuarenta, a convertirse en el principal estadista inglés de todos los tiempos— declaró:

> [...] el rápido crecimiento antinatural de los débiles mentales unido a una restricción en el aumento de las razas enérgicas y superiores constituye un peligro nacional y racial. Nunca se exagerará hablando de este problema. La fuente de esta insania debe ser cercenada y sellada con celeridad.

Y cuando fue secretario de Colonias, en 1919, afirmó: “No comprendo a quienes dudan sobre el uso del gas. Favorezco decididamente el uso de gases venenosos contra las tribus incivilizadas”. Churchill “aborrecía a los pueblos árabes y a los hindúes, deseaba desplazar a los negros de Australia y a los pieles rojas de Norteamérica”.[2]

Imperialismo

Desde sus orígenes, los Estados Unidos — forjados con el trabajo y el esfuerzo de miles de inmigrantes europeos, en especial sajones y británicos— fueron una nación de neto corte racista. Ese país ostenta el récord de haber sido el más importante comprador de esclavos del mundo. Se pretendía con ellos satisfacer la demanda de mano de obra para las labores agrícolas, especialmente, en los estados sureños. Desde la isla de Gorée, frente a las costas africanas de Senegal, se organizó el tráfico de esclavos hacia los Estados Unidos. Se estima que a partir del siglo XVII y hasta 1863, cuando se abolió la esclavitud, se trasladaron más de veinte millones de esclavos negros desde África. Estos hombres, que

carecían de los más elementales derechos civiles, fueron el motor de la economía, mano de obra gratuita y obediente, en particular en las plantaciones de algodón, tabaco y arroz.

La esclavitud está basada en la discriminación racial, una de las características que desde sus orígenes acuñó en su seno la sociedad norteamericana para la población negra, un estigma que se mantuvo incluso hasta tiempos recientes. La historia de los estadounidenses, además, está manchada de sangre por el gran genocidio indígena —también consecuencia de la discriminación racial— que fue llevado adelante primero por los colonos anglosajones, luego implementado como una política de Estado, y que significó la aniquilación de millones de nativos.

Se estima que, a principios del siglo XVII, había entre ocho y diez millones de habitantes indígenas en los Estados Unidos. En 1800, veinticuatro años después de haberse proclamado la independencia, quedaba aproximadamente un millón. En los Estados Unidos los pocos aborígenes que no fueron asesinados quedaron recluidos en reservas, las que no tenían ningún servicio, y en condiciones infrahumanas. Verdaderos campos de concentración.

A esos dos antecedentes sociales con impronta negativa — genocidio indígena y esclavitud— se les debe agregar la insaciable vocación imperialista de los Estados Unidos, que comenzó a manifestarse en 1846 con la ocupación de vastas extensiones del noroeste de México, país con el que mantuvo una guerra que se extendió durante años. Con batallas, bloqueos, invasiones, acuerdos y tratados por medio, el resultado fue exitoso para Washington, ya que los norteamericanos lograron adueñarse de los vastos territorios de Texas, Arizona, Nuevo México y California,

entre otras zonas. Áreas que, entre sus riquezas, guardaban en su subsuelo importantes yacimientos mineros y petrolíferos.

La política de expansionismo estadounidense también incluyó un accionar persuasivo, no bélico, cuando lograron comprar el territorio de Alaska, al Imperio Ruso, a partir de negociaciones llevadas adelante entre los funcionarios norteamericanos y el zar Alejandro II. Este último temía que esa inmensa región, hasta entonces en manos de los rusos, fuera invadida por Gran Bretaña, que no disimulaba su pretensión. El zar pensaba que, si esto sucedía, no podría defender esa zona por la carencia de las fuerzas necesarias para enfrentar a los británicos. El acuerdo por Alaska se alcanzó en 1867 y significó el compromiso de los Estados Unidos a pagar siete millones doscientos mil dólares por una superficie de un millón y medio de kilómetros cuadrados. Fue un buen negocio. (Antes, en 1803, los norteamericanos habían comprado Louisiana a los franceses.)

La incipiente política expansionista de la nación del norte comenzó a hacerse cada vez más notoria con sus posteriores intervenciones directas en Cuba, Puerto Rico y Filipinas en 1898, tras la firma de un tratado de paz entre los Estados Unidos y España — con la que estuvo enfrentada durante años—, que hasta ese momento detentaba el dominio de esas islas (también los norteamericanos les arrebatarían a los españoles Hawai y Guam).

Por otra parte, al finalizar el siglo XIX se producían grandes cambios en la economía mundial, en especial en los Estados Unidos, donde un grupo de inmigrantes europeos — en su mayoría sin grandes recursos y que había cruzado el Atlántico para “hacer la América”— comenzaba a prosperar de forma vertiginosa en el marco de las leyes de la libre competencia.

El Nuevo Continente estaba virgen con respecto a la explotación de sus recursos, y para las nuevas empresas se abría un camino ilimitado. Desde Europa se veía con cierta envidia el desarrollo de la industria en los Estados Unidos, ya que esa nación amenazaba con convertirse en una gran competidora de las potencias tradicionales, como, por ejemplo, Gran Bretaña.

El progreso de la nación norteamericana parecía demostrar la certeza de uno de los vaticinios del economista alemán Karl Marx — padre del socialismo científico y del comunismo— con respecto a cómo evolucionaría el sistema capitalista de "libre competencia", al irse concentrando los grandes capitales en unas pocas manos. Precisamente, eso es lo que estaba ocurriendo: los colonos más astutos consiguieron, mediante distintos métodos, monopolizar sus negocios e industrias y, de este modo, lograr magníficas ganancias.

En 1872, Marx había anticipado:

> [...] la evolución del modo de producción capitalista lleva consigo necesariamente una centralización y concentración del capital. La dimensión media de la empresa aumenta constantemente; un elevado número de pequeñas empresas es eliminado en la competencia por un pequeño número de grandes empresas... En la competencia, las grandes empresas aplastan a las pequeñas... la historia del capital es la de la destrucción de la propiedad de la mayoría en beneficio de la propiedad de una minoría cada vez más restringida.[3]

Este nuevo fenómeno dio origen a los primeros *Trust* (o *Cartels*). Las fusiones del capital bancario con el industrial fueron los cimientos de las corporaciones monopólicas que, con el correr del tiempo, llegarían a tener más poder incluso que los gobiernos nacionales. Nació así una aristocracia financiera cuyos miembros ocuparon los principales cargos directivos de las empresas y sociedades que luego dominarían el funcionamiento del

sistema. Aquí comienzan a aparecen los nombres de los Vanderbilt, Rockefeller, Carnegie, Duke, Morgan, Guggenheim y Mellon; así como los de las industrias General Electric, General Motors, Standard Oil, DuPont, US Steel y Asarco. Durante esos años se construyó la red de ferrocarriles más grande del mundo (que permitió llegar a las zonas alejadas de los Estados Unidos) y se crearon los primeros grandes bancos como el American Bank, el Chase Manhattan y el First National City Bank.

El poder creciente de los emprendimientos privados sentenció a muerte la etapa del capitalismo liberal, de competencia del mercado, fundamentada en preceptos morales, ideológicos y filosóficos. Hasta ese momento se pensaba que el juego de la oferta y la demanda — basado en la libertad de decisión de los actores de la sociedad— era la panacea de la economía.

El liberalismo económico, imperante en la época, defendía la no intromisión del Estado en las relaciones mercantiles. Se pensaba que esa falta de injerencia aseguraba la igualdad de condiciones de todos los individuos, y que esto, a su vez, creaba el marco para una competencia perfecta, base de la sociedad moderna, en la que tanto el consumidor como el productor serían libres de elegir. Pero los primeros teóricos fanáticos de la economía liberal no habían previsto (¿o quizá sí?) la entrada en juego de una nueva variante: el poder acumulado, en muy escaso tiempo, en unas pocas manos privadas.

Se comenzaba a entrar en la era de los monopolios. Las quiebras de las empresas menores y las fusiones caracterizaron esta etapa durante la cual la riqueza estuvo cada vez más concentrada. Claro que no se le dijo a la sociedad estadounidense que para entonces el capital se estaba comenzando a aglutinar en unas pocas empresas. Éstas siguieron adulando

al liberalismo y haciendo especial hincapié en la no intervención del Estado en la economía, ya que la regulación del mercado por parte estatal podía arruinar buenos negocios.

Así, a principios del siglo XX, la estructura financiera de los Estados Unidos tenía como principales actores a la Standard Oil, empresa de los Rockefeller, y al complejo Morgan que administraba compañías industriales, bancarias y de transportes. El financista de ambos era el famoso clan Rothschild, que tras hacer fabulosos negocios en Europa y en otras partes del mundo, por caso China y Rusia, ahora apuntaba de lleno al Nuevo Mundo.

El clan Rothschild

En ese entonces, en Europa se destacaba la metodología del banquero judío-alemán Mayer Anselm Rothschild (17431812), quien fundó en la segunda mitad del siglo XVIII una casa bancaria en Hesse-Nassau, Prusia. Sobre los orígenes de este grupo se sabe:

> [...] el viejo Rothschild colocó la base para la gigantesca fortuna de su casa en Francfort alrededor del año 1800, sin poseer una importante fortuna propia, simplemente mediante el préstamo de los millones que el landgrave Guillermo I de Hesse le había entregado en custodia.[4]

La banca Rothschild fue pionera en desarrollar la habilidad de crear conflictos entre los reinos para que se generaran guerras. De este modo, los Rothschild se convertían en prestamistas de los monarcas en conflicto para que pudieran comprar las armas que ellos mismos les vendían. En 1800:

> [...] los Rothschild pasaron a convertirse en agentes de la corte del emperador austríaco en Viena. Su actividad más remuneradora seguía siendo el movimiento de dinero, siempre que era posible a través de letras de cambio más que de sacas, entre Gran Bretaña y el continente. También iban haciéndose cargo, en creciente proporción, de las inversiones de su príncipe, a menudo en forma de préstamos a otros Estados. A veces se esperaba de los Rothschild que guardasen en secreto el nombre del príncipe a la hora de hacer la transacción, y que se reservasen el papel del intermediario. Su fama y las comisiones que cobraban crecían a un mismo ritmo.[5]

Rothschild desarrolló una excepcional habilidad, mediante el manejo especulativo de las finanzas, para hacerse millonario, en especial utilizando letras de cambio. En 1810, los Rothschild hicieron un pacto por el cual se estableció una sociedad familiar que preveía el reparto de las ganancias entre padres e hijos. Mayer, el patriarca del clan, falleció en 1812, tras haber financiado a los absolutistas y contrarrevolucionarios, amasando una inmensa fortuna con la producción y venta de armas, así como con la financiación de las guerras coloniales en todo el mundo.

A la muerte del viejo Rothschild, asumió la dirección de la casa matriz su hijo mayor Anselm. En tanto sus cuatro hermanos se ocuparon de las sucursales: Salomon en Viena, Nathan en Londres — desde donde facilitó a los británicos los fondos necesarios para luchar contra Francia—, Charles en Nápoles y Jacob en París. Esta ubicación de los hermanos en centros neurálgicos del continente le dio al clan familiar una visión global internacional, lo que les facilitó la financiación de empresas y la realización de inversiones en otras partes del mundo.

Otra característica del grupo fue la de concentrar el poder con uniones interfamiliares: de dieciocho casamientos de nietos de Mayer Anselm Rothschild, dieciséis serían matrimonios entre primos hermanos. El capital de la sociedad Rothschild fue creciendo desde 9.900 libras, en 1797, hasta 1.772.000 libras, en 1818. En 1815 el imperio austríaco les otorgó el título

de barones, debido a los favores y préstamos que la familia había facilitado a las autoridades. El clan, mediante sus préstamos e inversiones, tenía injerencia en Francia, España, Bélgica, Austria, Gran Bretaña, Estados Unidos, Rusia y China. Así, para esa época:

> [...] los poderes de los Rothschild se resumían en un dominio abrumador de las herramientas de financiación pública, de las que van a depender cada vez más las precarias economías de los Estados europeos de inicios del siglo XIX; todo lo cual les daría un peso específico trascendental en el nuevo marco político-económico que se va a imponer tras el ciclo de las guerras napoleónicas, concediéndoles por extensión el título honorífico de "Banqueros de la Restauración".[6]

A partir de mediados de ese siglo, el Vaticano — tal como lo habían hecho varios monarcas del Viejo Continente— también debió recurrir a los préstamos de la familia Rothschild. La ayuda financiera a la Iglesia

> [...] surgió en 1848, cuando la rebelión local unida a las aspiraciones italianas de reunificación e independencia sacó al Papa de sus Estados romanos, lo que provocó que la Iglesia necesitase cuantiosas sumas de dinero a intereses asumibles a fin de restablecer la residencia papal en Roma.[7]

El poderoso clan, mientras por un lado financiaba a la Iglesia católica, por el otro impulsaba la sociedad secreta de los Illuminati de Baviera, esotérica y antirreligiosa, que años después desembarcaría en los Estados Unidos bajo la forma de la secta Skull & Bones. Esta conducta dual siempre les dio buenos resultados a los Rothschild.

Nathan fundó el grupo Royal Dutch Shell y su poder sería tal que llegaría a fijar los precios del petróleo que su familia monopolizaba en Europa y los Rockefeller, en América.

En 1882, Federico Lane, agente de los Rothschild en Londres, creó la Consolidated Petroleum Company, que vendía petróleo de los grandes productores. Un año después, los Rothschild inauguraron la petrolera

Caspian and Black Sea Company, en sociedad con los Nobel, la familia del inventor de la dinamita.

> [Los Rothschild] en 1886 se habían convertido en una fuerza con la que había que contar tanto en relación con el petróleo de Rusia como con el del resto del mundo. Para ello trabajaron a través de una compañía que fundaron con el nombre de Société Commerciale et Industrielle de Naphte Caspienne et de la Mer Noire, más conocida por su nombre ruso de Bnito. Entre Bnito y los Nobel, a principios de la década de 1890, el petróleo ruso equivalía casi al treinta por ciento del mercado mundial, mientras que el resto provenía de la Standard Oil de John D. Rockefeller.[8]

Los precios del petróleo eran fijados por los Rothschild, en Londres, donde compraban todo el querosén del mercado, pagando por anticipado a los productores. Entre las familias Rothschild y Rockefeller, en 1900, acaparaban casi la totalidad del petróleo mundial. La cabeza de la rama francesa de los Rothschild, el barón Edmond de Rothschild (1845-1934) apoyó con cuantiosos fondos la creación de colonias de judíos en Palestina.

Los Rothschild estaban dispuestos a hacer crecer su riqueza y para ello no dudaron en desembarcar en Norteamérica:

> Fueron los Rothschild quienes decidieron ingresar en los Estados Unidos financiando a clanes familiares a los que observan mucho tiempo antes de otorgarles fondos para sus emprendimientos, y que resultaban “amigos incondicionales”: los Rockefeller — también de ascendencia judeoalemana como los Rothschild—, los Morgan, los Carnegie, los Harriman, etcétera.[9]

Así fue que, a sabiendas de ello, los Rothschild y sus préstamos, vía estos magnates, con el transcurso de los años terminarían financiando el surgimiento del Tercer Reich.

Los Rothschild fueron el cerebro de la redituable estrategia de fabricar conflictos bélicos, para luego ayudar económicamente a los dos bandos que los disputaban. Esa manera de ganar dinero ya les dejaba buenos

dividendos durante el siglo XIX, y con la industria bélica moderna se convirtió en una fabulosa forma de amasar fortunas durante las dos grandes contiendas mundiales.

Los trusts mayores

A principios del siglo XX, como consecuencia de la habilidad de los más astutos inmigrantes anglosajones que supieron aprovechar el momento, el centro financiero del mundo se desplazó de Gran Bretaña a los Estados Unidos, a regañadientes de Londres que no quería perder su histórica supremacía mundial.

Algunas alianzas estratégicas establecidas entre Rockefeller y Morgan — que competían pero que se respetaban y hasta realizaban negocios juntos — permitieron aglutinar y potenciar el poder de ambos en Wall Street — corazón financiero y sede de la Bolsa de Valores de Nueva York— y, mediante empresas interrelacionadas, dominar la economía norteamericana con anhelos de hacer lo propio a nivel internacional.

La Morgan — originariamente fundada en 1838 en Londres, como George Peabody and Co.— tenía un rol importante en las finanzas mediante el National Bank of Commerce y el Chase National Bank. También administraba la New York Life Insurance — una compañía de seguros— y la poderosa Guaranty Trust Company (esta última, a principios del siglo XX, estaba en manos de la familia Harriman, pero fue comprada en parte por Morgan en 1909, cuando murió Edward Henry, el fundador de ese poderoso clan). Además, Morgan adquirió acciones de las compañías de seguros de vida Mutual Life y New York Life, y asimismo participaba activamente en el monopolio del caucho y en las

industrias del acero y de la energía eléctrica (General Electric). También administraba empresas navieras y de ferrocarriles.

En tanto, el grupo Rockefeller, mediante la Standard Oil, tenía injerencia financiera en el National City Bank y el control de la United States Trust Company y el Hanover National Bank, así como otros bancos menores. Además, era propietario de las compañías de seguros más importantes: la Equitable Life y la Mutual of New York.

Rockefeller conservaba el control del petróleo y de las grandes industrias; en especial las fundiciones, el tabaco y el cobre, así como empresas de servicios públicos. Este *pool* ejercía su influjo en algunas empresas de los Morgan, tales como la US Steel Corporation y cientos de grupos empresariales medianos.[10]

Morgan absorbió seis compañías monopólicas y, al final de la Primera Guerra Mundial, el Guaranty Trust y el Bankers Trust — ambos controlados por el mismo Morgan— se habían convertido en el primero y el segundo de los trusts más grandes de los Estados Unidos.[11]

Mediante una intricada trama de intereses, los monopolios controlaban empresas más pequeñas:

> [...] satélites o filiales de los grupos financieros poderosos, dependientes a su vez de dos de los grandes imperios gigantes, el Rockefeller y el Morgan. Estos dos grandes grupos son el corazón del aparato económico y comercial de la nación.[12]

Para ese entonces

> [...] la comunidad judía en Wall Street había crecido en poder, además de los Guggenheim, estaban los Loeb, Kuhn, Speyer, Schiff, Lehman, parte de la elite semita de Nueva York. Meyer y Barbara Guggenheim eran recibidos en los salones de los Rockefeller, de los Vanderbilt y los Astor, a pesar de ser de los judíos reformadores que se reunían en el templo Emanu-El en la Quinta Avenida, la más rica congregación judía del mundo.[13]

En 1904, el clan Rockefeller

> [...] controlaba acciones de compañías e instituciones como el National City Bank, Anaconda Copper Company, American Tobacco, Corn Products Refining (Kellogg's), Southern Pacific, New York Central, Virginian Railroad, Florida East Coast Railroad, US Steel, Bethlehem Steel y General Electric, además de la Standard Oil.[14]

Los Rockefeller realizaron alianzas con el National City Bank, con Kuhn, Loeb & Co. y con los Mellon, grandes productores de petróleo. Como si todo esto fuera poco, además, fundaron el First National City Bank, el Bank of Manhattan y el Chase Manhattan Bank. Este poderoso *pool* tuvo la habilidad de desarrollar un sistema de espionaje comercial y político para establecer y aplicar, con la información obtenida en secreto, las estrategias de mercado adecuadas. Se investigó a los contrincantes —comerciantes, empresarios, industriales, políticos o funcionarios— para luego someterlos o corromperlos, si era necesario.

En 1910, Theodore Roosevelt — presidente de los Estados Unidos entre 1901 y 1909— calificó al grupo Rockefeller como "una concentración de poder privado absolutamente sin igual en la historia". Poco tiempo después, la Corte Suprema de los Estados Unidos, al aplicar un criterio antimonopolio, decretó el desmembramiento de la Standard Oil en treinta y seis empresas independientes. Si bien este aspecto formal se cumplió, detrás del telón, el clan Rockefeller, con testaferros y hombres de confianza, siguió manejando el gigantesco emporio. Los trusts no se pueden matar por decreto.

Ese mismo año, el empresario Andrew Carnegie — magnate del acero que se asoció con Rockefeller y Morgan para crear la US Steel— donó diez millones de dólares para fundar la Carnegie Endowment for International Peace (Fundación Carnegie para la Paz Internacional),

integrada por poderosos personajes de Wall Street. Este grupo luego ejercería una influencia financiera muy importante sobre Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos entre 1913 y 1921.

Wilson — un hombre que respondía a Wall Street y de vocación imperialista—, el mismo año que comenzó la Primera Guerra, en 1914, ordenó la invasión a México para derrocar al general Victoriano Huerta y poner en su lugar al revolucionario Venustiano Carranza. En 1915 resolvió que las tropas militares norteamericanas irrumpieran en Haití, para que luego pudieran radicarse allí, sin ningún problema, empresas norteamericanas. Un año después hizo lo propio con República Dominicana para establecer en ese pequeño país un gobierno afín a los Estados Unidos y ordenó la invasión de Nicaragua, donde las tropas estadounidenses permanecieron por varios años. También realizó otras acciones extraterritoriales similares.

Desde un comienzo en los Estados Unidos los más prósperos empresarios — en su mayoría inmigrantes ingleses y alemanes que desde la nada llegaron a tener grandes fortunas— entendieron que, para conseguir sus objetivos, había que usar a la clase política, e implementaron distintas modalidades según las circunstancias.

A los políticos se los podía corromper, para que colaboraran con sus fines, o sacar del medio si molestaban demasiado. Se los podía financiar y ayudar para que ganaran las elecciones y, ya en el ejercicio de sus funciones, pedirles beneficios y ventajas a cambio del apoyo que habían recibido para poder llegar al poder (una “compensación” que se pactaba de antemano). También se los podía coimear para obtener contratos y concesiones del Estado. Además estaba el recurso de atacarlos por la prensa, el cuarto poder en la joven democracia norteamericana, que

respondía también a los mismos empresarios. Finalmente, si no había otra opción, se podía adoptar la resolución de agredir o matar — mediante sicarios bien pagos— a los funcionarios que fueran considerados un obstáculo para el logro de sus fines. Esto incluía, y de hecho incluyó, a presidentes díscolos.

Los Rockefeller fueron el pilar financiero del partido republicano, mientras que los Morgan, el de los demócratas. De este modo, fondos de las empresas privadas fueron utilizados en política a cambio de que después los candidatos elegidos, cuando fueran designados, facilitaran y allanaran el camino para los negocios de sus mecenas.

Los postulantes de los partidos para ocupar la presidencia, el congreso u otros cargos electivos, comenzaron a ser seleccionados por los directorios de los trusts. De este modo los monopolios también empezaron a dominar la escena política. Uno de los rasgos sobresalientes de esa época fue una difusa fusión del capital privado con el público, lo que permitió que el Estado fuera el sostén de los emprendimientos de los grupos particulares.

Sectas

Por otra parte, se sabe que a principios del siglo XX — y siguiendo una antigua tradición— varios empresarios y banqueros estaban agrupados en sociedades secretas, desde donde contactaban a funcionarios y políticos para así influir en los gobiernos del mundo.

Se trataba de una metodología que había cobrado fuerza a partir de 1776, cuando el clan Rothschild financió la creación de la logia los Illuminati de Baviera. Este grupo esotérico lideró, con fines políticos, las

logias masónicas, que en su mayoría dependían de la corona británica.

Una rama de los Rothschild — famosos como se dijo antes por fomentar guerras para así poder financiar a ambos bandos en conflicto— desembarcó en los Estados Unidos, donde serían prestamistas de famosos banqueros. En tanto, los Illuminati, desde 1832, en Norteamérica adoptaron la forma de la sociedad Skull & Bones (Calavera y Huesos), un grupo siniestro capaz de nuclear, desde esos años y hasta el presente, a famosos personajes de la nación del norte; por ejemplo, a la familia Bush.

El propósito de estas sectas fue, entre otros, debilitar los gobiernos nacionales extranjeros para así poder hacer negocios millonarios y mantener el poder desde las sombras. Para cumplir sus fines, se propusieron crear guerras, inventar crisis económicas, derrocar presidentes, imponer dictadores, financiar revoluciones y realizar atentados terroristas, entre otras actividades clandestinas. La misma metodología que se utilizó con éxito y se sigue usando hasta el día de hoy.

La frutilla del postre

En los años 1873, 1884, 1893 y 1907 se produjeron crisis financieras como consecuencia de la especulación, en especial por el otorgamiento excesivo de préstamos por parte de los bancos. Las “corridas” se producían cuando todos los clientes — por rumores de incumplimientos u otras versiones— en forma masiva solicitaban retirar su dinero, sumas que en un gran porcentaje habían sido utilizadas por los bancos para conceder préstamos. Cuando los depositantes y especuladores no podían sacar sus depósitos, se producía una gran crisis, caían las bolsas y — lo que era peor para los banqueros— se producía una falta de confianza en el sistema. Otro

aspecto negativo era el *currency drain* (en inglés, drenaje monetario), caracterizado por la imposibilidad de los bancos — por las mismas razones, esto es haber realizado préstamos exagerados sobre sus carteras de depósitos— de afrontar el pago de cheques correspondientes al clearing interbancario. Estas inestabilidades obligaron a los más poderosos hombres de Wall Street a reunirse — incluso los que estaban enfrentados entre sí— para buscar una solución que garantizara las mayores seguridades al sistema. Y, como disponían de un gran poder político y económico, claro que la encontraron.

En ese sentido, quizás el hecho más trascendente — una genialidad de los ejecutivos que supieron aprovechar el momento exacto— fue la creación de la Federal Reserve Bank (FED) mediante una ley sancionada el 22 de diciembre de 1913 por iniciativa del senador Nelson Aldrich, suegro de John Rockefeller.

Como primer paso para conseguir que esa ley fuera aprobada, en las elecciones presidenciales de 1913 los empresarios de Wall Street apoyaron a Woodrow Wilson, ya que otros candidatos se oponían a la norma propuesta por Aldrich. Luego, cuando Wilson ganó y ocupó la primera magistratura, esperaron una sesión del Congreso que, debido a la cercanía con la Navidad, iba a tener la ausencia de varios legisladores del bloque opositor. La oposición, con una iniciativa contraria a la de Aldrich, pretendía crear un banco central nacional, pero los magnates tenían otra meta y la consiguieron, fue el regalo de Navidad para Wall Street.

Así, entre gallos y medianoche, se sancionó la ley que creó la FED, que no es un banco del Estado, como en otros países, ya que la norma aprobada determinó que la Reserva Federal de los Estados Unidos estuviera en manos de unos pocos bancos privados.

De este modo, la emisión de la moneda norteamericana, y todo lo que ello significa, fue asignada como una facultad exclusiva de la banca no estatal, tal como ocurre hasta el presente. Así se concentró más poder en pocas manos: la FED puede manejar las tasas de interés, determinar la cantidad de circulante, agregando o quitando dinero de los mercados; con sus políticas incide en los ritmos de crecimiento, otorga préstamos, etc., e influye en los acontecimientos de la realidad con su poder financiero (las tres principales herramientas de la FED son los encajes bancarios, la emisión monetaria y la fijación de las tasas de interés). Desde el punto de vista político, lo más importante fue la independencia que la ley estableció para la Reserva Federal con respecto al Poder Ejecutivo y al Legislativo, que — sumada a las características propias de la estructura de la FED— la llevó a convertirse en la entidad más poderosa del mundo.

El lema de Rothschild citado antes —"Permítanme emitir y controlar la moneda de una Nación y no me preocuparé por quién haga las leyes"— alcanzaba su máxima expresión. Si la banca privada puede emitir dinero, ostenta todo el poder.

Un peligro potencial que se vislumbraba de los trusts era la posibilidad de que la superacumulación ociosa de capital fuera utilizada para un negocio terrible: el armamentismo y las guerras. Esto fue advertido por Rosa Luxemburgo — teórica del marxismo asesinada en 1919— cuando analizaba el escenario previo a la Primera Guerra Mundial. Luxemburgo — que inicialmente militó en el Partido Socialdemócrata de Alemania hasta que empezó la guerra en 1914— había considerado que "la fase imperialista de la acumulación de capital", además de la competencia, implica "préstamos al extranjero, la construcción de ferrocarriles, las revoluciones y las guerras".[15]

No se equivocaba. Los bancos acumularon muchísimo dinero y entonces pudieron dar importantes préstamos a los gobiernos y a las principales industrias. Además, financiaron la construcción de la gran red ferroviaria de los Estados Unidos que, al igual que en Europa, también fue un negocio espectacular para los grupos privados.

Desde unos pocos bancos de Norteamérica se comenzó a administrar el crédito nacional e internacional, y a influir en las actividades bancarias y en las bolsas de todo el planeta.

Con ese capital acumulado se financiaron los golpes de Estado en otros países, así como los conflictos bélicos. A partir del estallido de la Primera Guerra Mundial estos grupos tuvieron grandes beneficios merced a las contiendas internacionales, lo que se describirá en las próximas páginas.

Ahora se verán algunos casos emblemáticos que demuestran la injerencia de Wall Street en terceros países para después avanzar un paso más a los efectos de comprender el desarrollo de los principales acontecimientos que signarían el siglo XX.

La revolución bolchevique

Si de pactos y cuestiones llamativas se trata, quizá, lo que más sorprende es la fuerte colaboración de Wall Street y del gobierno norteamericano para apoyar la revolución bolchevique en Rusia. Aunque esta afirmación a priori asombra, las pruebas documentales, así como las declaraciones de testigos en ese sentido, son contundentes.

En 1861, la Reforma Emancipadora del zar Alejandro II había abolido la esclavitud, y unos veinte millones de campesinos, hombres libres desde ese momento, comenzaron a mejorar los cultivos en tierras que ahora

podían considerar propias. A principios del siglo XX, Nicolás II —favorecido por las excelentes cosechas de trigo que se dieron año tras año — comenzó a implementar un proceso de industrialización con la idea de que su imperio saliera de una economía básicamente rural y comenzara a industrializarse.

El incipiente desarrollo industrial y el crecimiento de la producción agrícola hicieron que esa extensa región del planeta — donde en ese entonces vivían ciento setenta millones de almas— empezara a aparecer como una peligrosa competencia para las potencias occidentales.

Por otra parte, Nicolás II no estaba dispuesto a ceder la explotación de los recursos petroleros a los empresarios extranjeros que pretendían radicar sus empresas en territorio ruso. Por esta razón no había permitido, por ejemplo, el ingreso de las empresas de los Rockefeller que querían "invertir" en territorio ruso, atraídas por las grandes cuencas petrolíferas de esa región del planeta. Estas negativas del zar comenzaron a representar un obstáculo, situación agravada por la iniciativa de querer industrializar la nación, objetivo mal visto también por los gobiernos de los países desarrollados.

El imperio zarista disponía de todos los recursos necesarios para comenzar a desarrollar un proceso de industrialización independiente, sin necesidad de seguir recurriendo a préstamos externos. Tampoco era dependiente del transporte marítimo, controlado por los británicos, ya que, mediante las redes de sus propios ferrocarriles, Rusia tenía solucionado el transporte de las materias primas que estaban dentro de su territorio para llevarlas a sus fábricas. Además, los grandes yacimientos de carbón y de petróleo le garantizaban independencia de combustibles.

El zar habría comprendido la potencialidad de su imperio y apostaba a

su crecimiento económico, ya que, de resultar exitosos sus planes, en poco tiempo él sería la cabeza de una gran potencia mundial. Estos proyectos, al ser conocidos en el exterior, fueron el principio del fin del imperio ruso; ni los Estados Unidos ni Gran Bretaña podían tolerar la amenaza de tamaña competencia, tampoco Alemania.

Desde el exterior se comenzó a crear el caldo de cultivo para generar un gran conflicto social. Los trabajadores rusos, aleccionados por los activistas, comenzaron a reclamar sus derechos laborales mediante huelgas y, en esa situación caliente, aparecieron como cabecillas naturales de ese movimiento, liderado por la izquierda más radicalizada, Vladimir Ilich Uliánov (Lenin) y Lev Davidovich Bronstein, más conocido como León Trotsky.

En ese contexto, el nacimiento de las industrias, al ocupar a miles de trabajadores, significó la aparición de fuertes sindicatos, que recibieron apoyo desde el exterior.

Los gremios concientizaron a las masas obreras sobre la necesidad de cambiar el orden establecido, para lo cual se propusieron derrocar a la monarquía hereditaria zarista.

Lenin realizó actividades subversivas en San Petersburgo, fue detenido, apresado y exiliado a Siberia. Una vez liberado, se trasladó a Ginebra y a Londres para fundar las bases del movimiento comunista. Por su parte, Trotsky, debido a su accionar sedicioso, padeció la cárcel y también fue deportado a Siberia. Antes de que estallara la revolución de 1917 se encontraba viviendo en Nueva York, donde escribía para un periódico ruso.

Como se dijo, había que frenar las intenciones de Nicolás II y para ello habría que crearle más problemas al imperio ruso. La metodología que se

usó para conseguir esos fines es la misma que la actual: para dañar a una nación hay que lanzarla a la guerra.

El gobierno del imperio ruso había sufrido un gran desgaste como consecuencia de un conflicto bélico que había mantenido con Japón, ganado por estos últimos, y luego fue empujado a pelear en la Primera Guerra Mundial, merced al astuto juego de alianzas realizado por los británicos (la diplomacia de Londres hizo lo imposible para que Rusia entrara en la guerra y lo logró).

Al conseguir que los rusos ingresaran en el conflicto armado, se logró debilitar aún más a Moscú. Desde el extranjero, Lenin y Trotsky, el primero financiado por alemanes y el segundo por norteamericanos, generaron una gran campaña internacional de desprestigio contra Nicolás II. Detrás de escena, Wall Street, que en su momento había ayudado a la dinastía de los zares, ahora comenzaba a financiar la revolución comunista.

El gobierno monárquico empezó a desmoronarse a partir de enero de 1917, mientras las maltrechas tropas rusas imperiales — como resultado de los movimientos revolucionarios internos— comenzaron a dejar de combatir en la Gran Guerra.

Para ese entonces, Alemania tenía interés en que Rusia se retirase del conflicto mundial, como consecuencia de su propia situación política. Por esta razón el gobierno germano no dudó en financiar los movimientos revolucionarios contra el zarismo. El ministro de Exteriores alemán, von Kühlmann, refirió al káiser en 1917: “Es sólo gracias al constante flujo de financiaciones, recibido a través de nuestros canales, que los bolcheviques pudieron fundar su órgano de información, la *Pravda*”, medio que se convertiría en el principal periódico comunista.

Además de Alemania, también les llegaba dinero fresco a los revolucionarios desde Inglaterra y los Estados Unidos.

> [...] banqueros como los Harriman, los Rockefeller y los Rothschild financiaron ambas partes en el conflicto revolucionario, para luego dejar caer al zar a través de un bloqueo de las provisiones de armas, que a su vez fue causa de múltiples deserciones en el ejército imperial. El mismo Trotsky menciona en su biografía préstamos recibidos de la Chase Manhattan Bank. La Kuhn-Loeb Bank de Nueva York depositó setenta millones de dólares en la cuenta sueca de Lenin y Trotsky.[16]

Los banqueros deseaban derrocar al zar por múltiples razones: codiciaban el oro de la reserva imperial y deseaban controlar los yacimientos del imperio, ya que, en 1910, Rusia producía el veinticinco por ciento del petróleo mundial. Anhelaban controlar la economía rusa cuando la revolución hubiese finalizado, lo que les permitiría seguir manejando sin tropiezos — hubiera sido un obstáculo el crecimiento de Rusia— las finanzas internacionales.

Nicolás — encerrado por la situación y sin salida posible— abdicó sus derechos y los de su hijo Alexis a favor de su hermano Miguel IV de Rusia, quien rechazó el ofrecimiento. Semanas después, Nicolás II, junto a toda su familia, sería detenido y asesinado. Así terminaba la dinastía Romanov —y, con ella, el tiempo de los zares— y comenzaba la era de los soviets.

Este cambio radical, que signaría la historia de la humanidad, se había producido con beneplácito y ayuda estadounidense, alemana y británica.

La Duma, una especie de parlamento con facultades restringidas, ante la presión de los revolucionarios, autorizó a que se formara un gobierno provisional a cargo de Alexander Kerensky, un revolucionario moderado.

Kerensky, que era masón, encabezó en Moscú el nuevo gobierno, mientras los líderes intelectuales de la revolución (Lenin y Trotsky) se

encontraban en el exilio, y se sintió obligado a cumplir los compromisos establecidos con sus aliados para continuar la guerra contra Alemania, iniciativa que era contraria al anhelo de paz del pueblo ruso. Lenin y el partido bolchevique prometían a las masas “paz, tierra y pan”, así que la posición de Kerensky — de que Rusia permaneciera en la guerra fiel a Inglaterra y a Francia— determinó su futuro: sería derrocado antes de que tratara de legitimizar su cargo mediante las elecciones previstas para una asamblea constituyente.

La segunda fase de la rebelión rusa fue la denominada Revolución de Octubre, una insurrección popular armada ocurrida el mismo año y dirigida por el partido bolchevique, que dio por concluido el fugaz gobierno de Kerensky.

Los sediciosos recibieron colaboración desde el exterior, según una declaración — registrada en un cablegrama que todavía se conserva— de William Boyce Thompson, director del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, accionista en el Chase controlado por Rockefeller, y socio financiero del clan Guggenheim — familia judía alemana que hizo una fortuna en los Estados Unidos con la metalurgia y la minería— y de los Morgan.[17]

De acuerdo con dicha comunicación, Thompson contribuyó a la revolución bolchevique con un millón de dólares destinados a propaganda.[18] También, en el mismo sentido, se pueden verificar las declaraciones públicas a favor de los bolcheviques de Thompson y de William Lawrence Saunders, vicepresidente del Banco de la Reserva Federal de Nueva York.[19]

En el verano de 1917, Thompson había encabezado una promocionada “misión humanitaria” de la Cruz Roja a Petrogrado — ciudad que luego se

llamaría Leningrado—, que en realidad encubría acciones de apoyo a los bolcheviques. No olvidemos que —tal como lo vimos unas líneas antes— él era un importante banquero y no un médico o enfermero. Con dicha operación, un desembarco en las arenas rojas de Moscú, los hombres de Wall Street apoyaron los cambios — desembolsando fondos para los bolcheviques—, estudiaron el panorama que se presentaba para hacer negocios y dieron un paso más para insertarse políticamente en la futura Rusia comunista (Thompson en mayo de 1918 sería cofundador de la Liga Americana de Asistencia y Cooperación con Rusia).

Por otra parte, es importante destacar que el presidente Woodrow Wilson proveyó a Trotsky de un pasaporte norteamericano — el líder comunista partió en el barco *SS Kristianiafjord* de Nueva York, el 26 de marzo de 1917, rumbo a Rusia— con el que podría retornar del exilio para "llevar adelante" la revolución. El pasaporte estaba acompañado de un permiso de entrada ruso, esto es el acuerdo de Kerensky, y una visa de tránsito británica.

Se debe indicar que Trostky se había casado con la hija del banquero Abraham Zhivotovsky, asociado a la poderosa banca Rothschild, con quien vivía en una gran residencia en Manhattan. Se comportaba como un personaje de la alta sociedad y entre sus amigos se encontraban varios ejecutivos de Wall Street, como los Rockefeller.

El comunista estadounidense Lincoln Steffens — al referirse al viaje de los Estados Unidos a Rusia— dijo:

> [...] la lista de pasajeros era larga y misteriosa. Trotsky estaba al frente con un grupo de revolucionarios; había un revolucionario japonés en mi cabina. Había un montón de holandeses volviendo apresuradamente a casa desde Java; la única gente inocente a bordo. El resto estaba constituido por mensajeros de guerra, dos de Wall Street para Alemania...[20]

El investigador Jennings Wise enfatizó:

> [...] los historiadores nunca deben olvidar que Wood row Wilson, a pesar de los esfuerzos de la policía británica, hizo posible que León Trotsky entre en Rusia con un pasaporte norteamericano.[21]

Steffens, quien como testigo directo redactó esas líneas describiendo el viaje de Trotsky y su grupo a Rusia, actuaba como contacto entre el presidente Wilson y Charles Richard Crane. Este último fue presidente del comité de finanzas del Partido Demócrata, vicepresidente de la Crane Company y quien se ocupó de organizar la compañía Westinghouse en la Rusia soviética. El embajador norteamericano en Alemania, William Dodd, confesó que Crane "hizo mucho para que la revolución de Kerensky cediera ante el comunismo".[22]

El 28 de noviembre de 1917, el presidente Wilson ordenó a la diplomacia norteamericana "no interferir" en la revolución bolchevique, lo cual significaba lisa y llanamente el apoyo de Washington al movimiento rebelde. También es interesante notar que "Jacob Schiff —agente de los Rothschild—, años más tarde, se ufanaría de haber donado a Trotsky y su gente nada menos que veinte millones de dólares (del año 1917)".[23]

Por otra parte, está comprobado que el regreso a Rusia de Lenin — que en esos momentos se encontraba en Suiza— y de un grupo de bolcheviques exiliados fue financiado y organizado por el Alto Comando militar alemán.[24] Esto ocurrió porque

> [...] a juicio de los diplomáticos de la Wilhelmstrasse, era indispensable trasladar a los bolcheviques a Rusia. Éstos estaban dispuestos a concretar la paz (entre Rusia y Alemania) inmediatamente, mientras que el gobierno provisional (de Kerensky) permanecía fiel a las potencias de la Entente, Inglaterra y Francia. Los bolcheviques parecían ser los más indicados para

socavar la moral del ejército ruso y derrocar al gobierno provisional.[25]

El apoyo financiero para Lenin llegó mediante transferencias del Nya Banken de Estocolmo, propiedad de Olof Aschberg. (Hay documentos que prueban que, por lo menos desde 1915, el gobierno alemán estaba asignando presupuesto para "estimular la propaganda revolucionaria en Rusia".)[26] El gobierno alemán destinó millones de marcos para provocar la caída del zar, a la vez que ayudó y asesoró en forma constante a los revolucionarios bolcheviques. El 17 de abril de 1917, el jefe de la oficina alemana de Defensa de Estocolmo, Hans Steinwachs (alias *Svensson*) comunicó a Berlín —mediante un informe enviado al capitán von Hülsen, jefe de la División Política del Estado Mayor—: "Lenin ingresó en Rusia. Trabaja de acuerdo con lo esperado".

Como se dijo, el objetivo de los alemanes en 1917 era sacar a Rusia de la Primera Guerra, lo que de hecho se cumplió ya que, con el estallido de la revolución, los soldados rusos comenzaron a abandonar el combate para volver a casa. Finalmente, el 3 de marzo de 1918, mediante el tratado Brest-Litovsk (una ciudad bielorrusa), la Rusia ya soviética firmó la paz con los imperios Alemán, Austro-Húngaro y Otomano, así como con Bulgaria. Los alemanes estaban satisfechos, los marcos invertidos en la revolución bolchevique no habían sido en vano.

Los germanos, además de alcanzar la paz, también pretendían controlar el mercado ruso de posguerra. Por su parte, la meta de Lenin era organizar y liderar la revolución, razón por la cual obtuvo la ayuda de los alemanes. Se trataba de intereses comunes. Los bolcheviques recibieron apoyo de las casas bancarias M. M. Warburg & Co. de Hamburgo, Alemania, y Wallenberg de Suecia.

Es clave, en la trama de la revolución rusa, la estrecha relación entre el

banquero bolchevique Aschberg y la Guaranty Trust Company de Nueva York, controlada por Morgan. Durante la época zarista, Aschberg había sido el agente de Morgan en Rusia y el negociador de préstamos al zar por parte de los Estados Unidos. En 1917 fue el intermediario financiero de los revolucionarios y, después de la revolución, estuvo al frente del Ruskombank, el primer banco internacional soviético.

Consolidada la revolución bolchevique, los hombres de Wall Street y la Reserva Federal se frotaban las manos, ya que se aprestaban a hacer negocios millonarios.

El 1º de mayo de 1918 — cuando los bolcheviques dominaban una pequeña parte de Rusia y su victoria era incierta— se creó en Washington DC la American League to Aid and Cooperate with Russia (Liga Norteamericana para Ayuda y Cooperación con Rusia). No se trataba de una organización comunista en el exterior, sino de "un comité creado por Wall Street, con George P. Whalen, de la Vacuum Oil Company, como tesorero, Coffin y Oudin de la General Electric, junto con Thompson, de la Reserva Federal, y Willard, de la Baltimore & Ohio Railroad".[27] La presentación de la Liga, y de su ambicioso programa, se realizó en una conferencia pronunciada en dependencias del Senado norteamericano.

Ese mismo año, Maurice Oudin, gerente internacional de la General Electric Company, expresó su satisfacción por la evolución de la situación política en Rusia y apoyó la realización de un "plan constructivo para la asistencia económica" de ese país. En tanto Cyrus McCormick, representante de la International Harvester, aseguró que con el nuevo gobierno bolchevique para los norteamericanos en Rusia se abría "una oportunidad dorada".[28]

Ayuda y beneficios

El apoyo de los Estados Unidos a los bolcheviques no terminó con la revolución. El grupo ruso-norteamericano que financió ese movimiento luego obtuvo permisos de explotación en Rusia, a modo de cobrar lo "invertido" en el golpe que acabó con la etapa de los zares. Fueron beneficiarios de concesiones el Banco de la Reserva Federal y la Guaranty Trust (que luego respaldaría a la Oficina Soviética en Nueva York durante 1919).

Trotsky — con financiamiento externo de los banqueros dispuestos a invertir en territorio ruso— armó el Ejército Rojo y además fue el principal responsable de decidir sobre las concesiones que los soviéticos darían a empresas extranjeras.

Por otra parte, entre 1918 y 1922, Lenin reembolsó al banco de inversión norteamericano Kuhn-Loeb — asociado a los gigantes industriales de los Estados Unidos— cuatrocientos cincuenta millones de dólares, suma que había sido aportada para financiar la revolución bolchevique.

En los años veinte, la empresa ferroviaria Baltimore & Ohio Railroad, de los Estados Unidos, colaboró con sus servicios en el desarrollo de la Rusia comunista, mientras que la Westinghouse operaba una planta que, como era de esperar, fue exceptuada del proceso de expropiación y nacionalización llevado adelante cuando los revolucionarios alcanzaron el poder.

A pesar del proceso de nacionalización de sus recursos, para poder extraer petróleo y luego comercializarlo, los bolcheviques no perjudicaron y en cambio acordaron con grandes empresas anglonorteamericanas como la Standard Oil, propiedad de los Rockefeller, o la Royal Dutch Shell, que

tenía como principales accionistas a los Rothschild.

En 1921, Lenin explicó claramente la necesidad que tenía Rusia de recibir capitales extranjeros. Esta idea la expresó ante sus camaradas en el Décimo Congreso del Partido Comunista, cuando dijo:

> Sin la asistencia del capital nos será imposible retener el poder proletario en un país increíblemente arruinado en el cual el campesinado, también arruinado, constituye la amplia mayoría, por supuesto, a cambio de esta asistencia el capital nos exprimirá con cientos de porcentajes. Esto es lo que tenemos que entender. Por lo tanto, o bien este tipo de relaciones económicas, o nada...[29]

En 1923 la flamante Unión Soviética creó su primer banco internacional, el Ruskombank. Estaba conformado por banqueros privados rusos, alemanes, suecos, norteamericanos y británicos. Tal como se dijo antes, Aschberg, asociado de Morgan, se convirtió en el titular de ese banco comunista; Max May, vicepresidente de la Guaranty Trust, fue nombrado director y, a su vez, el Ruskombank designó a la Guaranty Trust Company como su agente norteamericano (la Guaranty Trust se convirtió en agente fiscal soviético en los Estados Unidos).

Durante los años treinta, empresas del grupo Morgan y Rockefeller prepararon los planes quinquenales soviéticos y continuaron trabajando con un sentido económico y financiero en acuerdo con los dirigentes comunistas.[30] También armaron los ejércitos de Stalin — un excelente negocio para la industria bélica— de cara a la guerra que tarde o temprano estallaría en Europa.

Los norteamericanos, los alemanes y los británicos querían mantener a Rusia en un estado preindustrial para que, de este modo y en esa condición, en el futuro no pudiera aparecer como una competencia.

Los germanos — que como se vio colaboraron con la revolución

comunista— y los anglonorteamericanos vislumbraban los beneficios que generaría el gigantesco mercado ruso, al que habría de proveer con manufacturas y bienes elaborados, así como con elementos tecnológicos.

La Rusia campesina, que quería Wall Street, debía abastecer de materias primas y de petróleo — habida cuenta de sus gigantescas reservas— a Occidente. Estos objetivos estratégicos se cumplieron exitosamente. De hecho, gracias a la revolución comunista, empresas norteamericanas comenzaron a extraer petróleo de la gigantesca cuenca de Bakú y de otras zonas, una explotación impensada en la época de los zares.

Entonces, mantener fuera de la industrialización al gigante ruso equivalía a tenerlo como consumidor cautivo y proveedor permanente. No habría que modificar esos términos de intercambio favorables para las potencias occidentales. Sobre la Rusia comunista, los intereses de los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania eran concurrentes.

Simultáneamente, para los ojos del gran público, los anglonorteamericanos hicieron creer que la Unión Soviética era la gran enemiga de las naciones occidentales. Un terrible ogro dispuesto a aplastar las democracias y las libertades individuales. Pero, en realidad — y aunque esto no era conocido ya que los medios de prensa, manejados por el poder internacional, no lo informaban—, durante la primera mitad del siglo XX, empresas norteamericanas hicieron suculentos negocios en la Unión Soviética comunista.

En realidad — pactando con la banca internacional desde un principio — los dirigentes bolcheviques habían traicionado al pueblo y sus ideales, desde el comienzo mismo de la revolución. Ese pacto significó tronchar el proceso de industrialización y sumir a las masas en la miseria. Una deslealtad ideológica de los dirigentes rusos que se mantendría durante los

años posteriores.

La ayuda de Wall Street, el vigoroso corazón del capitalismo, brindada a un sector que ideológicamente pertenecía a la izquierda revolucionaria no es una excepción en la historia. Se trata de un ejemplo de los pactos que existieron sin que el común de la gente se hubiera dado cuenta de los grandes negocios que se estaban realizando, más allá de las supuestas diferencias ideológicas entre los dirigentes políticos y sus financistas. Si bien cada bando pregonaba su propia ideología, muchas de sus premisas y metas eran exactamente las mismas. Capitalistas y comunistas — con formas de gobierno y dogmas políticos aparentemente antagónicos— coincidían en la necesidad de imponer una sociedad industrial en detrimento de otras civilizaciones. El industrialismo, fogoneado desde la banca internacional, significaba un "progreso", un avance que justificaba la explotación abusiva de la naturaleza y la conquista — sinónimo de aniquilamiento en la mayoría de los casos— de las civilizaciones preexistentes, consideradas primitivas o menos avanzadas. Entonces los comunistas y los capitalistas tenían metas y objetivos comunes. Negocios, también.

México y China

Para esos años, la banca norteamericana también financió revoluciones y contrarrevoluciones en México hasta que, en 1917, Venustiano Carranza asumió el poder. Paradójicamente, la nueva constitución mexicana había sido escrita por trotskistas y propiciaba una reforma agraria, nacionalización de las empresas, expropiaciones y la instauración de una legislación laboral de avanzada.

Los norteamericanos en México — tal como luego lo harían en otros países— apoyaron indistintamente tanto a dictadores como a presidentes, incentivando y fomentando los conflictos sociales en los momentos que consideraban oportunos. Cuando los hombres que ellos ponían en el poder, ya en el ejercicio de las funciones gubernamentales, se alejaban de las metas de los norteamericanos, entonces les quitaban el respaldo y los derrocaban. Desde Wall Street se dieron préstamos a las autoridades mexicanas, montos que les servían para pagar las municiones y las armas que se les enviaban desde los Estados Unidos, endeudando cada día más a México. En tanto las empresas extranjeras continuaron explotando los recursos naturales de ese país, deudor de la banca norteamericana, razón por la cual se lo pudo presionar fácilmente en el momento adecuado.

Los estadounidenses bloquearon los puertos e invadieron militarmente el territorio mexicano cuando lo creyeron conveniente. Y vendieron armas y municiones a personajes tan criminales como Pancho Villa, un bandolero asesino convertido en general de un ejército revolucionario.

Periodistas norteamericanos debían escribir, para el público de su país, las “proezas” de Villa para así convertirlo en un héroe de la revolución, una especie de guerrillero romántico (tiempo después Hollywood se encargaría de inmortalizarlo). Así, desde esa época los medios estadounidenses, pagos o pertenecientes a empresas involucradas en los más oscuros negocios, tergiversan y distorsionan la verdad de acuerdo con los dictados de los poderosos.

Desde los Estados Unidos también se propició la revolución china, que en 1911 rompió el tradicional régimen de las dinastías para imponer la República, base de la China comunista que sobrevendría a los pocos años. En ese sentido son incontrastables las pruebas documentales relacionadas

con el apoyo que, desde los Estados Unidos, se le brindó al doctor Sun Yat-sen, líder de ese proceso revolucionario.

El financiamiento a la revolución china por parte del grupo norteamericano Hill & Betts está analizado en los documentos de la Hoover Institution, compilados por el profesor Laurence Boothe (académico de la Rotman School of Management, Universidad de Toronto).[31] En esos informes se detallan las sumas de dinero transferidas a los rebeldes, la lista del armamento entregado y los grupos secretos chinos que participaron de la revolución. Estos documentos contienen más de un centenar de puntos tratados, incluyendo cartas intercambiadas entre Sun Yat-sen y los banqueros norteamericanos. A cambio de apoyo financiero, Sun Yat-sen le prometió al grupo Hill concesiones ferroviarias, bancarias y comerciales en la nueva China revolucionaria.[32]

Sun Yat-sen, al crear la República China, impuso una doctrina de carácter socialista, organizó el Partido Nacionalista Chino (Kuomintang) al estilo leninista y esto le valió el apoyo del Comintern (Communist International), que fue una organización comunista mundial, fundada en 1919 por iniciativa de Lenin, y el Partido Comunista de Rusia. En tanto, simultáneamente, empresas norteamericanas como la Westinghouse estaban haciendo grandes negocios en la República China.

La experiencia realizada por Wall Street y el gobierno norteamericano en la Unión Soviética, México y China se volvería a repetir, con las mismas metodologías y similares herramientas — militares, terroristas, financieras y políticas— en otras partes del mundo durante todo el siglo XX.

Asistencia al fascismo

La ayuda de Wall Street también favoreció a los movimientos fascistas —diametralmente opuestos desde lo ideológico a los comunistas— que comenzaron a aparecer y crecer en distintos países. Esto no era casualidad. Para la banca internacional es bueno financiar a potenciales enemigos, para luego hacerlos enfrentar. Si hay guerra, los préstamos, destinados a los dos bandos, serán mayores y, en consecuencia, a la larga se conseguirán más ganancias.

Debe recordarse que esto formaba parte de la doctrina del clan Rothschild, que fue muy bien aprendida y aplicada por los banqueros.

Según el académico John Diggins, "de todos los dirigentes empresarios norteamericanos el que más vigorosamente patrocinó la causa del fascismo fue Thomas W. Lamont. Cabeza de la poderosa red bancaria de J. P. Morgan, Lamont fue algo así como un consultor comercial para el gobierno de la Italia fascista".[33]

Lamont gestionó y le facilitó a Benito Mussolini un crédito de cien millones de dólares en 1926, en el momento en que el dictador italiano más necesitaba esa asistencia financiera. En tanto, Otto Kahn, director de la American International Corporation, estaba convencido de que "el capital norteamericano invertido en Italia hallará seguridad, promoción, oportunidades y recompensa".[34]

En 1923, Basil Miles — funcionario norteamericano del Departamento de Estado, encargado de las relaciones con Rusia— aplaudió los pasos que daba Mussolini al considerar, en un artículo periodístico, que "la victoria de los fascistas es una expresión de la juventud de Italia".[35]

Otro ejecutivo como Ivy Lee, hombre de relaciones públicas de Rockefeller, también se manifestó a favor de la política de extrema derecha que aplicaba Mussolini, a pesar de que en 1920 el mismo Lee

había expresado su apoyo al régimen soviético.

Kahn, Miles y Lee — entre otros tantos banqueros y hombres de negocios— en su momento se habían expresado a favor de los bolcheviques y luego lo hacían en el mismo sentido de los fascistas. ¿Estaban ellos confundidos? No, en realidad, se trataba de una política dual y oportunista, estudiada y ejecutada con éxito.

Estos ejemplos muestran que los banqueros, y también los empresarios, son indiferentes a la ideología de los gobernantes con quienes negocian. A los financistas no les interesa la doctrina política por sí misma, salvo para determinar si afecta o no sus utilidades, para luego actuar en consecuencia.

Los Estados Unidos, Francia e Inglaterra ayudaron a Franco

La República española cayó como consecuencia del golpe militar liderado por el caudillo Francisco Franco, pero éste nada habría podido hacer sin la ayuda de las potencias que colaboraron en derrocar el gobierno de la península.

Por una cuestión ideológica era de esperar que Mussolini y Hitler cooperaran con Franco, tal como lo cuenta la historia. Pero lo que no se dice es que el caudillo español también recibió ayuda de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, en teoría baluartes de la libertad y, por lo tanto, enemigas de la ruptura del orden democrático como consecuencia de golpes militares.

Esta información fue publicada por el historiador Pedro Luis Angosto en su libro *La república en México. Con plomo en las alas* (Espuela de Plata, Sevilla, 2009), en el que da cuenta del contenido de documentos

mexicanos — verificados en siete archivos oficiales y privados— que demuestran que esa asistencia sirvió para que cayera la República.

> *Las grandes democracias contra la libertad de España* iba a ser el título inicial de esta obra que, según su autor, sólo por su excesiva longitud fue desechado en favor del que alude a México, ya que la obra se basa en una investigación basada en archivos de la diplomacia mexicana durante el conflicto, y el autor considera que México fue el único país que ayudó generosamente a la República (agencia EFE, 18 de diciembre, 2009).

Angosto dijo:

> [...] los republicanos no perdieron la guerra porque los sublevados tuvieran el apoyo de Hitler y de Mussolini, sino también porque contaron con el de Francia, el Reino Unido y los Estados Unidos, mediante un complot urdido por el Reino Unido para que no se vendiera ni una sola bala a la República.

De acuerdo con el historiador Angosto, "los sublevados estuvieron en contacto secreto y permanente con el Reino Unido desde el primer momento" mientras que diplomáticos mexicanos del presidente Lázaro Cárdenas, como Isidro Fabela y Gilberto Bosques, advertían ante la Sociedad de Naciones que "Europa se suicidaba si permitía el asesinato de la República Española".

Según la investigación de Angosto, el aislamiento de la República es orquestado y sostenido desde el Reino Unido, como a su juicio lo demuestra el hecho de que, "cuando en 1937 la República ya no tiene posibilidad de sobrevivir, una comisión de parlamentarios laboristas determina en la Cámara de los Comunes que se siga con la no intervención".

"La Unión Soviética fue el último recurso (para los republicanos), por cierto nada barato, y se recurre a ella en agosto de 1936, cuando el Reino

Unido establece la no intervención”, dijo Angosto. El investigador afirmó que “México fue el único país en ayudar a la República con un envío de fusiles y munición, aunque era un país que carecía de capacidad para fabricar armas”. Además el gobierno mexicano “debía atender a otro frente, el de la reafirmación de México como nación ante los Estados Unidos, con medidas como la de la nacionalización del petróleo en 1934, muy criticada por la derecha mexicana”. Según Angosto, “México se enfrentó a todos en su empeño por defender la República Española”, y cuando llegó la derrota, esa nación “se convirtió en segunda patria de muchos ciudadanos (españoles) que la habían perdido para siempre”.

¿Wall Street comunista?

¿En los Estados Unidos se alababa públicamente el comunismo? No, en general se lo criticaba y se advertía sobre los peligros del régimen soviético. ¿Los banqueros de Wall Street y la Reserva Federal eran bolcheviques? No, claro que no.

En 1919, mientras Wall Street hacía negocios, tropas francesas, británicas y norteamericanas estaban combatiendo contra el ejército rojo en las regiones de Murmansk y Archangel, en Rusia del norte. Las batallas eran conocidas por el público, ya que esas noticias aparecían en los diarios más importantes como *The New York Times*.

> [...] los círculos financieros que estaban apoyando a la Oficina Soviética de Nueva York también formaban parte en la misma ciudad de United Americans (Norteamericanos Unidos), una organización virulentamente anticomunista que predecía una revolución sangrienta, hambrunas masivas y pánico en las calles de Nueva York.[36]

La United Americans presagiaba en los Estados Unidos una revolución comunista, que se concretaría presuntamente en 1922, costeada con veinte millones de dólares provenientes de Moscú. El régimen soviético era presentado como el Anticristo que aparecería para golpear y, mediante una revolución mundial, aniquilar el capitalismo.

Por otra parte, la banca Morgan, mientras financiaba a los comunistas, también ayudaba en secreto al general Alexander Kolchak en Siberia. Kolchak fue el líder del movimiento antibolchevique, conocido como Movimiento Blanco, durante la guerra civil rusa, que se desarrolló después de la caída del zar, entre 1917 y 1921, con focos de resistencia que estarían activos hasta 1923.

Los “blancos”, que enfrentaron a los rojos, también recibieron ayuda de los Estados Unidos y de Gran Bretaña, así como de Alemania, entre otros países. Decididamente, el mensaje público de la clase política de los Estados Unidos, a su pueblo, fue contrario al comunismo, sistema que fue presentado como el principal enemigo de los norteamericanos. Estos sucesos son demostrativos de lo que fue, y será, durante todo el siglo XX, la estrategia de los poderosos de Wall Street: jugar a dos puntas para lograr sus objetivos financieros y económicos.

Los magnates vieron que, para satisfacer sus intereses, podían negociar con gobiernos centralizados, ya sea de izquierda o de derecha, que detentaran el poder absoluto.

Las recetas fueron simples y se constituirían en una norma a aplicar en los años venideros. El objetivo de Wall Street no era imponer una ideología, sino aprovecharse de las totalitarias, como el comunismo o el fascismo, para hacer grandes negocios, con una visión internacionalista. Es como si al propagarse la ideología comunista por el mundo, los

banqueros se hubieran dicho en secreto: “seamos el comunismo”, lo que se repitió luego con el fascismo y el nazismo. No era cuestión de rechazar frontalmente esos movimientos, era más conveniente formar parte de ellos ayudándolos financieramente.

De este modo se captaron, en forma monopólica, grandes mercados cautivos, con la intención de extender esa modalidad a la mayor cantidad de regiones del planeta.

Fueron especialmente los banqueros, los grandes industriales y los empresarios más poderosos — la mayoría de las veces en acuerdo con el sector político y militar de turno— quienes fomentaron las guerras. La estrategia consistió en crear los conflictos para poder abastecer a los dos bandos con combustibles y armamentos, entre otros elementos necesarios para el combate. Suministrando apoyo clave a las dos partes en lucha, además de ganar dinero, se tiene el control de la situación.

Desde la banca — con la Reserva Federal de los Estados Unidos a la cabeza, un ente privado tal como se explicó— se generaron préstamos para las batallas y con esas sumas se armaron a los grandes dictadores del siglo XX. En cada ocasión, luego del drama de la guerra, se darían los empréstitos para reconstruir las zonas destruidas pero, a la vez, para endeudar aún más a las naciones devastadas por la violencia. Los banqueros financiaron revoluciones y gobiernos despóticos, teniendo como objetivo el rédito, nunca el bienestar de los pueblos, que siempre fueron engañados.

La revolución bolchevique, al ser financiada desde Wall Street, traicionó al pueblo ruso desde su comienzo. Pero la sociedad norteamericana también fue traicionada por sus dirigentes al hacérsele creer que los comunistas eran sus enemigos, cuando en realidad se los

estaba ayudando. Además, las empresas norteamericanas hicieron luego sus negocios en Rusia durante decenios, mientras las finanzas eran manejadas por el Ruskombank, el primer banco soviético conformado por capitales rusos, pero también los países líderes del capitalismo, como alemanes, norteamericanos y británicos.

La gente peleó y defendió ideales que creía justos, pero, en realidad, los soldados enviados a las guerras fueron carne de cañón de los intereses financieros.

Palabras como “patria” o expresiones como “dignidad nacional” fueron, y son, usadas como señuelos para inflamar los corazones y lanzar a la gente a las batallas. Como pantalla se crearon rimbombantes organizaciones que tenían el aparente propósito de lograr la paz y el bienestar mundial. Se utilizaron como estandartes, de causas aparentemente nobles, la Democracia, la Justicia y la Libertad. Banderas que se usarían reiteradamente para esconder los intereses más espurios.

CAPÍTULO 3

El comercio de la guerra

Mientras más se prolongue esta guerra en Europa, más serán los beneficios para nosotros. En breve tiempo, los problemas bélicos harán de los Estados Unidos el centro financiero del mundo y cambiaremos nuestra situación de deudores por la de acreedores del mundo.

ISAAC GUGGENHEIM (magnate de los metales y de las piedras preciosas), 1917

Primera Guerra

Hacia principios del siglo XX se comenzó a abonar el terreno para que en 1914 estallara la Primera Guerra Mundial. Se estima que:

> [...] desde 1909 (al menos), políticos y banqueros de Europa y los Estados Unidos venían preparando el caldo de cultivo para una conflagración mundial. El propio cambio en el sistema energético del mundo, del carbón — abundante en el Reino Unido— al petróleo — concentrado en algunas zonas alejadas de Gran Bretaña—, así ayudaba a determinarlo. Otro elemento que paradójicamente conducía a la guerra era el propio progreso: la irrupción del ferrocarril como principal fuente de transporte de mercancías amenazaba a Gran Bretaña — que tenía un gran predominio en los mares— con la generación en el largo plazo de un fuerte vínculo capaz de unir política y económicamente a las naciones de Europa continental, lo que iba directamente contra los intereses de predominio de los ingleses. Entonces los ingleses eran los principales interesados en la generación y estallido de la Primera Guerra Mundial.[1]

Por otra parte, Gran Bretaña deseaba detener el fenomenal proceso de

industrialización de Alemania — para ese entonces en Berlín se había concebido un plan pangermanista con el objetivo de incorporar colonias — y también del imperio ruso, que aparecía como una gran competencia a corto plazo.

Los germanos habían planificado un ferrocarril para unir Berlín con Bagdad y abastecerse de petróleo, en circunstancias favorables debido a las relaciones amistosas que tenía el káiser Guillermo II con el Imperio Otomano, que se extendía sobre los actuales territorios de Turquía, Líbano, Siria, Irak, Arabia Saudita, Yemen, Kuwait, Palestina y Jordania; o sea, una zona con gigantescos yacimientos de “oro negro”. (El káiser también tenía buenos vínculos con el Imperio Austro-Húngaro, por donde debía pasar parte del ramal ferroviario, lo que facilitaba la concreción del proyecto.) En cambio, los británicos podían acceder al petróleo, exclusivamente, mediante importaciones por mar, con los mayores costos que ello implicaba, desde México y los Estados Unidos.

El proyectado ferrocarril quedaría fuera de la órbita de control de Londres, que tenía casi el monopolio de los océanos con su eficiente flota, para ese entonces la más poderosa del mundo. Por otra parte, Alemania obtendría el fluido a costos bajos, en relación con los valores que se deberían pagar por traslados marítimos, condición insalvable a la que estaban sujetas las importaciones de los ingleses.

La construcción de la infraestructura férrea impulsada por los alemanes se había iniciado en 1903 y contemplaba, además, un estratégico puerto en el Golfo Pérsico. Estos planes resultaban intolerables para los británicos, que veían en dicho proyecto el seguro crecimiento económico del imperio alemán, en detrimento de Gran Bretaña.

Para detener el desarrollo de Alemania había que planear una guerra, y

así se hizo. La diplomacia británica trabajó con discreción, y con la eficiencia que siempre la caracterizó, para crear el clima necesario, con la finalidad última de que se desatara un gran conflicto. Se establecieron las alianzas con varios países, se preparó una estrategia y se la implementó.

La causa inmediata, es decir, el pretexto para el inicio de las hostilidades — que debía enfrentar a Austria-Hungría con Serbia—, fue el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Habsburgo, heredero del trono Austro-Húngaro, que fue cometido en Sarajevo, el 28 de junio de 1914, por Gavrilo Princip.

El asesino, un nacionalista serbio, era miembro del grupo Joven Bosnia, que estaba manejado por la organización terrorista Mano Negra, una secta también conocida como Organización o Muerte. Los serbios pretendían tener una patria independiente que surgiera de la unificación de Serbia con Bosnia, esta última bajo jurisdicción del Imperio Austro-Húngaro.

Mano Negra fue infiltrada indirectamente por agentes británicos con el objetivo de incitar a los integrantes del grupo a crear un incidente de tal magnitud que permitiera justificar el inicio de una guerra. De este modo, las exigencias nacionalistas de los serbios — motivo de sus acciones terroristas— fueron, sin que ellos lo supieran, funcionales a los objetivos británicos de desatar un enfrentamiento a gran escala.

Debido al mecanismo de alianzas establecidas, la guerra involucró a unos treinta países, lo que generó el conflicto bélico más grande que conoció la humanidad hasta aquel momento. Para los británicos fue importante conseguir el ingreso de Rusia en la guerra — lo hizo a regañadientes, obligada por los acuerdos diplomáticos de ayuda recíproca preexistentes— para debilitar el gobierno del zar Nicolás II que, tal como se vio, aspiraba a un proceso de industrialización de su país.

Al inicio de las hostilidades, Rusia formaba parte de la Triple Entente, junto a Francia e Inglaterra, bloque que enfrentó a la Triple Alianza, integrada por Alemania, Italia y el Imperio Austro-Húngaro. El ejército ruso, conformado por quince millones de soldados, se encontraba deficientemente armado y estaba mal dirigido — incluso se denunciaban traiciones de sus generales—, lo que en el campo de batalla le significó severas derrotas contra Alemania, llegando a perder la tercera parte de sus efectivos (murieron cinco millones de hombres de la fuerza zarista). Con el arranque de la conflagración, la industria de las armas — que empezó a facturar millones— estaba feliz y también los banqueros, que comenzaron a otorgar créditos a los países en conflicto.

Los empresarios y la guerra

Al estallar la guerra, el banquero Morgan fue designado agente exclusivo del gobierno de los Estados Unidos para la venta de armas y municiones a países extranjeros. Y los DuPont — que manejaron muchos negocios junto con los Morgan— pudieron ganar, gracias al primer gran conflicto bélico, millones de dólares mediante la industria de los explosivos.

DuPont tenía historia en ese ramo. Ya le había vendido armas y municiones al ejército norteamericano que invadió México en 1846, época desde la cual su industria armamentista tuvo carácter de monopolio. (Durante el siglo XX acumularía más y más utilidades merced a la Segunda Guerra Mundial, así como por los conflictos de Vietnam y Corea. DuPont es tristemente célebre también por haber sido la industria que creó las bombas incendiarias de napalm.)

Con la Gran Guerra (1914-1918) los magnates norteamericanos vieron

aumentar sus ganancias de manera sorprendente. Las utilidades comenzaron a crecer en forma vertiginosa. Hubo hasta quienes no escondieron esa inmoral felicidad por las ganancias que redituaban para sus industrias las tragedias del conflicto. Por ejemplo, Isaac Guggenheim — magnate de los metales y de las piedras preciosas— en 1917 declaró a la prensa:

> Mientras más se prolongue esta guerra en Europa, más serán los beneficios para nosotros. En breve tiempo, los problemas bélicos harán de los Estados Unidos el centro financiero del mundo y cambiaremos nuestra situación de deudores por la de acreedores del mundo.[2]

Durante la guerra en Europa, en 1915, se creó la American International Corporation (AIC), con sede en Nueva York, integrada por intereses de J. P. Morgan, con participación del National City Bank, de James Stillman, y acciones de los Rockefeller (las familias Rockefeller y Stillman se relacionarían mediante varias uniones matrimoniales). El objetivo declarado de la corporación fue el de “desarrollar empresas locales y extranjeras”, “extender las actividades norteamericanas hacia fuera del país” y “promover los intereses de banqueros, comerciantes e ingenieros norteamericanos y extranjeros”. Las metas estaban muy claras, y el éxito a la vuelta de la esquina.

El pretexto del Lusitania

Cuando ingleses y norteamericanos decidieron que los Estados Unidos ingresaran en la guerra — a pesar de las promesas del presidente Wilson de que la nación mantendría la neutralidad— se creó el incidente del buque *Lusitania*. Se trataba de un lujoso transatlántico norteamericano de

doscientos cuarenta y un metros de eslora que, junto con su gemelo *Mauritania*, era por entonces la nave más grande del mundo.

Los Estados Unidos vendieron el navío a los ingleses, y entonces la embajada alemana en ese país advirtió a los norteamericanos — en avisos publicados en cincuenta diarios estadounidenses— que no viajaran en el mencionado transatlántico ya que, al tener ahora el pabellón británico, podía ser hundido por la armada germana, en especial si no respetaba las normas internacionales. Los avisos decían:

> A los viajeros que proyecten embarcarse en una travesía por el Atlántico, se les recuerda que existe estado de guerra entre Alemania y Gran Bretaña, y que los barcos de bandera británica pueden ser destruidos. Los pasajeros que viajen por la zona de guerra en barcos de Gran Bretaña o de sus países aliados, lo harán bajo su propia responsabilidad.

A pesar de esta advertencia, ciento ochenta y ocho ciudadanos norteamericanos reservaron pasajes a bordo del *Lusitania*, que partió el 1º de mayo de 1915 de Nueva York con rumbo a Liverpool. Zarpó en violación a las leyes internacionales, ya que la nave, un transporte civil, llevaba a bordo cuatro mil cajas de municiones y diversos materiales de guerra destinados a Gran Bretaña, que no constaban en la declaración de carga. Además, el buque iba armado con doce cañones camuflados y cargas de profundidad.

Antes de que partiera, el servicio de espías de Alemania había detectado dicha carga y, a su vez, el espionaje anglonorteamericano supo que los germanos se habían dado cuenta de la existencia de armas y municiones a bordo. En realidad, la idea de los Aliados era precisamente que sus enemigos supieran que el *Lusitania* llevaba armamentos y explosivos.

El jefe del almirantazgo británico, Winston Churchill, se reunió con lord Fisher, jefe de la Marina, y con varios expertos en inteligencia naval para

analizar las consecuencias probables del hundimiento del transatlántico con pasajeros norteamericanos a bordo.

Por su parte, el rey Jorge V concedió una audiencia al coronel Edward House, enviado especial del presidente Wilson. Durante la entrevista, el monarca le preguntó al militar norteamericano: “¿Qué haría América si los alemanes hundieran el *Lusitania*?”.

Churchill mantenía un contacto fluido con el secretario de Marina de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt —luego, en la Segunda Guerra, ambos dirigirían los destinos de sus países—, y los dos estaban de acuerdo con la necesidad de que los norteamericanos entraran en guerra.

Los británicos en el mar tenían una superioridad naval de dos barcos a uno sobre los germanos, y en este caso estaba previsto que el destructor inglés *Juno* escoltara al transatlántico cuando éste ingresara en aguas europeas. Pero, a pesar de las advertencias públicas de los germanos sobre un posible ataque al *Lusitania*, y el blanco fácil que el buque representaba para los submarinos alemanes, la nave fue dejada sin escolta. Para el escritor Colin Simpson, así como para varios investigadores, el almirantazgo británico quitó toda escolta al *Lusitania* adrede, para facilitar que fuera atacado con éxito.[3]

Así, sin ningún tipo de protección, el navío de pasajeros ingresó en aguas europeas y fue agredido por el submarino U-20 cuando se encontraba a diez millas de la costa meridional de Irlanda. Berlín sabía que el ataque podía significar un pretexto para que los Estados Unidos entraran en la guerra, sin embargo — confiando los alemanes que esto no pasaría—, igual se autorizó la ofensiva contra la nave.

El submarino alemán lanzó un torpedo y se escuchó su explosión contra el casco del barco, pero además hubo otra como consecuencia del

estallido de los explosivos que se encontraban en la bodega. Murieron ahogadas más de mil doscientas personas.

Si bien el ataque — que mató a ciudadanos norteamericanos— ocurrió en 1915, Wilson optó por la conveniencia de mantener la neutralidad, ya que ese año se encontraba en plena campaña electoral, de cara a los sufragios de 1917 en los que resultaría reelegido.

Ganadas las elecciones, dos años después del incidente, tomó el ataque al *Lusitania* como argumento, entre otros, para que los Estados Unidos entraran en la guerra, lo que así ocurrió. Obsérvese que Washington utilizó como excusa un hecho ocurrido un par de años antes y que, de los cuatro años que duró la Gran Guerra, participó activamente casi un solo año. (Al igual que en la Segunda Guerra, los Estados Unidos ingresaron en la última fase del conflicto, dejando que el "gasto" humano y de recursos lo hicieran primero los otros países.)

El gobierno británico prohibió hasta tiempos recientes que el casco del *Lusitania*, hundido a sólo noventa metros de profundidad, fuera alcanzado por buzos. Cuando esto fue posible se comprobó que en la zona de la proa, donde impactó el torpedo, hay un gran agujero pero que la chapa del caso está retorcida hacia fuera, lo que muestra que la principal razón del tamaño del boquete fue la detonación que se produjo por los explosivos que transportaba.

La bélica Wall Street

A principios del siglo XX los grupos económicos con base en Wall Street se convirtieron en los más poderosos del globo, lo que significó que el centro financiero del mundo se desplazara definitivamente de Gran

Bretaña a los Estados Unidos.

Ellos concibieron el planeta como una unidad para hacer grandes negocios, y para lograrlo elaboraron estrategias que se aplicaron con éxito durante años. Así, con el peso del dinero, manejaron el poder y lo ejercieron para imponer a los políticos los criterios y las formas de gobernar, teniendo como primer objetivo acrecentar sus utilidades.

Desde Wall Street se internacionalizó la economía y se comenzó a manejar la política mundial, con la consigna de que el fin justifica los medios.

En ese sentido, hoy sabemos que firmas de Wall Street, incluyendo la Guaranty Trust de Morgan, estuvieron históricamente involucradas en actividades bélicas, terroristas y de sedición, entre otras acciones clandestinas realizadas en distintas naciones.

La Primera Guerra Mundial, como se dijo, fue un gigantesco negocio para la industria bélica, que desarrolló nuevas técnicas para matar, lo que incluía armas de distinto tipo tales como fusiles de repetición y ametralladoras. También por primera vez se dio una guerra biológica y química, ya que se usaron gases venenosos. Se fabricaron tanques, dirigibles y aviones, y se perfeccionó el transporte motorizado.

Desde lo político cayeron los imperios: el Otomano — que se redujo solamente al territorio de Turquía—, el Austro-Húngaro — aparecieron en su lugar las repúblicas de Austria, Hungría, Checoslovaquia y Bulgaria—, el Ruso — la caída de la dinastía de los zares daría paso al comunismo y luego a la Unión Soviética— y el Alemán, cuya desintegración significó el nacimiento a la República de Weimar (los anglonorteamericanos diseñaron un nuevo mapa).

Paralelamente, la banca financiera hacía colapsar la dinastía china y

entronizaba a Sun Yat-sen, quien instauró una república socialista, predecesora del comunismo en esa nación de Oriente. La caída de estos imperios significó arrebatar el poder concentrado en manos de los monarcas — un objetivo que las logias secretas, en especial las emplazadas en Londres, habían conseguido por primera vez en la Revolución Francesa— para permitir así, con regímenes más débiles, la explotación de los recursos de esos territorios y otros negocios. Siguiendo esa lógica, Wall Street tuvo claro que era más fácil imponer sus criterios a repúblicas frágiles que a las monarquías imperantes, si estas últimas eran contrarias a sus designios, y de ahí que se impulsara su desaparición.

Con un rey en contra — como era el caso del zar Nicolás II en Rusia— no hay muchas posibilidades de hacer negocios y apropiarse de los recursos naturales de determinado imperio. La otra opción fue, cuando las circunstancias así lo ameritaban, imponer y sostener dictadores leales, como, por ejemplo, Adolf Hitler. No se trata de ideología sino de practicidad y ejecutividad para hacer los negocios. Por otra parte, la Primera Guerra detuvo el crecimiento de Alemania — tal como con fría lógica se había calculado desde los círculos financieros de Londres—, y las sanciones que se les aplicaron a los germanos — cuantiosas indemnizaciones de guerra y restricciones a la producción, entre otras medidas— paralizaron por años su promisoria industrialización. Esta situación, humillante para Alemania, sería luego el sustrato del principal argumento utilizado por Hitler para justificar los métodos y objetivos del nazismo.

Frustración

Al terminar la guerra, la gente esperaba el nacimiento de una nueva etapa que, caracterizada por la paz, llevara prosperidad a los pueblos, tal como lo presagiaban los discursos de los políticos. En primer lugar se debía pensar en reconstruir las zonas destruidas.

> A este fin, el gobierno inglés creó un Ministerio de Reconstrucción, cuyo objeto sería planear un nuevo y más generoso orden social, mejores condiciones para el trabajo, mejores viviendas, una instrucción pública más extensiva, una revisión total y científica del sistema económico. Esperanzas semejantes de un mundo mejor sostenían a los soldados de Francia, de Alemania, de Italia.[4]

Pero, a decir del historiador H. G. Wells en su obra *Esquema de la historia universal*:

> [...] los ricos y los aventureros, y particularmente los nuevos especuladores de la guerra, tramaban sus planes para impedir que algunas nuevas ramas de actividad creada por la guerra, como las comunicaciones aéreas, por ejemplo, quedasen en poder del Estado, y para recobrar las fábricas, arsenales, ferrocarriles, servicios públicos y comercios de materias primas de manos de la comunidad, asegurándose a este efecto la prensa y los partidos políticos.

Así, mientras la gente esperaba el nacimiento de una era de bienestar, los grupos de poder se repartían los negocios de la posguerra:

> En todas partes, fuerza es confesarlo, una vez concluida la guerra, los respectivos gobiernos se apresuraron a liquidar todas las empresas públicas remuneradoras a favor de los especuladores privados... A mediados de 1919 las masas obreras hallábanse en todo el mundo evidentemente desilusionadas y de pésimo humor. El Ministerio de Reconstrucción inglés y sus equivalentes extranjeros eran denunciados como una franca impostura. El pueblo, el trabajador, comprendió que, una vez más, había sido estafado.[5]

El panorama de posguerra se caracterizó por la falta de viviendas, ya que a las empresas privadas — ocupadas en hacer grandes contratos con

los gobiernos, en especial de obra pública para reconstruir la infraestructura destruida— no les resultaba redituable ese tipo de construcciones, con lo cual los precios de los alquileres treparon a las nubes. Los especuladores acumulaban mercaderías en los depósitos mientras faltaba comida en los sectores populares. La moneda estaba dislocada mientras el capital privado aprovechaba la oportunidad para hacer excelentes negocios financieros. Esta situación favoreció que la ideología comunista se propagara rápidamente en varios países europeos, como, por ejemplo, Italia, Francia y Alemania.

Tratado de Versalles

Los Aliados, en su carácter de vencedores, celebraron una Conferencia de Paz en París, en 1919, crearon la Liga de las Naciones y elaboraron el Tratado de Versalles, que se firmó el 28 de junio de ese año. El acuerdo impuso a Alemania importantes compensaciones por los daños causados y medidas restrictivas. Esa nación fue desarmada, y el servicio militar obligatorio, abolido. Los puertos germanos quedaron abiertos a los Aliados, sin que fuera necesario pedir permiso para atracar. Los alemanes debieron resignar todas sus colonias sin excepción, las que fueron repartidas entre Francia y el Imperio Británico. Además, Alemania sufrió una pérdida territorial importante, ya que vastas extensiones (el 13 por ciento de su superficie) se dieron a Francia, Polonia y Checoslovaquia. Por otra parte debió ceder su flota mercante y se comprometió a suministrar, durante diez años, más de cuarenta millones de toneladas de carbón a los Aliados, entre otras “reparaciones”. El valor de las compensaciones que debió pagar Alemania al bando vencedor fue

establecido en la Conferencia de Londres, en 1920, donde se determinó la suma de ciento cuarenta mil millones de marcos oro (que superaba con creces las reservas alemanas).

El Tratado de Versalles — diseñado para preservar la paz al imponerle restricciones al gobierno de Berlín—, en realidad, provocó la humillación de generaciones de alemanes, y su aplicación sería el caldo de cultivo del resentimiento y de un deseo de revancha, especialmente, para recuperar el territorio nacional perdido.[6]

Cuando terminaba la Primera Guerra, el presidente Woodrow Wilson reunió a personalidades destacadas para analizar la situación mundial, a los efectos de que se propusieran acciones y políticas que favorecieran a los Estados Unidos y a sus empresas. Así quedó formado el grupo The Inquiry (La Investigación), con la coordinación del coronel Edward Mandell House, constituyéndose en una "comisión secreta para recabar, organizar y presentar, para consumo político, todo lo que resultase necesario conocer acerca de Europa tras la Gran Guerra".[7]

> [The Inquiry] reclutó a grandes y prestigiosos académicos de los Estados Unidos, entre ellos, Frederick Jackson Turner de la Universidad de Harvard, William E. Dodd de la Universidad de Chicago, Samuel Eliot Morrison y Charles Seymour de la Universidad de Yale. El coronel House nombró como director de The Inquiry a Isaiah Bowman, un importante geógrafo y geopolítico, quien entre 1915 y 1938 se desempeñaría como presidente de la American Geographical Society, convirtiéndose luego en presidente de la prestigiosa Johns Hopkins University entre 1935 y 1948.[8]

El secretario del grupo fue el periodista Walter Lippmann, cofundador del periódico *The New Republic*, y entre los hombres de inteligencia se encontraba Allen Dulles, personalidad destacada que manejaría el espionaje de los Estados Unidos hasta épocas recientes. (En 1932, Dulles conoció a Hitler y, durante la Segunda Guerra Mundial, negoció en secreto

un pacto entre los norteamericanos y los nazis. Al terminar el conflicto, fue uno de los fundadores de la Central Intelligence Agency, CIA, y director de ese organismo hasta 1961.) The Inquiry se fusionó con otro grupo, que informalmente se autodenominaba Council on Foreign Relations, creado en junio de 1918 por financistas y abogados, y presidido por Elihu Root, quien luego fuera secretario de Estado del presidente Theodore Roosevelt. Durante las negociaciones de posguerra, en especial las realizadas en París en 1919, las delegaciones británicas y norteamericanas formalizaron la creación y presentación en sociedad del British (luego *Royal*) Institute of International Affairs, con sede en Londres, y del Council on Foreign Relations, ubicado en Nueva York. Ambos trabajaron recopilando información, analizando la realidad y diseñando propuestas que serían implementadas por los gobiernos en acuerdo con los grandes bancos y empresas, delineando con su influencia las características de un mundo nuevo cuyas sociedades cambiarían radicalmente — de la mano de las modificaciones de las estructuras políticas, así como de los avances industriales y tecnológicos— al ser penetradas por un sistema económico internacional que, en sus primeros pasos hacia la globalización — aunque todavía no se mencionaba ese término, sí se pensaba en una estructura mundial unificada—, impondría sus condiciones a todos los países del planeta.

Liga de las Naciones racista

Como consecuencia de los trabajos de The Inquiry, se fue delineando la necesidad de crear una entidad supranacional de modo tal que, si se tenía el control de ésta, se podría manejar al conjunto de los países miembros.

Así surgió la Sociedad de las Naciones, antecesora de la ONU (Organización de las Naciones Unidas), que dibujó el nuevo mapa del mundo al avalar la creación de Estados nacionales, legitimando nuevas fronteras tras la desintegración de los imperios Ruso, Alemán, Otomano y Austro-Húngaro, objetivos ya previstos por los cerebros del Council on Foreign Relations.

La primera asamblea de la Sociedad de las Naciones — cuya creación había sido enunciada en el Tratado de Versalles firmado en 1919— se realizó el 15 de noviembre de 1920 en Ginebra, con la presencia de cuarenta y dos países. Si bien el presidente Wilson fue el impulsor de la creación de la entidad, los Estados Unidos nunca participaron como miembro pleno — el país sí estuvo presente en los organismos afiliados— porque el Senado estadounidense no ratificó el tratado mencionado.

Sin embargo, a pesar de la ausencia formal de la nación del norte, los grupos de poder anglonorteamericanos usaron su influencia para lograr que las decisiones adoptadas por la Sociedad de las Naciones fueran funcionales a Washington y a Londres. En el flamante organismo supranacional, además de un direccionamiento de la política y la economía, también se impuso un criterio ideológico y filosófico de alto contenido racista. Por ejemplo, durante las reuniones realizadas para la creación de la Sociedad, los Estados Unidos oficialmente mantuvieron la concepción de la división de razas como un dogma. Incluso, durante las primeras sesiones de la entidad, fue “infortunada la negativa de los americanos para aceptar la demanda de los japoneses para el reconocimiento de una igualdad racial”.[9] A tal punto estaban convencidas las autoridades de la existencia de las razas superiores que el tema era debatido en un foro internacional.

Para ese entonces un cabo del ejército alemán que había peleado en la primera guerra, Adolf Hitler, veía con admiración la postura racista de los gobernantes de los Estados Unidos. Por eso, años más tarde escribiría:

> Al prohibir terminantemente la entrada en su territorio de inmigrantes afectados con enfermedades infectocontagiosas y excluir de la naturalización, sin reparo alguno, a los elementos de determinadas razas, los Estados Unidos reconocen en parte el principio que fundamenta la concepción racial del Estado Nacionalsocialista.[10]

En ese sentido, debe mencionarse que, en 1909, John D. Rockefeller había creado la Fundación Rockefeller, y hacia 1929 ya había transferido a las cuentas de esa organización no gubernamental unos trescientos millones de dólares, provenientes de las ganancias que le proporcionaba la Standard Oil Company de Nueva Jersey (ahora Exxon). La fundación citada creó una especialidad conocida como Genética Psiquiátrica y, además, reorganizó la enseñanza médica en Alemania. Para ello fundó y dirigió el Kaiser Wilhelm Institute for Psychiatry (Instituto Káiser Guillermo para Psiquiatría) y el Kaiser Wilhelm Institute for Anthropology, Eugenics and Human Heredity (Instituto Káiser Guillermo para Antropología, Eugenesia y Herencia Humana). El presidente ejecutivo de estas instituciones fue el psiquiatra fascista suizo Ernst Rudin, asistido por Otmar Verschuer y Franz J. Kallmann. En 1932, el movimiento "Eugenesia", conducido por británicos, designó al doctor Rudin como presidente de la Federación Eugenésica Mundial. Ese movimiento reclamaba la matanza o la esterilización de las personas cuya herencia las convertía en una "carga pública", metas que serían legalizadas a partir de la sanción de las denominadas leyes raciales que se aplicarían en varias naciones.

Los Estados Unidos fueron el primer país en legislar en la materia y en

emprender programas de esterilización forzosa, con propósitos eugenésicos. Más de sesenta y cinco mil personas fueron esterilizadas en treinta y tres estados norteamericanos, cuyos gobiernos implementaron programas estatales de cumplimiento obligatorio.[11] (Cuando fue juzgado, el médico nazi Karl Brandt — jefe del proyecto de ejecución de personas discapacitadas en el Tercer Reich— explicó que ese programa alemán se había basado en experiencias realizadas en los Estados Unidos a partir de 1907.)

Según los eugenetistas norteamericanos, la presencia de negros en los Estados Unidos había "obligado muy tempranamente a la población blanca a recurrir a un programa sistemático de mejora de la raza", que luego sería copiado y superado, en "eficiencia", en la Alemania nazi.

El folleto "The International Jew" (1920), con cuatro entregas en serie al público, del magnate Henry Ford — con un antisemitismo explícito, en el marco de la teoría de la superioridad de la raza aria—, causó un gran impacto en Alemania. Traducido en 1921 al alemán, fue una de las principales motivaciones de la política racial del Partido Nacional Socialista Alemán (NSDAP) de Adolf Hitler.

Ayuda para Alemania

En 1923, Alemania demoró el pago de las indemnizaciones previstas en el Tratado de Versalles, en especial las cuotas correspondientes a Francia, lo que motivó que ese país invadiera la zona alemana del Ruhr para obligar a Berlín a cancelar lo adeudado. Esto agravó la crisis que padecía Alemania, con una hiperinflación galopante y una desocupación que alcanzaba niveles sin precedentes.

A fines de ese año, se conformó un “Comité de Expertos de la Comisión Aliada de Reparaciones” presidida por el banquero, y luego vicepresidente de los Estados Unidos, Charles Dawes, integrante del Council on Foreign Relations.

El “Plan Dawes” — aceptado por los franceses que se retiraron del Ruhr en 1925— impuso un nuevo régimen de pago a los germanos, a la vez que les otorgó una serie de préstamos. Es interesante saber que esas sumas se utilizaron en gran parte para crear y consolidar las gigantescas industrias químicas y del acero IG Farben y Vereinigte Stahl werke, respectivamente. Estas empresas ayudaron a que Hitler llegara al poder en 1933 y, además, produjeron gran cantidad de materiales de guerra alemanes que serían luego usados durante la Segunda Guerra Mundial. Así que los préstamos procedentes de los Estados Unidos fueron utilizados con esos fines, a sabiendas de los banqueros norteamericanos. Por otra parte, la deuda contraída por Alemania significó, en Wall Street, la emisión de bonos que proporcionarían ganancias especulativas a los bancos involucrados.

Durante esos años, Alemania sufría una convulsión política que alcanzaría su clímax con el conato de golpe de Estado — denominado el “Putsch de la Cervecería”, por haberse realizado las reuniones previas en el bar Hofbräuhaus— que fuera liderado por Adolf Hitler el 9 de noviembre de 1923. El intento fue abortado, y Hitler terminó en la cárcel, circunstancia que sería funcional a sus planes, ya que se acrecentaría su fama como líder dispuesto a revertir la situación de su país, empezando por desconocer el pago de las indemnizaciones impuestas por los Aliados.

Hacia 1929, para alivianar el pago de las reparaciones de guerra que Alemania debía hacer a sus vencedores, los Estados Unidos elaboraron

una nueva reestructuración de la deuda. La iniciativa fue presentada por Owen Young, delegado de la banca Morgan, quien también había trabajado en el diseño del Plan Dawes. Para ese entonces, el denominado Comité Aliado de Reparaciones tenía como representantes de los Estados Unidos al citado Young, a J. P. Morgan y a Thomas Lamont, tres famosos hombres de Wall Street.

El Plan Young — que le daba a Alemania un plazo de más de cincuenta y ocho años para pagar veintiséis mil trescientos cincuenta millones de dólares y que establecía un banco internacional para manejar esos depósitos— fue aprobado durante una conferencia de los países vencedores, realizada en La Haya en enero de 1930.[12] Pero al año siguiente, debido a las consecuencias de la Gran Depresión, el presidente norteamericano Herbert Hoover propuso una moratoria de un año para los pagos del Plan Young.

En 1932, en la Conferencia de Lausana (Suiza), los representantes de Gran Bretaña, Francia, Italia, Bélgica y Japón, inducidos por los Estados Unidos, acordaron no exigir a Alemania pagos inmediatos. También estuvieron de acuerdo en reducir el endeudamiento en un noventa por ciento y requerir a Berlín la emisión de bonos por el pago de la deuda, reduciendo las obligaciones pendientes a setecientos trece millones.

Es interesante destacar que los miembros y consejeros de las Comisiones Dawes y Young eran hombres asociados con las entidades financieras de Nueva York, y además fueron directivos de empresas que pertenecieron a los cárteles alemanes que ayudaron a Hitler. También hoy se sabe que existió un consenso de ideas y cooperación entre Hjalmar Schacht — presidente del Reichsbank en la Alemania nazi y ministro de Economía entre 1934 y 1937— y la banca Morgan, mediante una

intervención y gestiones realizadas por el mismo Young. Estos acuerdos eran:

> [...] sólo una faceta de un inmenso y ambicioso sistema de cooperación y la alianza internacional para el control mundial... Este sistema feudal funcionó en los años veinte, como funciona hoy, a través de los banqueros centrales privados que en cada país controlan el suministro de dinero nacional de las economías individuales... En los años veinte, el Sistema de la Reserva Federal de Nueva York, el Banco de Inglaterra, el Reichsbank en Alemania, y el Banque de France influían indirectamente el aparato político de sus países respectivos, a través del control del suministro de dinero y la creación del ambiente monetario. La influencia más directa fue realizada proporcionando fondos a políticos, o retirando el apoyo a políticos y partidos políticos.[13]

En los años treinta, la entidad clave para ese sistema internacional, de control político y financiero, era el Banco para los Pagos Internacionales (BIS) de Basilea, Suiza. Conocido como el "ápice del sistema", de acuerdo con el investigador y profesor de historia Carroll Quigley, el BIS lideraba un plan "para crear un sistema mundial de control financiero, en manos privadas, capaz de dominar el sistema político de cada país y la economía del mundo como un todo".[14]

En secreto, "el ápice BIS continuó su trabajo durante la Segunda Guerra Mundial como el medio a través del cual los banqueros, o quienes al parecer estaban en guerra entre sí, continuaron un intercambio mutuamente beneficioso de ideas, información, y planeando el mundo de posguerra".[15]

Poco tiempo después de que accediera al poder como canciller, en 1933, Hitler rechazó de plano el pago de la deuda impuesta por el Tratado de Versalles y concretó así sus promesas electorales. El jefe nazi sería ayudado desde la nación del norte —tal como se verá más adelante— hasta alcanzar el poder en una Alemania que se encontraba débil y totalmente quebrada.

Producto de su astucia, y un fuerte financiamiento, comenzó una carrera política que lo llevaría a no detenerse hasta llegar a ser el hombre más poderoso de Europa. Los nazis — apelando al orgullo de sus compatriotas y planteando una postura nacionalsocialista para levantar a Alemania de sus cenizas— fueron creciendo y se convirtieron en una de las principales fuerzas políticas. Mediante una serie de acuerdos, con hábil estrategia y con un inteligente aparato de propaganda funcionando a pleno, Hitler ahora era canciller y estaba muy cerca de convertirse en el Führer.

Amigos ingleses

Hitler reclamaba que quedaran sin efecto todas las limitaciones y sanciones impuestas al Estado alemán como consecuencia del Tratado de Versalles. Alemania necesitaba recuperar el territorio que había perdido tras la derrota padecida en la Primera Guerra Mundial y, además, exigía no tener restricciones respecto de su industria y su capacidad militar, ya que el convenio citado — que impuso duras sanciones a los perdedores— le impedía rearmarse. Hitler, cuya figura política continuaba creciendo día a día, avanzaría en esa dirección, más allá de la opinión de Londres y del papel dubitativo de la Sociedad de las Naciones (que dejaba en evidencia ser una organización incapaz de hacer cumplir los acuerdos internacionales alcanzados).

Las principales pretensiones del jefe nazi eran poder rearmar a Alemania, llevarla a una condición equiparable a la de cualquier otro país y, además, anexionar al Reich toda Austria y los Sudetes, una región que estaba en poder de Checoslovaquia.

El obstáculo para conseguir la aprobación del gobierno inglés a esos reclamos — que debían ser llevados a discusión en el seno de la Sociedad de las Naciones— era la relación diplomática de los británicos con Francia, un aliado de la Primera Guerra. Los franceses eran renuentes a conceder un solo centímetro a las demandas de Hitler.

La intransigencia francesa contrastaba con las ideas de sectores influyentes británicos. Algunos eran claramente pro alemanes. Otros pensaban que llegar a algún acuerdo con Hitler — o sea, hacer concesiones dejando en letra muerta las restricciones impuestas a Alemania— sería la forma de detenerlo, al menos por un tiempo, ya que se vislumbraba que a corto plazo podía estallar un nuevo conflicto bélico a gran escala.

La derecha inglesa veía en los nazis una contención de los bolcheviques en Europa, ya que el comunismo año a año aumentaba su poder, como por ejemplo en Francia, donde en 1936 llegó al gobierno el Frente Popular de Izquierda, apoyado por los comunistas. Un año antes, la firma de un pacto militar entre ese país y la Unión Soviética había generado en Inglaterra un sentimiento favorable a Hitler.

Entre los miembros de la aristocracia británica que en los años treinta bregaban por afianzar la relación entre Londres y Hitler, se encontraban el duque de Buccleuch, el marqués de Lothian, el vizconde de Rothermere, el duque de Bedford, el laborista y par vitalicio del reino lord Allen de Hurtwood, lord Londonderry — que se desempeñara como ministro del Aire—, lord Mount Temple, lord Brocket, lord McGowan, lord Mottistone y el conde de Glasgow, entre algunos personajes influyentes de la alta sociedad. También apoyaban un acercamiento con Berlín varios británicos destacados de la alta burguesía y militares vinculados con el Partido

Conservador, así como algunos medios de prensa.

En Londres sesionaba la Asociación Anglo-Alemana, que reunía a profesionales, empresarios y funcionarios deseosos de mantener relaciones con los germanos. La sucesora de la asociación mencionada, a partir de 1935, fue la Hermandad Anglo-Alemana que tenía su contraparte en la Deutsch-Englische-Gesellschaft, fundada en Berlín. El director de la entidad, conformada por importantes personajes y empresas británicas, era el ex ministro conservador lord Mount Temple. Formaban parte de ella los banqueros Ernest Tennant, F. C. Piarks, gobernador del Banco de Inglaterra, y lord Magowan, director del Midland Bank. Entre las empresas se destacaban Firth-Vickers Stainless Steel, Unilever, Dunlop, y las financieras Schroeder Lazard y el Midland Bank. Además, los directores de Imperial Chemical Industries, Tate y la Distillers Company. Legisladores, militares y reconocidos empresarios participaban activamente de la organización que, según sus estatutos, buscaba "promover el buen entendimiento entre Inglaterra y Alemania y contribuir así al mantenimiento de la paz y el fomento de la prosperidad".

Los apoyos británicos al Führer eran variados. Por ejemplo, el parlamentario sir Oswald Mosley fundó la Unión Británica de Fascistas, abiertamente pro nazi, que tenía cincuenta mil miembros activos y que contaba con un grupo paramilitar conocido, por su uniforme, como los Camisas Negras (la misma denominación que tenía la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional de los italianos fascistas y la organización SS del partido nazi alemán). En Londres, durante la misma época, también funcionaba una entidad antisemita denominada El Vínculo, creada por el ex almirante sir Barry Domvile. Estaba integrada por hombres de clase media y militares retirados. Entre sus miembros destacados se encontraban

el catedrático sir Raymond Beazley, lord Redesdale, lord Sempill y el duque de Westminster, entre otros.

Boy Scouts

En 2010, merced a que fueron desclasificados documentos del servicio secreto inglés (MI6), se supo que el fundador de los Boy Scouts, lord Baden-Powell, mantuvo contactos con representantes de Adolf Hitler, dos años antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, para analizar una posible alianza entre su organización y las Juventudes Hitlerianas (agencias EFE y AFP, 9 de marzo de 2010). Los documentos dan cuenta de los encuentros realizados entre Baden-Powell y el embajador alemán en Londres, Joachim von Ribbentrop. Simultáneamente a esas reuniones, se había registrado un incremento de “excursiones” al Reino Unido por parte de grupos de las Juventudes Hitlerianas. El espionaje británico mantuvo en observación dichas actividades, ante la sospecha de que los jóvenes nazis, con ayuda de los Scouts, trataban de reunir información sobre la infraestructura británica, así como otros datos de interés.

De acuerdo con los informes de inteligencia, ahora desclasificados, el titular de los Boy Scouts profesaba abiertamente su admiración hacia la ideología nazi y, particularmente, por las Juventudes Hitlerianas. De este sentimiento dejó constancia en 1937 en una nota interna, redactada después de una visita del dirigente nazi Hartmann Lauterbacher.

De acuerdo con la documentación del MI6, en otra ocasión, lord Baden-Powell, después de cenar con el embajador von Ribbentrop, expresó en una carta su intención de acercar a ambas organizaciones como un aporte para “mantener la paz entre las dos naciones”. El titular de los Boy Scouts

escribió:

> Él (el embajador) ve al Movimiento Scout como una poderosa agencia para lograrlo si podemos mantener lazos estrechos con el Movimiento Jugend de Alemania. Le dije que estaba totalmente a favor de cualquier medida que favoreciese el entendimiento entre nuestros países.

Baden-Powell consideraba "maravilloso" el libro *Mein Kampf* de Hitler y, de acuerdo con sus propias declaraciones, el embajador von Ribentropp lo invitó a viajar a Berlín para reunirse con el Führer, aunque no hay constancia de que esa reunión se haya realizado.

Con el marco histórico que se ha descripto precedentemente, resulta claro:

> [...] el apoyo (de los británicos) a las demandas revisionistas alemanas se compaginaba muy bien no sólo con un anticomunismo pronunciado y el convencimiento de que lo que le interesaba a Inglaterra era defender su imperio y no entrometerse en Europa, sino también con un pesimismo profundamente asentado, una tendencia racista favorable a la estirpe teutónica superior que vinculaba a Alemania con Inglaterra, y la admiración por la revitalización que había conseguido Hitler en contraste con lo que se consideraba la decadencia democrática.[16]

Revolución nazi frustrada

En 1934, el periodista comunista John L. Spivak afirmó en los Estados Unidos que los financistas de Wall Street, junto con industriales y empresarios, preparaban una conspiración para derrocar al presidente Franklin D. Roosevelt. El plan contemplaba reemplazarlo por una dictadura fascista que sería encabezada por el general Smedley Butler, hombre fuerte de las fuerzas armadas.

El año anterior —cuando Hitler se convirtió en canciller de Alemania— se había producido un intento de asesinato del presidente norteamericano,

del que resultó ileso, aunque le costó la vida al intendente de Chicago, Anton Cermak. El asesino Giuseppe Zangara fue capturado y declarado culpable, aunque se determinó que actuaba solo y no tenía cómplices. Sin embargo, corrieron rumores de que el hombre era un sicario contratado por la mafia o por banqueros de Wall Street.

El general Butler era uno de los militares más leales a su comandante en jefe, el presidente Roosevelt. Así que cuando el abogado fascista Gerald MacGuire le ofreció la oportunidad de liderar un golpe de Estado, él le pidió más información sin rechazar el ofrecimiento. La estrategia de Butler consistió en aparentar estar de acuerdo con el plan a fin de poder desbaratarlo. Así supo que existía una financiación de tres millones de dólares para llevar adelante el derrocamiento de Roosevelt, enterándose, además, de que detrás del complot estaban la corporación DuPont, la General Motors y el Banco Morgan de Wall Street.

Los golpistas le garantizaron a Butler más de un millón de hombres, así como las armas y municiones que serían suministrados por Remington, una filial de DuPont. Con toda la información del movimiento revolucionario en sus manos, Butler se reunió con Roosevelt para revelarle la trama de la conspiración.

Si bien el presidente norteamericano inicialmente pensó en detener a los dirigentes del Banco Morgan y a DuPont, reflexionó y consideró que esto provocaría un escándalo de proporciones en Wall Street, que estaba aún conmocionada por el impacto de la crisis bursátil de 1929. En definitiva, Roosevelt evaluó que si accionaba de acuerdo con derecho — o sea, si los subversivos eran detenidos— esto provocaría seguramente otra depresión económica, y no estaba en su ánimo agravar la situación de las finanzas provocando un desplome de la bolsa.

Entonces optó por filtrar la información, suministrada por Butler, a la prensa, pensando que de este modo desalentaría el intento de revolución. Los diarios, basándose en rumores y “fuentes confiables”, dieron a conocer los datos sobre la conspiración.

La posibilidad de que se estuviera preparando, con financiación de Wall Street, un golpe fascista sorprendió pero no resultó creíble. La noticia fue considerada una fantasía por la mayoría de la sociedad norteamericana. Pero al difundirse la información con datos exactos del movimiento revolucionario, la organización sediciosa se alarmó, se dio cuenta de que el presidente sabía de los preparativos y de los responsables, y esto fue suficiente para que paralizara el plan que hasta entonces era secreto.

En 1934, el Comité del Congreso sobre Actividades Anti-Americanas realizó una investigación para determinar la verdad. En ese ámbito, Butler declaró ratificando los datos publicados por la prensa y confirmó que habían intentado seducirlo para liderar el golpe de Estado. Obviamente, los representantes de las empresas, que querían financiar la revolución, negaron las acusaciones realizadas por Butler.

Después de cuatro años, la Cámara de Representantes dio a conocer su informe — de circulación restringida— sobre la trama de ese intento de golpe de Estado. Allí se informó que el comité investigador había logrado verificar todas las declaraciones hechas por el general Butler, considerándolas ciertas. “Algunas personas hicieron un intento de establecer una organización fascista en este país”, se indicó en el documento.

A pesar de haberse comprobado el intento de sedición, no se presentaron cargos contra los autores ideológicos y financistas del plan golpista, y esos industriales y hombres de negocios importantes pudieron

continuar en sus cargos. Esto ocurrió porque Roosevelt mantuvo su posición de no generar un problema con Wall Street y se abstuvo de presentar las acusaciones respectivas. Tampoco se dieron a conocer las relaciones de los empresarios golpistas con los nazis alemanes que apoyaban el movimiento rebelde en los Estados Unidos. Estos hechos fueron demostrativos del poder que tenían los grupos que financiaban la fracasada revolución en los Estados Unidos, quedaron expuestas sus intenciones y se demostró que los empresarios involucrados compartían con Hitler la misma ideología.

Rey nazi

En 1936, Inglaterra tuvo su primer rey nazi cuando fue coronado Eduardo de Windsor, a partir de ese momento Eduardo VIII, quien sucedió a su padre Jorge V. El monarca mantenía una relación amorosa con una estadounidense divorciada dos veces, Wallis Simpson, fanática como él de la ideología nacionalsocialista. La crisis estalló al anunciarse la intención del rey de casarse con Simpson, una dama a quien muchos veían como una “cazafortunas”.

Como cabeza de la Iglesia Anglicana, el rey inglés no podía contraer matrimonio con una divorciada mientras su ex marido siguiese vivo, tal como ocurría en ese caso.

En ese entonces las “disputas pedantes acerca del devocionario, acerca de la vida privada de la señora Wallie Simpson, con quien quería casarse el rey Eduardo VIII, y trivialidades por el estilo, llenaban los periódicos y distraían la atención de los peligros que se acumulaban”.[17] Toda esta situación generó una gran polémica en el Reino Unido y el primer

ministro Stanley Baldwin lideró un movimiento político que bregó por la renuncia del monarca. Pero, al principio, Eduardo se negó tanto a separarse de su amada como a renunciar.

Finalmente, la oposición consiguió su objetivo el 10 de diciembre de 1936, cuando Eduardo VIII, quien duró menos de un año en el cargo, abdicó a favor de su hermano, Jorge VI, padre de la soberana Isabel II. A partir de ese día, el partido fascista británico, encabezado por sir Oswald Mosley, protagonizó incidentes callejeros reclamando que la renuncia real fuera sometida a plebiscito.

La caída del monarca amargó a los nazis:

> Para Hitler la abdicación el 11 de diciembre de 1936 del rey Eduardo VIII, en vista a la oposición que había en Inglaterra al enlace matrimonial que se proponía con una norteamericana divorciada dos veces, Wallie Simpson, fue una victoria de las fuerzas hostiles a Alemania. Ribbentrop (el ministro de Relaciones Exteriores del Tercer Reich) le había animado considerando que el rey era pro alemán y antisemita, y que había sido depuesto por una conspiración antialemana vinculada con los judíos, los masones y poderosos grupos de presión política.[18]

Al referirse a estos hechos, el jerarca nazi Joseph Goebbels escribió en su diario: “Es una vergüenza que (Eduardo VIII) no sea ya Rey. Con él habríamos podido llegar a una alianza”.

Tras la abdicación, Eduardo se casó en 1937 con Simpson y a partir de entonces manifestó sin inhibiciones sus simpatías por la Alemania nazi. Luego partió a Italia, junto a su mujer, donde se entrevistó con Benito Mussolini y después ambos recorrieron Alemania. Durante el “tour” visitaron un cuartel de las SS en la Pomerania y se reunieron también con Hitler. Tiempo después, cuando comenzó la guerra, el ex rey, a pesar de su marcada inclinación ideológica, insólitamente fue designado por su país como oficial de enlace entre ingleses y franceses en París. En Francia,

mientras cumplía esas funciones, pero con el corazón puesto en Berlín, tomó nota de datos estratégicos; por ejemplo, las defensas establecidas en la frontera con Alemania, información confidencial que, como era obvio de esperar, luego trasmitió a la inteligencia nazi.[19]

En 2006, la casa Mullock Madeley subastó una carta escrita por el ex primer ministro británico Stanley Baldwin, en la que describe a Hitler como un "hombre extraordinario", que ha conseguido "grandes logros". La carta está dirigida a un amigo del político conservador, y fue escrita en 1936. "Al igual que tú, reconozco los grandes logros (de Hitler) desde su toma de control en ese agitado país", escribió Baldwin. El ex primer ministro —se desempeñó en ese cargo en tres ocasiones entre 1923 y 1937— reconoció que en la Alemania nazi "se persigue a los judíos", a la vez que, sobre Hitler, afirmó: "Aunque es un hombre extraordinario, debe utilizar sus dones de forma inteligente o me temo las consecuencias".

"Me parece notable que Baldwin, pese a mostrarse precavido sobre el futuro, fuera tan positivo con Hitler, aun reconociendo el sufrimiento de los judíos a manos de los nazis", opinó Richard Westwood-Brookes, experto en documentos de la casa de subastas Mullock Madeley, quien calificó de "extraordinario" el contenido de dicha carta.[20]

En 1937, cuando el Führer se armaba y proclamaba a los cuatro vientos su política racista, Churchill, en su libro *Grandes contemporáneos*, escribió:

> Uno puede estar en desacuerdo con el sistema de Hitler y sin embargo admirar sus logros patrióticos. Si alguna vez nuestro país fuese derrotado espero que encontrásemos un campeón indomable como él para restaurar nuestro coraje y conducirnos de vuelta a nuestro lugar entre las naciones.

Finalmente, antes de que empezara la guerra, el líder británico no dudó

en calificar a Hitler como “un baluarte de Occidente” contra el comunismo ruso.

En su espíritu, Churchill — así como la derecha inglesa, los nobles y los *tories*, que representan el conservadurismo— estaba más cerca de Hitler de lo que muchos suponen, aun cuando las contingencias lo llevaran a combatir a los nazis en el campo de batalla.

Las principales diferencias entre Churchill y Hitler eran de orden esotérico, ya que el primero era masón del grado 33 y afiliado, desde su juventud, a la Gran Logia Unida de Inglaterra; en tanto que el jefe nazi consideraba a los masones unos verdaderos enemigos filosóficos que, a su juicio, querían dominar el mundo para imponer un gobierno internacional. En cambio, él insistía en el concepto de la cultura nacional, directamente relacionado con el de la patria natal, que se resumía en las ideas fuerza “tierra y sangre”. Esto no era compatible con el ideal de una “fraternidad mundial” — que relativizaba el poder de las naciones— pregonado por los masones.

CAPÍTULO 4

Los mismos negocios

Les pedimos esta noche, que vayan y digan a vuestros vecinos que no compren Coca-Cola...

MARTIN LUTHER KING, 3 de abril de 1968

Esa América tan nazi

Hitler recibió ayuda de la derecha internacional, apoyos indispensables que le permitieron llegar al poder y luego gobernar levantando a Alemania de la terrible crisis que padecía como consecuencia de haber perdido la Primera Guerra Mundial. A cambio se realizaron acuerdos financieros y económicos de gran envergadura —en especial con empresarios y banqueros norteamericanos— que generarían millonarias ganancias para los grupos que apoyaron al Führer antes y durante la Segunda Guerra Mundial.

Al tratar de entender las razones del apoyo externo que recibió Hitler, se debe decir, en primer lugar, que las empresas privadas temían que el comunismo avanzara y, por esta razón, estaban dispuestas a realizar todos los esfuerzos necesarios para impedirlo. Esto era una cuestión de extrema importancia, de supervivencia.

Hoy se sabe que la Alemania nazi tuvo el respaldo de John D. Rockefeller, la General Motors, Henry Ford y Joseph Kennedy, el padre

fundador del famoso clan. Como se dijo antes, los ejecutivos anglonorteamericanos, varios de ellos xenófobos confesos, tenían una meta común con el Tercer Reich: defender la propiedad privada. Para ello era imprescindible frenar el avance de los soviéticos, y nadie mejor que Hitler para conseguirlo. En ese sentido, el famoso empresario germano Fritz Thyssen — un protagonista clave de la economía nazi— fue claro cuando, después de la guerra, señaló:

> Estoy en condiciones de decir que el rearme alemán fue fomentado en primera línea por los propios americanos, puesto que las Hermann Göring-Werke fueron construidas por americanos y toda la instalación y los equipos traídos de América. El director de estas fábricas, Sr. Pleiger, estuvo durante semanas en los Estados Unidos para visitar fábricas de armamentos allá. Además, el fundador de las fábricas de carros blindados (ubicada) cerca de Braunschweig, doctor Porsche, estuvo también en los Estados Unidos. El Sr. Ford puso a disposición del doctor Porsche sus mejores ingenieros y sus experiencias en la construcción de carros blindados. ¿Por qué sucedió todo esto? ¿Por qué América estaba convencida de que Hitler declararía la guerra a Rusia? Yo tenía en aquel entonces muy buenas relaciones con sir H. Deterding, presidente de la Royal Dutch Oil Co., y, en consecuencia, un vínculo con la embajada de los Estados Unidos, la que siempre le manifestaba que no podía comprender por qué Hitler inició la guerra a Polonia en lugar de declarar la guerra a Rusia. Los americanos deseaban la guerra contra Rusia y, en tal caso, ningún alemán hubiera sido encarcelado durante años por incumplimiento del Pacto Kellogg.[1]

Thyssen — conocido como el “Rey del Acero”— también agregó:

> [...] los juicios en Nüremberg se instrumentaron, a mi criterio, principalmente para encontrar culpables para la política bélica de Hitler. Les hubiera sido muy desagradable a los americanos tener que admitir que ellos fueron los que fomentaron en primera línea el rearme alemán porque deseaban una guerra de Hitler contra Rusia. Más que nada querían que Rusia no tuviera la impresión de que América estaba a favor de una guerra de Hitler contra Rusia.

Los Bush

Veamos ahora los más importantes aportes que le llegaban a Hitler desde el otro lado del Atlántico. Comencemos con Prescott Bush, padre de George Herbert Walker Bush, presidente de los Estados Unidos entre 1989 y 1993, y abuelo del ex jefe de gobierno de ese país, George W. Bush. Prescott era integrante de la secta Skull & Bones, citada anteriormente. Fundada en 1832 por William H. Russell, esta sociedad secreta al comienzo de sus actividades fue registrada como Asociación Russell. En ese ámbito esotérico, frecuentado por importantes personalidades, se vinculó con otros clanes familiares que ayudarían a Hitler, como ser los Harriman — dueños del holding Brown Brothers Harriman (BBH)— y los Rockefeller. Estos grupos intercedieron en Wall Street para conseguir líneas de crédito fundamentales para el crecimiento de la Alemania nazi, que siempre pensó en armarse para la guerra. Durante décadas el domicilio de Skull & Bones fue la sede de la banca Brown Brothers Harriman, en Nueva York.

Los exclusivos socios de esta sociedad, que aún perdura, buscan —entre otros objetivos— insertar a sus hijos en los máximos puestos de relevancia política, económica y social. Así tratan de consolidar la influencia del grupo en los círculos del poder mundial. La orden está conformada por una veintena de familias norteamericanas de alta alcurnia ligadas al poder, cuyo liderazgo se trasmite hereditariamente.

En 1933, la Harriman Internacional Co., uno de los grupos del BBH, firmó un convenio con Hitler que convirtió a esa compañía norteamericana en la coordinadora de las exportaciones alemanas a los Estados Unidos. También le brindaba apoyo al Führer el suegro de Prescott Bush, el empresario petrolero George Walker.[2]

En default

Para ese entonces el Estado alemán estaba fundido y el *default* en el que había caído le impedía conseguir préstamos. Debe recordarse, además, que, tal como se vio, pesaba sobre su cabeza el Tratado de Versalles, considerado humillante por los vencidos, que prohibía el rearme de Alemania luego de haber perdido la Primera Guerra Mundial. En ese contexto se puede decir:

> [...] al asumir, en 1933, Hitler había hecho entrar en *default* la deuda externa alemana, contraída, en buena medida, a raíz del Tratado de Versalles. Por lo tanto, el crédito internacional a la Alemania nazi estaba cortado. La familia Harriman y su socio Prescott Bush llevaron los arreglos en Wall Street para que, a través de F. Thyssen y Frederich Flich, gran amigo de (Heinrich) Himmler y financista directo de las "camisas negras", o sea, las SS y las tropas de asalto (SA), Hitler pudiera acceder a cierto nivel de crédito internacional, sin el cual no hubiera podido obtener las divisas necesarias para pagar las importaciones que necesitaba llevar a cabo su carrera armamentista con el fin de entrar en la guerra.[3]

La Union Banking Corp., fundada por el abuelo Bush, y la Brown Brothers Harriman, financiaron a los nazis a través del Cártel Alemán del Acero (Stahlwerke Vereinigte). En 1938, Prescott Bush — socio ejecutivo de la BBH— fue, además, responsable del préstamo concedido a Hitler que le permitía importar combustibles. Éstos eran provistos por la Standard Oil y posibilitaban abastecer a la aviación de guerra alemana.

Kennedy también

Poco antes de empezar el conflicto, los Estados Unidos nombraron embajador en Londres a Joseph Kennedy — el progenitor de John

Fitzgerald, quien sería presidente de Estados Unidos de Norteamérica a partir de 1961—, un admirador de Hitler que hizo *lobby* en Europa a favor de la causa nazi. Este Kennedy fue “el padre mafioso del clan, conocido antisemita, desinhibido militante de la causa nazi, amigo personal de los capos nazis, una vergüenza nacional”.[4]

En 1941 el presidente Roosevelt recibió un informe de Edgar Hoover, quien durante años se desempeñó como titular del Federal Bureau of Investigation (FBI), en el cual se informaba que Kennedy, junto con un operador de Wall Street de nombre Ben Smith, había realizado importantes aportes para la causa nazi. En el documento se calificaba a ambos de antibritánicos y pro nazis, asegurándose, además, que habían mantenido una reunión con el jerarca alemán Hermann Göring.[5] Durante su gestión, Kennedy se cansó de pedirle a Roosevelt que los Estados Unidos se alinearan con Alemania.

Rearme alemán

La ayuda estadounidense era clave para Hitler. Le permitió fortalecer la economía, desarrollar la industria y, fundamentalmente, comenzar a armar a los nazis, violándose así el Tratado de Versalles a sabiendas de americanos e ingleses.

No fue de un día para el otro que Alemania se rearmó y se preparó formidablemente para una guerra a gran escala. Esta situación de ebullición en Berlín era conocida en el exterior, y Hitler pudo avanzar en la escala armamentista, contraviniendo el mencionado acuerdo, debido a la tácita complacencia de sus amigos extranjeros.

Debe mencionarse que, tal como se dijo antes, en ese entonces también

tenía asistencia desde el continente joven, y de los mismos grupos empresarios, Benito Mussolini, el líder de la Italia fascista. En tanto, Francisco Franco, el dictador español, “recibía la bendición del Vaticano y, lo que es un hecho de fundamental importancia en la situación actual, la simpatía efectiva de los elementos reaccionarios de los gobiernos británico y francés”.[6]

Precisamente fue un avión inglés, que partió de Londres financiado por el diario monárquico *ABC*, el medio que le permitió a Franco ser transportado, en forma secreta, desde las islas Canarias — donde se encontraba destinado— hasta Marruecos el 11 de julio de 1936. Allí asumió el comando del ejército español en África, donde se proclamó enemigo del gobierno republicano. El 19 de julio de ese año, procedentes de África, desembarcaron en España las primeras tropas leales a Franco. Así comenzaba la guerra civil española durante la cual los “nacionalistas” tuvieron el apoyo de la derecha inglesa así como de la derecha de otros países.

Traidores

Los datos sobre la ayuda financiera que recibía Hitler no resultan de especulaciones sino de la verdad que surge del análisis documentado de la historia. Hay abundante literatura que respalda con pruebas el apoyo que tenían los nazis de empresarios extranjeros afines a Hitler. Por ejemplo, las que grafican la relación de los Bush y los Rockefeller con los nazis, en especial con el magnate alemán Fritz Thyssen. Este último era dueño del monopolio de la industria siderúrgica nazi, la cual creció vertiginosamente debido a la política armamentista de Hitler.

El apoyo externo les fue brindado a los alemanes antes de estallar las hostilidades, pero también durante la Segunda Guerra. Ese accionar, o sea, las relaciones clandestinas entre estadounidenses y nazis — que luego sería calificado penalmente, por la justicia norteamericana, como delito de traición a la patria—, trascendió al público durante la guerra. Entonces, el presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt no tuvo más remedio — a pesar de que seguramente estaba al tanto de esta situación— que aplicar la "Ley de los que comercian con el enemigo" (Trading with the Enemy Act) contra los involucrados.

En tal sentido, el mandatario ordenó el secuestro de las acciones de la Union Banking Corporation (UBC) — grupo integrante del *holding* BBH —, acusada de financiar a Hitler. El director general de esa entidad financiera era precisamente Prescott Bush.

Roosevelt también adoptó igual medida contra la Holland American Trading Corporation y la Seamless Equipment Corporation, propiedad del clan Harriman y vinculada directamente con la UBC. Igual suerte corrió la Silesian American Corporation, que tenía como directivos a George Walker y Prescott Bush, dueños también de la empresa naviera Hamburg Amerika Line, que mantenía el monopolio de los viajes entre Alemania y los Estados Unidos. (En muchos casos las "sanciones" contra industriales o banqueros norteamericanos que ayudaron a Hitler no pasaron más que de una reprimenda, la exoneración de algunos gerentes — fusibles de la ocasión— o la confiscación de acciones, como en estos casos.)

Petroleros

Respecto de las negociaciones que se llevaban a cabo en distintas partes

del mundo por el petróleo, se puede citar el interés de los nazis por obtener el “oro negro” mexicano, objetivo que estuvo a cargo del texano William Rhodes Davis, quien mantenía contacto directo con los jerarcas Himmler y Göring. Davis estaba conectado en los Estados Unidos con Werner y Karl von Clemm; este último era primo por matrimonio de Joachim von Ribbentrop, ministro de Relaciones Exteriores de Alemania. Las divisas por estas operaciones fueron canalizadas por medio del First National Bank of Boston.

Desde 1935, Davis, mediante su empresa Davis Oil, radicada en Houston, obtenía petróleo mexicano que exportaba a Alemania. Pero, en 1938, México nacionalizó todas las empresas petroleras, y esto derivó en un boicot de “Las Siete Hermanas”, un cártel de las corporaciones petroleras conformado por Exxon, Texaco, Gulf, Mobil, Chevron, British Petroleum y Shell. Ante esta situación, el gobierno mexicano — presidido por Lázaro Cárdenas durante el período 1934-1939—, por iniciativa de Davis, quien no cejaba en realizar gestiones a favor de los alemanes, comenzó a negociar con los nazis por medio de Henry Deterding, director de la Shell. Y así fue que, como resultado de esas transacciones, México, bloqueado por los principales compradores, exportó petróleo al Tercer Reich e Italia.

Shell

La Royal Dutch Shell — en parte propiedad de las coronas de Inglaterra y Holanda— tuvo como accionista de la firma a la legendaria familia judía Rothschild, prestamista de los Rockefeller. Sir Henry Deterding, principal directivo de la Shell, mantenía un pacto secreto con Adolf Hitler. El

acuerdo implicaba financiar al líder alemán, lo que ocurrió efectivamente. En 1931 le facilitó el primer préstamo por un valor de treinta millones de libras esterlinas. La ayuda continuó durante varios años.

> [Deterding] tenía debilidad por Alemania. (La última de sus tres esposas era alemana.) Adquirió un importante establecimiento de campo en Mecklenburg, Gut Dobbin, y lo legó por testamento al partido nacionalsocialista. Era enemigo del régimen bochevique de Rusia... apoyó a Hitler con sumas cuyo monto se desconoce hasta ahora; pero como todos los mecenas políticos de ese tipo, también él tenía una mente fría y calculadora.[7]

Si estallaba la guerra y Alemania resultaba vencedora, el empresario recibiría un trato preferencial en el mercado internacional de hidrocarburos, según la promesa realizada por el jefe del nazismo. De esas negociaciones participó también el gobernador del Banco de Inglaterra, Montagu Norman.

En esta impresionante trama — que parece casi fantástica y que revela que Hitler no estaba tan solo en el mundo— se debe mencionar además a la petrolera estadounidense Texaco, presidida por el noruego Torkid Rieber. La Texaco facilitó combustible en forma permanente a las fuerzas de Franco durante la Guerra Civil Española, una ayuda invalorable que en ese conflicto inclinó la balanza a favor del caudillo.

Rieber, mediante Franco, se vinculó con los nazis. Durante la Segunda Guerra — violando el embargo dispuesto contra Alemania— la Texaco abasteció al Tercer Reich de petróleo con partidas provenientes de Colombia.

Combustible para submarinos

Mención aparte merece el caso de la Argentina, ya que los Estados Unidos tibiamente trataron de bloquear las importaciones que realizaba la estatal YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales) durante la guerra. Sin embargo, se puede afirmar que, hacia 1943, esos intentos de los norteamericanos eran sólo parcialmente exitosos.

Para ese entonces las empresas Lobitos de Perú, Anglo-Ecuador Oil y Shell, de Curação, mantenían un interesante flujo de exportaciones de petróleo cuyo destino era la Argentina. Es importante saber que una parte del fluido que importaba el gobierno de Buenos Aires era utilizado con fines bélicos, aun cuando el país permanecía neutral frente al conflicto. En particular, se abastecía a corsarios y a las unidades de la flota de submarinos nazis que operaban en el Atlántico.

Con ese combustible se abastecieron submarinos nazis. Los mismos U-Boote que, al final de la Segunda Guerra Mundial, posibilitaron el escape de Hitler y su esposa tras un largo viaje que culminó cuando el matrimonio desembarcó en la Patagonia...[8]

Magnates

Continuando con los amigos de Hitler, está comprobado que el Chase Manhattan Bank, perteneciente a la corporación Rockefeller, también ayudó a los nazis con el aporte de fondos especiales. Además se debe citar a la norteamericana Standard Oil of New Jersey (Exxon), perteneciente a la citada corporación.[9] Walter Teagle, presidente de dicha empresa, estableció los primeros acuerdos con los alemanes que luego fueron profundizados por su sucesor Bill Farish. Mediante esos convenios —firmados entre la petrolera estadounidense y la germana IG Farben— se

produjo el gas Zyklon B, que fue usado en los campos de concentración para matar judíos. También, en virtud de esta colaboración, los nazis obtuvieron de los norteamericanos patentes de combustibles para aviones. Fue así cómo los ataques aéreos a Inglaterra se realizaron — ¿a esta altura queda lugar para las sorpresas?— con combustible remitido a los nazis por una empresa norteamericana. Al respecto se sabe:

> [...] los derechos sobre el tetraetilo y otros aditivos indispensables para ese combustible (el de la aviación) sólo los tenían DuPont, GM y la Standard Oil. Paradójicamente, el producto con el cual los bombardeos sobre Londres fueron posibles, fue remitido a Alemania desde la subsidiaria inglesa de la Standard Oil. Esta empresa también proveyó al Japón de ese estratégico combustible.[10]

Y aunque resulte casi increíble, en 1940, en plena Segunda Guerra, ambas empresas, Standard Oil y Farben, crearon en conjunto la planta de Auschwitz, donde funcionó el terrible campo de concentración nazi, con la finalidad de producir allí caucho sintético y nafta a partir del carbón.[11] La mano de obra resultaba gratis porque quienes trabajaban eran los prisioneros. Las SS fueron asignadas para custodiar a los obreros esclavos. El presidente de la compañía Standard Oil en Alemania, Emil Helfferich, testificó luego de la guerra que fondos de la compañía fueron asignados para ayudar a pagar los sueldos de los guardias SS en Auschwitz.

Al conocerse que el sitio donde murieron millares de personas era en parte propiedad de una empresa norteamericana, el Parlamento de los Estados Unidos inició una investigación que culminó con el alejamiento forzado de William Farish, director de la empresa petrolera estadounidense.[12] Si la pesquisa hubiera avanzado más — esto es, si hubiera existido por parte del gobierno norteamericano real interés en

profundizar la investigación—, los resultados habrían sido seguramente un escándalo con consecuencias impensadas. En 1941, Teagle y Farish fueron acusados de traición a la patria por el Departamento de Justicia de los Estados Unidos y, además, la Standard Oil tuvo que pagar importantes multas por mantener relaciones con el enemigo.

Hay mucho más. Por ejemplo, está demostrado que el jerarca nazi Heinrich Himmler, jefe de las SS, recibía importantes contribuciones de la Standard Oil. El encargado de hacer los aportes, en una cuenta bancaria especial, era el banquero germanonorteamericano Kurt von Schroeder. Esas contribuciones, según está comprobado, fueron realizadas por lo menos hasta 1944, o sea que se mantuvieron durante la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial.

Ford

La larga e impresionante lista de amigos de los nazis no termina aquí. Es sabido que Henry Ford era — como muchos de los empresarios que ayudaron al Führer— un racista cuyas ideas intolerantes eran expresadas mediante el periódico *The Dearborn Independent*, una publicación de su propiedad que tenía alcance nacional. Además, se dedicó a escribir una serie de notas antisemitas, tituladas "The International Jew. The world's foremost problem", redactadas en los años veinte.[13] En diciembre de 1922, un periodista de *The New York Times* que visitaba Alemania contó que "la pared detrás del escritorio de Hitler, en su despacho privado, estaba decorada con un enorme retrato de Henry Ford", y que en la antesala había una mesa cubierta de ejemplares del fascículo antes citado.

En febrero de 1923, Erhard Auer, vicepresidente del Parlamento de

Baviera, acusó a Ford de financiar a Hitler, porque era favorable a su programa, que preveía “la exterminación de los judíos en Alemania”. En ese marco no resulta sorprendente que Hitler, durante un reportaje concedido en 1931, haya confesado que el famoso magnate estadounidense “es mi fuente de inspiración”. No se quedaría sólo con elogios: en 1938 — cuando el millonario norteamericano cumplía setenta y cinco años y los nazis ya se preparaban para empezar la guerra—, Ford fue condecorado con la Gran Cruz de la Orden Suprema del Águila Alemana, una distinción que hasta ese momento el Führer había otorgado únicamente a Benito Mussolini.

En 1939, Ford, junto al piloto Charles Lindbergh — convertido en un héroe de la aviación tras haber cruzado por primera vez el Atlántico (1927)—, organizaría una campaña contra Roosevelt, acusándolo por querer intervenir en Europa contra las potencias del Eje.[14]

Algo más: uno de los hijos de Henry Ford, Edsel, fue nombrado como directivo de la alemana IG Farben en los Estados Unidos con el beneplácito de Hitler. Esta trama de relaciones explica, por ejemplo, las razones por las cuales la planta de Ford en la localidad francesa de Poissy, no fue bombardeada durante la guerra por los alemanes: allí se producían repuestos, rodados y motores de aviones para los nazis. También se entiende por qué la Ford Werke, ubicada en la localidad alemana de Colonia, fue una de las empresas norteamericanas no expropiada por el Tercer Reich. En esas instalaciones trabajaron forzadamente dos mil personas detenidas, procedentes del campo de concentración de Buchenwald. Mano de obra sin costo alguno...

GM

La General Motors (GM), que se asoció con la alemana IG Farben, también trabajó para Hitler. Hay que destacar que cuando empezó la guerra esta firma estadounidense, junto con la Ford, “controlaba el setenta por ciento del mercado automotor alemán y rápidamente se reconvirtieron para proveer material bélico al ejército nazi”.[15]

Según el reconocido investigador Bradford Snell, la General Motors

> [...] fue mucho más importante que Suiza para la maquinaria de guerra nazi... Suiza era nada más que un depositario de fondos saqueados por los nazis. General Motors, en cambio, fue parte integrante del esfuerzo bélico alemán. Los nazis podían haber invadido Polonia y Rusia sin Suiza. Pero no podrían haberlo hecho sin General Motors.

A pesar de tener ascendencia judía, el jefe de la GM, Irénée du Pont, era un fanático de Hitler, y su empresa efectuaba importantes contribuciones mensuales al régimen nazi.

> En los Estados Unidos, Du Pont creó la Liberty League y financió la organización denominada Clark’s Crusaders. Eran antisemitas y antinegros — tenían estrechas relaciones con el Ku Klux Klan—, y en 1933 contaban con un millón y medio de adherentes.[16]

El segundo de Du Pont, Graeme K. Howard, vicepresidente de la GM, difundió las ideas de Hitler en los Estados Unidos publicando su libro *America and the New Order*. La GM contribuyó a financiar el “Plan de Cuatro Años” de Hitler y, durante la guerra, sus plantas suministraron motores para los aviones nazis Messerschmitt 262.

IBM

En 2004, la justicia suiza aceptó una demanda contra International

Business Machines Corporation (IBM) interpuesta por la asociación Gypsy International Recognition and Compensation Action (Girca), que sostiene que la compañía norteamericana estaba al tanto de que sus tarjetas perforadas se empleaban en los censos de los campos nazis de exterminio. IBM organizó en Alemania el censo de 1933, el primero que tuvo, entre otras finalidades, recolectar información exacta sobre los judíos. En 1937, su titular Thomas J. Watson fue agasajado en Berlín por el mariscal Hermann Göring y condecorado por Hitler. Ese día, Watson recibió la Cruz al Mérito del Águila. La empresa IBM colaboró con la identificación de judíos por medio de registros especiales que incluían rastreos de antepasados y la organización del trabajo esclavo en fábricas.[17]

Coca-Cola

Hoy se investiga el rol que jugó la empresa estadounidense Coca-Cola en la Alemania de Hitler, ya que durante la guerra no cerró ni le fueron confiscadas sus plantas e incluso fundó embotelladoras en los territorios nazis ocupados, lo que demuestra su excelente relación con el Tercer Reich.

Coca-Cola fue una de las empresas patrocinantes de las Olimpiadas de 1936, realizadas en Berlín, organizadas como un gran evento de propaganda del Reich. En ese entonces, Max Keith se desempeñaba como director gerente de Coca-Cola GmbH, embotelladora de Coke en Alemania.

En los primeros años de la Segunda Guerra, en Europa se acabó el suministro de ingredientes para hacer la popular gaseosa; entonces, en Alemania, y con la dirección de Keith, se creó especialmente la bebida

Fanta para el mercado germano. La nueva gaseosa tenía su anuncio con esta frase: “Una Fanta, un Reich... ¿Juegas?”.

Keith organizaba competencias de autos y otros eventos, utilizando eslóganes comerciales de la compañía rodeados de cruces esvásticas. Si bien él no estaba afiliado formalmente al partido nazi, saludaba con el brazo derecho en alto. Se cree que una gran cantidad de personas apresadas por los nazis durante la guerra eran forzadas a trabajar en las instalaciones de esa empresa.

En 1968, Martin Luther King, Premio Nobel de la Paz, exhortó a los norteamericanos — en su último discurso realizado en la ciudad de Memphis— a no comprar Coca-Cola, como medida de boicot, al considerar a esa firma una de las empresas que practicaba discriminación laboral al favorecer a empleados blancos por sobre los trabajadores negros. Reiteramos sus palabras: “Les pedimos esta noche, que vayan y digan a vuestros vecinos que no compren Coca-Cola...”. Un día después de ese discurso, el 4 de abril de 1968, King moría asesinado.

En tiempos recientes se conoció una demanda judicial:

> [...] presentada contra la compañía por cientos de empleados de Coke, acusándola de discriminación contra trabajadores negros en la remuneración y los ascensos. Inicialmente la compañía no admitió esas acusaciones, pero en noviembre de 2000 anunció que pagaría 192,5 millones de dólares para dirimir el caso. Si uno mide el racismo en dólares, representa un montón de racismo.[18]

ITT

Actualmente también se indaga el papel que desarrolló la Internacional Telephone and Telegraph Corporation (ITT) creada en los Estados Unidos

en 1920. En su directorio había representantes de la banca Morgan, del Bank of America y del National Bank. En 1933, su presidente Sosthenes Behn acordó brindar apoyo al movimiento nacionalsocialista. Desde 1930, la ITT realizó varias “contribuciones” al jerarca nazi Heinrich Himmler por medio de sus subsidiarias alemanas. La primera reunión entre Hitler y funcionarios de la ITT se realizó el 3 de agosto de 1933 cuando el Führer recibió al citado Behn y a Henry Manne, representante de la empresa en Berlín.

ITT mantuvo compañías de teléfono y plantas industriales en Alemania mientras el tráfico de cable, entre los Estados Unidos y ese país, estaba controlado por la Deutsch-Atlantische Telegraphen Gesellschaft (la compañía alemana de cable atlántico). Esta última, junto con la Commercial Cable Company y con la Western Union Telegraph Company, mantenía un monopolio en comunicaciones transatlánticas de cable alemanas-americanas.[19]

El barón nazi Kurt von Schroeder, director de la ITT, canalizó los fondos que los norteamericanos de esa firma enviaban al Tercer Reich, lo que se mantuvo hasta 1944, a la vez que mejoró el volumen de negocios de esa empresa en Alemania, en especial los relacionados con armamento y aviones. Además, en 1938 el estadounidense Behn se asoció con los nazis al comprar el veintiocho por ciento de las acciones de la Focke-Wulf, la empresa que construyó los aviones de guerra que atacaron Europa, incluso los mismos bombarderos que luego destruirían gran parte de Londres...

Se han citado hasta aquí algunos de los capitales y personajes más emblemáticos de los Estados Unidos del siglo XX. Todos colaboraron con Hitler. Paradójicamente, la principal cooperación provenía de empresas

emplazadas en países que, durante la guerra, fueron considerados formalmente “enemigos” de la Alemania de Hitler. Si esta trama de relaciones era tan importante y los intereses millonarios, ¿por qué se debe pensar que esos grupos económicos — que no dudaron en apoyar al Tercer Reich— podrían desear la muerte de Hitler y de miles de nazis? ¿Por qué no se puede inferir que todos ellos coincidirían en salvar a los nazis — con el Führer a la cabeza— de las garras de los comunistas que, en abril de 1945, habrían de cercar Berlín?

CAPÍTULO 5

Los mismos intereses: el pacto nazi-sionista

La Gestapo hizo de todo en aquellos días para promover la emigración, particularmente a Palestina. Recibimos a menudo su ayuda cuando requeríamos algo de otras autoridades con respecto a la preparación para la emigración.

Doctor HANS FRIEDENTHAL, presidente de la Federación Sionista de Alemania

El sionismo

A fines del siglo XIX, el sionismo fue impulsado por el periodista austrohúngaro Theodor Herzl, quien encabezó un movimiento político internacional cuyo objetivo principal era fundar una patria judía en Eretz Israel ("Tierra de Israel"), una antigua aspiración de los dirigentes hebreos.

Los judíos habían sido expulsados de esa región por los romanos en el siglo II d.C., después de una fracasada rebelión encabezada por el general Simón Bar Kojba. En ese intento de sedición contra las autoridades romanas murieron cerca de quinientos ochenta mil judíos, fueron arrasadas cincuenta ciudades fortificadas y alrededor de novecientas ochenta y cinco aldeas. Los sobrevivientes fueron esclavizados o partieron al exilio, y la religión hebrea fue prohibida. Desde aquellos tiempos, y

durante centurias, el regreso a la Tierra Prometida fue un anhelo del pueblo judío, una meta — signada con ribetes de nostalgia religiosa— que tardaría siglos en lograrse.

Durante ese largo lapso, en el pueblo hebreo de la diáspora hubo dos tendencias: la sionista, cuya obsesión fue que los judíos volvieran a vivir en los territorios de sus ancestros, y otra denominada asimilacionista o integrista. Esta última diferenció el derecho a profesar la religión judaica del derecho a poseer la nacionalidad, en cualquier país donde hubieran nacido, de las nuevas generaciones. Entendió que, por ejemplo, los judíos nacidos en Alemania eran alemanes que profesaban una fe común, así como otros alemanes podían considerarse católicos o protestantes. Para los integristas, los germano-judíos eran considerados ciudadanos alemanes, la mayoría de los cuales no tenía interés en emigrar a Palestina, tal como lo demostraría la fría estadística.

Por su parte, el sionismo sostenía que los judíos eran un grupo nacional y no sólo religioso y que, por lo tanto, tenían derecho a crear un Estado propio en el territorio histórico que habían habitado sus antepasados. Por lo tanto, los judíos de cualquier parte del planeta tenían la obligación moral de migrar al territorio elegido o, al menos, ayudar con todas sus fuerzas a financiar el proyecto de fundar la nación hebrea. Ese esfuerzo debía ser superior a cualquier otro, aunque fuera en detrimento del país donde estaban viviendo. Esta división entre judíos sionistas e integristas crearía un enfrentamiento ideológico que se mantendría hasta nuestros días.

Herzl enfatizó la necesidad de que los judíos fueran reconocidos como una nación y, en 1896, publicó un texto que generó gran repercusión, *El Estado judío* (*Der Judenstaat*), en el cual fundamentaba esa pretensión

recogiendo los reclamos históricos de los hombres de su pueblo. La formulación clásica de esta idea tenía dos antecedentes doctrinales: los libros *Roma y Jerusalén* de Moses Hess (1860) y *Autoemancipación*, del médico judío ruso Leo Pinsker (1882). Cuando el escrito de Herzl fue difundido, Palestina tenía medio millón de habitantes, de los cuales sólo cuarenta y siete mil eran judíos.

En su impreso, Herzl reconoció que "la idea que se ha desarrollado en este panfleto es muy vieja: se trata de la restauración del Estado judío". En ese sentido, sostuvo que el objetivo propuesto "es una cuestión nacional. Para resolverla debemos, sobre todo, hacerla un problema político internacional... Independientemente de su ciudadanía, los judíos no constituyen meramente una comunidad religiosa, sino una nacionalidad, un pueblo, *Volk*". Según las palabras de Herzl, el sionismo ofrecía al mundo la "solución final de la cuestión judía".[1] El fundador del movimiento sionista también manifestó que "el antisemitismo no es una aberración, sino una natural y completamente entendible respuesta del no judío a la conducta y actitud extranjera judía".[2]

En su obra, Herzl analizó las ventajas comparativas entre la Argentina y Palestina, de cara al establecimiento de una patria judía en algún lugar del mundo. Esta meta, la de habitar un territorio propio, luego sería ratificada por los congresos sionistas del siglo XX, los que incluso especularon con los sitios donde se podría instalar ese nuevo Estado (en diversos encuentros se mencionaron indistintamente territorios de Palestina, Venezuela, Madagascar, Argentina, etcétera).

Aliyá

Las migraciones de judíos procedentes de Europa y de Rusia buscaron radicarse principalmente en los Estados Unidos, atraídos por las posibilidades de progreso económico que ofrecía esa nación. A los Estados Unidos arribaron unos ciento cincuenta mil judíos durante la segunda mitad del siglo XIX, en su mayoría procedentes de Alemania y Polonia. Luego, hasta 1914, llegarían dos millones, en su mayoría oriundos de Rusia, donde los pogromos eran una constante. Éstos consistían en un conjunto de acciones violentas perpetradas por la población, estimuladas por las autoridades zaristas, que significó actos de pillaje, destrucción de bienes y matanzas, dirigidos principalmente contra los judíos o sectores opositores al régimen.

En forma incipiente, la inmigración judía a Eretz Israel había comenzado en 1882, y esa oleada, denominada “Primera Aliyá”, significó el traslado de unos treinta y cinco mil judíos en veinte años. La mayoría de estos inmigrantes llegó procedente de Rusia, donde —tal como se dijo — se ejercía un violento antisemitismo. Al establecerse en la Tierra Prometida, los colonos crearon asentamientos agrícolas merced a la ayuda de filántropos judíos como, por ejemplo, el barón Edmond de Rothschild o sir Moses Montefiori, que habían comprado tierras en esa zona y que financiaron la construcción de barrios e infraestructura básica.

En 1897, en Basilea (Suiza), se celebró el Primer Congreso Sionista, presidido por Herzl, que estableció la meta de “crear para el pueblo judío un hogar en Palestina, amparado por la ley”. También se estableció la Organización Mundial Sionista.

Ante la ola de pogromos que tenían lugar en la Rusia zarista, se implementaron otras alternativas para emigrar, como la Argentina —donde se crearon varios asentamientos de inmigrantes judíos europeos—

y Kenia, en ese entonces una colonia británica en África, territorio que fuera ofrecido por el gobierno de Londres a los sionistas.

Debe decirse que el antisemitismo se vio incrementado a partir de un panfleto, "Los protocolos de los sabios de Sión", que apareció en San Petersburgo en 1903. En ese texto se aseguraba que en el congreso de Basilea, en secreto, los sionistas acordaron que se emplearían presiones económicas y morales para lograr el dominio del mundo, que se formalizaría con la instauración de un monarca judío universal.

Es posible que dicho libelo haya sido escrito por la policía zarista, precisamente, para sostener ideológicamente la continuación de los pogromos. La realización del Primer Congreso Sionista, el poderío alcanzado por los banqueros judíos y la revolución rusa, que acabó con el régimen antisemita del zar Nicolás, fueron argumentos utilizados por los grupos antijudíos para alimentar la versión, cada vez más difundida, que aseguraba que los sionistas buscaban dominar todo el planeta.

La "Segunda Aliyá" empezó en 1904, y luego otras oleadas de migración judía se produjeron en el período de entreguerras, esto es entre 1918 y 1939.

La Tierra Prometida

A la hora de decidir dónde establecer la patria judía, la dirigencia sionista se pronunció por una región en Palestina que estaba en manos del Imperio Turco, con límites que formalmente no estaban definidos. En 1917, el gobierno británico apoyó la creación de un Hogar Nacional Judío en Palestina, mediante la Declaración de Balfour.[3]

La cuestión era muy compleja, ya que durante la Primera Guerra

Mundial los británicos habían prometido al gobierno árabe hachemí de Hiyaz la independencia de un país árabe unido, que incluiría a Siria, a cambio del apoyo a los ingleses en su enfrentamiento con el Imperio Otomano. Por otra parte, Gran Bretaña había negociado el reparto de Oriente Medio con Francia mediante un acuerdo secreto con esa nación (tratado “Sykes-Picot”).

La Declaración de Balfour decía que “el gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos la creación de un hogar para el pueblo judío” y que el gobierno británico haría “lo posible para facilitar este objetivo”; además, se dejaba en claro que no se realizarían acciones que “pudieran afectar los derechos civiles o religiosos de las comunidades no judías en Palestina, o los derechos y niveles políticos del Pueblo Judío en otros países”.

Se debe decir que la región propuesta estaba bajo la regencia del denominado Mandato Británico de Palestina, una administración territorial encomendada por la Sociedad de las Naciones al Reino Unido luego de la Primera Guerra Mundial. En realidad, Gran Bretaña administraba de facto esa área desde 1917, y el Mandato entró en vigencia luego, en 1922, por decisión de la Sociedad de las Naciones. Esta última hizo suya la Declaración de Balfour, pactándose que Gran Bretaña (el mandatario) debía “garantizar el establecimiento del Hogar Nacional Judío, así como el desarrollo de instituciones autónomas, y también la salvaguarda de los derechos civiles y religiosos de todos los habitantes de Palestina, independientemente de su raza y religión” (League of Nations Palestine Mandate, 24 de julio de 1922).

A partir de la Declaración de Balfour, comenzó una nueva ola de inmigración judía de colonos que llegaban y se instalaban en el Mandato Británico, ante la protesta creciente de los habitantes palestinos.

En septiembre de 1922, el gobierno británico presentó un memorando a la Sociedad de las Naciones en el cual se indicaba que Transjordania quedaría excluida de todas las disposiciones relativas a los asentamientos judíos. Esto se debía a la rígida oposición árabe, grupo ampliamente mayoritario en la región, a la inmigración judía.

Además, a partir de ese momento, Gran Bretaña comenzó a restringir la entrada de hebreos en Palestina. Ese mismo año, y en un clima de gran fricción en la región, Londres, para desalentar iniciativas políticas de los líderes sionistas, debió advertir que quedaba prohibida la implementación de cualquier medida que pudiera significar la subordinación de la población árabe de Palestina a favor de los judíos. Según un censo efectuado el 23 de octubre de 1922 sobre un total de 649.048 personas, Palestina era habitada por 486.177 musulmanes (75%), 83.790 judíos (13%), 71.464 cristianos (11%) y 7.617 de otras religiones (1%).

Los nazis

A fines del siglo XIX, el sionismo había tenido un vigoroso impulso, especialmente, por la aparición de los nacionalismos europeos que propugnaron la idea Pueblo-Estado-Nación. Esta nueva concepción terminaría enfrentando con éxito a las monarquías y, revoluciones mediante, la caída y desintegración de los grandes imperios dio paso a la aparición de los Estados nacionales. Pero, mientras se afianzaban las ideologías nacionalistas — los sionistas eran exacerbadamente nacionalistas, pero con una patria por crear—, en varios gobiernos el sentimiento antisemita crecía en forma alarmante, considerándose a los judíos un pueblo apátrida, ajenos a la naciones en las que vivían y

potenciales enemigos de éstas.

La máxima expresión política, en ese sentido, la encarnaba el partido nazi alemán y su líder Adolf Hitler, quien, ya en 1924, manifestó su odio contra los judíos en su libro autobiográfico *Mi lucha*. Para Hitler los judíos eran la principal causa de la bancarrota en la que había caído Alemania, los acusaba de manejar las finanzas, utilizando la usura como principal herramienta contra los alemanes. Hitler aseguró:

> La finanza judía quiere no sólo la total destrucción económica de Alemania, sino también su completa esclavitud política. La internacionalización de la economía alemana, esto es, la explotación del trabajo alemán por parte de los financieros judíos internacionales, solamente será practicable en un Estado políticamente bolchevizado. Pero la tropa de asalto marxista y del capitalismo internacional judaico sólo podrá quebrar definitivamente la espina dorsal del Estado alemán mediante la asistencia de fuera. Por eso, los ejércitos de Francia deben ocupar Alemania hasta que el Reich, corroído en el interior, sea dominado por las fuerzas bolcheviques al servicio del capitalismo judío internacional.[4]

El líder nazi también dijo:

> El judío se ha constituido ahora en el más grande instigador de la devastación alemana. Todo lo que por doquier leemos en el mundo, en contra de Alemania, procede de inspiración judía, del mismo modo que antes y durante la guerra fue la prensa judía de la Bolsa y el marxismo la que fomentó sistemáticamente el odio contra nosotros, hasta lograr que Estado tras Estado abandonasen la neutralidad y, sacrificando el interés verdadero de sus pueblos, se pusieran al servicio de la coalición bélica mundial fraguada contra Alemania. Saltan a la vista las pruebas del proceder judío. La bolchevización de Alemania, esto es, el exterminio de la clase pensante nacional-racista, logrando con ello la posibilidad de someter al yugo internacional de la finanza judía las fuentes de producción alemana, no es más que el preludio de la realización de la política judía de la conquista mundial.[5]

A comienzos de los años treinta, el partido nazi se acercaba al poder, día a día ganaba adeptos y Hitler crecía en popularidad. El líder nazi ya había explicitado sus ideas con respecto a las metas de un futuro Estado

nacionalsocialista y al deseo de resolver cuanto antes el “problema judío”.

Según su criterio, debido al origen asiático — ésta era la explicación que daba al referirse a los hebreos—, tenía que considerarse a los judíos una raza diferente de la aria. Los nazis sostenían que los arios eran, sin lugar a duda, los legítimos herederos de Alemania, mientras que a la vez se incentivaban actos de discriminación contra los judíos, que llegarían a extremos brutales.

Por su parte, los jefes sionistas seguían con la idea del nacionalismo judaico, que buscaba imponer que los hebreos pertenecían a una nacionalidad diferente y que, por esta razón, necesitaban territorios para fundar su nación. Para los líderes sionistas, los judíos debían — esto es con carácter imperativo, so pena de ser considerados “traidores” a la causa — trasladarse a Palestina, tierra de sus ancestros donde debería forjarse la patria soñada.

Tampoco era coherente, según el razonamiento coincidente de nazis y líderes sionistas, que los judíos que vivían en Alemania exigieran igualdad de derechos con los germanos, ya que, si pretendían poblar una nueva nación, obviamente debían considerarse extranjeros en ese país que habían habitado hasta el momento. Por esta razón, el mal trato que comenzaron a recibir los judíos en la Alemania nazi, aunque suene siniestro decirlo, en algún modo era funcional a los intereses sionistas, que bregaban por abandonar el Estado germano para ir a poblar una nueva nación en el desierto.

Memorándum

Hitler asumió como canciller en enero de 1933, mediante un acuerdo

político con el presidente Paul von Hindenburg; los nazis para ese entonces eran la fuerza legislativa mayoritaria en el Congreso. Durante esa época, la organización judía más grande de Alemania, la Federación Sionista, ofreció su apoyo a los nazis para resolver "la cuestión judía". Un objetivo que se oponía a los deseos de los integrados que se consideraban, y querían seguir siendo, ciudadanos alemanes.

En un memorándum sionista se estableció como primera meta el reconocimiento de la "nacionalidad" de los hebreos. Esto implicaba que el Estado alemán debería proclamar oficialmente que la comunidad judía era una "etnia nacional", aunque aún no tuviera un terruño propio, algo que ningún país hasta ese momento había hecho.

El memorándum indicaba:

> [...] el sionismo cree que el renacimiento de la vida nacional de un pueblo, lo cual está ocurriendo ahora en Alemania a través del énfasis en su carácter cristiano y nacional, también debiera suceder en el grupo nacional judío. Para las personas judías, también, el origen nacional, la religión, el destino común y un sentido de ser únicos, deben ser de decisiva importancia en la configuración de su existencia. Esto significa que el individualismo egoísta de la era liberal debe superarse y debe reemplazarse con un sentido de comunidad y de responsabilidad colectiva...[6]

De este modo, los líderes sionistas establecían y explicitaban varios criterios comunes con el nazismo, no sólo con respecto a que los judíos debían habitar en su propio territorio, sino que también, como Hitler, aclaraban que aspiraban a un nuevo modelo social y económico contrario al liberalismo de la época. Para el líder nazi, esto se materializaba con el nacionalsocialismo, y para los sionistas la meta era fundar una nación socialista en Palestina.

El informe de la Federación Sionista continúa señalando:

> Creemos que precisamente es la nueva Alemania que puede, a través de una determinación audaz en

> el manejo de la cuestión judía, dar un paso decisivo hacia la superación del problema, el cual, en verdad, tendrá que ser tratado con la mayoría de los pueblos europeos... Nuestro reconocimiento de la nacionalidad judía mantiene una relación clara y sincera con el pueblo alemán y su realidad nacional y racial. Precisamente porque no deseamos falsificar estos principios, porque nosotros también estamos contra el matrimonio mixto y estamos por mantener la pureza del grupo judío y rechazamos cualquier trasgresión en el dominio cultural, nosotros — habiendo sido educados en el idioma y la cultura alemana— podemos mostrar un interés en los trabajos y valores de la cultura alemana con admiración y simpatía interna...

Posiblemente, el documento fue redactado con estos términos amistosos a modo de suavizar el antisemitismo nazi, estimulado por las autoridades, que llevó la situación a extremos inconcebibles. Mientras Hitler se afianzaba en el poder, la comunidad judía comenzó a sufrir los embates del nazismo en las calles, donde la política racista se acentuaba. Por esa razón se había propiciado un boicot internacional contra los nazis, con apoyo de distintos grupos judíos de diversos países. Pero en el memorándum citado se consideró que "la propaganda del Boicot — tal como se está llevando a cabo, actualmente, de muchas maneras contra Alemania— es en esencia no sionista, porque el sionismo no quiere dar batalla sino convencer y construir".

El informe también indicaba:

> [...] por sus prácticos objetivos, el sionismo espera ser capaz de ganar la colaboración incluso de un gobierno fundamentalmente hostil a los judíos, porque al tratar con la cuestión judía no están envueltos los sentimentalismos sino un problema real cuya solución interesa a todas las personas y en el actual momento sobre todo a los alemanes.

Como se ve, el documento alude al antisemitismo oficial y apela al diálogo con el gobierno alemán para solucionar la cuestión que tanto preocupaba a los dirigentes sionistas. Evidentemente se buscaba, mediante las negociaciones, desalentar la ola de violencia desatada contra la

comunidad judía de Alemania.

El canciller pro sionista

Hitler, ya nombrado canciller de un gobierno de coalición, actuó rápidamente y convocó a elecciones legislativas mientras se adoptaban medidas de persecución y represión contra los opositores, en especial contra aquellos que eran de extracción de izquierda. El partido nazi obtuvo la mayoría de los votos en las elecciones de marzo de 1933, y el día 23 el Parlamento, dominado por los legisladores nazis, aprobó la Ley Habilitante (con el apoyo del partido conservador de von Papen y de los católicos de Ludwig Kaas) que le otorgaba plenos poderes. Hitler devenía en el hombre más fuerte de Alemania, mientras el presidente Hindenburg padecía una enfermedad que, finalmente, lo llevaría a la tumba.

Para Hitler apremiaba resolver la cuestión judía, razón por la cual no tuvo inconvenientes en que se intensificara el diálogo con los sionistas. El periódico de la Federación Sionista, el *Jüdische Rundschau*, publicó una nota editorial en la que se indicaba:

> El sionismo reconoce la existencia de un problema judío y desea una solución constructiva y de largo alcance. Para este propósito, el sionismo desea obtener la ayuda de todos los pueblos, sea ésta pro o antijudía, porque, estamos tratando aquí, más con un problema concreto que con uno sentimental, la solución en la cual todos los pueblos están interesados.[7]

Tras bambalinas, las negociaciones entre los nazis y los sionistas iban por buen camino.

El Acuerdo de Traslado

En agosto de 1933, nazis y sionistas acordaron firmar el Acuerdo de Traslado o *Ha'avara* (palabra hebrea que significa "traslado") como resultado de las reuniones mantenidas entre funcionarios alemanes y Chaim Arlosoroff, secretario político de la Agencia Judía, del Centro Palestino de la Organización Sionista Mundial.

La Ha'avara era una compañía comercial creada por la Organización Sionista Mundial que tenía como misión comerciar con los nazis. El convenio se celebró con la intención de mudar a los judíos alemanes hacia Palestina con sus familias y bienes.[8]

El acuerdo facilitaba la salida hacia Palestina, y su metodología consistía en que los futuros colonos, judíos alemanes, pudiesen depositar dinero en una cuenta especial en Alemania. Con esos montos se compraban insumos agrícolas, como herramientas y fertilizantes, y materiales de construcción.

Todos esos bienes eran de origen alemán y, luego de concretarse las compras, eran exportados a Palestina, donde la compañía Ha'avara los vendía. Cuando el colono judío llegaba a Palestina, le era entregada una suma equivalente al dinero depositado en Alemania y, además, se lo ayudaba a comenzar una nueva vida. Con esta ingeniería financiera se podían superar las restricciones vigentes en la Alemania nazi con respecto a realizar movimientos de dinero al exterior.

Mediante la Ha'avara también se implementó un acuerdo de trueque por el cual se intercambiaron naranjas, cultivadas en Palestina, por madera alemana, automóviles, maquinaria agrícola y otros bienes.

El convenio posibilitaba alcanzar una meta del sionismo: judíos capacitados y laboriosos dejaron de vivir en Alemania para poblar

Palestina. Ésta fue la principal consecuencia palpable de la instrumentación del pacto entre alemanes y sionistas.

En el Congreso Sionista de Praga, realizado en 1933, se debatieron los términos del acuerdo. El delegado Sam Cohen, uno de los impulsores de la Ha'avara, dijo que ese convenio no representaba ventajas comerciales para Alemania, en tanto que Arthur Ruppin — experto en inmigración de la Organización Sionista— afirmó que "el Acuerdo de Traslado de ninguna forma interfería con el movimiento del boicot, ya que ningún dinero fresco fluiría hacia Alemania", lo que era rigurosamente cierto.[9]

En octubre de 1933, la línea marítima alemana más importante, la Compañía Naviera Hamburgo Sud América, implementó un servicio directo desde Hamburgo hasta Haifa. Con la fiscalización del rabinato de Hamburgo, en los barcos se servían exclusivamente alimentos kosher.[10]

Algunos emigrantes de buena condición económica transfirieron su riqueza personal de Alemania a Palestina. En ese sentido, el historiador judío Edwin Black destacó que "a muchas de estas personas, sobre todo a fines de los años treinta, se les permitió transferir réplicas reales de sus casas y fábricas, escabrosas réplicas de su misma existencia".[11]

A fines de 1933, Hitler comenzó a jactarse de los logros alcanzados por el acuerdo y empezó a mostrarlos con orgullo al mundo. Contrastó esto con las restricciones que algunos países imponían a los judíos, como, por ejemplo, los Estados Unidos o Inglaterra (donde sin la posesión de fuertes sumas de dinero los inmigrantes no podían entrar). Debe decirse que, para ese entonces, varias naciones habían cerrado sus fronteras a la migración judía, tal como se verá más adelante. En un discurso realizado ese año, Hitler destacó el Acuerdo de Traslado y los beneficios que significaban para la comunidad hebrea:

> Así nosotros, los salvajes, hemos demostrado una vez más ser mejores seres humanos, menos quizá en protestas externas, pero al menos sí en nuestras acciones. Y ahora somos aún más generosos y damos al pueblo judío un porcentaje mucho más alto del que tienen en posibilidades de vida y mayor que el que tenemos nosotros.[12]

Judíos alemanes

Cuando murió Hindenburg, Hitler unificó los cargos de canciller y presidente, nombrándose Reichsführer a partir del 2 de agosto de 1934. Los nazis tenían ahora el poder absoluto. Ese año, el rabino Joachim Prinz escribió en su libro *Wir Juden* ("Nosotros, los judíos") que "la revolución Nacional Socialista en Alemania significó judaísmo para los judíos". Prinz — quien años más tarde se mudó a los Estados Unidos y encabezó el Congreso Judío Norteamericano— dijo que "ningún subterfugio puede salvarnos ahora. En lugar de asimilación deseamos un nuevo concepto: el reconocimiento de la nación judía y de la raza judía".[13] Pero no todo era color rosa. La mayoría de los judíos-alemanes no estaban dispuestos a abandonar Alemania. Allí habían crecido. Tenían sus ancestros, sus familias, su trabajo, sus amistades, sus negocios. Con orgullo se consideraban alemanes. Esta forma de sentir y de pensar no era funcional a los intereses concurrentes de los nazis y de los sionistas para poder poblar Palestina.

En 1934, el Reichsführer recibió un informe alarmante — para los nazis — respecto de la "cuestión judía". En éste se destacaba que la mayoría de los judíos nacidos en Alemania se consideraban ciudadanos alemanes y no tenían intenciones de migrar a Palestina, a pesar de la propaganda sionista que difundía las bondades de la "Tierra Prometida", así como las facilidades que otorgaba el gobierno alemán para que se mudaran a esa

región. Ante este panorama, los jerarcas nazis en acuerdo con los líderes sionistas — que también estaban preocupados por los resultados del informe— dispusieron dos líneas de acción. Por un lado, había que favorecer el crecimiento del sentimiento de “identidad judía”, trabajando en colaboración con la dirigencia sionista. Se fomentó así la formación de escuelas judías, entes culturales — para el desarrollo de las actividades artísticas hebreas— y deportivos, como, por ejemplo, la organización de campeonatos en los que participaban equipos conformados exclusivamente por judíos.

En el área laboral se fortalecieron los centros de capacitación, los kibutz, especialmente, para entrenar en distintas labores a los futuros colonos de Palestina. Por todos los medios se trató de vigorizar la “autoestima judía”, se crearon espacios de prensa en ídish y se incentivaron los ideales históricos de la comunidad hebrea que, en poco tiempo más, se debían materializar en Palestina.

Esta política “blanda” — que apuntaba a conformar el ser nacional judío— tenía como contrapartida una más dura, que tuvo como objetivo crear inconvenientes y producir represalias para los judíos-alemanes que no se sumaran a estas actividades. Los sionistas querían que los hebreos, que hasta entonces habían sido ciudadanos alemanes, se fueran a Palestina, y los nazis querían sacárselos de encima.

Por lo tanto, el trato que se debía dispensar a los judíos y sus dirigentes era distinto según la ideología y las expectativas de éstos con respecto al proyecto sionista. Serían tratados de un modo aquellos dispuestos a ir a Palestina, y en forma diferente los que querían asimilarse a la población alemana.

Esto queda patentizado, por ejemplo, en una comunicación de la

Gestapo que ordena:

> [...] los miembros de organizaciones sionistas no deben, en consideración a sus actividades dirigidas a la emigración a Palestina, ser tratados con el mismo rigor que es necesario hacia los miembros de otras organizaciones judío-alemanas.[14]

Sin lugar a duda, los nazis preferían a los sionistas. Con el transcurso del tiempo, esto crearía diferencias y enfrentamientos entre los mismos integrantes de la comunidad judía internacional. Al aludir a esa situación, el rabino alemán Joachim Prinz escribió:

> Era muy difícil para los sionistas operar. Era moralmente perturbador ver que eran considerados como los hijos favoritos del gobierno nazi. Particularmente cuando éste disolvió los grupos juveniles antisionistas, y parecía preferir a los sionistas entre otras cosas. Los nazis pedían una *conducta más sionista*.[15]

Trabajando juntos

Los nazis y los sionistas analizaron cada paso a seguir para poblar Palestina con judíos, una labor que tenía el marco de una colaboración ejemplar entre ambas partes, desconocida por la historia.

Leopold von Mildenstein, dirigente de las SS, y Kurt Tuchler, representante de la Federación Sionista, planificaron las labores en forma coordinada e incluso recorrieron juntos Palestina durante seis meses, para verificar los avances en la colonización judía. Como homenaje a esa inspección conjunta, y a las buenas relaciones existentes, el jerarca nazi Joseph Goebbels hizo emitir una medalla especial: tenía una Cruz Esvástica de un lado y una Estrella de David del otro.[16]

Von Mildenstein difundió sus impresiones sobre la colonización en

Palestina en una serie de notas que fueron publicadas por el principal periódico nazi, *Der Angriff*. Los artículos — una docena, con el título "Un viaje nazi a Palestina"— comenzaron a aparecer a partir de septiembre de 1934. "El suelo los ha reformado a ellos y a sus hijos en una década. Este nuevo judío será un nuevo pueblo", aseguró exultante al comenzar a dar su opinión sobre lo visto en Palestina.[17]

Von Mildenstein ponderó el movimiento sionista y sus logros, afirmando que la creación de una patria para los judíos era la forma de "curar una herida de largos siglos en el cuerpo del mundo: la cuestión judía".

Unos meses después, von Mildenstein fue promovido a la dirección del Departamento de Asuntos Judíos del Servicio de Seguridad de las SS con el objeto de apoyar la emigración sionista y desarrollarla más eficazmente.[18]

En 1935, el Congreso Sionista que sesionó en Suiza ratificó el pacto nazi-sionista de traslado por mayoría. En mayo de ese año, el periódico oficial de las SS, *Das Schwarze Korps*, explicitó su apoyo al movimiento sionista. En la nota editorial, publicada en la portada, se destacaba que "los sionistas adhieren a una posición racial estricta y mediante la emigración a Palestina están ayudando a construir su propio estado judío". El artículo — que fuera escrito por Reinhard Heydrich, en ese entonces jefe del Servicio de Seguridad de las SS— finalizaba diciendo:

> Puede estar no muy lejos el momento en que Palestina podrá de nuevo recibir a sus hijos, quienes han estado alejados de ella por más de mil años. Nuestros mejores deseos, junto con la buena voluntad oficial, irán con ellos.[19]

Adoctrinamiento

Tal como se dijo, no todos los judíos alemanes estaban dispuestos a partir de su patria — donde habían construido su familia y tenían su trabajo— hacia el destino incierto de Palestina. En realidad, los que deseaban mudarse eran los menos, según el cálculo de los sionistas: esto era crucial y jugaba en contra de sus objetivos. A las autoridades alemanas también las preocupaba que hubiera judíos reticentes a la emigración.

Por esta razón, los nazis apoyaron a los sionistas con el propósito de difundir los beneficios de partir hacia su nuevo territorio en Oriente Medio:

> Los sionistas fueron alentados a llevar su mensaje a la comunidad judía, recolectar dinero, mostrar películas sobre Palestina y, en general, educar a los judíos alemanes sobre Palestina. Hubo una considerable presión para enseñar a los judíos en Alemania a dejar de identificarse como alemanes para despertar en ellos una nueva identidad nacional judía.[20]

Sionistas y nazis compartían la creencia de que, para mantener la pureza de la sangre, las razas no debían mezclarse. Este concepto de "no asimilación" — de los hebreos en la sociedad alemana— le venía como anillo al dedo a Hitler, ya que era funcional a su idea de "liberar" a Alemania de los judíos.

Los sionistas proclamaban ser una nación, y los nazis no dudaban en reconocerlo. Por directivas de Hitler el aparato nazi colaboró con los sionistas incluyéndose la subvención para distintas etapas del proyecto. Después de la guerra, el doctor Hans Friedenthal, en ese entonces titular de la Federación Sionista de Alemania, al referirse al accionar de la policía política nazi, confesó:

> La Gestapo hizo de todo en aquellos días para promover la emigración, particularmente a Palestina. Recibimos a menudo su ayuda cuando requeríamos algo de otras autoridades con respecto a la preparación para la emigración.[21]

Leyes de Nüremberg

En 1935, dos semanas antes de que se sancionaran las Leyes de Nüremberg, el Congreso Sionista Mundial, reunido en Lucerna, ratificó que los judíos debían ser considerados un pueblo, con independencia del sitio donde estuvieran viviendo. Las negociaciones entre nazis y sionistas no soslayaron la necesidad de que la Alemania nazi legislara en la materia, lo que ocurrió efectivamente con la aprobación de las Leyes de Nüremberg, un conjunto de normas sancionado el 15 de septiembre de 1935.

En la nueva legislación, la denominada "Ley para la Protección de la Sangre Alemana y del Honor Alemán" prohibía el matrimonio entre no judíos y judíos, así como las relaciones sexuales extramatrimoniales entre ellos. Esa disposición también se aplicaba a los casamientos entre alemanes y gitanos o negros. El concepto de "Pureza de la Sangre" era afín a las doctrinas de los nazis y de los sionistas, quienes consideraban a la sangre una portadora de las cualidades raciales.

A partir de la aprobación de esta legislación — y conforme con la Ley de la Ciudadanía del Reich—, todos los ciudadanos alemanes de religión judía o aquellos con dos abuelos de religión judía se convertían en personas con derechos limitados. Un decreto posterior, del 14 de noviembre de 1935, estableció quién debía considerarse judío. Según la ascendencia, y la "mezcla" de sangre que tuviera la persona, podía haber judíos al 100, al 50 o al 25 por ciento.

"Judío al ciento por ciento" era considerado aquel que al menos tenía tres abuelos judíos; teniendo en cuenta que, según la ley, un abuelo ya era

judío al 100% si pertenecía a la religión judía. Se consideraba “mestizo judío” a aquel que descendía de uno o dos abuelos judíos al ciento por ciento. La Ley de la Ciudadanía del Reich diferenciaba entre mestizo de primer grado (judío al 50%) y mestizo de segundo grado (judío al 25%).

Era considerada judía al 50% aquella persona con dos abuelos judíos. A los mestizos de primer grado se los consideraba judíos si, con entrada en vigor de la ley, ya pertenecían a la comunidad religiosa judía o se integraban posteriormente en ella.

Los judíos al 50% recibían el mismo trato que los judíos, si con entrada en vigor de la ley estaban casados con un judío o se casaban posteriormente con un judío. A los mestizos de primer grado también se los consideraba judíos cuando descendían de un matrimonio prohibido según la ley para la protección de la sangre, y no obstante contraído, o cuando descendían de una relación extramatrimonial con un judío. Se consideraba judío al 25% a aquel que tenía un abuelo judío.

Teniendo estas leyes como base jurídica, se aprobaron varios decretos de ejecución y normas especiales que limitaron las condiciones de trabajo y vida de los judíos. Al ser reconocidos como una etnia nacional, ya no podían ser ciudadanos del Reich. Eran extranjeros en la Alemania nazi. Por lo tanto, sus derechos correspondían a ese estatus legal. Así, los ciudadanos judíos no podían izar la bandera del Reich y, además, estaban inhibidos de contratar a empleados no judíos.

La nueva condición de extranjeros de los judíos-alemanes implicaba la prohibición de votar en asuntos públicos y la de ejercer cargos oficiales —los que ya eran funcionarios tenían que abandonar sus puestos a más tardar el 31 de diciembre de 1935—, entre otras restricciones.

Tal como se vio, estas normas contemplaban dos puntos que eran de

interés entre los nazis y los sionistas. Por un lado, la prohibición de matrimonios “mixtos” entre judíos y alemanes a los efectos de preservar la pureza racial de ambas partes. Además, la ley dio la categoría de *minoría étnica* a los judíos. Así, la Alemania nazi se convirtió en el primer país en darles tal reconocimiento. Si bien los judíos no podrían izar la bandera alemana, ahora tendrían un privilegio: la sionista, celeste y blanca, sería la única que podría flamear, además de la nazi, en territorio alemán. En los kibutz que comenzaron a funcionar en Alemania, así como en dependencias judías, por caso clubes y escuelas, se pudo ver ondear orgullosa la enseña hebrea.

Aplausos a Hitler

Cuando fueron sancionadas, las Leyes de Nüremberg — históricamente vistas como un ataque a los judíos— recibieron el beneplácito y las alabanzas de los sionistas. El periódico sionista *Jüdische Rundschau*, en su edición del 17 de septiembre de 1935, manifestó su satisfacción y celebró las nuevas normas. Por su parte, Alfred Berndr, editor jefe de la Oficina Alemana de Noticias, aseguró que la nueva legislación permitía cumplir con “las demandas del Congreso Sionista Internacional convirtiendo en una minoría nacional a los judíos”.[22]

En noviembre de 1935, el doctor Bernhard Löesner, experto en Asuntos Judíos del Ministerio del Interior alemán, expresó su apoyo al movimiento sionista en un artículo publicado por el periódico nazi *Reichsverwaltungsblatt*. Löesner dijo:

> Si los judíos ya tuvieran su propio Estado en que la mayoría de ellos pudiese asentarse, entonces la cuestión judía podría considerarse completamente resuelta hoy en día, también para los judíos

mismos. La menor cantidad de oposición a las ideas que sustentan las Leyes de Nüremberg ha sido dada a conocer por los sionistas, porque ellos comprenden enseguida, que estas leyes representan también la única solución correcta para las personas judías. Porque cada nación debe tener su propio Estado como expresión exterior de su particular nacionalidad.[23]

Hacia fines de 1935, Georg Kareski, líder de la Organización del Estado Sionista y de la Liga Cultural Judía, que también había sido jefe máximo de la Comunidad Judía de Berlín, declaró en una entrevista:

[...] durante muchos años he considerado una completa separación de los asuntos culturales de los dos pueblos (judíos y alemanes) como precondición para vivir juntos sin conflictos... He apoyado tal separación por mucho tiempo, con tal de que sea basada en el respeto de las nacionalidades extranjeras.

En ese sentido agregó:

Las Leyes de Nüremberg me parecen, aparte de sus provisiones legales, conformar completamente este deseo para una vida separada basada en el respeto mutuo... Esta interrupción del proceso de disolución, en muchas comunidades judías, que se habían promovido a través de los matrimonios mixtos, es por consiguiente, desde el punto de vista judío, completamente bienvenida.[24]

Kareski — un conocido banquero de Berlín— no sólo fue partidario de la separación racial sino que también tuvo notoria influencia en la política nazi destinada a encontrar una “Solución final” al “problema judío”. En particular, promovió la idea de que los judíos en Alemania debían usar una Estrella de David cosida en sus ropas para poder ser identificados, una propuesta aceptada por Hitler en octubre de 1939. Además de Kareski, otros personajes del sionismo se manifestaron públicamente a favor de la política de Hitler respecto de la comunidad judía. Entre ellos se destacaron Kurt Tuchler, Yitzhak Shamir, Abraham Stern y Gertrude Stein.

Los nazis proclamaron que las Leyes de Nüremberg estaban en

consonancia con las demandas del Congreso Sionista Mundial. Los líderes sionistas, por su parte, estaban conformes, ya que podían establecer relaciones oficiales entre el Estado alemán y la nación judía. En ese sentido, por ejemplo, Kareski — que apoyó con cuantiosos fondos al partido nazi— afirmó que "las Leyes de Nüremberg también satisfacen viejas demandas sionistas". Asimismo, los sionistas entendieron que las nuevas leyes abrían las posibilidades de crear una vida propia cultural, educativa, deportiva, política, económica, etc., como aspectos de ese ser nacional largamente soñado.

Los nazis consideraron que Alemania le había dado a los judíos "la oportunidad de vivir por sí mismos" y, además, "la protección estatal" para esa nueva vida. Este proceso de crecimiento sería favorecido por los nazis y de este modo se haría "una contribución al establecimiento de relaciones más tolerables entre las dos naciones".[25]

En un informe oficial, fechado en junio de 1936, las SS instaron al partido nacionalsocialista y al gobierno a apoyar a los dirigentes sionistas, ya que ello favorecería la emigración de los judíos hacia Oriente Medio.[26] Según la *Enciclopedia Judaica*, para ese entonces "el trabajo sionista funcionaba perfecto" en la Alemania de Hitler. Al referirse a ese país, se aseguró que "una convención sionista llevada a cabo en Berlín en 1936 refleja en su composición la vigorosa vida partidaria de los sionistas alemanes".[27]

En aquellos tiempos la economía de la Alemania nazi renacía, financiada en gran parte desde los Estados Unidos. Hitler comenzaba a erigirse como un líder indiscutido, capaz de devolver a los alemanes el orgullo nacional menoscabado por las restricciones internacionales impuestas después de que los germanos hubieran perdido la Gran Guerra.

La propaganda nazi se encargó de marcar el clima de la nueva etapa liderada por Hitler; la industria comenzó a funcionar a pleno, los alemanes volvían a tener esperanzas, la desocupación — que había llegado a extremos nunca vistos— empezó a decaer. Los germanos podían empezar a vislumbrar un futuro, tras años de hambrunas y postergación. La orgullosa águila alemana se preparaba para volar.

La producción creció en forma impresionante, los alemanes conseguían trabajo y hasta podían pensar en tener su propia casa. La reconstrucción del país avanzó rápidamente.

Hitler, cada vez que podía, achacaba los problemas de la nación a los prestamistas — aseguraba que todos eran de origen semita— y a la banca internacional, a la que consideraba manejada por judíos. Les endilgaba todas las culpas de los problemas económicos debido a la especulación financiera que, a su juicio, era atribuible solamente a ellos. Por esta razón prohibió el interés financiero, ya que consideraba que el gran mal a extirpar de la economía nazi era la usura, una “trampa” financiera que, según el pensamiento del Führer, había sido inventada en un tiempo inmemorial por los judíos.[28]

Desde el exterior se seguía de cerca, y con lógica preocupación, el “renacimiento” de Alemania de la mano de Hitler. Los gobiernos europeos veían con escozor cómo el Tercer Reich se rearmaba violando el Tratado de Versalles. Nadie se animaba a poner límites a la política armamentista de Hitler. El gobierno de Inglaterra prefería que se le hicieran concesiones al Führer, presionado por la derecha británica que veía en él un bastión contra el comunismo. Se preparaba el caldo de cultivo de lo que luego sería un camino sin retorno, la mecha se había encendido y ya nadie podría apagarla. Era sólo cuestión de tiempo, y la guerra volvería a

estallar.

En esa Europa indecisa, con un Hitler cada vez más poderoso, ¿qué sería de los judíos que vivían en el Tercer Reich? ¿Qué pasaría con los judíos que residían en otros países aliados de Alemania, como Italia, o en aquellas naciones que luego serían invadidas por los nazis?

Junto con el nacionalismo exacerbado, que se expandía por toda Europa, en el mundo se multiplicaban los brotes antisemitas. En Alemania, la política con respecto al "problema judío" era trazada directamente por Hitler en una estrategia dual: por un lado, reclamaba que los judíos migraran al Este, lo que equivalía a mandarlos a Asia, por las buenas o por la fuerza; por el otro, mantenía un acuerdo con los sionistas para sacar a los judíos alemanes del Tercer Reich con destino a Palestina. Este convenio, y su instrumentación, mantuvo desconcertados incluso a los mismos jerarcas nazis.

Controversia

En las calles, las medidas de discriminación contra la comunidad judía aumentaron a extremos violentos, fogoneadas por el discurso oficial que les achacaba todos los males que había padecido Alemania. Los dirigentes nazis maximizaron los esfuerzos para lograr medidas tendientes a fortalecer la "conciencia judía", con el propósito de incentivar la emigración a la Tierra Prometida. Pensaban que el hecho de aumentarles la autoestima, como "etnia asiática"—así se definía el origen de los judíos, negándose que fueran europeos—, significaría un gran estímulo para que emigraran en masa a Palestina. Era un ardid psicológico, una herramienta más en la estrategia tendiente a expulsarlos. "Hacerlos *más judíos* es

hacerlos más extranjeros”, decían los dirigentes nazis. Y siendo extranjeros — y no alemanes judíos como se sentía la mayoría que había nacido en ese país— tendrían menos derechos en la Alemania nazi. Esas limitaciones se formalizaron legalmente con la sanción de las Leyes de Nüremberg. Al ser extranjeros se abría el camino para ir a Palestina o para terminar, como opción si no querían ir a la Tierra Prometida, en un campo de concentración.

Con respecto al plan de Hitler, el jerarca Goebbels escribió en su diario personal, el 30 de noviembre de 1937:

> Los judíos deben salir de Alemania, de toda Europa, sí. Eso llevará algo de tiempo. Pero sucederá y debe suceder. El Führer está firmemente decidido a ello.

Gueto cultural y kibutz

Para aumentar la ya mentada “conciencia” los nazis, entre otras disposiciones, prohibieron a los rabinos utilizar el idioma alemán para dar sus sermones. En tanto, los grupos semitas estaban divididos, y varios dirigentes confundidos por los pasos — absolutamente coherentes con la finalidad de echarlos por la razón o por la fuerza del territorio controlado por el Tercer Reich— que daba el gobierno de Hitler. Por ejemplo, el periódico *Frontera Judía* expresó:

> [...] los intentos por recluir a los judíos en un gueto cultural han alcanzado un nuevo peso mediante la prohibición a los rabinos de usar el idioma alemán en sus sermones. Esto está en línea con el esfuerzo hecho por los nazis para forzar a los judíos alemanes a usar la lengua hebrea como su medio cultural. Así es levantada por los opositores comunistas al sionismo otra “prueba” de la cooperación nazi-sionista.[29]

También el rabinato de Nueva York, en la publicación *Congress Bullet*, alertaba sobre la inconveniencia de acordar con Hitler al declarar:

> El hitlerismo es el nacionalsocialismo de Satanás. La determinación de librar al cuerpo nacional alemán del elemento judío, sin embargo, condujo al hitlerismo a descubrir su "parentesco" con el sionismo, el nacionalismo de liberación judío. En consecuencia el sionismo se convirtió en el único otro partido legalizado en el Reich, la bandera sionista la única otra bandera permitida en tierra nazi. Es una penosa distinción para el sionismo ser identificado para favorecerlo y privilegiarlo por su satánica contraparte.[30]

Pero la rueda ya estaba girando, y nadie la detendría. La organización sionista — apoyada por las autoridades nazis— creó cerca de cuarenta centros agrícolas y campamentos (kibutz) en Alemania. Allí los futuros colonos judíos de Palestina comenzaron a ser entrenados para sus nuevos trabajos en la Tierra Prometida. En esos centros flameaba orgullosa la bandera sionista y el emblema azul y blanco que en el futuro se convertiría en el símbolo patrio de Israel.[31] En tanto, el Reich colaboró para que se pusiera en funcionamiento otra compañía que permitiría ayudar a los judíos alemanes a emigrar a Palestina. Nació así la Agencia de Comercio Internacional e Inversión, o INTRIA (International Trade and Investment Agency). Mediante ésta, los judíos que vivieran en terceros países podrían colaborar con ese propósito. A través de esa compañía ingresaron una gran cantidad de fondos que fueron utilizados a tal fin.[32]

El exitoso experimento nazi-sionista para trasladar judíos a Palestina comenzó a ser visto con admiración por otros gobiernos que también deseaban resolver la "cuestión judía". Varios de ellos analizaron la experiencia y firmaron convenios similares. Por ejemplo, en 1937, Polonia autorizó a la Compañía de Transferencia Halifin (palabra hebrea para "intercambio") a implementar el mismo modelo. Y en 1939, Italia,

Checoslovaquia, Rumania y Hungría hicieron lo mismo, claro que el comienzo de la guerra, en septiembre de ese año, interrumpiría la aplicación de los mecanismos acordados entre las partes.[33]

Ingleses enojados

Palestina era un Mandato Británico, y Londres en su momento había permitido que los colonos judíos se asentaran en ese territorio habitado por los árabes. Pero el éxito palpable de la experiencia nazi-sionista del traslado comenzó a preocupar al gobierno inglés. Debe recordarse que, para ese entonces, varios países, entre los que se encontraba Gran Bretaña, imponían limitaciones a la inmigración de judíos, incluyendo el pago de altas tasas como medida disuasiva, a diferencia de otros inmigrantes a los que no se les exigían dichas condiciones. Gran Bretaña continuó ese camino y fue aplicando, en forma progresiva, restricciones y cupos a la entrada de judíos en Palestina, en especial a partir de 1937.

Los compromisos de los británicos con los árabes fueron el principal motivo que llevó a establecer un límite al ingreso de colonos hebreos en Palestina, pero esto se daba de bruces con el plan acordado entre los jerarcas nazis y los dirigentes sionistas.

Entonces, las SS llegaron a un acuerdo secreto con la agencia sionista clandestina Mossad le-Aliya, estableciéndose una organización y una metodología para hacer ingresar, en forma silenciosa e ilegal, judíos en Palestina. De este modo se implementó una estrategia que sería exitosa, ya que los barcos nazis, con su cargamento de colonos judíos, podrían evadir la vigilancia marítima de las patrullas británicas. Así se pudo desembarcar a miles de pasajeros, y lograrse, además, que todo esto pasara inadvertido

para los británicos. Las restricciones al ingreso de colonos en Palestina significaron que los grupos sionistas radicales vieran al gobierno de Londres como una amenaza y un obstáculo para concretar sus fines. Para ellos, los enemigos no eran los nazis, sino Londres. Por esta razón, varios dirigentes sionistas ofrecerían luego su colaboración a Hitler, durante el inicio de la guerra, para pelear contra un enemigo común: Gran Bretaña.

Críticas nazis al Acuerdo

Los nazis sabían que el Acuerdo de Traslado no resolvía absolutamente el "problema judío", en especial cuando se comprobó — con estadísticas en la mano— que, como se vio, no todos los judíos alemanes estaban dispuestos a partir. Tampoco había una gran motivación para los judíos de otras naciones que se habían afianzado como ciudadanos de diferentes países. Por otra parte, una gran campaña internacional denunciaba las políticas de discriminación y la brutalidad que los nazis mostraban contra los judíos y otras etnias a las que el Tercer Reich consideraba inferiores.

Los jerarcas nazis comprobaron que el Acuerdo se había convertido en un asunto de propaganda — utilizado varias veces por Hitler como un "ejemplo" a seguir por otros gobiernos—, además de generar el "beneficio" de erradicar una importante cantidad de judíos del Tercer Reich. Claro que el Acuerdo no mencionaba la posible fundación de una patria judía soberana en Palestina. Para los nazis se trataba de una zona, administrada por los ingleses, donde deberían convivir árabes y judíos.

En realidad, los británicos habían ofrecido Palestina a los judíos, en esas condiciones, de acuerdo con la citada Declaración de Balfour. Dicho documento no mencionaba la posibilidad de que se levantara allí un

Estado con fronteras y gobierno propio, sino que ese territorio había sido puesto a disposición para que sirviera como un "hogar" para los colonos judíos. También, al referirse a la mayoría de la población árabe de la zona, en la Declaración citada se aclaró que los británicos no modificarían los derechos civiles y religiosos de los habitantes históricos, esto es, los árabes, de esa región del planeta.

A diferencia de Hitler, algunos dirigentes nazis comenzaron a ver dos inconvenientes en el Acuerdo de Traslado. Por un lado, los cuantiosos fondos que se estaban gastando del presupuesto del Reich para propiciar la emigración pacífica de los judíos alemanes. Por el otro, empezaron a vislumbrar como un "peligro" la posibilidad cierta de que se creara un país judío independiente. Pensaban que a ese Estado seguramente no irían todos los judíos del mundo, con lo cual serviría sólo como "base de la Judería internacional", según se advirtió en un documento del Ministerio de Relaciones Exteriores alemán en 1937.[34]

Esa visión de la situación fue compartida por la Oficina de Extranjería de Alemania que, en su boletín oficial del 22 de junio de 1937, expresó: "sería un error asumir que Alemania apoya la formación de una estructura estatal en Palestina bajo alguna forma de control judío".[35] Varios jerarcas nazis compartieron la visión de la inconveniencia política de seguir apoyando el Acuerdo de Traslado, ya que "la proclamación de un Estado judío, o una Palestina administrada por los judíos, crearía para Alemania un nuevo enemigo, uno que tendría una profunda influencia en los desarrollos del Cercano Oriente", según se indicó en un informe de la sección de Asuntos Judíos de las SS.[36] Pero Hitler no estaba dispuesto a traicionar a los líderes sionistas incumpliendo el convenio.

Adolf Eichmann

Algunos funcionarios nazis inicialmente habían estado de acuerdo con la formación de un Estado nacional israelí en Palestina, como, por ejemplo, Adolf Eichmann. Toda una paradoja, ya que la historia lo ha considerado uno de los cerebros del plan nazi para exterminar judíos. Pero su papel de negociador con los dirigentes sionistas para favorecer la emigración a Palestina aparece como evidente e indudable. Es interesante destacar:

> [...] los sionistas habían establecido contacto con Eichmann en febrero de 1937. Feivel Polkes, un emisario de la organización sionista Haganah, una organización militar judía clandestina, recibió autorización para ir a Berlín y entrevistarse con Eichmann para discutir la suavización de las restricciones que pesaban sobre la transferencia de moneda extranjera con el fin de facilitar la emigración. Polkes se fue con las manos vacías, pero luego invitó a Eichmann a visitar Palestina, a principios de noviembre de 1937.

Después, los líderes sionistas y el jefe nazi volverían a reunirse en El Cairo.

Se debe considerar que

> [...] a finales de 1937 el entusiasmo por la idea de favorecer la creación de un Estado judío en Palestina, que había sido puesto en marcha por Eichmann, en parte a través de contactos sionistas, se había enfriado considerablemente. La visita del propio Eichmann a Palestina, organizada por su intermediario sionista, había sido un absoluto fracaso. Y algo más importante aún: el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán se oponía rotundamente a la idea de un Estado judío en Palestina. Sin embargo, el objetivo seguía siendo la emigración.[37]

Preocupación

Por otra parte, el Acuerdo de Traslado comenzó a preocupar a los funcionarios alemanes también desde lo económico. La Ha'avara había

establecido un exitoso monopolio en la venta de los bienes alemanes a Palestina por medio de una agencia judía. Pero los economistas germanos criticaron las ventajas financieras a favor de los sionistas y consideraron que ese convenio podría llevar a una pérdida de los mercados árabes.

Cuando terminaba 1937, el Ministerio del Interior aseguró que "las desventajas del acuerdo pesaban ahora, más que las ventajas y que, por consiguiente, debe terminarse". (Memorándum interno del Ministerio del Interior alemán, 17 de diciembre de 1937, firmado por el secretario de Estado W. Stuckart.)

En el mismo informe se indicaba:

> [...] no hay ninguna duda de que el arreglo de la Ha'avara ha contribuido muy significativamente al rápido desarrollo de Palestina desde 1933. El acuerdo no sólo proporcionó grandes sumas de dinero (desde Alemania), sino también el grupo más inteligente de inmigrantes, y finalmente llevó al país, las máquinas y los productos industriales esenciales para el desarrollo.

De acuerdo con ese informe del Ministerio del Interior, "la ventaja principal del pacto era la emigración de grandes números de judíos a Palestina, objetivo más deseable hasta donde Alemania estaba interesada". Para el Ministerio del Interior, esas metas se habían cumplido y entonces era necesario poner fin al convenio. Pero, a pesar del consejo de sus funcionarios, Hitler — tras revisar una y otra vez los resultados que se iban logrando— decidió mantener el Acuerdo de Traslado, ya que, según su entender, el objetivo de sacar a los judíos de Alemania justificaba las desventajas económicas.[38] Más adelante se verá qué significó en divisas la ejecución efectiva de este convenio.

La Conferencia de Évian

En 1938, presionado por las circunstancias, el presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, convocó a una reunión para que las naciones discutieran sobre el problema de los refugiados judíos que huían del Tercer Reich. El encuentro se realizó en Évian-les-Bains, Francia, entre el 6 y el 15 de julio de 1938. La Conferencia de Évian contó con la asistencia de representantes de treinta y dos países — entre los que estaban los Estados Unidos, Noruega, Dinamarca, Suecia, Suiza, Brasil, Argentina, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Chile, Países Bajos, República Dominicana, Canadá y Australia— y también con delegados de la Agencia Judía, del Congreso Judío Mundial y de la Organización Sionista Revisionista. Además, asistieron representantes de la Sociedad de las Naciones y de organizaciones de ayuda a los refugiados.

Paradójicamente, el primer problema que enfrentaban los inmigrantes forzados era que no había muchas naciones que se ofrecieran a aceptarlos. Si bien los países se mostraban solidarios con respecto a la persecución nazi, la posición cambiaba a la hora de definir gobiernos dispuestos a recibir a los contingentes de refugiados, ya que, salvo algunas excepciones, los Estados se mostraban reacios a facilitar su ingreso.

Como consecuencia del encuentro, Alemania aceptó flexibilizar las condiciones y los trámites para permitir la salida de los judíos del Tercer Reich, lo que era funcional a sus propios intereses. Pero no se logró que los países abrieran sus fronteras a los inmigrantes judíos, excepto República Dominicana, que dijo estar dispuesta a recibir hasta cien mil (cifra que luego fue mucho menor debido a las dificultades burocráticas que aparecieron por el camino, especialmente, en los países de tránsito).

Estas restricciones y dificultades no eran un tema nuevo, pero ahora las naciones se habían sacado las máscaras y formalmente dejaron sentado

que no estaban dispuestas a recibir refugiados judíos. Chaim Weizmann, que sería posteriormente el primer presidente de Israel, ya había declarado: “El mundo parece estar dividido en dos partes: una donde los judíos no pueden vivir y la otra donde no pueden entrar” (*Manchester Guardian*, 23 de mayo de 1936).

Hitler — que exhibía al mundo el Acuerdo de Traslado como un modelo ejemplar para solucionar “El problema judío”— no dejó pasar la ocasión y comentó que resultaba asombroso cómo, por un lado, los países extranjeros criticaban al régimen nazi por el trato que se dispensaba a los judíos pero, por el otro, ninguno de ellos estaba dispuesto a recibirlos.

“Hitler tiene razón”

En 1938, el presidente del Congreso Judío Norteamericano y del Congreso Judío Mundial, Stephen S. Wise, en una reunión en Nueva York, declaró:

> Yo no soy un ciudadano norteamericano de la fe judía, yo soy un judío... Hitler tiene razón en una cosa. Él llamó a las personas judías una raza y nosotros somos una raza.[39]

La situación en la Alemania nazi estaba clara. Los judíos, tal como lo habían soñado los líderes sionistas, eran considerados extranjeros y tenían la posibilidad de partir rumbo a Palestina, con ayuda del gobierno alemán. Para los sionistas, aquellos que no querían partir a la nueva patria eran traidores a la causa nacional y desleales, considerando lógico que Hitler los tratara como extranjeros en la Alemania nazi. Por decirlo de otra manera, los sionistas entregaban a esos judíos “rebeldes” en las manos de la máquina racista hitleriana...

En tanto, el movimiento sionista adquirió en la Alemania nazi más

fuerza que nunca. Esto se ve reflejado en las páginas de la *Jüdische Rundschau*, perteneciente a la Federación Sionista, que no dejaba de alabar la política de Hitler, así como en varias publicaciones del mismo movimiento. Incluso hubo una estrecha colaboración entre las SS de Hitler y la Haganah, una organización militar sionista clandestina que actuaba en Palestina. Esta ayuda incluyó, a fines de la década del treinta, el suministro en secreto de armas alemanas a los grupos judíos, las que fueron utilizadas para enfrentar a los árabes en Palestina.[40] Era una política a dos puntas: los nazis apoyarían abiertamente a los árabes, mientras en forma oculta colaboraban con los grupos sionistas.

La noche de los cristales rotos

En marzo de 1938, el gobierno de Polonia promulgó una ley mediante la cual se le quitó la ciudadanía a todos los polacos que hubieran vivido durante cinco años seguidos en el exterior. Dicha ley fue pergeñada especialmente para evitar que volviesen los setenta mil judíos que vivían en Alemania y Austria. Para esa fecha, de acuerdo con las Leyes de Nüremberg, los judíos que vivían en Alemania, tal como se vio antes, comenzaron a ser considerados extranjeros. En octubre de ese año — casi como una respuesta de Hitler a las medidas adoptadas por el gobierno de Varsovia—, veinte mil judíos de origen polaco fueron apresados por los nazis y, por orden del Führer, se los intentó deportar en masa. Pero el gobierno polaco no quiso recibirlos y se originó un conflicto en la frontera. Esta disputa significó que se instalara un campamento muy precario, con los miles de judíos expulsados viviendo en calamitosas condiciones en tierra de nadie, en la frontera entre ambas naciones.

Tras largas negociaciones, con el transcurso de los días el gobierno nazi persuadió a las autoridades polacas, que finalmente permitieron la entrada del numeroso contingente expulsado del Tercer Reich.

Herschel Grynszpan, un judío polaco que residía en Francia, recibió una carta de sus familiares en la que le contaban las peripecias que habían pasado durante la terrible deportación. En la misiva le narraron todas las penurias vividas, lo que motivó la ira de Grynszpan, quien con un arma escondida entre sus ropas, el 7 de noviembre de ese año, se trasladó hasta la embajada alemana en París. Una vez allí pidió hablar con algún funcionario sobre el tema, y se le concedió una audiencia con el secretario de la embajada, Ernst von Rath. Cuando estuvo frente a él, Grynszpan sacó sorpresivamente su arma, disparó y lo mató. En su descargo dijo que el asesinato había sido una forma desesperada para llamar la atención del mundo sobre la deportación de los judíos polacos que vivían en Alemania.

Un día después del crimen, el jerarca Heinrich Himmler, en un virulento discurso a los dirigentes de las SS, dijo:

> En Alemania no pude seguir habiendo judíos. Se trata de una cuestión de tiempo. Los expulsaremos progresivamente con una implacabilidad sin precedentes.

El asesinato de von Rath fue el pretexto perfecto para que los nazis lanzaran una campaña de persecución contra judíos en Alemania y Austria. Si bien se dijo que se trataba de un acto espontáneo, fue preparado por el gobierno alemán e instrumentado, bajo cuerda, por el Partido Nacional Socialista (NSDAP).

El pogromo tuvo su clímax el 9 de noviembre, cuando se destruyeron casi todas las sinagogas de Alemania, más de mil quinientas, cementerios

judíos y miles de negocios de la colectividad hebrea. Unos treinta mil judíos fueron detenidos e ingresados en campos de concentración. Las estimaciones de asesinatos, durante las dos jornadas que duró el pogromo, oscilan — según las fuentes— entre treinta y seis y doscientos ciudadanos alemanes judíos, que perecieron en manos de los nazis. En Austria los hechos fueron similares: se destruyeron la mayoría de las sinagogas de Viena, casas de oración y comercios pertenecientes a familias judías.

El gobierno nazi acusó a los judíos de la revuelta y los condenó a pagar una multa colectiva de mil millones de marcos. El jerarca nazi Hermann Göring, al anunciar la sanción, fue elocuente y dijo:

> La ciudadanía judía de Alemania, como castigo por sus crímenes abominables, tiene que hacer frente a una multa de mil millones de marcos. A propósito, debo reconocer que no me gustaría ser judío en Alemania.

Como consecuencia de "La noche de los cristales rotos", miles de judíos huyeron de la Alemania nazi, pero se encontraron con el inconveniente de que varios países, como los Estados Unidos o el Reino Unido, les seguían impidiendo el ingreso. Entonces "debieron utilizar distintos métodos como la falsificación de documentos y comprar visados de salida para Cuba, después de que se les negara la entrada en Gran Bretaña".[41]

Forzado por las circunstancias y por las repercusiones en la prensa internacional, el gobierno de Londres admitió el ingreso de diez mil niños judíos, pero cerró las fronteras de Palestina, rechazando una petición de las organizaciones judías de permitir la entrada de veintiún mil judíos en la Tierra Prometida. Los dirigentes sionistas estaban furiosos: en el momento en que más judíos estaban dispuestos a huir del Tercer Reich, los británicos les impedían ir a Palestina, lo que les creaba un serio inconveniente a la hora de alcanzar su mayor objetivo estratégico.

A la deriva

Imposibilitados de emigrar a Palestina, muchos judíos que habitaban en Alemania optaron por huir hacia otras regiones del planeta. Como se ha recalcado, esto de partir hacia otras naciones no era funcional a los objetivos sionistas. La meta exclusiva de la emigración, según sus dirigentes, debía ser las tierras de la futura Israel. Los nazis opinaban lo mismo... Así que ambos grupos se ocuparon de hacer *lobby*, desde las sombras, con diferentes gobiernos, con idéntico propósito: que las fronteras del mundo se cerraran para los judíos que escapaban del Tercer Reich, y se abrieran solamente las de la Tierra Prometida.

Se pensaba que, con una fuerte presión internacional, Gran Bretaña levantaría las restricciones a la inmigración de hebreos a Palestina. Los judíos que huían de la política antisemita de Hitler se encontraron con el hecho de que varias naciones habían decidido impedir su ingreso o imponer limitaciones, como el pago de fuertes sumas para poder entrar en esos Estados — Gran Bretaña optó por esta última medida—, un requisito imposible de cumplir para la gran mayoría de los que buscaban refugio.

En este contexto se registraron casos impresionantes ante la mirada indiferente la Sociedad de las Naciones. Por ejemplo, mil ciento veinticuatro refugiados judíos llegaron en el barco *St. Louis* a La Habana, en 1939, procedentes de la Alemania nazi y de otras regiones, como Austria, Bohemia y Moravia, recientemente anexadas al Tercer Reich. Pero al llegar se les prohibió desembarcar, pese a que cada uno de ellos contaba con un permiso por el que habían pagado ciento cincuenta dólares. Los inmigrantes habían partido de Hamburgo y, sin que ellos lo

supieran, horas antes de que la nave saliera, el presidente cubano Federico Laredo Bru invalidó sus autorizaciones. Estos inmigrantes habían solicitado una visa para entrar en los Estados Unidos y pensaban permanecer en Cuba sólo hasta que se los autorizara a entrar en la gran nación del norte.

Cuba, sitio en el que el barco permaneció a la espera de la decisión de Washington, autorizó el desembarco de sólo veintitrés personas. En tanto, los Estados Unidos anunciaron que no darían permiso de ingreso a los refugiados, y la nave debió volver a Europa. En medio de una gran presión ejercida por entidades judías, doscientos ochenta y ocho almas fueron aceptadas por el Reino Unido. El resto, quinientos noventa, con resignación, debió desembarcar en Amberes el 17 de junio de 1939.

También tuvo un viaje complicado el buque inglés *Orduña*, de la British Pacific Steamship Navigation Company, que llegó a La Habana el mismo día que el *St. Louis*, con ciento veinte refugiados judíos austríacos, checos y alemanes. En el puerto, tras idas y vueltas, cuarenta y ocho pasajeros — que tenían el permiso de libre desembarco— fueron autorizados a descender, pero se les impidió el ingreso a los setenta y dos restantes. Estos últimos tenían intenciones de esperar en la isla hasta que Washington les concediera una visa de ingreso en los Estados Unidos.

El 29 de mayo, el *Orduña* volvió a zarpar con destino a Sudamérica, pero sin que el capitán pudiera saber dónde se aceptaría el desembarco de sus pasajeros. Dos días después, se envió un radiograma a los Estados Unidos, mediante el cual los inmigrantes apelaron a la ayuda del presidente Roosevelt. En la comunicación aclararon que sesenta y siete de los setenta y dos refugiados disponían de declaraciones juradas o números de registro para inmigrar a los Estados Unidos. La respuesta de

Washington fue negativa. Entonces, el barco recorrió varios puertos centroamericanos, pero la restricción de desembarco para los inmigrantes judíos se repitió en todos, con lo cual el viaje se transformó en una penosa peregrinación.

La nave cruzó el Canal de Panamá, con escalas en Colombia, Ecuador y Perú por la costa del Pacífico. En Ecuador — gracias a la intervención del Comité para la Distribución Conjunta (Joint Distribution Committee, JDC) — se consiguió que desembarcaran cuatro de los fatigados pasajeros. Al mismo tiempo se estableció contacto con el rabino Nathan Witkin, Jr., representante de la Junta de Bienestar Judío ubicada en la zona del Canal de Panamá controlada por los Estados Unidos. Mediante gestiones de la British Pacific Steamship Navigation Company, de Witkin y el JDC se logró transferir, en Lima, a los sesenta y ocho refugiados restantes al barco británico *Órbita*, que iba a cruzar el canal.

Al regresar a bordo del *Órbita*, en la ciudad de Balboa (Panamá), siete pasajeros consiguieron visas para Chile, donde fueron recibidos. Los cincuenta y cinco restantes se quedaron en Balboa en el Fuerte Amador — instalaciones donde funcionaba la Estación de Cuarentena de la Zona del Canal— hasta fines de septiembre de 1940.

Con la ayuda del JDC y la Sociedad de Ayuda al Inmigrante Hebreo, con sede en Nueva York, el rabino Witkin pudo lograr el traslado a los Estados Unidos de los cincuenta y cinco refugiados, además de otros setenta y nueve que, en circunstancias similares, habían llegado al Fuerte Amador en mayo de 1939, luego de desembarcar del barco estadounidense *American Legion*.

Ese mismo mes también había llegado a La Habana, procedente de Europa, el navío *Flandre*, con ciento cuatro pasajeros, todos judíos —

alemanes, austríacos y checos—, todos con visas. Como en casos anteriores, las autoridades cubanas no permitieron el desembarco de los refugiados, y el barco, durante el mes de junio, inició una travesía con los inmigrantes presa de la desesperación. El *Flandre* pidió permiso para el desembarco de sus pasajeros en distintos puertos mexicanos, pero siempre fueron rechazados. Agotados todos los pedidos, incluyendo el de la asistencia de los Estados Unidos, el capitán optó por retornar a Europa, el único camino que en realidad le quedaba, y la totalidad de los refugiados, con frustración, desembarcó en Francia, de donde habían partido.

En tanto, los pasajeros judíos de los buques *Caribia* y *Koenigstein* — que habían partido de Hamburgo— no fueron admitidos en Trinidad y Tobago ni en Barbados, aunque tenían las correspondientes visas. En este caso, sin disponer de ninguna ayuda internacional, el barco arribó a diferentes puertos hasta que finalmente Venezuela admitió a los refugiados.

El 27 de mayo — habían pasado sólo unos días después de que Cuba rechazara el *St. Louis*, el *Orduña* y el *Flandre*—, el barco *Orinoco*, gemelo del *St. Louis*, partió de Hamburgo con doscientos pasajeros rumbo a Cuba. Al ser informado por radio de los inconvenientes ocurridos en La Habana, el capitán de la nave optó por permanecer en aguas francesas (frente a Cherbourg), donde estuvo anclado durante días a la espera de que se aclarara el panorama. Los gobiernos de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia rechazaron a los refugiados. Para salvar su imagen, los norteamericanos optaron por realizar una gestión diplomática solicitando, en la embajada alemana en Londres, que el gobierno nazi no tomara ninguna represalia contra los frustrados inmigrantes que se veían obligados a regresar. Con tales garantías otorgadas, ese contingente de

judíos debió volver al Tercer Reich en junio de 1939. No está claro qué ocurrió con ellos, ya que no hubo información sobre su posterior destino.

Algunos investigadores sostienen que el presidente estadounidense Franklin Roosevelt no permitió el desembarco de los refugiados de los barcos antes citados debido a la posición del embajador norteamericano en Inglaterra, Joseph Kennedy, un antisemita fanático, quien amenazó con que, si eso ocurría, retiraría el apoyo dado a Washington por los demócratas sureños.

Por otra parte, el aparato de propaganda nazi había inflamado el sentimiento antisemita en todo el mundo. Juan Prohías, fundador del Partido Nazi Cubano, difundía la ideología nacionalsocialista en La Habana a través de la radio y de la prensa escrita. La financiación de esa campaña estaba a cargo de Louis Clasing, director de la compañía Hapag-Hamburg Amerika Line en La Habana. Como se vio, a Cuba llegaron una gran cantidad de barcos con refugiados judíos que no pudieron desembarcar en ese país. Este cierre de fronteras a la inmigración judía fue funcional a la dirigencia sionista y, por esta razón, ésta casi no reaccionó ante las medidas tomadas por varios gobiernos contra aquélla. El destino de los judíos debía ser uno sólo: la Tierra Prometida.

El Libro Blanco

En 1939, Londres comunicó que no estaba dispuesta a dividir el Mandato Británico de Palestina en dos Estados, y separar así a árabes y judíos. Por el contrario, en el denominado Libro Blanco — un texto publicado por el gobierno de Neville Chamberlain el 17 de mayo de ese año— se determinó que el objetivo propuesto era una sola Palestina independiente,

gobernada en conjunto entre ambos pueblos. Se indicó que se asociaría gradualmente a árabes y judíos con el gobierno de Palestina, en una proporción relacionada con sus respectivas poblaciones, con la intención de que en diez años se pudiese crear un Estado independiente de Palestina. En la primera sección del Libro Blanco se estableció que se debía "garantizar los intereses esenciales de cada una de las dos comunidades". En la segunda sección se mencionó que la inmigración judía hacia Palestina quedaría limitada a un máximo de setenta y cinco mil personas en los siguientes cinco años, de modo que la población judía fuera un tercio de la población total. Después del período de cinco años no se permitiría más inmigración judía a menos que los árabes de Palestina estuvieran dispuestos a aceptarla. Y, finalmente, en la tercera sección se resolvió que se prohibiría o restringiría la compra de nuevas tierras a los judíos, como consecuencia del "crecimiento natural de la población árabe" y del "mantenimiento del nivel de vida de los cultivadores árabes". Para los sionistas esas determinaciones fueron un golpe artero disparado al corazón de su proyecto. Los británicos definitivamente eran ahora sus enemigos. Y Hitler, su gran aliado...

Nobel de la Paz

Se debe recordar que, en 1939, Adolf Hitler fue nominado al Premio Nobel de la Paz por E. G. C. Brandt, un integrante del parlamento sueco. La campaña para su candidatura fue respaldada públicamente por la escritora judía Gertrude Stein, quien argumentó que el líder nazi había logrado la pacificación de la sociedad alemana al colaborar con el proyecto de que se concretara un Hogar Nacional Judío en Palestina.

Según escritos del profesor emérito de la Universidad de Uppsala, Gustav Henrikssen, miembro del Comité Nobel, Stein — ícono intelectual de la denominada *Generación Perdida*, que escribió un estudio sobre "La grandeza y las cualidades del Führer"— fue quien empujó la campaña pro Hitler bajo el eslogan: "La supresión de los judíos es sinónimo de Paz"[42] (por "supresión" se entendía la marcha de los judíos alemanes hacia Palestina).

De acuerdo con el diario español *ABC*:

> [...] el Comité Nobel (encargado de conceder el galardón) contempló la nominación pero concedió los laureles en aquella ocasión al Instituto Nansen, organismo multitemático dedicado a diversas investigaciones. No obstante, aunque Hitler no consiguiera la mayoría de votos necesarios para ganar, las discusiones sobre sus méritos fueron "animadas". Se opinaba que podría ser merecedor del premio debido a las conversaciones que había mantenido con el británico Chamberlain relacionadas a la paz en Europa. Tanto la nominación como los demás detalles relacionados con estos extraordinarios sucesos se archivaron bajo siete llaves y desaparecieron de la historia de los premios Nobel como por arte de magia después de la Segunda Guerra Mundial.[43]

En manos de las SS

Pese a la violenta persecución de los nazis, hacia 1939 seguían viviendo en Alemania entre doscientos cincuenta mil y trescientos mil judíos, según la estadística del SD (Sicherheitsdienst, el Servicio de Seguridad alemán). Esto significaba las tres cuartas partes de la población judía registrada en 1933. La tarea de erradicarlos no había sido tan "eficaz" como muchos dirigentes nazis y sionistas habían pensado. En ese sentido, el mismo Hitler, en julio de 1938, había calculado que recién después de diez años Alemania estaría "libre" de ellos (*Judenfrei*).

El 24 de enero de 1939, el Tercer Reich creó una oficina central para la

“emigración judía” con la dirección del jefe de la Policía de Seguridad, Reinhard Heydrich. Los tiempos para expulsar a los judíos se aceleraban en directa proporción al advenimiento de la guerra, que no tardaría en estallar. En esta nueva etapa

> [...] la transferencia de la responsabilidad global a las SS inició, sin embargo, una nueva fase en la política antijudía. Para las víctimas, constituyó un paso decisivo en el camino que había de acabar en las cámaras de gas de los campos de exterminio.[44]

A principios de ese año, el ministro del Exterior de Hitler, Joachim von Ribbentrop, advirtió que “Alemania debe considerar como peligrosa la formación de un Estado judío” porque “traería consigo un crecimiento internacional de poder a la judería mundial” (circular del Ministerio del Exterior, 25 de enero de 1939).

Pero, tal como lo había hecho antes, Hitler siguió sosteniendo el Acuerdo de Traslado.

El Führer les dijo a sus hombres de confianza que, a pesar de los grandes gastos que implicaban para el Reich financiar el proyecto sionista, se trataba de la mejor inversión que se podía hacer para sacar a los judíos del territorio alemán. En ese sentido también sostuvo que Londres no permitiría la fundación de una nueva nación judía en Palestina. Efectivamente, tal como se vio, en el Libro Blanco — el texto publicado por el gobierno de Neville Chamberlain en 1939— se confirmaría oficialmente que Londres no estaba dispuesta a dividir a Palestina en un Estado judío y en otro árabe.

Los esfuerzos para mantener la corriente de judíos alemanes a Palestina, ya sea de modo legal o clandestino, se mantuvieron hasta 1941, dos años después de haber comenzado la Segunda Guerra Mundial. Incluso en marzo de 1942, por lo menos un kibutz seguía operando en la Alemania

de Hitler.[45]

La tragedia del Struma

El *Struma* era un barco griego que el 12 de diciembre de 1941 zarpó de Rumania transportando refugiados judíos que intentaban llegar a Palestina. El viejo buque, con más de setecientos pasajeros a bordo, debía hacer una escala en Estambul para recoger los certificados de inmigración. Pero cuando llegaron allí, los pasajeros se dieron cuenta de que habían sido víctimas de una estafa, ya que las autoridades no habían sido informadas sobre el viaje. Así, no pudieron obtener la documentación, tal y como les habían prometido al tomar el barco. Por su parte, los británicos comunicaron que les negaban la entrada en Palestina y las autoridades turcas informaron que no permitirían el desembarco de los pasajeros.

La capacidad del barco estaba excedida, las condiciones de vida a bordo eran extremas, especialmente, por la escasez de agua dulce y comida. Para colmo de males, a pesar de los desesperados pedidos de ayuda, Rumania, país desde donde había zarpado el *Struma*, comunicó que tampoco permitiría el regreso de los refugiados judíos. Las fronteras estaban cerradas para ellos, y el mundo miraba para otro lado. Los Estados Unidos, al igual que otras potencias aliadas, se mostraron indiferentes al problema y — a pesar de los reclamos de auxilio— no colaboraron para solucionar el caso.

Sin poder bajar del barco, los pasajeros permanecieron setenta días a bordo, en el puerto de Estambul, recibiendo alimentos de la comunidad judía de la ciudad.

Agotadas todas las tratativas — con el gobierno de Londres que

permanecía inflexible y no permitía que el grupo pudiera ir a Palestina—, finalmente, la nave fue expulsada de Turquía y remolcada a aguas abiertas, a pesar de que casi no tenía combustible y los motores estaban averiados.

En esa condición, el 23 de febrero de 1943, el *Struma* fue atacado por el submarino soviético *Shchuka C-213*, comandado por el capitán Denezhko. Al mundo se le dio la versión de que los soviéticos confundieron el maltrecho barco griego con una nave nazi (un error difícil de cometer, ya que ondeaba el pabellón griego y a simple vista se podían observar las características de la frágil embarcación civil).

Lo cierto es que como consecuencia del ataque murieron setecientos sesenta y ocho pasajeros — cuatrocientos seis hombres, doscientos sesenta y nueve mujeres, y ciento tres niños—, y se salvó una sola persona: David Stoliar, que fue encontrado flotando veinte horas después del hundimiento.

Los documentos secretos soviéticos relacionados con este caso recién fueron desclasificados a fines de los años noventa, lo que permitió confirmar detalles del ataque realizado con un certero torpedo cuyo impacto fue suficiente para hundir a la embarcación.

Pelear junto a Hitler

Hasta enero de 1940, Irgún — la Organización Militar Nacional en la Tierra de Israel— había estado peleando contra el régimen británico que impedía la inmigración a Palestina. Se trataba de un grupo paramilitar sionista, acusado por las autoridades británicas de perpetrar actos de terrorismo. Pero cuando empezó la guerra, la mayoría de sus dirigentes

decidió apoyar la causa aliada, esto es oponerse a Hitler. Dicha determinación resultó intolerable para algunos jefes sionistas radicales.

Tal fue el caso de Abraham Stern, quien se separó de Irgún y decidió formar una agrupación nueva llamada Luchadores para la Liberación de Israel, más conocida como Lehi (acrónimo hebreo de "Lojamei Jerut Israel"). Stern y sus hombres creían que el pueblo judío debía concentrarse en luchar contra las fuerzas británicas que ocupaban Palestina, ya que, de esta manera, expulsándolos de la Tierra Prometida, se lograría crear el Hogar Nacional Judío. Los miembros de Lehi estaban convencidos de que el verdadero enemigo era Gran Bretaña y consideraron que se podían realizar alianzas tácticas con Hitler. Estaban seguros de que la iniciativa del Führer, consistente en echar de Europa a los judíos, era funcional a la meta de poblar Palestina.

En enero de 1941, los principales líderes de Lehi resolvieron apoyar a Hitler luego de mantener negociaciones con diferentes jerarcas nazis.

Los hombres de Lehi ofrecieron mantener una resistencia judía en Oriente Medio contra los británicos. La propuesta formal de una "alianza militar" fue formulada en forma secreta por Stern, el líder de la organización, a diplomáticos nazis en Beirut, en 1941. Esto ocurrió luego de que Gran Bretaña negara la posibilidad de que se crearan más asentamientos judíos en Palestina. De este modo, Stern y sus hombres dejaron en claro que Gran Bretaña era un enemigo común de los sionistas y de los nazis.[46]

La oferta incluía actividad militar y política, en principio dentro de Palestina y luego en el exterior. Se aseguraba que los judíos serían militarmente entrenados y organizados en unidades bajo la dirección y orden del movimiento NMO (National Militar Organization). De este

modo podrían tomar parte en operaciones de combate con el propósito de conquistar Palestina.

La propuesta — documento que sería luego hallado en la embajada nazi en Turquía— señalaba:

> [...] el establecimiento del Estado judío histórico sobre una base nacionalista y totalitaria y unida por tratados con el Reich alemán, serviría para mantener y fortalecer la futura posición alemana de poder en el Medio Oriente.

En febrero de 1942, la policía secreta británica descubrió el lugar de escondite de Abraham Stern y lo asesinó, deteniendo a varios miembros de la organización. Su sucesor fue Isaac Shamir, quien muchos años después se convertiría en ministro de Asuntos Exteriores y luego en primer ministro del Estado de Israel hasta 1992.

Además de cometer varios actos terroristas contra intereses de Gran Bretaña, en noviembre de 1944, integrantes de Lehi mataron a lord Moyne, ministro británico de Asuntos del Oriente Medio.

Cuando a Shamir, varios años después, se le preguntó por la oferta de alianza con los nazis realizada en 1941, confirmó que estaba al tanto de ella.[47]

Los cimientos nazis de Israel

Los dirigentes judíos y nazis admitieron que el Acuerdo de Traslado, implementado por Hitler, fue la base sólida sobre la cual se comenzó a levantar el futuro Estado de Israel.

En ese sentido se calcula que, en 1939, el quince por ciento de los colonos judíos de Palestina había llegado procedente de Alemania. Se

estima que, entre 1933 y 1941, unos sesenta mil judíos alemanes emigraron a esa zona merced al Ha'avara y a otros acuerdos complementarios alcanzados entre los nazis y los sionistas.[48]

No sólo fue importante la cantidad de colonos sino también el traslado de bienes e insumos, así como de capital desde el Tercer Reich hasta Palestina. Estos aportes — por lejos los más importantes provenientes del exterior— impactaron positivamente en la pobre región. Según Black, "la afluencia de los bienes y capital de Ha'avara produjo una explosión económica en la judía Palestina" y fue "un factor indispensable en la creación del Estado de Israel".[49]

Al referirse al Acuerdo de Traslado, el Ministerio del Exterior alemán consideró que "el traslado de la propiedad judía fuera de Alemania contribuyó en no poca magnitud a la construcción de un estado judío en Palestina" (circular del 25 de enero de 1939).[50]

Solamente entre agosto de 1933 y fines de 1939, de Alemania a Palestina se transfirieron 8,1 millones de libras o 139,57 millones de marcos alemanes (entonces equivalentes a más de 40 millones de dólares). Esta cantidad incluyó 33,9 millones de marcos alemanes entregados por el Reichsbank.[51] De acuerdo con Black, a esos montos se les debería sumar el equivalente a unos 70 millones de dólares en concepto de otros acuerdos entre nazis y sionistas, y por determinadas transacciones bancarias.[52]

La empresa de aguas Mekoroth y la textil Lodzia son algunas de las firmas importantes que se construyeron en Palestina con capitales alemanes.

En la década del setenta, ex funcionarios de la Ha'avara destacaron los beneficios que tuvo Palestina por el Acuerdo de Traslado. Ellos dijeron

que “la actividad económica fue posible por la entrada de capitales alemanes, y las transferencias de Ha’avara a los sectores privados y públicos fueron importantísimas para el desarrollo del país”. También indicaron que “muchas nuevas industrias y empresas comerciales fueron establecidas en la Palestina judía y numerosas compañías que son enormemente importantes incluso hoy en la economía del Estado de Israel deben su existencia a Ha’avara”, esto es, a la asistencia financiera brindada por el nazismo.[53]

Soldados nazis judíos

Unos ciento cincuenta mil soldados judíos lucharon en el ejército nazi durante la Segunda Guerra Mundial, según calcula el historiador estadounidense Bryan Mark Rigg, quien llegó a esa conclusión luego de haber realizado un pormenorizado estudio en los archivos alemanes, que abarca todas las fuerzas armadas del Tercer Reich y que incluye abundante documentación así como cuatrocientos treinta entrevistas a ex soldados judíos que pelearon para la Alemania de Hitler.[54]

Algunos de esos militares vistieron el uniforme nazi porque no tenían otra alternativa: “Sabía que todo lo que hacía iba contra mis intereses y los de los míos, pero qué iba a hacer”, explicó el cabo judío Richard Riess quien peleó para el Tercer Reich. Pero lo más sorprendente es que un gran número de ellos combatió para Hitler porque se consideraba plenamente alemán y creía que era su deber luchar por su patria. De acuerdo con Rigg, “muchos no se sentían lo bastante judíos como para arriesgar su seguridad por la causa de su pueblo”. Según comprobó Rigg, la inmensa mayoría de los soldados de origen judío ignoraba la persecución nazi contra los

semitas y la tragedia que ocurría en los campos de exterminio.

Otro dato desconcertante que surge de la investigación es que “el propio Adolf Hitler conocía los orígenes hebreos de decenas de oficiales de su ejército, a los que facilitó documentos que daban fe de la pureza de su sangre alemana”.[55] O sea que se falsificó su ascendencia para que aparecieran como arios. En ese sentido, es célebre la frase del jerarca Göring, jefe de la Luftwaffe, que alude a esa situación: “¡Yo decido quién es judío!”.

En varios casos los alemanes modificaron, en los archivos genealógicos, la historia familiar de los soldados judíos, cambiaron su ascendencia —los convirtieron en “no judíos” mediante un mecanismo burocrático— para que así pudieran integrarse sin inconvenientes a divisiones especiales como las SS o la Gestapo.

A pesar de que la ley germana prohibía a cualquier alemán que tuviera un abuelo judío formar parte de la elite de las fuerzas armadas:

> [...] listados de personal militar de enero de 1944 demuestran que la jerarquía militar (nazi) sabía que al menos setenta y siete oficiales con sangre judía en las venas ocupaban cargos de responsabilidad en la Wehrmacht (el Ejército). Todos ellos obtuvieron para ello los documentos que avalaban su condición de *alemanes puros*.[56]

El célebre general Fritz Bayerlein, mano derecha de Rommel, fue inicialmente forzado a retirarse en 1934 por “poco ario” (tenía una “cuarta parte de sangre judía”, según el informe de los nazis). Pero, debido a su eficiencia y lealtad al Führer, Hitler lo autorizó a seguir vistiendo el uniforme alemán del Tercer Reich. Bayerlein fue merecedor de la Cruz de Caballero con espadas y hojas de roble, una de las máximas condecoraciones nazis, mientras se encontraba al mando de la división acorazada de elite Panzer-Lehr.

En la Kriegsmarine (la armada nazi) se destacó un comandante de submarino de origen judío, Helmut Schmoeckel, capitán del U-802.

Entre otros militares judíos-nazis en el ejército sobresalió el mariscal de campo Erhard Milch — lugarteniente de Hermann Göring, jefe de la Luftwaffe—, quien fue merecedor de importantes condecoraciones por su compromiso con la lucha armada. En este caso, los jerarcas nazis "estuvieron de acuerdo en falsificar la identidad judía del padre de Milch y dotarlo de un pasado familiar *más limpio*".[57]

Para Abraham Huberman, historiador especializado en el Holocausto, además de soldados judíos que sirvieron a la Wehrmacht, hubo una gran cantidad de ingenieros y técnicos hebreos que trabajaron en la Luftwaffe. Por su parte, Beatriz Gurevich, del Proyecto Testimonio de la DAIA (Argentina), recordó el "proceso de arianización" que "se ofreció a determinados judíos, en especial funcionarios, que eran necesarios para el funcionamiento de la maquinaria del Tercer Reich. Algunos de ellos aceptaron esta oferta, lo que coincide con la falsificación de documentos mencionada por Rigg".[58]

Hemos visto en este capítulo un conjunto de informaciones sobrecogedoras y poco conocidas que cambia varias piezas de la historia oficial. Resta por investigar cómo se instrumentaron determinadas alianzas tácticas entre los nazis y los sionistas durante la guerra, así como el papel de estos últimos ante la matanza de judíos perpetrada por el Tercer Reich, que ellos no podían desconocer. Todo pareciera indicar que los líderes sionistas privilegiaron el objetivo de crear una nación judía por sobre otras metas, incluyendo la de salvar masivamente las vidas de judíos pobres, no dispuestos a participar del proyecto de colonización de Palestina, quienes terminarían siendo víctimas de la terrible maquinaria

nazi. Este tema hoy se está investigando y podrá esclarecerse en la medida en que se conozcan nuevos testimonios y se libere documentación clasificada que esconde uno de los mayores secretos de Adolf Hitler y sus socios sionistas.[59]

Finalmente, se debe considerar que Hitler recibió aportes de judíos poderosos, quienes no desconocían la política antisemita de los nazis. Por ejemplo, el jefe nazi durante su ascenso al poder habría recibido "donaciones de la Liga Antibolchevique, fundada en 1919, en el Aeroclub Berlín, por iniciativa de (Hugo) Stinnes", un poderoso industrial alemán dueño de minas y acerías.[60]

> Los Fondos Antibolcheviques de la Industria y el Comercio de que disponía la Liga ascendían a más de cincuenta millones de marcos y eran administrados por el banquero judío Mankiewitz, de Berlín. Hasta el día de hoy persisten los rumores de que Hitler recibía dinero de judíos alemanes ricos con ideas nacionalistas... quizás ésta haya sido una de las fuentes de tales rumores.[61]

CAPÍTULO 6

¿Quién es el verdadero enemigo?

El Partido está dispuesto a suministrar grandes sumas de dinero a aquellos industriales que contribuyan a la organización de la posguerra en el extranjero. Pero el Partido pide a cambio todas las reservas financieras que ya hayan sido transferidas al extranjero, o puedan ser transferidas posteriormente, para que tras la derrota se funde en el futuro un poderoso nuevo Reich.

Reunión de Estrasburgo, Francia, 1944[1]

El banquero de Hitler

Resulta interesante analizar la historia de Hjalmar Schacht, el famoso mago de las finanzas de Hitler. La historia nos cuenta que Schacht fue uno de los artífices de la reducción de la inflación y la estabilización del marco alemán, sacando a la economía germana de una situación crítica, la que había llevado a niveles altísimos la desocupación.

Schacht trabajó para la ejecución del Plan Young, citado precedentemente, pergeñado por Wall Street y destinado a reducir las reparaciones a las que Alemania estaba obligada tras la Primera Guerra Mundial. También se esforzó por conseguir fondos para las campañas políticas de Hitler y, en 1932, apoyó a los industriales alemanes que, con

un petitorio en la mano, le reclamaron al presidente Hindenburg que el líder nazi fuera nombrado canciller.

Cuando Hitler llegó al poder, nombró a Schacht presidente del Reichsbank y luego ministro de Economía en 1934. Un año después fue designado plenipotenciario general para la economía de guerra y en 1937, miembro honorario del partido nazi, condecorado con la Svástica de Oro. El banquero de Hitler mantuvo importantes diferencias con el jerarca Hermann Göring y a fines de 1937 renunció.

Sin embargo, se mantendría al frente del Reichsbank hasta 1939 y luego seguiría siendo un ministro nazi sin cartera hasta 1943. Ésta es la historia conocida de Schacht. Poco se sabe, en cambio, sobre los orígenes norteamericanos de la familia Schacht, lo que permitió que — mucho antes de ser el banquero de Hitler— se desempeñara como representante en Berlín de la empresa estadounidense Equitable Trust Company de Nueva York. Se trataba de una entidad financiera de Wall Street, controlada por la Banca Morgan. Schacht tuvo relaciones estrechas con ejecutivos de Wall Street y, por medio de ellos, con la elite financiera internacional. Los diarios de entonces dan cuenta de las reuniones que mantuvo con personajes de la época, como Owen Young, titular de la General Electric y diseñador del plan de reestructuración de la deuda alemana, o William Farish, presidente de la Standard Oil de New Jersey, así como con los más importantes banqueros. Él fue el vínculo principal entre los poderosos de Wall Street y Hitler.

Amigos

Tal como se explicó, desde los años treinta Hitler recibió importantes

aportes financieros provenientes de los Estados Unidos. Sus campañas políticas para llegar al poder eran apoyadas por importantes empresarios y políticos de esa nación y de otras naciones del planeta. Entre los personajes que participaban activamente para conseguir financiación que beneficiara a las empresas alemanas y al mismo partido nazi estaban los hermanos norteamericanos John Foster Dulles y Allen Dulles —se volverá a hablar más adelante de ellos—, quienes se reunieron con Hitler y el jerarca Martin Bormann, en 1933, en Hamburgo.

Las ayudas que recibió el líder nazi de parte de los norteamericanos fueron fabulosas y desde Wall Street se le preparó el camino que le permitiría convertirse en el hombre más poderoso del mundo. Ese año el ascenso de Hitler a la cancillería alemana había tranquilizado a la derecha internacional, ya que se sabía que a partir de ese momento habría una férrea voluntad dispuesta a controlar el avance del comunismo.

Desde los Estados Unidos, el Tercer Reich recibió créditos varias veces millonarios que facilitarían la salida de Alemania de una situación de crisis. Con esa ayuda el país se rearmó — a pesar de una prohibición expresa en ese sentido incluida en el Tratado de Versalles— y se preparó para el mayor conflicto de la historia.

Hitler gozaba de popularidad en Europa, pero también del otro lado del Atlántico, a tal punto que en 1938 —menos de un año antes de que empezara la guerra— la revista *Time* lo calificó como el “Hombre del Año”.

Se debe recordar que ya desde 1924, con la publicación de su autobiografía *Mein Kampf*, el líder nazi había expuesto su odio a los judíos y adelantado sus planes de dominación (reclamando el “espacio vital” que según su opinión necesitaban los germanos, concepto que

presagiaba la invasión a otros países, tal como luego ocurrió). Así que todas las ayudas recibidas de parte de los grandes grupos económicos se concretaron luego de que Hitler ya hubiera expuesto su racismo exacerbado y los fundamentos básicos del nacionalsocialismo.

Por otra parte, durante la guerra, Allen Dulles fue nombrado embajador de los Estados Unidos en Suiza, desde donde, además de cumplir con sus funciones diplomáticas, mantuvo negociaciones permanentes para que el conflicto no perjudicara a los grupos económicos alemanes. También se desempeñaría como un referente clave del servicio de inteligencia norteamericano.

Con respecto a Dulles, hay que destacar que ocupó el segundo lugar de la central de inteligencia de ese país (CIA), entre 1950 y 1953, y luego fue su director entre ese año y 1961. En tanto, su hermano John sería designado en 1953 secretario de Estado del presidente Dwight Eisenhower.

Antes y durante las hostilidades, el Führer realizó formidables negocios, bajo un velo de tinieblas, con sus socios extranjeros. Por otra parte, la banca internacional, que financió a Hitler, sabía que el conflicto bélico algún día tendría que terminar, y así fue que se preparó para los nuevos tiempos que vendrían.

La Unión Soviética y los nazis

El 16 de abril de 1922, Alemania y la Unión Soviética firmaron el Tratado de Rapallo mediante el cual establecieron relaciones diplomáticas y un compromiso de cooperación económica entre ambas naciones. Una cláusula secreta permitía a Alemania entrenar a sus tropas en el territorio

ruso y construir allí armas, lo que le estaba vedado por el Tratado de Versalles. El acuerdo sorprendió a los europeos, en especial a Gran Bretaña y Francia. Ese año, Moscú otorgó a la fábrica germana Junkers una concesión para la fabricación de aviones de transportes y la organización de una línea aérea soviética. Al año siguiente, se le otorgó a la firma Friedrich Krupp AG, de Essen, la concesión para instalar una planta para máquinas agrícolas. En octubre de 1923, como consecuencia de la instrumentación del tratado, el gobierno alemán le concedió a la Unión Soviética un crédito comercial por un valor de setenta y cinco millones de marcos oro. Entre las empresas alemanas que ingresaron en la Unión Soviética estaban AEG, Telefunken, Bayerische MotorenWerke (BMW), IG Farben, Borsig de Tegel y Linke-Hofmann. Miles de ingenieros y expertos alemanes comenzaron a trabajar en Rusia y, además, se crearon empresas mixtas germano-soviéticas como, por ejemplo, Deurag (máquinas agrícolas), Derutra (transportes) y Deruluft (aviación).

En 1926, mediante el denominado Acuerdo de Berlín, Alemania concedió a la Unión Soviética un préstamo por trescientos millones de marcos, mientras las exportaciones recíprocas entre ambos países crecían en forma sostenida.[2] Alemania exportaba a Rusia, sobre todo, maquinaria: motores, locomotoras y material ferroviario. Mientras que la Unión Soviética exportaba a Alemania materias primas, en especial cereales, minerales y petróleo. En 1929 — año que comienza la gran crisis internacional—, los principales socios comerciales de los rusos eran los alemanes y los norteamericanos. Ese año, sobre sesenta y cuatro contratos de concesión, veintinueve correspondían a empresas alemanas y veintiuno a empresas norteamericanas (siete a Francia, tres a Suecia, dos a Inglaterra, uno a Suiza y uno a Italia). De la mano de empresas germanas

y norteamericanas, la Unión Soviética comenzó un vertiginoso proceso de industrialización.

Entre las firmas estadounidenses que participaron de negocios en Rusia estaban DuPont, Freyn Engineering Co., Harriman, Ford, General Electric, Koppers y Co. y Austin Company Ohio. Mediante capitales norteamericanos se financió el Primer Plan Quinquenal ruso (1928-1932), que permitió crear las bases industriales de la Unión Soviética. Se instalaron talleres metalúrgicos y siderúrgicos, se explotaron yacimientos mineros y se desarrolló la industria automotriz gracias a las fábricas y a los ingenieros de la Ford. Se levantaron altos hornos y, de la nada, se construyó una fabulosa ciudad industrial en Magnitnaja Gora (en las estribaciones de los montes Urales), merced a un contrato de ochocientos millones de rublos otorgado a la empresa norteamericana Arthur G. McKee Co. (Cleveland). Grandes fábricas de tractores fueron puestas en funcionamiento con la dirección de un equipo de ingenieros norteamericanos comandado por John K. K. Calder de Detroit. Además, se inició la electrificación de la Unión Soviética mediante la construcción de usinas hidroeléctricas, para lo cual se construyeron grandes diques en los principales ríos. En ese sentido, la obra más importante, la usina de Dnieprostroi, fue dirigida por expertos estadounidenses encabezados por el mayor Hugh Cooper, quien había construido el famoso dique Wilson de Tennessee. Centenares de profesionales y técnicos norteamericanos colaboraron con los objetivos de industrialización esbozados en el Primer Plan Quinquenal, durante el cual empresas de esa nación contribuyeron en levantar talleres siderúrgicos y metalúrgicos así como refinerías de petróleo. A pesar de las acusaciones públicas — lanzadas para el consumo masivo entre los líderes comunistas y capitalistas—, la Unión Soviética

salió de su economía rural y se desarrolló merced a los flujos de capital provenientes de dos países que no eran comunistas: los Estados Unidos y Alemania.

Stalin

En 1922, mientras detentaba el liderazgo que tenía sobre la Oficina Organizativa del Comité Central del Partido (Orgburó), Joseph Stalin fue nombrado secretario general del Comité Central del Partido Comunista de todas las Rusias. El poder de Stalin iba en franco aumento y, al morir Lenin en 1924, comenzó a convertirse en el hombre fuerte de Rusia, tomando el control de la organización comunista y utilizando el método del terror — asesinatos, secuestros y torturas fueron moneda corriente— para mantener su liderazgo.

Cinco años más tarde, durante el XV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, consiguió expulsar a Trotsky y Zinóviev, entre otros dirigentes con los que estaba históricamente enfrentado, consolidando su poder.

Trotsky —tal como se vio en el Capítulo 1— desde los inicios de la revolución bolchevique había acordado con los banqueros de Wall Street, lo que significó financiamiento seguro para los soviéticos y la posibilidad de hacer negocios en Rusia tanto con las empresas petroleras, por caso las del grupo Rockefeller, como con los sectores financieros, en especial gracias al Ruskombank, recordemos, el primer banco soviético conformado por capitales rusos pero también externos (norteamericanos, británicos, alemanes y suecos). Pero el nuevo dictador comenzaba a tomar distancia de aquellos acuerdos.

La crisis financiera de 1929, la peor de la historia, hizo creer a los comunistas de todo el mundo que el sistema capitalista estaba llegando a su fin. Mientras los países occidentales se paralizaban y reinaba la desocupación, como contracara, el proceso de industrialización de la Unión Soviética alcanzaba su mayor crecimiento. Moscú trataba de evitar el aislamiento del régimen soviético y, para ello, en 1934, decidió la entrada de la Unión Soviética en la Sociedad de las Naciones, así como un acercamiento político a Gran Bretaña y Francia. Por otra parte, Stalin inició una purga criminal de grandes proporciones contra sus adversarios políticos, que tuvo su mayor virulencia en 1937-1938, la que más tarde alcanzaría al mismo Trotsky, quien fue asesinado durante su exilio en México.

En 1933, Hitler asume como canciller en Alemania, con una clara política de persecución ideológica especialmente contra judíos no sionistas y comunistas. Esto produce cierto desconcierto en Moscú, y las relaciones comerciales germano-soviéticas se debilitan pero no desaparecen. Por decisión de los germanos, Krupp se retira de la Unión Soviética y comienza a dedicarse de lleno al rearme alemán. También se disuelven los centros de instrucción militares conjuntos para pilotos de caza y tanquistas que funcionaban en Rusia. Pero la totalidad de los contratos que tienen las empresas alemanas en la Unión Soviética, numerosos por cierto, se mantienen y, en 1935, Berlín vuelve a otorgar a los rusos un crédito, esta vez por doscientos millones de marcos. A pesar de las diferencias ideológicas muy publicitadas, la relación Moscú-Berlín se mantiene:

> [...] en 1937 las importaciones de maquinarias y demás material para equipamiento industrial de origen alemán siguen ocupando el primer lugar en la URSS, con un cincuenta y cinco por ciento del total de las importaciones, seguidas por las de origen estadounidense con un veintisiete por

ciento.[3]

Para ese entonces está clara la política de Hitler contra el comunismo, cuyo bastión se encuentra en Moscú. La Italia fascista, como el gobierno del Tercer Reich, también enfrenta ideológicamente a los soviéticos, pero no por esto, al igual que sus aliados nazis, deja de mantener excelentes relaciones comerciales con Moscú: negocios son negocios.

Pero Stalin — cada vez con más poder— comenzaba a marcar su propio paso, y ahora el crecimiento del comunismo en Europa, coordinado desde la capital soviética, se percibía peligroso, ya que podría significar, en cada nación donde se impusiera, la confiscación de las inversiones particulares y, por lo tanto, la pérdida absoluta del capital y de los negocios, algunos varias veces millonarios, que involucraban a empresas multinacionales. Se podía aceptar que la Unión Soviética fuera comunista pero no la "exportación" de la revolución roja a otros países, por caso España o Francia.

La oposición ideológica acérrima de los nazis a los soviéticos era un motivo más que suficiente para que los empresarios de todo el planeta — cualquiera fuera su nacionalidad, raza o religión— apoyaran a Hitler, algunos abiertamente y otros en secreto, inclusive ejecutivos judíos. Al respecto, se debe decir que en la comunidad hebrea mundial también había varios magnates de ultraderecha que temían el avance comunista y la consiguiente pérdida de negocios. No se trataba de una mera cuestión política sino de dinero, capital y divisas que nadie quería perder. (El líder fascista Benito Mussolini también tuvo la ayuda de empresarios judíos, por caso los Toeplitz, los Olivetti, Goldmann y Bondini, que pertenecían a la alta burguesía italo-judía.)[4]

En tanto, desde Wall Street se trataba de poner pesos y contrapesos —

ayudas simultáneas para Hitler y para Stalin— a los efectos de mantener un equilibrio de fuerzas que permitiera a las grandes empresas y a los bancos seguir haciendo negocios con ambos bandos.

La Segunda Guerra

La maquinaria bélica nazi se puso en funcionamiento en el exterior con la invasión de Austria, en marzo de 1938, decretando Berlín el Anschluss ("anexión", en alemán) de ese país, que a partir de ese momento se constituyó en una nueva provincia del Tercer Reich (llamada Ostmark). La reacción internacional fue tibia, no pasó más que de protestas diplomáticas, aun cuando el Tratado de Versalles prohibía específicamente cualquier tipo de unión entre Alemania y Austria. Posteriormente, Hitler ordenaría la invasión de parte de Checoslovaquia — una nación creada en 1919 por la Liga de las Naciones— a los efectos de anexar la región germano hablante de los Sudetes. Esta ocupación alemana significó restarle unos treinta mil kilómetros cuadrados a Checoslovaquia. El mundo miraba asombrado lo que ocurría, pero nadie se animaba a ponerle el cascabel al gato.

La Alemania nazi de Hitler y la Unión Soviética comunista, liderada por Stalin, tan distanciadas ideológicamente entre sí, habían firmado un acuerdo el 23 de agosto de 1939, casi a las puertas del inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Si bien se anunció al mundo que solamente se trataba de un "pacto de no agresión", se incorporó, además, un protocolo secreto en el cual se enunciaba el reparto, entre ambos países, de la Europa central y oriental, territorios que, según el acuerdo, debían quedar bajo influencia soviética y

alemana. Este documento fue firmado por los ministros de Relaciones Exteriores de Rusia, Vyacheslav Molotov, y de Alemania, Joachim von Ribbentrop. Ese anexo secreto luego sería exhibido y utilizado por este último durante los argumentos utilizados para su defensa en el juicio de Nüremberg.

De acuerdo con ese protocolo — y tal como ocurriría al poco tiempo—, Polonia sería dividida entre ambos estados. Además, Stalin quedaba liberado de actuar como quisiera para intervenir en Finlandia y en los países bálticos.

Desde que había llegado al poder, Hitler venía reclamando que le fueran devueltos a Alemania los territorios que le habían sido entregados a Polonia — también a Francia y Checoslovaquia— como consecuencia del Tratado de Versalles (al concluir la Primera Guerra a Alemania le quitaron territorios de Alta Silesia, Pomerania y Prusia); creía que había llegado la hora de dar un paso más en pos de ese objetivo.

El 1º de septiembre de 1939 el ejército alemán invadió Polonia utilizando un método de guerra relámpago, conocido como *Blitzkrieg*, que resultaría absolutamente exitoso, ya que Varsovia debió firmar la capitulación pocos días después.

Como consecuencia de tratados internacionales, Francia e Inglaterra le declararon la guerra a Alemania.

El 17 de ese mes, la Unión Soviética también invadió Polonia y, tal como estaba estipulado en el acuerdo secreto antes citado, los alemanes y los rusos fraccionaron en dos a ese país. Los comunistas, por su lado, incorporaron en la esfera soviética a Letonia, Lituania y Estonia, para recobrar así territorios que habían pertenecido al imperio ruso. Y, además, se apropiaron de parte de Finlandia, tras una invasión y una guerra con

ese país que culminaría con un tratado de paz en 1940. Obsérvese que Gran Bretaña y Francia le declararon la guerra a Alemania tomando como motivo la invasión nazi a Polonia, pero no a la Unión Soviética que también había ingresado en ese país con fines de conquista. ¿Qué intereses, detrás de escena, se manejaban para que se movieran las piezas de esa manera? Todos los tratados de asistencia entre las naciones, firmados antes de que estallara la Segunda Guerra, tenían un sentido para preparar el terreno previo y condicionar, en una sola dirección, el gran conflicto que se desataría en poco tiempo más.[5]

En el marco del pacto con los nazis — que se reforzaría con un acuerdo firmado por ambas partes el 11 de febrero de 1940—, los soviéticos enviaron a Alemania granos, minerales y combustibles, suministros que se mantuvieron incluso durante la primera parte de la guerra, cuando los germanos invadieron Francia y atacaron a Gran Bretaña.

A cambio, los alemanes les vendieron a los soviéticos aviones de combate Messerschmitt, tanques Panzer III y el crucero *Lutzow*. También se les permitió a los ingenieros rusos el acceso a los planos secretos del famoso barco de guerra *Bismarck*.

El acuerdo nazi-soviético, tal como era previsible, no dudaría mucho tiempo. Los pactos pueden ser violados y así ocurrió en este caso, ya que el 22 de junio de 1941 dio comienzo la Operación Barbarroja, la invasión a Rusia por parte del ejército nazi. Se trató del primer paso de una estrategia que luego llevaría al mayor desastre militar de la Alemania de Hitler: el frustrado intento de derrotar a los comunistas en su propio territorio. Frente a ese acontecimiento, Stalin finalmente consideró que debía pactar con los aliados occidentales para enfrentar a los nazis.

Hitler se anticipó

A pesar de que la historia oficial nos cuenta que Hitler tomó, casi en forma personal y alocada, la resolución de invadir territorio soviético, se pueden apreciar otras aristas sobre este crucial suceso. Hoy se sabe que en mayo de 1941 el gobierno soviético inició una campaña con el fin de adaptar todos los recursos humanos del Ejército Rojo a la idea de una guerra concebida en términos de ofensiva, y que este avance previsto iba a ser contra los alemanes, aun cuando hasta ese momento se mantuviera vigente el pacto citado con el Tercer Reich.[6] El gobierno rojo ansiaba atacar a Alemania. El general Zhukov era partidario de esperar hasta 1942 para atacar a Hitler, pero Stalin prefirió adelantar la fecha y se mostró favorable a iniciar las operaciones entre julio y septiembre de 1941. En ese sentido, el 11 de septiembre de 1945, el mayor general Malyshkin, jefe del estado mayor soviético del Ejército XIX, afirmó que "Rusia habría atacado a Alemania a mediados de agosto (de 1941) con aproximadamente 350-360 divisiones". Por su parte, el coronel Petrov reconoció:

> [...] como resultado de la sobreestimación de nuestras propias posibilidades y de la subestimación de las posibilidades del enemigo, trazamos planes carentes de realismo de naturaleza ofensiva antes de la guerra. Al mantener estos planes, comenzamos el despliegue de las fuerzas armadas soviéticas en la frontera occidental. Pero el enemigo nos atacó preventivamente.[7]

De acuerdo con el historiador soviético M. Nikitin:

> [...] se pensaba que los dirigentes soviéticos contaban con una oportunidad única para aplastar a Alemania mediante un ataque sorpresa, y "liberar Europa" del capitalismo putrefacto.

Según Nikitin, esa ofensiva de Stalin tendría que haberse producido "en el verano de 1941", pero Hitler — al tanto de los planes soviéticos gracias

a su sistema de espionaje— se les adelantó y atacó primero.

El fracaso de Barbarroja

Al comenzar la Segunda Guerra, los norteamericanos deseaban que Hitler aplastara a los rusos. El Führer sabía que, ocupando la Unión Soviética, podría disponer de los principales yacimientos de ese país. Los Estados Unidos no entraron en la contienda y esperaron a que los nazis vencieran en poco tiempo a Moscú, tal como lo había pronosticado Hitler.

Pero la historia sería diferente. Con una cantidad de bajas estimadas entre los tres y los cuatro millones de personas (entre soldados de ambos bandos y civiles), la batalla de Stalingrado — que duró desde junio de 1942 hasta febrero de 1943— es considerada la más sangrienta de la historia. Se trató de la gran primera derrota militar nazi, y demostró que las fuerzas germanas no eran suficientes para sostener el gran frente que se extendía desde el Mar Negro hasta el Báltico. Los nazis, en territorio soviético, perdieron la totalidad del 6º Ejército y parte del 4º Ejército Panzer. Un desastre para los alemanes. Era el principio del fin de las pretensiones expansionistas de Hitler y, a la postre, del Tercer Reich. Por primera vez los nazis perdían la iniciativa en la guerra, y esto trascendió Rusia y sirvió de aliento para las naciones occidentales contrarias al nazismo. La Operación Barbarroja fracasó: los alemanes no sólo fueron rechazados sino que, luego de la derrota de Stalingrado, comenzó la contraofensiva soviética que avanzaría sobre media Europa. ¿Cuál habría sido el curso de la guerra si Hitler conquistaba la Unión Soviética? ¿Habrían entrado los Estados Unidos en la contienda, tal como lo hicieron después de esa derrota de los nazis en Rusia?

El reconocido periodista y analista ruso Víctor Litovkin evaluó con claridad esta situación y da una respuesta:

Cuánto iba a durar la guerra en Europa y cuándo terminaría se discutía ya en el transcurso de la guerra y, a partir de 1942, ello se hacía sin cesar. Para ser más exactos, se debe reconocer que ese problema interesaba a los políticos y a los militares desde 1942. En aquel entonces la mayoría de los estadistas, incluidos Roosevelt y Churchill, creía que la Unión Soviética podría resistir durante cuatro o seis semanas, al máximo... En Occidente empezaron a expresar recelos de que la Unión Soviética pudiese salir demasiado fuerte de la guerra y, como tal, comenzase a determinar la faz de la futura Europa.

Litovkin agregó:

Después de la batalla de Kursk (Rusia) de 1943, que culminó con la derrota de la Wehrmacht (el ejército nazi), en Québec (Canadá) se reunieron el 20 de agosto los jefes de los Estados Mayores de los Estados Unidos y Gran Bretaña, así como Churchill y Roosevelt. En el orden del día estaba el tema de un eventual abandono por los Estados Unidos y Gran Bretaña de la coalición antihitleriana y la formación de una alianza con los generales nazis con el fin de librar una guerra conjunta contra la Unión Soviética.[8]

¿Por qué razón? De acuerdo con Litovkin:

Según la ideología de Churchill y quienes la compartían en Washington, había que detener a los "bárbaros rusos" en el Este, lo más lejos posible, y si no derrotar a la Unión Soviética, por lo menos debilitarla al máximo. Hacerlo, antes que nada, por las manos de los alemanes. Así se formulaba la tarea. Era un plan muy viejo de Churchill. Él había desarrollado esa idea al conversar con el general Kutepov ya en 1919. Los norteamericanos, los ingleses y los franceses están sufriendo un revés y no podrán aplastar a la Rusia soviética, decía él. Hace falta que de ello se ocupen los japoneses y los alemanes.

El experto en temas militares indicó también:

[...] en 1941, ellos (los norteamericanos) esperaban cuándo iba a caer la capital de la URSS; en 1942, no sólo Turquía y el Japón, también los Estados Unidos estaban aguardando la caída de

Stalingrado, para luego empezar a revisar su política. Los Aliados ni siquiera quisieron proporcionarle a la URSS los datos obtenidos por sus servicios de inteligencia, por ejemplo, de los planes de los alemanes de desarrollar la ofensiva del Don al Volga y después hacia el Cáucaso, y otros por el estilo...

El analista agregó:

En este sentido 1944 y comienzos del 1945 marcaron la hora de la Verdad... Oficialmente, los aliados realizaban unas operaciones de combate que tenían mucha importancia para nosotros, atando, sin lugar a dudas, una parte de las tropas alemanas. Pero su plan fundamental consistía en frenar en lo posible a la Unión Soviética, según decía Churchill, mientras que algunos de los generales estadounidenses utilizaban palabras más bruscas: "Detener a los descendientes de Genghis Khan". Pero fue Churchill quien formuló esa idea en una forma abiertamente antisoviética en octubre de 1942, cuando todavía no había comenzado nuestra contraofensiva del 19 de noviembre en Stalingrado: "Tenemos que hacer parar a esos bárbaros en el Este, lo más lejos posible", dijo entonces Churchill al referirse a los soviéticos.[9]

Los Estados Unidos en la guerra

La frustrada invasión nazi obligó a un rediseño de la estrategia de los norteamericanos, quienes, a esa altura de los acontecimientos, consideraron que tras el fracaso en territorio ruso el modelo político del nacionalsocialismo ya era poco útil. El nazismo había servido para poner en pie a Alemania — a costa de grandes préstamos que habían endeudado a ese país con la banca internacional—, para asociar capitales alemanes y norteamericanos, y para desencadenar una guerra a gran escala, con los consiguientes réditos para la industria bélica así como para los banqueros y empresarios. En ese contexto, en 1941 el Congreso de los Estados Unidos aprobó la Ley de Préstamo y Arriendo (Lend-Lease-Act) para ayudar a Gran Bretaña, con líneas de financiación que también fueran concedidas a la Unión Soviética.

Tras la batalla de Stalingrado, el Council on Foreign Relations — que había formado el grupo War & Peaces Studies Proyect (WPSP) para analizar la guerra y proponer los pasos a seguir— recomendó al gobierno de Roosevelt la necesidad de que los Estados Unidos entraran en el conflicto. El WPSP trabajó en secreto, codo a codo con el Departamento de Estado, delineando acciones y diseñando las políticas del mundo de posguerra. Primero se debió accionar psicológicamente sobre la sociedad estadounidense — el presidente Roosevelt había ganado las elecciones de 1936 prometiendo una política de neutralidad—, reacia a entrar en las hostilidades. Además, se debió dar tiempo para que ocurriera el incidente de Pearl Harbor — ataque japonés a una base de los Estados Unidos, llevado a cabo el 7 de diciembre de 1941—, que las autoridades norteamericanas habían esperado ansiosas, sin dar aviso a las futuras víctimas, esto es a sus propios soldados, aun cuando se sabía que la agresión nipona era inminente. De este modo, Roosevelt pudo anunciar al mundo que el "ataque sorpresa" japonés era la *causus belli* para entrar en guerra contra Japón y, consecuentemente, contra sus aliados Alemania e Italia.

Los pasos que se dieron desde Wall Street — en consonancia con el gobierno de los Estados Unidos— tendían a una estrategia geopolítica que implicaba eliminar, en el campo de batalla, al Tercer Reich. A la larga, esto significaba acordar con los nazis el traspaso de los grandes capitales así como la necesidad de mantener el funcionamiento de las empresas alemanas en el exterior, también la transferencia de la espectacular tecnología — desarrollada durante la guerra por los germanos— y la reutilización de científicos y técnicos. Los recursos humanos que serían "reciclados" comprenderían también a militares, inclusive aquellos

catalogados como criminales de guerra.

Finalmente, se proyectó el fabuloso negocio de la reconstrucción — por eso cuánto más infraestructura se destruyera mejor, aunque no fuera considerada estratégica— con líneas de préstamos millonarios, y se diseñó el nuevo mundo de posguerra, tal como había ocurrido antes al concluir la Primera Guerra Mundial.

Al quedar abortado el experimento nacionalsocialista — en el aspecto político, pero no la ideología que seguiría siendo compartida entre alemanes y norteamericanos— también se debería buscar un equilibrio justo de cara a la bipolaridad capitalismo-comunismo que sobrevendría. Esto en particular al considerarse que Stalin empezó a ser un tanto díscolo a las sugerencias de los círculos de poder internacionales, especialmente, a partir del momento que el Ejército Rojo avanzó sobre media Europa y parecía invencible.

La preocupación mayor de Churchill

Winston Churchill reconoció públicamente que, al comenzar 1945, el verdadero enemigo era la Unión Soviética más que el alicaído Tercer Reich. Así lo afirmó en *La Segunda Guerra Mundial*, una de las obras por las que se alzara con el Premio Nobel de Literatura en 1953. En la última etapa de la conflagración, el primer ministro británico estaba agitado por el incontenible avance de las tropas rojas sobre Europa y por eso admitió que Hitler había dejado de ser el gran adversario, rol que ahora, a su juicio, cumplía el amenazador y sanguinario Stalin.[10]

Hacia el final de la guerra, los movimientos estratégicos ordenados por Churchill tenían el propósito de bloquear el avance de las tropas rusas, y

por esta razón avaló las negociaciones secretas entre los aliados occidentales y los nazis.

Trató también de “impedir que el Ejército Rojo llegara al Mediterráneo y particularmente al Atlántico, para lo cual lo primero era evitar que se apoderara de la península de Jutlandia (Dinamarca), lo que además de ofrecerle acceso al océano, podía posibilitarle el control de Groenlandia, un dominio danés. Con este objetivo, Churchill impulsó un tácito armisticio con las tropas alemanas que ocupaban Holanda, lo que se disfrazó de ayuda humanitaria: alegando que los holandeses habían comenzando a morir de hambre, los aliados proveyeron a través de la Cruz Roja de alimentos y de combustible a los ocupantes con la única condición de que éstos distribuyesen una parte sustancial de las vituallas entre la población civil. De este modo, garantizaron que la Wehrmacht permaneciera en condiciones de combatir si los soviéticos ingresaban en Dinamarca e intentaban ganar las orillas atlánticas. Con las espaldas así cubiertas, los británicos continuaron su avance hacia Lübeck. A partir de entonces, se anudarían sucesivos acuerdos secretos”.[11]

Maison Rouge

A fines de 1941, tras el ataque japonés a Pearl Harbor, los Estados Unidos entraron en la Segunda Guerra Mundial y se convirtieron en la fuerza clave que terminaría inclinando la balanza a favor del bando Aliado. Por otra parte, el fracaso de la Operación Barbarroja (*Unternehmen Barbarossa*, en alemán) significó la primera derrota militar de los nazis. Hitler tuvo clara conciencia de lo que esto significaba y de la gravedad de la situación, habida cuenta de los objetivos estratégicos del Tercer Reich.

El Führer llevaba como bandera la política del “espacio vital” (*Lebensraum*), una antigua aspiración de Berlín ya enunciada por los germanos durante la Primera Guerra Mundial. En 1924, en su libro *Mein Kampf*, el líder nazi había anticipado que una eventual guerra contra los soviéticos sería una especie de cruzada de los europeos contra los asiáticos, ya que a su juicio los comunistas representaban, para el “Nuevo Orden”, la misma amenaza que habían significado otrora las huestes de Atila para la Europa romana. La meta de someter a la Unión Soviética bajo la bota nazi significaría obtener el codiciado espacio vital satisfaciendo así las necesidades de tierra y de materia prima de la raza aria. No se trataba, entonces, de una derrota más sino de la imposibilidad de expandir el Tercer Reich hacia el Este.[12] Los miles de soldados nazis muertos en esa guerra, la penosa retirada de los sobrevivientes y el contragolpe de las fuerzas comunistas, que comenzaron a avanzar sobre Europa, son una bisagra, un antes y un después de la Segunda Guerra Mundial. Además de las connotaciones estrictamente militares, se rompía un mito: por primera vez el mundo se daba cuenta de que Hitler no era invencible y que, por lo tanto, tarde o temprano podría ser derrotado. En 1943, el panorama era complicado para los nazis. Además de la derrota en la Unión Soviética, se sumaban las noticias que llegaban de África e indicaban que las unidades del Deutsches Afrika Corps, al mando del mariscal Erwin Rommel —conocido como el Zorro del Desierto por su habilidad para maniobrar en esa región—, retrocedían y se replegaban cada vez más ante el avance de las unidades anglonorteamericanas. (Rommel se rendiría en mayo de ese año ante las fuerzas aliadas, las que tomaron como prisioneros a doscientos mil soldados nazis.) Al fracaso de la campaña de África del norte seguiría la invasión de fuerzas anglonorteamericanas a Italia cuando

los ejércitos aliados ocuparon primero la isla de Sicilia, en julio y en el marco de la denominada Operación Husky, y luego cuando desembarcaron cerca de Calabria empezando la campaña continental. La ocupación aliada de territorio italiano tuvo consecuencias políticas importantes, ya que el rey Víctor Manuel III ordenó la detención del dictador Benito Mussolini, socio de Hitler, designándose como presidente al mariscal Badoglio. En tanto, el Japón —junto a Alemania e Italia, el tercer integrante del Eje— se defendía tenazmente ante el implacable ataque de los norteamericanos, que tendría su clímax en agosto de 1945 con el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, y la posterior rendición de Tokio. El Führer había analizado cada retroceso en el plano bélico y desde 1943 tuvo claro que Alemania, salvo un milagro, no podría ganar la guerra. Por esta razón, desde esa época elucubró un Plan B, concretamente qué hacer cuando la derrota se tornara inevitable.

Planificando el día después

El exitoso desembarco aliado en Normandía, al norte de Francia, ocurrido el 6 de junio de 1944, marcó el inicio de la cuenta regresiva para los nazis. El 26 de ese mismo mes, Hitler reunió más de un centenar de empresarios e industriales en el Hotel Platterhofy para analizar la situación ante una eventual derrota. El 10 de agosto de ese año se realizó un nuevo encuentro, esta vez totalmente secreto, en el edificio Maison Rouge, emplazado en Estrasburgo, en la Francia ocupada por los nazis. Se encontraron allí los banqueros, así como los más poderosos industriales y empresarios alemanes, para discutir y planificar el futuro con los

representantes políticos del régimen. Entre los asistentes se encontraban representantes de las firmas Rochling, Concern, Krupp, Messerschmidt, Göring Werke de Linz, así como funcionarios de los ministerios de Guerra y de Armamento.

Todos ellos ya sabían que la derrota era sólo cuestión de tiempo y que, por lo tanto, había que establecer los próximos pasos que darían juntos, de cara a un Tercer Reich en el exilio. La prioridad era salvar el capital y a los hombres. Entre las directivas dadas por los nazis, se les dijo a los empresarios que debían sacar las divisas de Alemania para colocarlas en otros países. Transferir fondos al exterior para ponerlos a resguardo no era una novedad entre los nazis. La primera operación de este tipo que se conoció, realizada por los jerarcas, la hizo Joseph Goebbels, ministro de Propaganda del Reich, en 1942, cuando —en una cuenta con el nombre falso y simbólico de Hans Deutch ("Juan Alemán")— habría depositado casi dos millones de dólares en un banco de Buenos Aires.[13] Antes de la reunión del Maison Rouge, la misma medida preventiva (enviar depósitos al extranjero) la habría adoptado Adolf Hitler, así como otros encumbrados personajes del nazismo.[14] Las maniobras para asegurar la existencia de fondos en el exterior debían ahora concretarse mediante un plan perfecto, de modo tal que la mayor cantidad posible de capital nazi fuera protegida ante el avance de los enemigos que lentamente se acercaban a Berlín.

En Estrasburgo se establecieron las estrategias del nazismo para la posguerra, y ese plan se pudo conocer gracias a un documento de la inteligencia norteamericana que brinda detalles de lo ocurrido durante aquella reunión.[15] El encuentro de Estrasburgo —efectuado con la anuencia de Hitler— se concretó veinte días después del frustrado

atentado contra el Führer, perpetrado por el conde Claus von Stauffenberg.

A modo de ejemplo de cómo debía llevarse a cabo la “protección de los intereses alemanes en el extranjero”, Scheid recordó los acuerdos alcanzados en años anteriores entre empresas norteamericanas y germanas, citando expresamente a la Chemical Foundation Inc., Krupp, Steel Corporation, Carnegie Illinois y American Steel. También se refirió a la Zeiss y a las firmas LEISA y Hamburg-American Line.

Esas formas de asociación, que habían llevado adelante empresas de ambos países, así como acuerdos por patentes, y otras formas de sociedades conjuntas, eran modelos a seguir para la etapa que se avecinaba.

Tras esta reunión se realizó una más reducida, presidida por el doctor Bosse, delegado del ministerio alemán de Armamento. En esa oportunidad asistieron los representantes de las compañías Heche, Krupp y Rochling. En ese encuentro se afirmó que —tal como se había informado en la primera reunión a los industriales— la guerra estaba prácticamente perdida, pero que la contienda “seguiría hasta que se pudiera obtener una garantía de unidad de Alemania”, tras la derrota militar.

Las directivas fueron claras: mediante sus exportaciones, los empresarios tendrían que “aumentar la fuerza de Alemania”. También los hombres de negocio debían “prepararse para la financiación del Partido Nazi”.

Bosse informó que el gobierno asignaría “grandes sumas a los industriales” a fin de que “cada uno se pueda establecer en el extranjero”. Pero se dejó en claro que las “reservas financieras existentes en países deben ser puestas a disposición del Partido para que un fuerte imperio

alemán se pueda crear después de la derrota”. Bosse dijo:

> También se requiere de inmediato que las grandes fábricas en Alemania creen pequeñas oficinas técnicas de investigación o agencias que serían absolutamente independientes y no tendrían conexión conocida con las fábricas. Estas oficinas recibirán planos y dibujos de las nuevas armas, así como los documentos que necesitan para continuar con sus investigaciones y no deben permitir que caigan en manos del enemigo.

En ese sentido agregó:

> [...] estas oficinas se deben establecer en las grandes ciudades, donde pueden llegar a ser escondidas con éxito; así como en pequeños pueblos cerca de fuentes de energía hidroeléctrica en los que pueden aparentar estar estudiando el desarrollo de los recursos hídricos. La existencia de éstas debe ser conocida solamente por muy pocas personas en cada industria y por los jefes del Partido Nazi. Cada oficina contará con un agente de enlace con el Partido.

Además, se garantizó que “tan pronto como el Partido se convierta en lo suficientemente fuerte, volverá a establecer su control sobre Alemania” y a los industriales “se les pagará por su esfuerzo y cooperación”.

Suena disparatado que estos planes fueran impartidos por los jerarcas de un gobierno que estaba presagiando la derrota de su país, con la consiguiente desintegración del Estado, y cuyos dirigentes seguramente serían perseguidos por todo el mundo, en caso de no ser rápidamente detenidos y juzgados. Parece ridículo que el Partido Nazi, cuyos jefes sabían que sería proscripto, pudiera estar haciendo, a la hora de la derrota, planes para volver a tomar “el control de Alemania”.

Este razonamiento — respecto de lo absurdo del planteo de los nazis en esas dramáticas horas— parece ilógico si se toman solamente los inminentes resultados bélicos que tendría la contienda. Pero si, tal como se ha visto respecto de otros sucesos históricos, se vislumbra que, detrás de la guerra, existían intereses financieros comunes entre Aliados y nazis,

entonces cobran sentido estas directivas. Especialmente si se considera que los cerebros de Wall Street ya tenían un plan para la Alemania de posguerra donde, tal como se verá, unos años después de terminado el conflicto volverían los capitales nazis que habían sido puestos a resguardo en el exterior, a partir de 1944.

En aquella oportunidad, y en ese sentido, el Partido Nazi también pidió a los industriales "guardar y obtener fondos propios por fuera de Alemania". Esto fortalecería la relación con el partido que, a cambio, actuando en el anonimato, garantizaría medidas de protección para los empresarios amigos. Ello indicaría que los alemanes planeaban mantener el Partido Nazi activo, actuando en forma oculta en la clandestinidad, en el mundo de posguerra.

Varios meses antes de la rendición oficial del Tercer Reich, el Partido Nazi vaticinó que, después de la derrota de Alemania, algunos de sus dirigentes más conocidos "serán condenados como criminales de guerra".

Ante esta futura situación, como estrategia se estableció que, "en cooperación con los industriales", varios de los jerarcas nazis serán "ubicados" en fábricas alemanas como "expertos técnicos o miembros de sus actividades de investigación y diseño", lo que les permitiría pasar inadvertidos.[16]

De acuerdo con Simon Wiesenthal, el famoso cazador de nazis, en aquella reunión se sostuvo:

> La jefatura del Partido supone que algunos miembros serán condenados, por lo que ahora han de tomarse medidas para colocar jefes menos destacados como "peritos técnicos" en varias empresas alemanas clave. El Partido está dispuesto a suministrar grandes sumas de dinero a aquellos industriales que contribuyan a la organización de la posguerra en el extranjero. Pero el partido pide a cambio todas las reservas financieras que ya hayan sido transferidas al extranjero, o puedan ser transferidas posteriormente, para que tras la derrota se funde en el futuro un poderoso nuevo

Reich.[17]

A partir de ese momento, los empresarios se aprestaron a colocar sus compañías (por ejemplo, BMW, Siemens, Volkswagen, etc.) en el extranjero. También se conformó una red de sociedades anónimas en el exterior, que permitiría que se disiparan y esfumaran las pistas relacionadas con importantes transferencias de fondos.

La Alemania nazi envió capitales a través de países neutrales y un gran número de empresas germanas se "internacionalizaron".

Según Wiesenthal:

> Para llevar a cabo las decisiones tomadas en la reunión de Estrasburgo, los industriales alemanes comenzaron a transferir fondos, bajo el simulacro de legítimos negocios, a cuentas bancarias secretas y a empresas españolas, turcas y sudamericanas... A raíz de la reunión efectuada en Estrasburgo, enormes cantidades de dinero fueron transferidas al extranjero. La organización Odessa fue financiada con esos fondos. Además de otros ingresos adicionales que provenían del comercio ilegal de las empresas de la Odessa, que embarcaban chatarra a Tánger y Siria y enviaban armamento procedente de los depósitos de munición americanos en Alemania y que eran "transferidos" a través de los enlaces de la Odessa hacia el Cercano Oriente, la Odessa hizo muchas otras cosas. Esos enlaces procuraban licencias de importación-exportación y embarcaban mercancías estratégicas a través de los "agujeros" del Telón de Acero (uno de esos "agujeros" se hallaba en Viena y por él los materiales eran enviados hasta las proximidades de Checoslovaquia). Como vemos, la Odessa era una organización que contaba con prosélitos de fértiles recursos.[18]

En 1944 — luego de la reunión en Francia mencionada anteriormente— se terminó de elaborar el conjunto de procedimientos a ejecutarse para proteger y evacuar a importantes personajes nazis y divisas, además de obras de artes y avanzados conocimientos técnicos y científicos. En la contingencia, la Argentina era uno de los destinos principales, entre otros países del mundo, seleccionados por el mismísimo Hitler.[19]

Por otra parte, los nazis habían avanzado en acuerdos secretos con la

jerarquía militar estadounidense. Respecto de los hombres, se consideraba que serían útiles luego, en el mundo de posguerra, para combatir a los soviéticos que se habían constituido en una verdadera amenaza para el capital privado, en especial para las empresas estadounidenses radicadas en el Viejo Continente y en Oriente.

Estos pactos hoy se pueden inferir a partir del arribo a los Estados Unidos de miles de nazis que, tal como veremos, comenzaron a trabajar para las fuerzas armadas norteamericanas. A cambio de impunidad, se acordó también la transferencia de cifras millonarias y fabulosos conocimientos industriales y técnicos desarrollados por el Tercer Reich, en particular aquellos relacionados con la energía nuclear.

En 1945, cuando Berlín caía, los principales acuerdos entre la jerarquía nazi y los militares norteamericanos estaban cerrados y se empezaban a cumplir.

Obviamente no podía hacerse un pacto público para luchar contra los comunistas, ya que Hitler había sido exhibido por los medios de prensa occidentales como un verdadero monstruo, el enemigo público número uno. Por esta razón, a los efectos de no tener en contra a la opinión pública de los países aliados, los acuerdos debían ser secretos. En las negociaciones entre nazis y norteamericanos fue fundamental el papel que cumplió el general Reinhardt Gehlen, jefe de espionaje de Hitler, quien disponía de abundante documentación que demostraba que empresarios y políticos, tanto británicos como norteamericanos, estaban involucrados con Hitler y su política. La no difusión y destrucción de esas pruebas lapidarias formó parte del acuerdo que daría inmunidad a los nazis después del conflicto. La guerra — que enriqueció a un selecto grupo de empresarios— estaba terminando y comenzaba otro negocio, también

millonario: la reconstrucción de las zonas destruidas.

CAPÍTULO 7

La fuga a Occidente

Hemos logrado establecer la existencia de un puente aéreo regular entre Alemania y España. Los aparatos no vuelan sobre Francia, sino sobre el norte de Italia y el Mediterráneo. Esos aviones de cuatro o seis motores fueron construidos hace algún tiempo ya con el propósito de asegurar la fuga de los peces gordos del nazismo hacia Japón o Argentina en el momento propicio. Al efecto se formó un escuadrón de aviones llamado Führerstaffel, con tripulación cuidadosamente seleccionada.

Informe del general B. R. LEGGE, agregado militar de los Estados Unidos en Suiza, a Inteligencia Militar, CID Nº 123156/IG 4812, 28 de marzo de 1945

Cuando caía Alemania, la cuestión acerca de cuál sería el ejército que llegaría antes a Berlín se volvió crucial, dividiendo aguas entre las potencias aliadas, e incluso internamente en los gobiernos y las fuerzas militares de cada potencia interviniente en el conflicto.

Los Tres Grandes — Stalin, Churchill y Roosevelt— se reunieron por última vez en Yalta, en febrero de 1945, donde se acordó la división de Berlín en zonas de ocupación.

La forma de sectorizar la ciudad, con cada potencia aliada a cargo de un

área determinada, formó parte del plan secreto “Eclipse”, una de cuyas copias cayó en manos de los nazis unos meses antes del final de la guerra.

Pero el acuerdo de Yalta no había precisado cómo se conquistaría militarmente Berlín, una duda que, en los meses siguientes, sería la causa de una ola de suspicacias y desconfianzas entre los jefes de más alto nivel de la coalición aliada.

Stalin tardó seis semanas en incumplir Yalta, pacto en el que se acordaba que los países aliados debían ayudar “a los pueblos liberados del dominio de la Alemania nazi y de los anteriores Estados satélite del Eje [...] para que puedan crear instituciones democráticas de su propia elección”.

Por un lado, cuando los soviéticos conquistaron Rumania nombraron directamente como primer ministro a Petru Groza, jefe comunista rumano, y, por otra parte, también desconocieron el acuerdo citado al conquistar Polonia, incumpliendo la promesa de realizar allí elecciones democráticas.

Roosevelt se encolerizó cuando se enteró — mediante un telegrama del embajador Harriman, enviado el 24 de marzo— de los planes de Stalin. En ese momento el primer mandatario estaba en la Casa Blanca y, al leer la comunicación, gritó: “¡No podemos tratar con Stalin! ¡Ha roto todas las promesas que hizo en Yalta!”, según recordó su asesora Anna Rosenberg, quien se encontraba allí en ese momento.

El mariscal Joseph Stalin quería que su ejército, que avanzaba desde el Oeste, tuviera el privilegio de invadir la capital del Tercer Reich. Pero el premier británico Winston Churchill opinaba que las fuerzas anglonorteamericanas debían llegar primero, ya que estaban en condiciones tácticas como para avanzar y ganarle la carrera a los soviéticos.

En el medio del debate, que incluía funcionarios políticos y militares de alto rango, el presidente norteamericano Roosevelt — afectado por poliomielitis, una grave enfermedad que lo llevaría a la tumba antes de ver la victoria— era quien políticamente podía inclinar la balanza. Estaba claro para él que varios generales de su nación querían tener la gloria de clavar la bandera norteamericana en el corazón de Berlín, antes de que se viera ondear allí la enseña roja.

Pero la decisión militar respecto de los pasos a seguir por las fuerzas anglonorteamericanas, en su avance hacia la capital alemana, había recaído en el comandante supremo, Dwight D. Eisenhower, quien, rodeado de mapas y de asesores, trabajaba febrilmente en su despacho del Cuartel General de las Fuerzas Aliadas Expedicionarias (SHAEF), en la ciudad francesa de Reims.

Tras el desembarco de Normandía, los nazis habían retrocedido y abandonado Francia —luego de una ocupación de casi cuatro años— y las tropas aliadas comenzaban a avanzar sobre territorio alemán. Los anglonorteamericanos marchaban desde el Este mientras los soviéticos, a una velocidad sorprendente, lo hacían por el Oeste.

Durante una conferencia de prensa realizada en París para anunciar la conquista del Rhin, un periodista le lanzó a Eisenhower la pregunta que muchos se hacían, y cuya respuesta no había sido dada por las autoridades: “¿Quién va a entrar primero en Berlín, los rusos o nosotros?”.

Eisenhower respondió que eso dependería de la distancia de los ejércitos con respecto a la capital alemana y que, en ese sentido, los soviéticos estaban más cerca de Berlín que las fuerzas aliadas occidentales. Sin embargo, consideró que el camino a recorrer por los rusos podía ser

más lento, ya que ellos se debían enfrentar “con la masa de las fuerzas alemanas”.

Lo que no se decía públicamente era que los nazis estaban mejor dispuestos para rendirse ante las tropas estadounidenses, por las que sentían cierto grado de afinidad y respeto, que ante el Ejército Rojo, considerado una horda salvaje, y cuyos integrantes, deseosos de venganza por la invasión alemana a Rusia — concretada en 1942 luego de que Hitler incumpliera el acuerdo de no agresión que mantenía con Stalin—, estaban dispuestos a violar a las mujeres y matar sin miramientos a la población germana.

Esta posición, ante una eventual rendición de los alemanes, era compartida por muchos jerarcas nazis, como por ejemplo, el general Theodor Busse, quien le dijo al general Heinrici: “Si podemos resistir hasta que lleguen los norteamericanos, habremos cumplido con la misión ante nuestro pueblo, nuestro país y la historia”, aludiendo con estas palabras a la defensa de la población de Berlín en abril de 1945.[1]

En definitiva, volviendo a la respuesta de Eisenhower durante la conferencia de prensa en París, ésta revelaba que no había un acuerdo entre Moscú y Washington que resolviera cómo se conquistaría Berlín, razón por la cual el militar estadounidense concluyó su contestación señalando que, sobre la toma de la capital del Tercer Reich, prefería “no hacer predicciones”.

En septiembre de 1944, Eisenhower, designado como máxima autoridad de las fuerzas combinadas anglonorteamericanas, había fijado por primera vez su posición al señalar:

> [...] sin duda alguna, Berlín es el premio principal, en cuya defensa el enemigo ha de concentrar el máximo de sus fuerzas. No me cabe duda de que deberíamos concentrar todos nuestros recursos y

> energías en una rápida arremetida contra Berlín. Sin embargo, nuestra estrategia ha de estar coordinada con la de los rusos, de manera que hemos de tener también en cuenta otros objetivos.

Sin coordinación

En marzo de 1945 esa coordinación era inexistente — no había intercambio de información militar entre los soviéticos y los anglonorteamericanos—, y el general británico Bernard Montgomery le reclamó a Eisenhower, con quien mantenía grandes diferencias, encabezar una arremetida final contra la capital de la Alemania nazi. “Monty”, tal como apodaban al uniformado, deseaba entrar primero en la capital alemana encabezando su ejército. Así esperaba llenar, en su ya frondoso historial militar, una página de gloria que finalmente no habría de escribir.

La iniciativa del general inglés fue descripta por el jefe del Estado Mayor de Eisenhower, teniente general Frederick Morgan, con estas palabras:

> Montgomery, que tenía fama hasta ahora de proceder tras una cauta deliberación, había llegado a la conclusión de que si le concedían la absoluta prioridad en detrimento de los grupos de ejércitos norteamericanos, podría, en muy poco tiempo, aplastar al enemigo, llegar a Berlín y acabar rápidamente la guerra.

El plan de Montgomery era coincidente con el de su superior directo, el jefe del Estado Mayor Imperial, mariscal de campo sir Alan Brooke, y también con el deseo vehemente del premier británico Winston Churchill, que pretendía que se detuviera el avance de los soviéticos “lo más al Este posible”, impidiendo así que los rojos conquistaran el corazón de Alemania.

En ese sentido, en el bando estadounidense también varios jefes querían

un avance relámpago sobre Berlín para ganarles de mano a los soviéticos. Al respecto se destacaban las expresiones del general George Smith Patton — considerado el mejor militar de los Estados Unidos—, quien tras avanzar en Francia, al mando del Tercer Ejército norteamericano, hizo público su deseo de conquistar Berlín.

Envalentonado por sus victorias, así se lo hizo saber a sus superiores pero, contrariamente a lo que él y sus hombres esperaban, su plan no fue aprobado. Incluso se le ordenó que cediera la gasolina de sus unidades de combate al general Montgomery, lo que le creó a Patton múltiples inconvenientes para seguir avanzando.

Lo cierto es que tanto Patton como Montgomery dependían de Eisenhower, quien no se decidía a dar luz verde a un avance profundo y definitivo para conquistar la capital del Tercer Reich.

Hasta ese momento las comunicaciones entre los rusos y los norteamericanos se realizaban exclusivamente por vía diplomática, lo que significaba cierta lentitud y una falta de fluidez en el intercambio de opiniones, como para combinar las acciones en la etapa decisiva de la guerra. Por otra parte, Stalin desconfiaba, con razón, de las verdaderas intenciones de los norteamericanos e incluso llegó a decir que éstos, en secreto, estaban realizando acuerdos con los nazis. Esta afirmación la realizó cuando las fuerzas alemanas que se encontraban en Italia negociaban su rendición ante las tropas estadounidenses que avanzaban sobre ese país. Enterado de estas tratativas gracias a su eficiente sistema de espionaje, Stalin envió una nota tajante a los aliados occidentales en la cual los acusó de “tratar traicioneramente con el enemigo a espaldas de la Unión Soviética, que está llevando la peor parte de la guerra”.

Churchill le mostró esa nota a Eisenhower el 24 de marzo, y este último

“parecía estar muy indignado por lo que a él le parecían las más injustas e infundadas acusaciones contra nuestra buena fe”, recordó luego el premier británico.

Luz verde a los soviéticos

A fines de marzo de 1945, Eisenhower, sin consultar con el poder político, envió un mensaje histórico a Stalin, en el cual le revelaba su estrategia y le pedía al líder comunista el mismo criterio para “unificar” el ataque a Alemania. También le proponía una línea de demarcación en la que se uniría el ejército anglonorteamericano con el soviético.

El “mensaje personal al Mariscal Stalin” decía:

> Mis operaciones inmediatas se proponen cercar y destruir al enemigo que defiende al Ruhr. Creo que esta fase [...] terminará a últimos días de abril e incluso antes, y mi tarea siguiente será dividir el resto de las fuerzas enemigas uniendo mis fuerzas con las de usted. [...] El mejor eje en el que se podría efectuar esta conexión sería el de Erfurt-Leipzig-Dresde. Creo que ésta es la zona adonde se trasladan los principales departamentos oficiales alemanes. A lo largo de este eje me propongo concentrar mis principales esfuerzos. Además, en cuanto sea posible, habrá un avance secundario para establecer la unión con las fuerzas de usted en el área RegensburgLinz, evitando así la consolidación de la resistencia alemana en el Reducto de Alemania meridional. Antes de decidir en firme mis planes, es de la mayor importancia que estén coordinados [...] con los de usted en dirección y tiempo. ¿Podría decirme cuáles son sus intenciones y hasta qué punto se conforman estas propuestas mías con la acción probable que usted piense emprender? Si hemos de llegar sin demora a la destrucción de los ejércitos alemanes, considero esencial que coordinemos nuestra acción y perfeccionemos la *liaison* entre los avances de nuestras fuerzas...

Luego Eisenhower le informó a su jefe, el general Marshall — jefe del Estado Mayor de los Estados Unidos—, que le había enviado a Stalin la comunicación antes citada. Además, le mandó un mensaje a Montgomery asignándole otras misiones y dejándole en claro que debía perder las

esperanzas de atacar Berlín.

Cuando Churchill se enteró de la comunicación de Eisenhower enviada a Stalin, se puso furioso. El líder británico fue tomado por sorpresa, ya que no esperaba semejante decisión unilateral. El presidente Roosevelt, en una fase terminal de su enfermedad, tal vez no estuvo al tanto del asunto, y si lo supo seguramente no estaba en condiciones de evaluarlo o intervenir en la polémica.

Esos últimos días de vida del primer mandatario estadounidense fueron recordados de este modo por Churchill:

> En mis largos telegramas creía estar dirigiéndome a un amigo y colega mío de toda confianza, pero ya no se enteraba de lo que yo le decía [...] Varias personas redactaban, entre todas ellas, las respuestas que eran enviadas en su nombre. Lo único que podía hacer Roosevelt era dar una orientación general y su aprobación... Esas semanas fueron costosas para todos.[2]

Desconfianza

En esta última etapa de la guerra, el deterioro de las relaciones políticas entre los soviéticos y los aliados occidentales era evidente. Los líderes de ambos bandos sabían que las resoluciones que fueran adoptadas durante esos días determinarían el reparto del mundo entre las facciones vencedoras, esto es entre comunistas y capitalistas.

Desde la Unión Soviética, los ejércitos de Stalin habían avanzado en forma rauda sobre media Europa, a una velocidad que nadie hubiera imaginado, una contraofensiva que había empezado tras haber detenido el intento nazi de conquistar Rusia.

Con cada paso que daban hacia Occidente, el mundo comunista se ampliaba un poco más, lo que generaba el espanto de los líderes

capitalistas. El Ejército Rojo, tras múltiples victorias, había llegado a Alemania, y en la última etapa se abría camino hacia la capital.

En un clima de desconfianza, Stalin tomó con pinzas la comunicación de Eisenhower. Luego de recibirla y analizarla detenidamente, durante una reunión en Moscú con sus mariscales, el jefe soviético le dijo a los generales Yukov y Koniev "los aliaditos se proponen llegar a Berlín antes que el Ejército Rojo". Luego el general Shtemenko leyó un informe de inteligencia en el cual se aseguraba que "la finalidad principal de Eisenhower" era tomar Berlín y que incluso, para ese fin, "dos divisiones aerotransportadas aliadas están siendo dispuestas a toda prisa para dejarlas caer sobre Berlín".

De acuerdo con el relato de Koniev, Shtemenko concluyó señalando:

> [...] según todos los datos e informaciones, este plan — tomar Berlín antes que el Ejército Rojo— se consideraba en el cuartel general angloamericano como totalmente realista y su preparación ya está en plena realización.

En pocas palabras, al hacer propios los informes de inteligencia comunistas, Stalin no creía en el mensaje que le había enviado Eisenhower, al que, por otra parte, todavía no había contestado.

El enojo de Churchill

El 29 de marzo — Berlín se rendiría casi un mes después—, Churchill telefoneó a Eisenhower para insistir en su posición acerca de la toma de la principal ciudad del Tercer Reich. No mencionó su contrariedad por la comunicación enviada a Stalin, y prefirió preguntarle sobre los próximos pasos a seguir; también insistió en su posición acerca de que los ejércitos

anglonorteamericanos debían encontrarse con sus pares soviéticos “lo más al Este posible” para frenar así el avance comunista.

Berlín no debía ser invadida por los rojos y por esto era importante que los aliados occidentales conquistasen la capital antes que los rusos, le dijo Churchill al general norteamericano. El premier británico — que había sido informado sobre la comunicación enviada al líder soviético— estaba muy alarmado, ya que intuía que Eisenhower podía ceder a las pretensiones de Stalin, consistentes en conquistar primero la capital.

Para Churchill, si Eisenhower aceptaba la postura del jefe de la Unión Soviética — y en consecuencia se desviaban las fuerzas anglonorteamericanas a otros objetivos que no fueran la capital del Reich, tal como el refugio de Hitler, en Bertchtesgaden, en los Alpes bávaros—, “desaparece toda perspectiva de que los ingleses entren en Berlín con los americanos”.

La posición de Churchill era política, sabía que cuanto más se les diera a los rusos, más se fortalecerían éstos, y creía que la elección de objetivos militares sería decisiva de cara a la etapa de posguerra. La postura de Eisenhower era militar, y por eso le ratificó al premier británico que esperaba acordar con Stalin los próximos pasos a seguir. Incluso, ante la sorpresa de Churchill que no podía creer lo que escuchaba, le argumentó que “Berlín no es ya un objetivo militar de primera importancia”. Como se verá al final de este libro, había otra meta más importante.

En consonancia con el disgusto de Churchill, el mariscal Brooke envió una protesta oficial a Washington y resumió la decepción de los ingleses señalando:

> En primer lugar, Eisenhower no tiene que dirigirse directamente a Stalin, pues su comunicación con él debe ser a través del Estado Mayor Conjunto; en segundo lugar, envió un telegrama

ininteligible, y por último, su contenido representa un cambio respecto a todo lo que se había acordado.

La comunicación tuvo un efecto explosivo, y provocó por primera vez, durante la Segunda Guerra Mundial, fricciones en las relaciones entre los Estados Unidos e Inglaterra. Eisenhower debía responderle a su jefe Marshall, quien le pedía urgente que brindara la mayor cantidad de detalles sobre la comunicación enviada a Stalin.

También debió aclararle a Churchill por qué había desviado a Montgomery de su pretendido avance hacia Berlín, dándole otras directivas, aunque aclarando que sus planes eran “flexibles y sometidos a cambios para enfrentarse con situaciones inesperadas”. Para Eisenhower, al menos así lo dijo en público, el objetivo más importante ahora era el control del denominado “Reducto Nacional” alemán, una zona en los Alpes bávaros donde teóricamente se trasladaría la jerarquía nazi y desde donde los alemanes ofrecerían la última resistencia. En ese sentido, el jefe militar dijo que “el mismo Berlín no es ya un objetivo especialmente importante. Ha perdido en gran parte su utilidad para los alemanes e incluso su gobierno se prepara para trasladarse a otra zona”.

¿Enemigos o amigos?

A mediados de abril murió Roosevelt y durante un breve lapso se produjo un vacío de poder, hasta que Truman asumió de lleno el cargo de presidente de los Estados Unidos.

Mientras la noticia de su fallecimiento conmovía al mundo, entre bambalinas se terminó de pulir el pacto de evasión realizado entre los nazis y los norteamericanos.

En tanto, Eisenhower llegó a un acuerdo definitivo con Stalin, consistente en que las tropas soviéticas exclusivamente se ocuparían de conquistar Berlín, donde en esos momentos estaba refugiado Hitler. Las fuerzas anglonorteamericanas se harían cargo de otras metas estratégicas, como, por ejemplo, el refugio del máximo líder nazi en los Alpes bávaros y el mítico “Reducto Nacional”, caracterizado por una serie de túneles e instalaciones subterráneas, donde se decía que el Führer y sus hombres podían ofrecer resistencia durante varios meses.

Esta decisión de Eisenhower de desviar las fuerzas occidentales del camino directo a Berlín no fue digerida por varios generales norteamericanos e ingleses, quienes no comprendían por qué razón se les cedía ese objetivo — considerado por lejos el más importante— a los soviéticos. No entendían los motivos de tal determinación, cuando estaban seguros de que podían conquistar Berlín antes que los rusos.

¿Qué se ganaba con esto? Nada le debían los estadounidenses al Ejército Rojo y, por el contrario, cada vez se alzaban con más fuerza las voces para ponerle un freno a Stalin.

Por ejemplo, el general Patton no tuvo pelos en la lengua al expresar tiempo después sus pensamientos — era muy verborrágico y no disimulaba su sentir claramente antisoviético—, especialmente al decir “nos equivocamos de enemigo” aludiendo a los nazis, por quienes sentía simpatía, y a los soviéticos, a los que odiaba.

Lo cierto es que el gobierno de los Estados Unidos, en abril de 1945, dejó que el ejército comunista fuera el primero en llegar a Berlín. ¿Por qué razón los estadounidenses cedieron a las pretensiones de Stalin? Para los observadores militares estaba claro que las fuerzas anglonorteamericanas podían haber llegado antes que las soviéticas y que no había ningún

compromiso para adoptar esta resolución que favorecía a Moscú, lo que terminaría creando un gran malestar sobre todo en Londres.

Siempre se dijo que la determinación se tomó porque Rusia había soportado y padecido la invasión de los nazis y tenía derecho a una revancha “exclusiva” consistente en destruir Berlín y someterla a una humillante rendición. Pero no está documentado que ése haya sido el motivo por el cual Eisenhower cedió la meta de la capital. Además, si vamos al caso, Gran Bretaña también debió resistir el ataque persistente que mantuvo Hitler con sus aviones y sus bombas V1 y V2, con su secuela de destrucción y muerte. Por eso los británicos podían exigir el mismo derecho de entrar primero en Berlín.

Cortina de humo

Este hecho merece una reflexión: no había, ni hay, antecedentes de que el alto mando norteamericano ceda objetivos militares — y menos a cambio de nada como en este caso— a una fuerza extranjera, y además perteneciente a una potencia que ya aparecía como enemiga.

Esta “cesión gratuita” de un objetivo estratégico, nada menos que a los comunistas, debería tener una explicación, como mínimo desde los ojos del revisionismo histórico. Quizá la respuesta se pueda inferir a partir de los sucesos que tuvieron lugar durante aquellos días.

Por ejemplo, sabemos que cuando Eisenhower acordaba con Stalin la toma de Berlín, cediendo a las pretensiones de los rusos, el plan de fuga de los nazis ya estaba pactado con los estadounidenses, y en esa contingencia estaba incluida la huida de Hitler, quien se encontraba en la capital de Alemania.

¿Sería entonces que Hitler “debía” desaparecer en una zona bajo dominio de los soviéticos y no de las fuerzas angloestadounidenses?

¿Se trataba de esto? Es notorio que Eisenhower — de acuerdo con sus propios dichos— en 1944 consideraba clave que sus fuerzas tomaran la capital del Reich y que luego, menos de un año después, cambiaría totalmente de opinión, sin esgrimir argumentos de peso para esa modificación de sus planes.

Si los soviéticos se ocupaban de tomar Berlín, todo lo que podía suceder allí, con respecto a las fugas, asesinatos o “suicidios” de los nazis, pasaba a ser responsabilidad de Moscú, que debería explicarle al mundo lo que había pasado.

De este modo — al pactar en secreto con los alemanes, pero rechazar invadir la capital— los norteamericanos tomaban distancia de los hechos que allí ocurrirían y, de este modo, desligaban toda responsabilidad ante la opinión pública.

Si los jerarcas nazis podían escapar del cerco soviético que rodeaba Berlín, esto podía deberse a errores estratégicos, pasividad o componendas entre los comunistas y los nazis. Pero, en cualquiera de los casos, los que estarían en el tapete serían los soviéticos. Si Hitler se escapaba, moría combatiendo o se suicidaba, los primeros en saberlo serían los invasores comunistas y ellos deberían contarles a sus aliados qué había ocurrido. Los Estados Unidos e Inglaterra quedaban al margen de toda responsabilidad.

Esta estrategia de los norteamericanos funcionó y cobró espesor cuando, al caer Berlín, nadie supo a ciencia cierta el destino de Hitler y de otros jerarcas.

Si el Führer realmente había escapado — y no se había suicidado en el

búnker, tal como lo aseguraría la versión de los alemanes—, esto había sido posible luego de huir atravesando un cerco soviético tendido para atraparlo, no uno anglonorteamericano.

¿Habrá sido ése el motivo para que se le ordenara a Patton —y a otros generales norteamericanos e ingleses, como el general Montgomery— detener el avance sobre Berlín para así "favorecer" al Ejército Rojo, en el preciado objetivo de conquistar la capital del Tercer Reich?

Aviones nazis hacia Sudamérica

Antes de que cayera Berlín, aviones nazis de gran autonomía ya unían España con la Argentina, en el marco del espectacular plan de evasión ideado por el Reich. Eran vuelos especiales utilizados por jerarcas que escapaban llevando documentos y divisas.

Hay documentación de marzo de 1945 que acredita estos vuelos. Al respecto, en un informe secreto de los Estados Unidos, se indica:

> Hemos logrado establecer la existencia de un puente aéreo regular entre Alemania y España. Los aparatos no vuelan sobre Francia, sino sobre el norte de Italia y el Mediterráneo. Esos aviones de cuatro o seis motores fueron construidos hace algún tiempo ya con el propósito de asegurar la fuga de los peces gordos del nazismo hacia Japón o Argentina en el momento propicio. Al efecto se formó un escuadrón de aviones llamados Führerstaffel, con tripulación cuidadosamente seleccionada. El tráfico tiene por objeto no sólo la transferencia de fondos o el envío de agentes hacia España, sino también el entrenamiento del personal. Esta previsión se adoptó para el caso de que fracasaran las negociaciones oficiales sobre asilo... España fue elegida para el operativo por las enormes facilidades disponibles allí para el Reich... En febrero de 1945, dos de esos aviones volaron a Buenos Aires. El dato ha sido verificado.

El documento continúa señalando:

> Los nazis están ahora enviando fondos y correspondencia a Buenos Aires por la valija diplomática argentina. Nuestros agentes de seguridad informan que tales envíos llegan a través de Italia. Ya en España, son despachados a dos conventos pertenecientes a órdenes con establecimientos similares en la Argentina. Es allí, en los conventos, donde oficiales de la representación argentina en España proceden a ponerlos en la valija diplomática. La colaboración del credo de tales conventos es incondicional, debido a que hay en ellos numerosos frailes alemanes cuyas familias viven aún en el Reich; la Gestapo controla sus correspondencias. La presión contra los frailes ha llegado al extremo de amenazarlos con la liquidación de sus familiares.[3]

Huida bajo el agua

Mientras se realizaban estos operativos aéreos, también en marzo, ya había comenzado el traslado en submarinos. En ese sentido hay una confesión que fuera escrita por el capitán de uno de estos sumergibles, quien cumplió con éxito su misión de llegar a la Argentina. La información fue aportada por él en 1982, cuando la guerra por las islas Malvinas enfrentaba a argentinos e ingleses, y el diario *Ámbito Financiero* publicó un artículo sobre ese conflicto, lo que generó la respuesta de un lector. Se trataba de un anciano alemán, quien mediante una carta personal realizó algunas críticas a una nota publicada por el matutino porteño. Al finalizar la misiva — escrita a máquina, y en la cual realizaba consideraciones sobre la conflagración—, el hombre justificó su experiencia bélica al señalar que él había sido capitán de un U-Boot. Pero no terminaba allí el relato. El germano, quien dijo llamarse Rudiger Conrad, aseguró haber participado de un plan de evacuación del Tercer Reich. En la carta, a la que tuvo acceso el autor pero que nunca fue publicada, explicó que había tripulado uno de los submarinos que formaba parte de un convoy — dijo que se trataba de diez sumergibles— de los que habían salido a intervalos regulares desde un puerto de Europa. Contó que el operativo se realizó

casi al final de la guerra y que esos “lobos grises” partieron rumbo a la Patagonia. A continuación se transcribe la parte medular del texto de referencia:

> [...] En agosto de 1944, en el astillero de Cuxahaven, Alemania, se colocaron las quillas a 25 submarinos denominados tipo XXV. Estos submarinos, a diferencia de los hasta ese momento conocidos, eran de doble casco, 110 metros de eslora, provistos de snorkel, radar y ecosonda; armados con 14 tubos para torpedos acústicos, motores Sulzer, diesel eléctricos, que daban una velocidad sumergidos de 18 nudos (el más moderno de esa época de USA, sólo hacía 10).[4] Esto daba una superioridad notable en el mar y era una de aquellas *armas secretas* de Hitler, con las que pensaba cambiar el curso de la guerra, las otras dos eran: la bomba atómica y el cohete New York. Estos dos últimos en construcción adelantada, pero los bombardeos eran tan intensos que pese a los tres metros de concreto sobre el astillero, las vibraciones impedían los ajustes delicados que había que hacer.
>
> En enero de 1945, exactamente el día 5, a las tres de la tarde GMT me entrevisté con Hitler en el búnker de la Cancillería. Allí recibí la orden de alistar 10 submarinos, a los que se despejaría de todo el armamento para trasladar 500 personas hasta las costas de la Patagonia. El enlucido del búnker, a 30 metros de profundidad, me caía suavemente sobre la gorra. Partimos el 12 de marzo de 1945 con intervalos de media hora, transportamos en total 611 personas, con abundantes equipajes. La travesía duró 23 días, emergíamos sólo de noche, si no había luna.
>
> Todo esto y más es perfectamente comprobable, por los archivos de la marina de los Estados Unidos, ya que los registros de las construcciones, como asimismo los planos, no se destruyeron por el acuerdo existente de entregar información a cambio de inmunidad, como ejemplo, notorio y famoso, está el caso de W. von Braun y todo su equipo, algunos de los que aún viven y han participado en la epopeya espacial, que seguramente en los próximos 20 años nos llevará a las estrellas...
>
> RUDIGER CONRAD
>
> DKU (comandante instructor de tripulaciones de submarinos) Nº serie: D.31167540-U, argentino naturalizado

La fuga de Hitler

Lo cierto es que la existencia de un plan de evasión, que contemplara

inclusive a Hitler, era conocida por los servicios secretos de los Estados Unidos aun antes de que se realizara el pacto militar nazi-norteamericano que posibilitó la fuga desde Alemania.

En un documento del FBI, que a continuación se reproduce, fechado el 4 de septiembre de 1944, textualmente se cita como referencia el "posible escape de Adolf Hitler hacia la Argentina". Fue enviado al jefe del organismo, John Edgar Hoover, por el general Ladd, agregado militar de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires. (Las líneas de puntos en esta transcripción se encuentran ubicadas en los sitios donde se registran las tachaduras del censor oficial sobre nombres propios en el documento original.) El texto es el siguiente:

> Muchos observadores políticos han expresado la opinión que Adolf Hitler podría haber buscado refugio en la Argentina después del colapso alemán. Las ramas políticas dan crédito a esta posibilidad cuando se recuerda que el apropiadamente señalado cónsul argentino Helmuth, ostensiblemente asignado a un puesto consular en España, tuvo planes, incluyendo un encuentro clandestino con Hitler y Himmler, para la organización de la importación de armas y tecnología a la Argentina. Helmuth fue interceptado por los británicos en Trinidad, nunca completó esa misión.
>
> En la Argentina permanece una misteriosa maraña de caracteres cuestionables.
>
> ..... está actualmente residiendo en Buenos Aires ..... anteriormente rey de municiones austríaco y ex marido de ....., recientemente convirtió su fábrica de bicicletas en una planta en la Argentina para la fabricación de municiones. Arnulfo Arias, pro Eje, custodio del presidente de Panamá, conduce una compañía de largo alcance político desde Buenos Aires. Kart von Zedlitz... aún asegura ser en la Argentina el planificador de posguerra del cartel alemán Metallgesellschaft.
>
> Una gran colonia alemana saludable en la Argentina proporciona grandes posibilidades para proveer de un refugio a Hitler y sus secuaces, uno de sus miembros, el conde Luxburg, ha sido mencionado como operando un *ranch*, el cual serviría para proveer un refugio. Por la naturaleza de algunos planes formulados por el abandono de Alemania en este colapso, es virtualmente imposible sustanciar algunos alegatos en referencia a los nazis en la Argentina después de la derrota. Sin embargo, alguna importancia se puede dar al hecho de que la Argentina guardó silencio a pesar de todas las acusaciones, que ella serviría de punto terminal para Hitler después de un vuelo sin parada de 7.376 millas desde Berlín, en un avión construido especialmente, o como pasajero en un largo viaje en submarino. Este asunto continúa siendo sujeto de una investigación coordinada por

representantes del Bureau a través del mundo. La información reveló fechas, horas, rumbos, ha sido derivada a otras agencias gubernamentales interesadas.[5]

Lo cierto es que Hitler y hombres de su confianza pudieron escapar de Berlín cuando la capital iba a ser tomada por los soviéticos, y que al parecer esa fuga se llevó a cabo con conocimiento de las autoridades militares norteamericanas. Respecto de las pruebas que demuestran la huida, básicamente se trata de testimonios y documentos, a saber:

- Una orden escrita, de la que quedó registro, impartida al piloto del avión que debía trasladar a Hitler a Barcelona.
- Testigos en España que acreditan la presencia del Führer en ese país, luego de que escapara de Alemania.
- El testimonio del jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, quien durante un interrogatorio realizado por norteamericanos explicó cómo había escapado Hitler.
- Un documento del servicio secreto inglés en el que se deja constancia que un convoy de submarinos nazis partió de España con jerarcas y oro. En éste también se indica que esa flota hizo una escala en las islas Canarias para luego seguir viaje hacia Sudamérica. Es interesante destacar que la comunicación asegura que desde estas unidades se intercambiaron mensajes con la flota norteamericana, lo que permite sospechar del grado de complicidad en la fuga por parte de los estadounidenses.

De acuerdo con los cuatro puntos citados anteriormente se puede reconstruir de manera parcial la fuga del canciller alemán y sus secuaces, mediante un viaje que comenzó el 22 de abril de 1945. Ese día, el Führer

“voló de Berlín a bordo de un helicóptero tipo Twinrotor Fa 223, hacia Hörsching, un campo de aviación cerca de Linz, Austria”, según el relato realizado por Müller a Kronthal, su interrogador norteamericano.[6] Como ese tipo de máquinas aéreas, de doble aspas y buena autonomía, tenía capacidad para nueve personas, se presume que el líder del nazismo huyó junto con su mujer Eva Braun y con hombres que formaban parte de su círculo íntimo. El aeropuerto utilizado en Austria estaba ubicado cerca de Linz. Hitler permaneció en territorio austríaco cuatro días antes de continuar su fuga, que tenía como destino final la Argentina.

Revelaciones en la Argentina

¿Por qué razón el Führer permaneció cuatro días, del 22 al 26 de abril de 1945, en Austria, luego de haber aterrizado en un aeropuerto cercano a Linz? Por un lado, se trataba de su patria natal, pudiéndose especular que, por ese motivo, pudo haber tenido despedidas personales relacionadas con familiares y viejos amigos. Pero también podría haber tenido que estar allí por una “transferencia” muy especial, de sorprendente valor, que se estaba realizando en esos momentos.

Precisamente, en la Argentina surgieron datos importantes que dan cuenta de un suceso de relevancia que — coincidente con la presencia de Hitler— ocurrió durante esa fecha en Austria, en particular en la estación de ferrocarril de Linz. Al respecto, en 1999, el autor pudo mantener una serie de entrevistas con el capitán de las SS Herbert Habel, quien en abril de 1945 se desempeñaba como secretario de August Eigruber, el Gauleiter (gobernador) de Linz. Habel — un hombre que medía casi dos metros, fornido, de profundos ojos azules y de 85 años al momento de ser

entrevistado— vivía junto con su esposa en una casa alpina ubicada en cercanías de la localidad patagónica de El Bolsón.[7]

El ex SS contó que, cuando terminó la guerra, huyó a Francia y luego en tren a la ciudad española de San Sebastián. En la ruta de escape utilizó distintos nombres falsos. “Teníamos el sueño de ir a la Argentina, porque era un país amigo”, dijo Habel al recordar la huida protagonizada por los nazis cuando se desmoronaba el Tercer Reich. El capitán SS también admitió que fue ayudado por la diplomacia española y por los falangistas de ese país, los que simpatizaban con las ideas de Adolf Hitler.

Para fugar de Europa, Habel embarcó en el puerto de Cádiz usando un pasaporte falso y un permiso de libre desembarco proporcionado por la embajada argentina en España, según contó.[8] Ingresó en la Argentina en 1950 con el nombre falso de Kurt Repa, a bordo del barco de bandera española *Cabo de Buena Esperanza*.

En Buenos Aires, trabajó en una empresa constructora propiedad de un cuñado del entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires, el coronel Domingo Mercante. Cuando realizaba un trabajo para esa firma —que era contratista del Estado— en la quinta presidencial de Olivos, el oficial nazi conoció personalmente al presidente Juan Domingo Perón.

“Perón me dijo: es necesario aclararle a los alemanes que la Argentina declaró la guerra (al Eje) por presión de los yanquis”, recordó Habel al aludir a su primer encuentro con el jefe del gobierno argentino. Durante esa charla, en la quinta de Olivos, el SS le pidió a Perón que lo ayudara para que pudiera volver a tener su nombre, ya que mantenía el falso que había utilizado para poder escapar.

El presidente le contestó afirmativamente, le dijo que lo ayudaría con ese trámite y le pidió que esa misma semana se presentara en la Casa

Rosada, donde el oficial nazi fue atendido por el coronel Enrique González, hombre del círculo íntimo de Perón, y derivado a un juez que inmediatamente ordenó las actuaciones para que Repa — tal era su nombre falso— volviera a ser Habel. Y así ocurrió.

Habel se casó en Buenos Aires en 1956, vivió en la localidad bonaerense de Villa Ballester, trabajó en la construcción y administró una pinturería de su propiedad y después una ferretería. En 1981 compró una extensión de tierra en un paraje (Villa Turismo) cercano a la localidad de El Bolsón, construyó su casa y en 1983, como otros alemanes en su misma condición, optó por irse a vivir junto con su esposa en las montañas del alejado y tranquilo sur patagónico.

El tren del oro

Volviendo a nuestra historia, en diálogo con el autor, Habel reveló el incidente ocurrido en Linz durante la última semana de abril de 1945, cuando estaba cayendo Berlín. Durante esos días llegó un tren de carga a la estación de ferrocarril de la citada ciudad austríaca, mediante un operativo comandado por fuerzas SS. Ante la llegada del misterioso convoy, Habel, como ayudante del Gauleiter y en ausencia de éste, debió recibirlo formalmente. El tren tenía como destino final Linz y allí quedó detenido. Recordó Habel:

> Ellos (la fuerza SS que había traído el convoy) querían que Eigruber se hiciera cargo, pero como él no estaba, esperaron algunas horas y a la tarde me dieron la responsabilidad a mí. Yo no sabía qué traían los vagones y recibí una caja llena de llaves.

Tal como se dijo, el capitán SS no estaba al tanto de dónde estaba su

superior y había quedado a cargo de Linz. Recordemos que para esa fecha Hitler se encontraba en Austria, habiendo aterrizado en cercanías de esa ciudad. Con el tren en el andén, se hicieron actas de transferencia del convoy a nombre de Habel y se le entregaron las llaves de los vagones de carga. La totalidad de los efectivos que habían viajado en el tren y sus jefes partieron. La formación quedó allí detenida, inmersa en el silencio de la estación de ferrocarril y ante los ojos de Habel, que había sido sorprendido por el suceso.

Apenas se fue la custodia, el capitán SS, intrigado, abrió las puertas de los vagones de carga, que eran cuatro. Cuando lo hizo, palideció sin creer lo que veía: “Los vagones estaban llenos de oro, eran muchas barras”, dijo al recordar la situación que lo tomó a él y a sus hombres por sorpresa.

Poco tiempo después, desde Berlín se informaría a las autoridades de Linz que el oro del tren era el tesoro de Hungría y que había sido robado por los nazis. “Cuando llegó Eigruber, le dije: ‘Gobernador, somos ricos’”, contó Habel al recordar el momento en que su jefe regresó a Linz.

El tren con el oro quedó bajo custodia en la estación y a la espera de que la jerarquía, desde Berlín, ordenara qué hacer con el fabuloso cargamento. A los pocos días, la noticia del suicidio de Hitler, así como la posterior rendición de Berlín, precipitó los acontecimientos.

“No sabíamos qué hacer con el oro, yo busqué algunos lugares para esconderlo, pero al final lo dejamos ahí, dentro del tren, en la estación, tal como había llegado”, afirmó Habel. Las órdenes procedentes de Berlín eran terminantes: los nazis debían abandonar la ciudad y dejar el tren, con su carga dorada, en la estación. Luego, con un grupo de jerarcas, Habel huyó vestido de civil durante la noche. Empezaba a ser uno de los tantos fugitivos de la guerra con una idea fija: escapar a la Argentina. “El oro

quedó allí sobre el tren, después lo encontraron los norteamericanos, yo no toqué ni un solo gramo”, aseguró Habel.

Así ocurrió; mientras los nazis huían de Linz, comenzaron a llegar los primeros efectivos de las fuerzas estadounidenses que “encontraron” el tren, con sus barras de oro intactas. Nada dice la historia oficial acerca de lo que hicieron con dicho tesoro, que no fue devuelto a Hungría.

A la luz que da el paso del tiempo, y teniendo en cuenta que existía un pacto nazi-norteamericano, el fabuloso relato de Habel cobra sentido. No se trató de una operación de robo del tesoro de Hungría por parte de las SS que habría quedado inconclusa en su segunda fase, esto es, darle como destino final el bolsillo de los jerarcas germanos.

El tesoro llegó a Linz, y permaneció allí unos días, hasta que fue “capturado” — sin mucho esfuerzo claro está— por las tropas norteamericanas. La maniobra relacionada con el tren del oro parece ser más una operación de transferencia de divisas, previamente pactada entre los alemanes y los norteamericanos, que un “error” de cálculo de los nazis en dicha operación.

Por otra parte, no puede menos que llamar la atención que el arribo del oro a Linz coincidiera con la semana en la que se registraba la presencia oculta de Hitler en esa área. ¿Solamente una coincidencia? ¿Se estaban cumpliendo los “pagos” relacionados con el acuerdo entre ambos bandos y, en este caso, Hitler debía estar presente en secreto?

Lo cierto es que la historia del tren del oro nunca fue esclarecida oficialmente — se conoció sólo en los años noventa en la Argentina— y demuestra que los norteamericanos fueron los destinatarios del tesoro robado por los nazis a Hungría.

De Austria a la Argentina

Tal como se dijo, Hitler permaneció cuatro días en territorio de Austria donde había llegado en horas de la noche del 22 de abril. Ese mismo día, en el marco del aceitado plan de escape, el aviador Braun, un destacado piloto de la unidad especial KG 200, recibió órdenes de trasladarse con su avión al aeropuerto austríaco de Hörsching, precisamente el mismo adonde había arribado el Führer. Braun, tras recibir directivas del mayor Joachim Bellmann, se trasladó a esa aerostación comandando un avión Ju 290 (matrícula W Nº 0165). A Braun se le ordenó permanecer allí a la espera de un grupo de personas que debía salir rumbo a Barcelona, España, el día 26 de ese mes a las 20 horas.

De acuerdo con el relato del investigador Gregory Douglas, "desde Hörsching, Hitler y por lo menos dos pasajeros partieron en un avión Ju 290 A hacia Barcelona, el 26 de abril de 1945, más o menos a las 8 pm. Éste aterrizó allí el 27 de abril de 1945. Müller explicitó a sus interrogadores norteamericanos que él recibió la confirmación que el avión había aterrizado seguro".[9] Al respecto, el general Müller le dijo a Kronthal, su interrogador norteamericano: "Hitler fue a España. Sé que su avión aterrizó con seguridad...".[10]

¿Qué hizo Hitler en España? Se trataba de una nación neutral gobernada por el dictador Franco, quien, en secreto y bajo el manto de la imparcialidad, ayudó a los nazis. Poco se sabe de la actividad del jefe nazi en ese país a la espera del submarino que lo llevaría seguro rumbo a Sudamérica. Se debe recordar que el mismo Stalin, así como sus generales, fue el primero en decir públicamente que Hitler había huido con destino presunto a España o a la Argentina. Las acusaciones internacionales contra España en ese sentido eran de tal envergadura que,

en junio de 1945, el ministro Delequerica, titular de Relaciones Exteriores de ese país, debió “desmentir categóricamente la afirmación rusa de que Hitler se halle en España” (agencia United Press, 10 de junio, 1945). Durante los días que estuvo en esa nación, el Führer mantuvo reuniones con un reducido grupo de personas, antes de salir hacia la Argentina. En Zaragoza habría estado escondido durante un tiempo en Aula Dei, un monasterio cartujo en la carretera que va desde esa ciudad a Barcelona (investigación del autor). También en la localidad de Somo, a orillas del mar, en la región de Cantabria. El lugar donde se alojó, junto a Eva Braun, era una pequeña hostería, que hoy ya no existe, llamada Las Quebrantas. Los propietarios eran la familia Ranz, de origen suizo alemán. En mayo de 2010, la señora Pilar, nieta de los dueños de Las Quebrantas —en declaraciones al diario *El Montañés*— admitió que en su familia se contaba la historia de Hitler cuando estuvo alojado en ese lugar. De acuerdo con el relato, la pareja se hospedó allí hasta que una mujer los reconoció. Entonces, esta señora reclamó al dueño del hotel, José Ranz: “¿Pero tú sabes a quiénes tienes alojados? Son Adolf Hitler y su mujer, la Eva Braun”, le dijo nerviosa e indignada. Este incidente motivó que ambos, alertados porque los habían descubierto, se fueran del lugar. En un libro de visitas, resguardado por la familia Ranz, aparecen todos los nombres de las personas ilustres que pasaron por Las Quebrantas, como el poeta Federico García Lorca, la actriz Amparo Rivelles y otros personajes destacados. El último escrito es, entre signos de interrogación, el de Adolf Hitler.

El 23 de mayo de 2010, el diario español *El Mundo* reprodujo una carta de un nieto del dueño de Las Quebrantas. En ésta dijo que “lo único que puedo decir es que fue en Ribamontán al Mar; en enero de 1945 se la

alquilaron (la hostería) a mi abuelo por un mes unos alemanes que hacían negocios en Cantabria". En ese sentido explicó que esos germanos se hicieron cargo de Las Quebrantas "sin dejar a mi abuelo entrar de nuevo en el hostal, le renovaron dos meses más (el alquiler), hasta marzo de 1945". En otra carta de lectores, un nieto de una empleada de Las Quebrantas dijo: "Yo soy cantabro, concretamente de Suesa, un pequeño municipio de Ribamontán al Mar, mi difunta abuela doña Elviera San Emeterío siempre nos contaba que había visto a Hitler y a su mujer cuando trabajaba limpiando Las Quebrantas... la cosa es que nos daba pelos y señales de las conversaciones que tuvo con este señor".

Con respecto a la presencia del Führer en territorio español, en los años sesenta reveló algunos datos Raúl López Rouco, un hombre que integraba la famosa División Azul, comandada por el mariscal de campo Agustín Muñoz Grandes. Rouco había estudiado en la escuela de inteligencia del ejército nazi y trabajó para el servicio secreto alemán. Por esa razón, según contó, estaba al tanto de que Hitler no había muerto y que había logrado salir de Alemania con vida, rumbo a España. Incluso aseguró que él mismo lo había podido ver en Barcelona, en abril de 1945.

En mayo de 2010, José Antonio Barquín Ruiz, un ex alumno de la Universidad Laboral de Gijón, dijo ante las cámaras del canal Telecinco que había conocido, en dicha casa de estudios, a un sacerdote jesuita "que me aseguró, en el año 1974, que hasta pocos años antes Hitler estaba vivo". Dijo que el sacerdote "era una persona intachable, digna totalmente de crédito" y que él "comprendía que para la mayoría de la gente esto (la supervivencia de Hitler) no era cierto pero que para mí, conociendo a esta persona, sí que lo era".

Jesús Ibáñez Olaiz, otro alumno de la mencionada universidad dirigida

por jesuitas, le contó al autor que estudió allí entre 1974 y 1977. Olaiz explicó que el director de su curso era el padre Enrich von Riedt, “un personaje alemán muy peculiar que nos daba conferencias sobre su paso por las misiones en Chad casi todos los días”. De acuerdo con el relato de Olaiz, el padre von Riedt, durante una charla con alumnos “se entusiasmó y se puso a hablar de Hitler”, contando que hacía pocos años había estado con él. “Cuando le empezamos a hacer preguntas, no quiso seguir hablando y se marchó del auditorio”, recordó.[11] En 2006, ante una consulta expresa para confirmar estos datos en el marco de la investigación que lleva adelante el autor, von Riedt, nonagenario pero todavía muy lúcido, confirmó que él sabía que Hitler había escapado.

Con respecto a documentación que permita acreditar la fuga, se ha publicado en *El exilio de Hitler*, del autor, con todos sus detalles, la orden impartida al piloto Baumbach por el servicio de seguridad personal del Führer. Las directivas fueron para que el reconocido piloto alemán trasladara el 26 de abril de 1945 al líder nazi y su comitiva desde Austria, concretamente desde el aeropuerto de Hörsching hasta el de Barcelona. La nota, referenciada como “Viaje especial del Führer a Barcelona”, detalla una lista de pasajeros para ese vuelo y establece como horario de entrega de equipaje las 16. El documento está firmado por el SS Gruppenführer Antochef, perteneciente al Departamento IV de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA), y copias de éste fueron enviadas al vice Führer, Martin Bormann, y otra al aviador Baumbach, jefe de la unidad aérea KG-200, una división encargada de realizar las misiones especiales de la Luftwaffe.

Respecto de otros documentos, uno corresponde al MI6, el servicio secreto inglés, que da cuenta de que fueron interceptados mensajes que

intercambió un convoy de submarinos alemanes que partió de España, con escala en las islas Canarias, llevando jerarcas y oro. Las comunicaciones fueron realizadas entre esas unidades y otras de la flota norteamericana... Finalmente, otro documento encontrado por el autor pertenece al FBI. En éste, fechado en 1947, se indica que el ejército de los Estados Unidos buscó a Hitler en territorio español. Textualmente se indica:

> Ha habido varias declaraciones controversiales que dicen que Hitler estaría en algún lugar de América del Norte. Muchas de las declaraciones en la prensa alegan que Hitler estaría en Sur América y que habría llegado allí en submarino. Ninguno de estos supuestos pueden ser probados y los oficiales del ejército americano no han encontrado el cuerpo de Hitler ni ninguna fuente confiable que indique definitivamente que Hitler está muerto; por lo tanto, existe una posibilidad de que esté vivo. El Ejército de los Estados Unidos está trabajando para encontrar a Hitler en España.

Rumbo a la Argentina

Continuando con la evasión del Führer, la segunda etapa de su viaje consistió en abordar un submarino en España, que formaba parte de un convoy de U-Boote que salió rumbo a la Argentina. De este modo, el plan de fuga y evacuación, denominado *Regentröpfchen*, entraba en su fase final.

Tras cruzar el Atlántico, previa escala técnica de los submarinos en las islas Canarias, Adolf Hitler y Eva Braun llegaron a la Patagonia argentina durante el invierno de 1945. Era la última fase de la evasión, que contaba con el visto bueno de un poderoso sector militar de los aliados occidentales.

Siempre se ha acusado a Perón de recibir a nazis fugitivos — lo que es rigurosamente cierto—, pero esto no habría sido posible si no hubiera

existido la venia de los norteamericanos. Al final de la guerra, los Aliados tenían un control absoluto del océano Atlántico, y resultaba prácticamente imposible que un convoy de submarinos lo cruzara sin ser detectado.

El paso siguiente, previsto en un detallado plan secreto, fue el traslado del jefe del nazismo a una estancia patagónica — conocida como San Ramón y administrada por los alemanes— ubicada al pie de la cordillera de los Andes.[12] El resto del grupo de fugitivos subió a los camiones que esperaban para partir hacia destinos predeterminados.

La presencia de Hitler en la Argentina era una información oculta, que sólo estaba en conocimiento de algunos elegidos. Aunque Stalin ya lo había sospechado cuando, en la cumbre de Potsdam, el 18 de julio de ese año, le dijo al presidente norteamericano Truman y a su secretario de Estado, James Byrnes, que Hitler no estaba muerto y que “escapó o bien a España o a la Argentina”.[13]

La presencia del líder alemán en territorio argentino era conocida por contadas personas que formaban el círculo más íntimo de Perón, como, por ejemplo, su esposa Eva Duarte o su amigo Jorge Antonio; este último, de la noche a la mañana, de condición humilde pasó a ser un hombre multimillonario y representante de la Mercedes Benz en la Argentina.

La verdad completa fue patrimonio de unos pocos. Por ejemplo, ciertos nazis se enteraron que había llegado un convoy de submarinos con jerarcas, pero desconocían que uno de esos fugitivos era el mismísimo Führer. Por otra parte, para la mayoría de los argentinos, el arribo de los U-Boote alemanes fue sólo un persistente “rumor” no comprobado. Y para la historia oficial, aun hoy, una falsa historia.

Sin bigote, con el pelo muy corto y blanquecino, Hitler — a quien le faltaban cuatro años para cumplir sesenta— comenzó su vida en el exilio.

Se puede decir que era casi irreconocible sin su tradicional bigotito y casi pelado, tal como lo describen los testimonios recogidos por el autor.[14]

Cualquier persona puede comprobar cómo cambia la apariencia de Hitler si hace la prueba con alguna imagen de época: en una foto basta borrarle el bigote y su cara se transforma de manera increíble.

Con paciencia, en su voluntario y prolongado exilio en Sudamérica, el Führer esperó el transcurso de los acontecimientos, convencido de que en algún momento se desataría una guerra entre los Estados Unidos y Rusia, tal como lo había pronosticado desde el inicio de los años cuarenta. Durante su exilio, ¿se ilusionaría Hitler pensando que entonces tendría un nuevo rol que cumplir contra los comunistas?

Mientras el vice Führer, Martin Bormann — quien administraba los fondos nazis—, se mantenía en movimiento, Hitler en la Argentina, ya sin participación activa dada su condición oficial de muerto, podía descansar con la obligación de pasar lo más inadvertido posible. Con respecto a Bormann, también fallecido oficialmente en 1945, en el último capítulo de este libro se mostrarán algunas pruebas, que demuestran que, en realidad, luego de escapar, también estuvo en la Argentina.

Esta historia diferente, que comienza a conocerse y que parece ser un rompecabezas que se debe ir armando en la medida en que aparecen las piezas escondidas por años, sólo se puede comprender a partir de la existencia de secretos pactos criminales.

Ayuda a los nazis para escapar de los rusos

A principios de mayo de 1945, mientras la operación de evasión funcionaba a pleno, y al haber desaparecido Hitler de escena, el almirante

Doenitz — testamento del Führer mediante— se convirtió en su sucesor. Si bien Berlín había caído, la guerra continuaba y los alemanes debían evaluar en qué condiciones se rendirían definitivamente a los Aliados, sin entregar sus hombres a los soviéticos. Esto implicaba la ayuda de los norteamericanos. Desde que Doenitz asumió el poder, los acontecimientos se precipitaron. Las fuerzas británicas del mariscal de campo Bernard Law Montgomery llegaron hasta Lübeck y los norteamericanos alcanzaron Munich.

El nuevo jefe del Tercer Reich necesitaba lograr un alto el fuego en el oeste y ganar tiempo para poder retirar las fuerzas nazis del este. Concretamente, la idea era sacar a los soldados alemanes de las garras de los soviéticos y rendir la mayor cantidad de hombres a los anglonorteamericanos.

El 3 de mayo el mariscal alemán Albert Kesselring — a cargo de las fuerzas nazis del sur— le comunicó a Doenitz la rendición alemana en Italia. A su vez, este último inició, mediante dos emisarios — el almirante von Friedeburg y el general Censal—, negociaciones con Montgomery. El pedido de los germanos era la capitulación militar del sector norte, solicitando, además, que se permitiera el paso de los soldados hacia el oeste para que no fueran atrapados por los comunistas. Montgomery accedió a la petición.

También se acordó la capitulación de las fuerzas nazis ubicadas en Holanda, Dinamarca y Noruega, donde se mantenían medio millón de soldados alemanes. El 4 de mayo, von Friedeburg firmó, ante Montgomery, la capitulación militar del sector noroeste de Alemania. Gracias a estos acuerdos, miles de nazis se habían salvado de quedar como prisioneros de los soviéticos.

Luego, Doenitz — quien tenía su despacho en Flensburg, en una zona que estaba bajo ocupación nazi— envió a los dos emisarios antes citados a negociar la rendición con los norteamericanos. Desde allí ambos fueron trasladados hasta el cuartel general de Eisenhower en Reims.

Entonces entablaron negociaciones con el general Bedel Smith, jefe del Estado Mayor de Eisenhower, quien exigió la rendición total del Tercer Reich. Como ellos dos, el general Censal y el almirante von Friedeburg, no estaban autorizados para adoptar decisión alguna en ese sentido, se comunicaron con Doenitz. El sucesor de Hitler envió a Reims al general Jodl, con plenos poderes pero con instrucciones de retrasar al máximo el momento de la capitulación, para que las tropas pudieran seguir escapando de la zona este. Eisenhower también aceptó esos términos para que las fuerzas nazis continuaran replegándose, sin ser atacadas por los aliados occidentales, hasta las 0:00 del día 9 de mayo, luego debía firmarse la rendición incondicional. La posibilidad de retrasar la rendición y permitir la salida de los nazis hacia el oeste volvía a salvar a miles de alemanes de caer bajo el poder de los soviéticos.

En la madrugada del 7 de mayo, en una fría ceremonia presidida por Eisenhower, los representantes nazis firmaron la capitulación ante los norteamericanos. Quedaba ahora suscribirla frente a todos los vencedores en un acto que se debía realizar en Berlín. Para eso, Doenitz nombró tres hombres que representaran a las fuerzas nazis: el mariscal Keitel (Ejército), el almirante Friedeburg (Armada) y el general Stumpff (Fuerza Aérea).

Los tres llegaron en avión a Berlín y fueron inmediatamente conducidos al cuartel general soviético ubicado en Karlshorst. Se encontraban allí los mariscales Zhukov (Rusia), Tender (Gran Bretaña) y los generales Spaatz

(Estados Unidos) y De Lattre de Tassigny (Francia). La ceremonia duró apenas veinte minutos. A las 0:15 del 9 de mayo los documentos estaban firmados. El Tercer Reich se había rendido definitivamente, pero los jefes soviéticos — abastecidos de abundante información reservada, proporcionada por su servicio secreto— desconfiaban de los norteamericanos.

¿Y Hitler?

Los soviéticos tenían información acerca de la posible huida del Führer, así como de otros jerarcas, posiblemente rumbo a España y Sudamérica. Pero ¿cómo había logrado huir? Durante mayo algunas noticias eran inquietantes, por ejemplo, se podía leer:

> En fuentes bien informadas se dijo que alrededor de una docena de submarinos alemanes que, se sabe, zarparon de sus bases poco antes del armisticio, no han aparecido todavía, y que es posible que no sean hallados jamás por los Aliados. Son éstas las únicas unidades navales germanas de las que no se tienen noticias. Se hacen diversas conjeturas respecto a lo que pudo haber ocurrido con estos sumergibles. Según una de ellas, es posible que hayan sido utilizados como embarcaciones de escape de ciertos alemanes y que sus tripulaciones las hayan destruido luego secretamente. [Agencia United Press, Londres, 26 de mayo de 1945.]

Para Stalin, Hitler había huido

En mayo de 1945, Harry Hopkins, asesor del presidente norteamericano Harry Truman, viajó a Moscú para organizar, junto con funcionarios soviéticos, una reunión cumbre de los Aliados que se realizaría en Potsdam, Alemania. El 25 de ese mes, Stalin se reunió con Hopkins para

delinear una agenda tentativa de los temas a tratar entre las potencias vencedoras, como, por ejemplo, el futuro de la Alemania derrotada, divida en zonas ocupadas por los vencedores. Entre los puntos tratados no faltó el tema de la suerte corrida por Hitler, luego de que Hopkins expresara que “confiaba en que los rusos pudieran encontrar el cadáver de Hitler”.[15]

> [...] el Mariscal Stalin repuso que, en su opinión, Hitler no había muerto, sino que se hallaba oculto en algún sitio. Manifestó que los médicos soviéticos creían haber identificado los cadáveres de Goebbels y de su chofer, pero que él, personalmente, dudaba incluso de la muerte de Goebbels. Todo el asunto le parecía extraño y las historias referentes a enterramientos y exequias fúnebres, muy dudosas. Dijo que, a su juicio, Bormann, Goebbels, Hitler y probablemente Krebs, habían escapado (en submarinos) y estaban escondidos.
> [...] el señor Hopkins dijo que ya sabía que los alemanes tenían submarinos muy grandes, pero no se habían localizado huellas de ninguno. Añadió que esperaba que pudiésemos descubrir a Hitler doquiera que estuviese. Finalmente, el Mariscal Stalin respondió que también a él le constaba que aquellos submarinos habían ido y venido entre Alemania y el Japón, transportando oro y valores negociables hasta el Japón y desde Alemania. Agregó que ello se había realizado con la connivencia de Suiza. Dijo que había ordenado a su servicio secreto investigar el asunto de esos submarinos pero que hasta entonces no se había podido encontrar rastro alguno de ellos, de manera que pensaba que Hitler y compañía podían haberlos usado para trasladarse al Japón.

Para finalizar la charla, Stalin — el hombre que más información tenía sobre lo ocurrido— le dijo a Hopkins: “Estoy convencido de que Hitler está vivo”.[16]

El diálogo entre Stalin y Hopkins no se hizo público en ese momento, y su contenido sólo trascendió tiempo después. Stalin y sus generales sostendrían públicamente, y en más de una oportunidad, que carecían de prueba alguna sobre la muerte del Führer y que, en consecuencia, el líder nazi había logrado escapar.

Al respecto, debe indicarse que, hacia fines de mayo, el mayor Ivan

Nikitine, comisario delegado de la Policía de Seguridad Soviética, informaba desde la capital de Alemania que “contra lo que generalmente se daba por cierto ni el Führer se había suicidado en su refugio subterráneo ni habían incinerado su cadáver”.[17]

Un submarino

El 3 de junio, el submarino alemán U-1277 — cuyo capitán era el comandante Peter Ehrenreich Stever— fue hundido frente a las costas de Capo de Mundo (Oporto), en Portugal, por sus propios tripulantes. Éstos desembarcaron en la playa de Angeiras, ayudados por algunos pescadores y por el barco salvavidas *Carvalho de Araújo*, procedente del puerto de Leixões.

Los cuarenta y siete marinos, que no habían intervenido en acciones bélicas, dijeron que el U-1277 recibió por radio informaciones sobre la capitulación de su país y se les ordenó que debían rendirse a los soviéticos en Kiel. Pero el capitán aseguró que decidió desobedecer esa directiva para entregarse a un país neutral. También señalaron que, por falta de combustible y alimentos, desecharon viajar hacia la Argentina y eligieron Portugal. Sin embargo, otra versión indicaba que la nave formaba parte de un convoy fantasma que huía hacia Sudamérica, y que ese submarino tuvo graves fallas en sus máquinas, razón por la cual debió apartarse de la columna principal y abortar el viaje.[18]

“Podría haber huido en aeroplano”

El 9 de junio, transcurridas casi seis semanas desde la ocupación de Berlín, los rusos decidieron confirmar oficialmente el escape de Hitler. En ese sentido, la orden de Stalin fue terminante y el encargado de cumplirla fue precisamente uno de los hombres que más sabía sobre el caso, el mariscal Zhukov. La oportunidad elegida para dar una noticia de tal magnitud fue una conferencia de prensa ofrecida por los soviéticos en Berlín a los corresponsales aliados, quienes visitaban por primera vez la capital alemana.

> No hemos descubierto ningún cadáver que pueda ser definitivamente identificado como el de Hitler — manifestó muy serio Zhukov— y, por consiguiente, no podemos formular ninguna declaración acerca de su muerte.

El jefe soviético no se quedó ahí y también opinó sobre cómo Hitler habría escapado:

> Hasta último momento podría haber huido de Alemania en aeroplano. Tampoco sabemos lo que fue del lugarteniente de Hitler, Martin Bormann, que permaneció en Berlín hasta el fin.[19]

Oleada de submarinos

Durante julio y agosto de 1945 hubo muchos avistajes de submarinos en el litoral argentino, y corrían como pólvora rumores de desembarcos, incluyendo la llegada de Hitler. Lo cierto es que el plan de escape de los nazis funcionaba a la perfección bajo un paraguas de protección norteamericano.

Mediante distintas rutas los fugitivos escapaban a diferentes países que les darían refugio. La base tecnológica del Tercer Reich, científicos

incluidos, era trasladada a los Estados Unidos. En tanto, mediante una compleja red financiera, las divisas, toneladas de oro y otros valores, salían fuera de Alemania y eran llevadas a buen resguardo.

Por otra parte, la rendición oficial, en el puerto argentino de Mar del Plata, de los submarinos U-530, el 10 de julio de 1945, y U-977, el 17 de agosto del mismo año, generó una polémica mundial, ya que se pensaba que para esa fecha — había pasado bastante tiempo desde la rendición de Alemania, ocurrida el 9 de mayo— no quedaban submarinos nazis navegando. Las especulaciones incluían la versión sobre un supuesto desembarco de Hitler de una de esas naves (el U-530) antes de que ésta se hubiera acercado a Mar del Plata.

Jerarcas y oro

En 1996, desde Washington, la organización Sharkhunters Internacional — especializada en la investigación de las actividades de los submarinos nazis— manifestó que los U-Boote que arribaron a la Patagonia habrían participado en una operación secreta de transporte de oro y tesoros. El estadounidense Harry Cooper, director del grupo, le dijo a la agencia EFE que “es posible que (esos submarinos) formaran parte de la operación ‘Feurland’ (Tierra del Fuego) que varios jerarcas nazis pusieron en marcha a finales de la guerra para trasladar fortunas a la Argentina”. Con esa finalidad, los sumergibles viajaron desde Europa, entre 1944 y 1945, según explicó Cooper. El director de Sharkhunters afirmó que los submarinos nazis, mediante ese operativo secreto, habrían transportado valores equivalentes a unos cien millones de dólares.

En 1985, Cooper había recibido una carta de Ángel Alcázar de Velasco

— un agente que trabajó para Alemania y Japón—, quien le aseguró haber viajado de España a la Argentina, en mayo de 1946, en un submarino que transportó hasta la Patagonia a Martin Bormann, el delfín de Adolf Hitler. En la misiva, Velasco le informó a Cooper que la nave había sido abandonada frente a las costas de Puerto Coig, provincia argentina de Santa Cruz, donde los nazis fueron recibidos por el espía "Rodríguez". (Agencia Telam, 5 de diciembre de 1996.)

En tanto, el historiador Ladislas Farago, en su libro *Aftermath* publicado en 1974, afirmó que varios submarinos partieron desde Cádiz, España, hacia la Patagonia continental y Tierra del Fuego. Farago —basado en documentación a la que tuvo acceso, según él mismo aseguró— dijo que los submarinos llegaban a intervalos de entre seis y ocho semanas y que arribaron a bases ocultas, ubicadas en la costa argentina, desde la bahía de Samborombón hasta la de San Sebastián.

En ese sentido, el 1º de septiembre de 1970, el diario francés *Le Figaro* publicó un artículo de Alain Pujol referente al arribo a la Argentina de submarinos nazis.[20] En la nota se señala:

> El 7 de febrero de 1945 un solo U-Boot efectuó el transporte *17-44* de los siguientes valores: 187.692.400 marcos; 17.576.500 dólares; 4.682.500 libras esterlinas; 24.976.500 francos suizos; 8.379.000 florines holandeses; 17.280.000 francos belgas, y 54.963.000 francos franceses, además de 87 kilogramos de platino, 2.511 kilogramos de oro y 4.638 carats de diamantes y brillantes.

El artículo también afirma:

> [...] por medio de Ludwig Freude, agente del espionaje alemán en Buenos Aires, esos fondos fueron depositados en el Banco Alemán Transatlántico, el Banco Germánico, el Banco Tornquist y el Banco Strupp, y anotados en una cuenta de Juan Domingo Perón y de su esposa, María Eva Duarte de Perón.

Freude era un importante empresario alemán que vivía en Buenos Aires, y su hijo, Rodolfo, se desempeñó como secretario de Perón, realizando tareas relacionadas con la recepción de nazis prófugos.[21]

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 8

El pacto atómico

Tenemos aeroplanos a reacción, tenemos submarinos no interceptables, artillería y carros colosales, sistemas de visión nocturna, cohetes de potencia excepcional y una bomba cuyo efecto asombrará al mundo.

ADOLF HITLER a BENITO MUSSOLINI en el castillo de Klessheim, Salzburgo, abril de 1944

¿Tuvo Hitler la bomba atómica? En manos de los nazis, ¿ese invento terrible pudo haber sido una carta de negociación para poner sobre la mesa a la hora de pactar con los norteamericanos? ¿Es factible que el Führer, a pesar de disponer del arma más destructiva que conoció la humanidad, en caso de haberla poseído realmente, no la haya usado?

Hoy se reconoce oficialmente que, cuando la guerra estaba finalizando, los alemanes tenían una superioridad excepcional en desarrollos técnicos y científicos respecto de los Aliados. Los aventajaban en misilística, ingeniería espacial, aviación — los nazis disponían de aviones a reacción y helicópteros, no así los norteamericanos—, desarrollo de submarinos — los fabulosos clase XXI, con una velocidad que los hacía inalcanzables y casi imperceptibles para los radares—, así como con otros progresos extraordinarios en diferentes campos.

O sea que para la historia — que reconoce la superioridad de los

alemanes en todas estas áreas— el adelanto científico de los germanos era notorio en casi todos los campos técnicos y científicos, menos en el nuclear, ya que la versión oficial dice que los nazis no llegaron a tener la bomba atómica y sí, en cambio, los norteamericanos. Éstas parecen ser cuestiones tan importantes que merecen una explicación, especialmente por tratarse de un tema que fuera crucial para la historia de la humanidad. Se deben analizar estas situaciones históricas teniendo en consideración, y como marco de referencia, un gran acuerdo militar secreto entre estadounidenses y nazis.

Proyecto Manhattan

Los científicos Leó Szilárd, Eugene Wigner y Edward Teller — todos ellos refugiados judíos exiliados en los Estados Unidos y provenientes de Hungría— creían acertadamente que la energía liberada por la fisión nuclear podía ser utilizada para la producción de bombas. En ese sentido, temían que los nazis, a fines de la década del treinta, ya estuvieran trabajando para obtener ese objetivo.

Szilárd bosquejó una carta de advertencia para el presidente Franklin Roosevelt, y entre los tres científicos persuadieron a Albert Einstein para que se sumara al grupo con la finalidad de alertar al primer mandatario.[1] La misiva le fue enviada a Roosevelt el 2 de agosto de 1939 y, en ésta, Einstein le explicó al presidente que en el futuro se podrían hacer bombas atómicas. También le pidió que se asignaran fondos para “acelerar el trabajo experimental” que, en materia nuclear, se estaba llevando a cabo en “los laboratorios de las universidades” de los Estados Unidos.

Como consecuencia de estas gestiones, el primer mandatario

estadounidense tomó conciencia de la importancia del tema y ordenó incrementar las investigaciones, y crear el Comité del Uranio, a cargo de Lyman Briggs, jefe del National Bureau of Standards. Este grupo trabajó en el Naval Research Laboratory de Washington, donde el físico Philip Abelson investigó la separación de los isótopos de uranio.

Estas experiencias iniciales serían la base del “Proyecto Manhattan”, en el que trabajaron destacados científicos con el propósito de obtener una bomba atómica. Posteriormente, la investigación científica quedó a cargo del físico Julius Robert Oppenheimer; el general Leslie Groves fue el jefe militar del proyecto que se llevó a cabo en numerosos centros de investigación, siendo el más importante de ellos el Distrito de Ingeniería Manhattan, en el famoso Laboratorio Nacional Los Álamos.

Si bien los norteamericanos tuvieron grandes avances en su programa nuclear, hacia finales de la guerra no encontraban respuestas a múltiples dudas técnicas y se enfrentaban con problemas irresueltos que no permitían obtener un resultado final.

Callejón sin salida

En enero de 1945 los estadounidenses comenzaron a implementar un procedimiento de enriquecimiento basado en un costoso sistema de filtrado, mediante membranas de polvo de níquel comprimido, del gas hexafluoruro de uranio. Se trata de un proceso al cual es sometido el uranio natural para obtener el isótopo 235.

Era el sistema más moderno que habían usado hasta ese momento los estadounidenses pero, así y todo, según las proyecciones, sólo hacia julio de 1945 lograrían obtener apenas dos kilogramos de U 235, insuficientes

para hacer operativa una gran bomba. Por estas dificultades, que aparecían como casi insalvables, en mayo de ese año los norteamericanos habían decidido paralizar la construcción de una bomba de uranio 235 para concentrarse en la de plutonio.

En 1942, el físico italiano Enrico Fermi, que participaba del Proyecto Manhattan, consiguió poner en funcionamiento un reactor nuclear que permitía la fabricación de plutonio 239, el elemento clave, mediante la radiación intensiva del uranio 238.

Pero no todo eran rosas para los científicos que trabajaban en la bomba de plutonio, ya que no encontraban el método y el dispositivo para hacerla implotar. Los hombres de ciencia en los Estados Unidos se encontraban en un callejón sin salida. Descartado el proyecto de la de uranio, estaban casi paralizados también con la de plutonio.

El 3 de marzo de 1945, el senador James F. Byrnes escribió un memorándum dirigido al presidente Roosevelt en el que le informaba acerca de los magros resultados del Proyecto Manhattan, resaltando que hasta ese momento se había empleado la impresionante cantidad de dos billones de dólares. El legislador mencionado solicitó la suspensión de las investigaciones e hizo hincapié en que Japón — el único integrante del Eje que quedaría en pie luego de la segura derrota de Alemania— podría ser vencido utilizándose sólo los bombardeos convencionales.

Pero si bien ése era el pensamiento en el mundo político, la jerarquía militar norteamericana pensaba lo contrario. Llegar a poseer el arma atómica garantizaba el dominio del mundo. Poder arrojarla sobre ciudades de Japón sería el primer gran ensayo, criminal por cierto, con esa nueva arma que prometía revolucionar la historia del mundo. Había que aprovechar su condición de enemigo, ya que sería el único miembro del

Eje que quedaría en pie tras la rendición de Alemania e Italia. Ése sería el lugar de la escalofriante prueba. Pero, además de ser un terrible experimento, un ataque atómico actuaría como un elemento disuasivo contra los rusos. Estos últimos — luego de romper una tregua con Japón que había durado casi toda la guerra— ahora amenazaban con invadir la nación oriental. Esto significaría un avance del comunismo en esa región. Atacando primero, Washington se garantizaba, además de derrotar a los japoneses, frenar las intenciones soviéticas sobre esa parte del continente, tal como finalmente ocurrió.

Los norteamericanos necesitaban ayuda para conseguir la bomba atómica, y ese auxilio vendría del otro lado del Atlántico, paradójicamente — tal como lo veremos más adelante— de sus enemigos, los nazis.

Atómicos pero separados

Durante la Segunda Guerra Mundial, tres equipos científicos trabajaban simultáneamente en el proyecto atómico del Tercer Reich, pero lo hacían en forma separada por decisión personal de Adolf Hitler. Ése era el estilo que había impuesto el Führer en varias áreas, no sólo en las científicas: compartimentos separados a pesar de que las secciones podían ir en una misma dirección.

En el caso del proyecto atómico oficial, denominado “Uraniorum”, había un grupo cuya existencia era conocida y que — sin que lo supiera gran parte de sus integrantes— servía de velo para ocultar otros dos, que en realidad concretaron los principales desarrollos.

Esta estructura pública estaba bajo la dirección de Walter Gerlach y Kurt Diebner, participaban, además, Werner Heisenberg, Premio Nobel de

Física en 1932, y Otto Hahn, Premio Nobel de Química en 1944 y descubridor de la fisión nuclear, suceso revolucionario logrado en el Instituto Kaiser Wilhelm de Berlín, en diciembre de 1938.

La labor de este grupo estaba orientada a la física teórica pura, alejada de aplicaciones militares a corto plazo. Sin embargo, algunos de sus integrantes por separado, por caso Diebner con el visto bueno de Gerlach, estaban investigando cómo producir una bomba atómica.

Heisenberg — mediante un informe fechado el 20 de febrero de 1940 y titulado "Sobre las posibilidades de la producción técnica de energía a partir de la separación del uranio"— confirmó las aplicaciones civiles y militares que se podrían lograr a partir del desarrollo nuclear. Incluso, este equipo trabajó en el diseño y en la construcción de un reactor de agua pesada y uranio que se llamó "La máquina de uranio".[2]

En otro informe — de 1942 y titulado "Aplicaciones de la energía al núcleo atómico"—, Heisenberg le informó al ministro de Armamentos, Albert Speer, sobre la imposibilidad de que se pudiera construir una bomba atómica en el corto plazo. Calculó que, según los conocimientos y avances logrados, se necesitarían por lo menos tres o cuatro años más para obtener el arma (entre 1945 y 1946).

Propuso, en cambio, desarrollar un reactor atómico para submarinos, lo que aseguraría el combustible para éstos ante el desabastecimiento que comenzaba a sufrir Alemania. El grupo obtuvo un pequeño presupuesto para trabajar en ese proyecto y no se ocupó del desarrollo de la bomba.

Heisenberg era amigo de Einstein, de Niels Bohr y de Lise Mietner, científicos que trabajaban para los norteamericanos. Por esta razón — ya que podría haber intercambio de información clave entre ellos— los nazis desconfiaban de Heisenberg, a quien llamaban "el judío blanco".

Por otra parte, durante la Primera Guerra, Hahn había trabajado en la producción de armas químicas y gases venenosos que se usaron durante dicho conflicto. Traumado por esa experiencia se convirtió en un pacifista acérrimo, declarado opositor a fabricar armas; así que los nazis también lo habían descartado como científico dispuesto a trabajar en el proyecto de una bomba atómica.

Heisenberg y sus hombres — presentados como el grupo que dirigía el proyecto atómico oficial de los nazis— no trabajaron en esa dirección, en la invención de un arma nuclear, tal como lo confesaría él mismo en sus memorias y en numerosas declaraciones a los Aliados realizadas al terminar la guerra.

Farm Hall

Al final de la guerra en Europa — en el marco de la “Operación Epsilón” implementada por los norteamericanos—, Heisenberg fue detenido por los Aliados junto con otros nueve científicos. Entre ellos se encontraban Otto Hahn, Carl Friedrich von Weizäcker y Max von Laue. Los hombres de ciencia fueron internados en una casa de campo, llamada Farm Hall, en Inglaterra. Allí fueron interrogados, pero, además, había micrófonos ocultos para grabar el diálogo de los detenidos con la finalidad de detectar, cuando charlaban entre ellos, información relacionada con el proyecto nuclear alemán.

La conclusión a la que se llegó, tras varios días de escucha, fue que los alemanes no tenían la bomba atómica y que, en el mejor de los casos, estaban trabajando con ese objetivo pero lejos de lograrlo.

Las declaraciones de estos científicos, y el hecho de que los Estados

Unidos tuvieran luego bombas atómicas operativas, dos de las cuales se arrojaron sobre Japón, alimentaron la historia oficial que asegura que los norteamericanos aventajaron a los nazis en este campo y que los alemanes no llegaron a disponer nunca de un arma nuclear.

Esta versión — basada en las investigaciones del grupo que estuvo detenido en Farm Hall— es la aceptada hasta el presente, pero no contempla el hecho de que había otros científicos alemanes trabajando en el diseño de la bomba. La historia oficial también omite la posibilidad de un pacto nazi-norteamericano que, en este caso, hubiera significado el aporte del conocimiento de los alemanes al Proyecto Manhattan.

En secreto

Lo cierto es que en el proyecto atómico alemán estaba trabajando otro equipo de científicos dirigidos por el ministro de Telecomunicaciones, ingeniero Wilhem Ohnesorge. En principio, las investigaciones se realizaron en colaboración con la Wehrmacht (ejército). Aquí es donde se destaca el trabajo del famoso físico barón von Ardenne, quien desarrollaría la separación del uranio enriquecido 235 mediante una técnica de centrifugación del hexafluoruro de uranio, en laboratorios subterráneos de Berlín. Este grupo firmó un contrato con la compañía Auer, donde un ingeniero llamado Nikolaus Riehl inventaría un sistema de refinado rápido del óxido de uranio.

Finalmente existía otra unidad, comandada por el general Hans Kammler y controlada por las SS, que trabajaba junto con la Luftwaffe (fuerza aérea) en un programa nuclear independiente, en el que se obtendrían resultados concretos a mediados de 1943.

Ese mismo año, este último grupo — el más secreto de todos, cuya existencia era absolutamente desconocida— se fusionaría con el de Ohnesorge, ya citado.

Simultáneamente, las fuerzas SS, comandadas por el jerarca Heinrich Himmler, tomaron el control del emporio industrial húngaro Arden-Weiss, donde al parecer se trabajaría en el montaje de las bombas atómicas del Tercer Reich.

A partir de 1944 la totalidad de los proyectos considerados de altísimo secreto quedaron bajo jurisdicción de las SS en un programa unificado al mando de Kammler, por lo que de él pasó a depender la totalidad del plan nuclear, el programa de cohetes V-2 y el desarrollo de los misiles intercontinentales A-9 y A-10, entre otros desarrollos técnicos y científicos. Se trataba de las “armas milagrosas” a las que más de una vez había aludido el Führer como la carta en la manga que tenía el Tercer Reich para ganar la guerra.

Con la autorización de Hitler, Kammler creó un ente independiente con un sistema administrativo paralelo al de la estructura oficial. Kammler se caracterizaba por su eficiencia, basada en el orden y su gran poder de organización. Merced a esas dotes, y con sus directivas, se construyeron las fabulosas instalaciones subterráneas de Turingia, en donde se encontraban las minas de uranio más importantes de Alemania.

Átomos bajo tierra

Los Aliados sabían que los alemanes trabajaban en un proyecto nuclear, y ésta fue una de las razones de los ataques de la aviación a todos los objetivos militares y civiles considerados sospechosos. Pero los nazis

habían construido una fortaleza subterránea increíble que estaba fuera del alcance de las bombas. Se encontraba ubicada en las profundidades de la tierra, en la región montañosa de Turingia, dentro de instalaciones fantásticas — de gigantescas dimensiones, altísimos niveles de tecnología y gran confort—, donde se llevaban a cabo lo que se consideraba para ese entonces el programa más importante de la Alemania nazi.

La dimensión del proyecto era impresionante. Sólo en Jonastal S III, una especie de gigantesca ciudad subterránea, trabajaban miles de personas (terminada la guerra, y a partir de 1946, la compañía rusa Wismut se instalaría allí para fabricar el uranio enriquecido que se destinaría al arsenal soviético).

Incluso se cree que los nazis podían producir un campo electromagnético en toda la zona, para interferir en los motores de los aviones de los Aliados que intentaran sobrevolar dicha área, y ésa habría sido la razón por la cual no existen fotos aéreas de la superficie del lugar sacadas durante la guerra.

La bomba de Hitler

Varios investigadores — como el alemán Rainer Karlsch— sostienen que allí, en las instalaciones de Turingia, se desarrollaron las “armas milagrosas” del Tercer Reich, incluyendo armas nucleares.

Karlsch, autor del libro *La bomba de Hitler*, tras una larga investigación llegó a la conclusión de que los científicos nazis habían experimentado con pequeños prototipos de un arma atómica en la isla de Rügen, en el Mar Báltico, y también en Turingia, entre fines de 1944 y principios de 1945.

Un dato interesante es que, durante esos años, en las factorías Skoda, en Praga (Checoslovaquia), los nazis prepararon en secreto un avión especial Heinkel He 177-A5 Greif, prototipo V38. Lo curioso es que la máquina estaba dotada de un sistema de bombardeo a gran altitud, inusual en la Luftwaffe, y provista también de un complejo sistema externo de enganche de bombas, protección antirradiación y un sofisticado equipamiento electrónico.

El alcance de vuelo de dicha versión modificada de los aviones He 177 era superior a los seis mil kilómetros, con una carga útil de cinco toneladas en bombas. Las características del aparato y su estructura de operación lo hacían muy similar al avión norteamericano B-29 (bautizado *Enola Gay*) que en agosto de 1945 lanzó la bomba atómica en Hiroshima.

“Responderemos con el huracán”

En 1943 los nazis tenían un plan para llevar adelante un ataque nuclear contra Nueva York.[3] Dicho operativo había sido diseñado por la OKL, el alto mando de la Luftwaffe. En su detalle se especificaban exactamente los valores, en kilocalorías por kilómetro cúbico, de una explosión nuclear, guarismos que coincidirían totalmente con la cantidad de kilotones de la bomba que sería usada el 6 de agosto de 1945 sobre Hiroshima. Se trataba de un plan teórico, con cálculos sobre los daños que causaría el ataque, ya que los científicos alemanes aún no habían fabricado una bomba atómica aunque se encontraban trabajando con ese objetivo.

En abril de 1944 tuvo lugar una importante reunión en el castillo de Klessheim, Salzburgo, a la que asistieron Benito Mussolini, Adolf Hitler, el mariscal Rodolfo Graziani, von Ribbentrop, Keitel, Dollman y el

embajador de Alemania en Italia, Rudolf Rhan.

Con objeto de tranquilizar a su aliado italiano, Hitler le transmitió una información extraordinaria, corroborada por varios testigos en declaraciones hechas tras la guerra. El Führer dijo:

> Tenemos aeroplanos a reacción, tenemos submarinos no interceptables, artillería y carros colosales, sistemas de visión nocturna, cohetes de potencia excepcional y una bomba cuyo efecto asombrará al mundo. Todo esto se acumula en nuestros talleres subterráneos con rapidez sorprendente. El enemigo lo sabe, nos golpea, nos destruye, pero a su destrucción responderemos con el huracán y sin necesidad de recurrir a la guerra bacteriológica para la cual nos encontramos igualmente a punto. No hay una sola de mis palabras que no tenga el sufragio de la verdad. ¡Veréis!...[4]

El periodista de Mussolini

A principios de octubre del mismo año, el periodista italiano Luigi Romersa recibió del Duce una misión muy importante: debía viajar a Alemania con objeto de observar los avances realizados en el Tercer Reich en el campo de las armas secretas. Se convertiría así en un veedor del gobierno fascista, claro que con el consentimiento de Hitler, que había dado el visto bueno a un pedido realizado en ese sentido por el dictador de Italia.

El mismo Romersa — que era amigo de Mussolini— contó:

> [...] en el otoño de 1944 fui llamado a la villa de Orsoline, que se encontraba poco distante de la villa Feltrinelli, en la cual el jefe de la República Social habitaba con su familia y allí el Duce me dio el encargo de viajar a Alemania para ver, me dijo: “Comprendo las reservas del Führer pero al menos yo debería disponer de informaciones más precisas. Le confío, pues, un encargo delicadísimo para el cual le he preparado algunas cartas credenciales. A su regreso venga a darme cuentas”.

Tras ser recibido por Hitler, el periodista, convertido en un emisario del gobierno italiano, fue llevado a visitar las instalaciones subterráneas de Turingia y las rampas de lanzamiento de las todavía desconocidas bombas voladoras V-2. En ese sentido relató:

> Comencé con las fábricas subterráneas, concentradas sobre todo en Baviera y en la Alta Silesia. Estaba a punto de ser lanzada la V-2, hablándose de ella como un perfeccionamiento de la V-1, que se había demostrado demasiado lenta y por eso mismo abatible por la caza británica. Vi una V-2 en su montaje y en el lanzamiento. Era un ingenio de más de 14 tn, cargado de explosivos de gran potencia, previsto de un sistema de propulsión absolutamente nuevo. Tenía un alcance de varios centenares de kilómetros, viajaba por la estratosfera y caía sobre el blanco a velocidad supersónica. Ni los aviones, ni los medios normales de avistamiento podían impedir la caída o advertir la llegada.

Con respecto a las instalaciones que se encontraban bajo tierra, Romersa explica:

> Las fábricas subterráneas eran pequeñas ciudades construidas en las vísceras de las montañas. Se bajaba con ascensores, como en las minas. Las entradas, oportunamente mimetizadas, eran vigiladas por patrullas y defendidas por puestos de ametralladoras y artilleros. Inmensas galerías, iluminadas de continuo, se extendían a lo largo de kilómetros y kilómetros, enlazadas por trencillos que servían para el transporte del material y de las personas. Durante la visita, vi también algunas galerías de la Luftwaffe en las que se estaban concentrando los aviones de cohetes y a reacción para una gran ofensiva. En las cercanías de Kiel, donde se encontraban astilleros fortificados, había varios sumergibles provistos de un dispositivo, el *Schnorkel*, que les permitiría permanecer inmersos durante un tiempo indeterminado; en un lugar observé a un gran torpedo. De especial el artefacto tenía solo la cabeza, bastante gruesa. Supe por uno de los ingenieros que se trataba de un torpedo acústico capaz de buscar el blanco. Lanzados por un submarino, estos torpedos que navegaban en inmersión, eran atraídos por las ondas producidas por las hélices de los barcos atacados. Dotados de una velocidad superior a la de los torpedos normales, estaban en condiciones de seguir y alcanzar cualquier buque.

A esta altura del relato, el emisario hace un comentario excepcional: “El punto fuerte del arsenal bélico germánico era la bomba disgregadora, es

decir la atómica, cuyo primer experimento tuvo lugar en una isla del Báltico, en Rügen”.

La prueba de Rügen

Romersa asegura que durante una noche, entre el 11 y 12 de octubre de 1944, fue llevado por sus anfitriones nazis a la mencionada isla, sitio que era considerado:

> [...] el centro de experiencias donde se alistaban las nuevas armas alemanas, un lugar secreto vigilado por unidades especiales y vedado a quien no se encontrase en posesión de un salvoconducto firmado por el jefe del Estado Mayor General de la Wehrmacht.

Ésta es la descripción del periodista italiano de lo que presenció en la isla de Rügen:

> Nos dirigimos de inmediato a una zona protegida por árboles. En una vasta área del bosque habían sido preparadas construcciones en piedra y refugios de cemento armado. Entramos en una torre blindada, semienterrada, a través de una puerta metálica que fue cerrada de inmediato. Dentro estábamos cuatro: mis dos acompañantes, un hombre vestido de mameluco y yo. “Asistiremos a una prueba de bomba disgregadora. Es el más potente explosivo descubierto hasta ahora. Destruye todo. No se resiste nada”, dijo uno. Casi no respiraba. Miraba el reloj y esperaba que fuese mediodía, hora fijada para el experimento. Nuestro observatorio se encontraba a algunos kilómetros de la zona del estallido. “Hasta la tarde — intervino el hombre vestido con el mameluco— habrá que permanecer aquí dentro. Saldremos al anochecer. La bomba desprende radiaciones que pueden dañar seriamente. Su radio de acción es mucho más amplio que el de una potentísima bomba normal, más o menos un kilómetro y medio”. La lluvia se había hecho más violenta. De pronto, en el interior del refugio sonó el teléfono. Desde la central advirtieron que el experimento había sido anticipado a las 11:45.

La narración continúa así:

Desde del refugio, a la altura de los ojos, tenía una aspillera protegida por un cristal ahumado. Veía sólo árboles y tierra baldía y oscura. El teléfono sonó de nuevo. Comunicaron la hora exacta con la cual sincronizamos nuestros relojes. De pronto un bramido tremendo sacudió las paredes de la torre; después de un resplandor cegador, una densa cortina de humo se extendió sobre el campo. Nadie hablaba. Con los ojos pegados a la aspillera miraba la nube que avanzaba compacta. Fuimos engullidos por ella. La sensación era que la torre se precipitaba en un abismo. Finalmente, el hombre vestido con el mameluco, que era un coronel del Heerswaffencunt, el servicio dedicado a la preparación de los armamentos, rompió el silencio y dijo: "Lo que constataremos hoy es de importancia excepcional. Cuando podamos lanzar nuestra bomba sobre las tropas de invasión o sobre una gran ciudad enemiga, los angloamericanos se verán obligados a meditar si vale la pena continuar la guerra o concluirla razonablemente. Hace años que estudiamos. A través de experiencias largas y fatigosas hemos llegado finalmente a la realización del ingenio. Tenemos establecimientos por doquier. Algunos han sido alcanzados y dañados, especialmente en Noruega, pero en Peenemünde todo permanece intacto, si bien los aliados han tratado de arrasar aquella central. En seis o siete meses habremos construido las primeras bombas en serie y entonces las cosas cambiarán, si bien algunos se encuentran confusos ante el empleo de este terrible medio".

Se debe mencionar que ese día la magnitud de la explosión atómica fue captada fotográficamente desde varios lugares de la costa báltica, y la onda sísmica provocada por la detonación fue detectada hasta en Estocolmo.

Tras una larga espera en el refugio, Romersa fue autorizado a salir y recorrer un poco la zona. Relató el cronista italiano:

Hacia las dieciséis horas, en la penumbra, aparecieron unas sombras. Corrían hacia nuestro refugio. Eran soldados que endosaban extrañas escafandras. Entraron y cerraron tras de sí apresuradamente la puerta. *Alles kaput!*, dijo uno, después de haberse quitado la protección. También a nosotros nos dieron una especie de albornoz blanquecino, rugoso y filamentoso. No podría decir de qué estaba hecho, aunque al tacto parecía un compuesto de amianto. Ante los ojos el cubrecabezas tenía un pedazo de mica. Calzamos botas altas pero ligerísimas y metimos las manos en guantes del mismo tejido que el albornoz. Salimos en fila precedidos por los soldados. A medida que avanzábamos la tierra aparecía más revuelta. Hacía frío y la humedad llegaba hasta los huesos en aquel bosque por el que parecía que hubiera pasado una oleada de fuego. En cierto momento, con el pie golpeé algo. Era la carroña de una cabra carbonizada. Las casitas que pocas horas antes había visto instaladas habían desaparecido, reducidas a montones de piedras. Más nos avecinábamos al lugar de la

> explosión y más la ruina tenía aspecto trágico. La hierba había tomado un extraño color de gamuza y los árboles que permanecían en pie estaban desprovistos de hojas.

Se conoce por lo menos un documento oficial, desclasificado por los Estados Unidos, que hace referencia a la prueba de Rügen. Allí se puede leer el interrogatorio realizado el 24 de enero de 1946 a un piloto de la Flak antiaérea alemana llamado Ziesser. El aviador fue interrogado por el capitán Helenes T. Freiberger de la inteligencia americana. Ziesser hace una descripción detallada del lugar y momento del test nuclear que coincide exactamente con la narración de Romersa.

Con Goebbels

Dice Romersa que después de la prueba de esa bomba, durante la noche, regresó a Berlín y que luego "hacia finales de octubre tuvo lugar mi encuentro con Goebbels". En ese sentido recuerda que "era la primera vez que lo veía directamente. Vestía un traje gris con una camisa blanca y una corbata azul con rayas rojas. Era pequeño, con el rostro más bien oscuro y los ojos movilísimos y punzantes". Y dice que le dijo Goebbels:

> Sé por el subsecretario Neumann que ha tenido una entrevista exhaustiva y que ha asistido a un experimento en Rügen. Con estos y otros medios que en algunos meses estaremos en condiciones de producir en gran número, podremos inferirle al enemigo un golpe decisivo. La bomba disgregadora, cuya fabricación en serie ha comenzado con un notable retraso sobre la fecha prevista, será la gran novedad de este siglo. Una contramedida, si tiene lugar, no será posible antes de un par de años, cuando la guerra será ya un recuerdo.

Goebbels le explicó a Romersa que los científicos y técnicos alemanes trabajaban contra reloj y calculó el tiempo para disponer de un arsenal

nuclear operativo:

> Nos bastan seis, siete meses al máximo. Son muchos, lo sé, pero la apuesta es enorme, decisiva. La salvación de Alemania ha sido confiada a sus genios.

Esta opinión de fines de octubre de 1944 indica que los jefes alemanes pensaban que en abril o mayo de 1945, a más tardar, dispondrían de bombas atómicas.

Entusiasmo italiano

Al volver a Italia, Romersa le contó a Mussolini los impresionantes desarrollos tecnológicos que había visto y, en particular, la explosión atómica realizada en la isla de Rügen. El 16 de diciembre de 1944, el Duce pronunció su último discurso público, ante miles de fascistas, en Milán. Durante la alocución anunció que los alemanes tenían cohetes y bombas de un poder extraordinario, capaces de destruir ciudades enteras.

El 20 de abril de 1945, Mussolini volvió a referirse a las bombas atómicas germanas durante una conversación mantenida con el periodista G. G. Cabella, antiguo amigo y director del periódico *Il Popolo di Alessandria*. Durante la entrevista, que se convirtió en una especie de testamento político del jefe del fascismo, Mussolini afirmó que los alemanes ya tenían tres bombas nucleares terminadas, y que su uso sería determinante para la última etapa de la guerra.

Minibombas atómicas

Las investigaciones del historiador alemán independiente Rainer Karlsch, citado precedentemente, quien se ha dedicado a investigar si Hitler tuvo la bomba atómica, son coincidentes con los relatos de Romersa.

Karlsch, investigando junto con el periodista Heiko Petermann, descubrió que un grupo de científicos alemanes había llevado a cabo un experimento relacionado con un reactor nuclear en Turingia. Además, para Karlsch, los nazis hicieron tres ensayos de minibombas nucleares: uno de ellos en el otoño de 1944 en la isla de Rügen y los otros dos en marzo de 1945 en Turingia. En este último caso — de acuerdo con esta investigación basada en las declaraciones de testigos directos y de documentación—, las pruebas habrían ocasionado la muerte de más de quinientos trabajadores esclavos quienes habrían sido usados como conejillos de indias para comprobar los efectos mortíferos de la nueva arma.

Según Karlsch, no queda claro si el artefacto funcionó tal como lo esperaban los científicos nazis, pero asegura que, sin lugar a duda, se trataba de una bomba nuclear.[5] El desarrollo habría sido realizado por un grupo de científicos dependientes de Kurt Diebner, con el apoyo de Walther Gerlach, para entonces a cargo del Proyecto Uranio para el Consejo de Investigaciones del Reich. Al parecer los otros científicos destacados que trabajaban en el campo nuclear — como Hahn, Heisenberg y von Weizsäcker— no estaban al tanto de su existencia.

Estas armas que probaron los nazis no eran bombas atómicas de gran envergadura, como las que se lanzarían luego en Japón. En estos casos se trataba de una masa de explosivos convencionales con un hueco en el centro, para enfocar la energía y el calor en ese punto. Allí había pequeñas masas de uranio enriquecido y una fuente de neutrones, todo inmerso en

una mezcla de deuterio-tritio.

Karlsch sostiene, además de eso, que el primer reactor nuclear nazi estaba listo a principios de 1945 en las afueras de Berlín. También asegura que ya en 1941 físicos del Tercer Reich habrían formulado una patente para una bomba de plutonio, y que los nazis también estaban trabajando para conseguirla.

Es de destacar que, por dos testimonios diferentes, también se llega a la misma conclusión. Por un lado, por la documentación de Erich Schumann, director del Departamento de Investigación de Armamentos del ejército alemán, que incluye muchos informes y cálculos teóricos acerca de la energía nuclear, y por otro, por la información presentada por el físico vienés Hans Thirring, desarrollada en su libro *The History of the Atomic Bomb* (*La historia de la bomba atómica*), publicado en el verano de 1946.

Negociar la bomba

Según los datos que se disponen en la actualidad, hay dos alternativas respecto del secretísimo proyecto de la bomba nuclear alemana:

a) En 1945 los nazis ya podían disponer de esa arma.
b) El desarrollo del programa atómico germano era muy importante —incluso contaban con uranio enriquecido— faltando poco tiempo, al momento de caer Berlín, para la construcción de la primera bomba.

Aceptando cualquiera de las dos opciones antes citadas, los nazis para entonces contaban con elementos técnicos y un cúmulo de conocimientos

teóricos y prácticos que superaban a los que en esos momentos disponían los norteamericanos.

El 20 de abril de 1945, en el día de su cumpleaños, el Führer saludó a los integrantes de las Juventudes Hitlerianas, y — al referirse a la crítica situación de Alemania en la guerra— les dijo: "La situación es comparable a la de un enfermo al que se le dice que su fin es inminente. Pero ello no significa que vaya a morir. Pueden salvarlo nuestros medicamentos, descubiertos justo a tiempo y en producción en ese preciso instante". El Führer agrega a su explicación que "debemos decidirnos a resistir hasta el momento en que se puedan aplicar esos medicamentos, momento en que llegará nuestra victoria final".

¿Estaba diciendo el líder alemán que la bomba atómica — el "medicamento"— ya estaba en producción en alguna planta alemana? Si nos atenemos a sus palabras, parece que eso sugiere. ¿Existe algún elemento de prueba, que no provenga de los nazis, que confirme esas sugestivas palabras de Hitler? Sí, en principio un documento de la inteligencia norteamericana que es coincidente con tal afirmación. Ese texto asegura que, para esa fecha, las bombas atómicas alemanas podían estar "en producción" en instalaciones secretas que tenían los nazis en Checoslovaquia.[6]

Hay que destacar que, tanto en el discurso del Führer como en este documento, se usan los mismos términos: "en producción". O sea que no se trata de una etapa inicial de diseño ni de experimentación. Entonces es posible que, en abril de 1945, el terrible invento estuviera terminando, lo que nunca ha sido citado públicamente en la historia oficial. Siguiendo esta primera especulación, razonablemente surge otra pregunta: si Hitler tenía la bomba, ¿por qué no la usó?

Las respuestas pueden ser varias. En principio, el arma nuclear estaba en producción justo cuando caía Berlín, para entonces rodeada por el ejército soviético. Durante esas circunstancias dramáticas, Hitler dice que los nazis deben resistir "hasta el momento" en que se puedan aplicar "los medicamentos". Esto significaría, hasta el instante en que se pueda tirar la bomba. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Respecto del sitio, las conjeturas son varias. Si había negociaciones avanzadas con los aliados occidentales — y una ideología común con ellos para combatir el amenazante comunismo—, esto permitiría inferir que no podía ser arrojada contra los norteamericanos o los ingleses. El objetivo debía de ser la Unión Soviética.

Ahora bien, una bomba — al parecer los nazis podían disponer de una o más en ese momento— arrojada sobre Moscú, ¿detendría la guerra?

La respuesta es que no. Ese aparato nuclear podía tener igual poder que el que posteriormente se arrojó sobre Hiroshima, pero Japón no se rindió cuando se lanzó la bomba sobre dicha ciudad (hizo falta una segunda sobre Nagasaki).

Berlín estaba por caer y una bomba arrojada sobre Moscú a último momento, si esto hubiera sido realmente posible, seguramente no habría bastado para detener a los millones de soldados soviéticos que avanzaban en Europa y que ya rodeaban Berlín. La destrucción de una sola de las ciudades de la Unión Soviética — con tantas dispersas en esa gigantesca nación— no era garantía de una victoria. El territorio ruso era demasiado extenso como para vencer arrojando la bomba a ese país.

Por otra parte, ¿cómo llevarla hasta Moscú? ¿En qué avión? ¿Con qué posibilidades? ¿La aeronave de transporte no sería abatida en el camino, en cielos casi totalmente dominados por los Aliados? Seguramente, sí.

Tampoco era posible arrojarla como medida defensiva en Berlín, contra los agresores comunistas, destruyendo y cargando de radiactividad todo aquello que se pretendía salvar. Esto hubiera sido un suicidio, especialmente cuando se calculó el poder destructivo de las nuevas bombas. Hitler, tal como se verá, no descartó lanzarla contra Londres utilizando un misil V-2, poco antes de que él mismo desapareciera de escena.

Todas estas especulaciones parecen ser fantásticas, pero la historia del escape de los nazis supera cualquier ficción.

Hitler podía tener la bomba casi terminada (o en producción) pero, si por razones de tiempo — justo al final de la guerra— y de logística no la podía lanzar, se puede especular con que seguramente la habría utilizado como el principal elemento de transacción con los norteamericanos.

El Führer era ante todo un estratega y sabía que en este caso la negociación, con la guerra casi perdida, era el mejor recurso de cara al mundo de posguerra. Tanto Washington como Moscú sabían que quien dispusiera de la bomba atómica dominaría el mundo. Obtenerla era una carrera a todo o nada, y por eso ambos bandos trataban de apresar a los científicos nazis involucrados en el proyecto, para poder aprovechar sus conocimientos. También se buscaban todas las instalaciones y laboratorios relacionados con el plan nuclear.

Consideremos ahora la segunda alternativa: los nazis no habían terminado la bomba pero estaban a punto de hacerlo.

A la luz de algunos documentos y declaraciones históricas aparece como posible esta opción, o sea que los nazis habían desarrollado casi totalmente la tecnología nuclear y además disponían de uranio enriquecido, mientras que los norteamericanos tenían problemas de

diseño y además carecían del combustible necesario (el mencionado uranio). En este caso también parece lógico que el Führer pusiera como elemento negociador — en abril de 1945 antes de que él mismo escapara — el combustible nuclear y los conocimientos necesarios para que en los Estados Unidos se terminara de fabricar la bomba atómica, con la ayuda de los materiales alemanes, el uranio nazi y la colaboración de los científicos del Tercer Reich.

Uranio subacuático

En ese sentido se sabe que por los menos un submarino nazi llegó a los Estados Unidos transportando alta tecnología y uranio, y que esto así como otros materiales, inventos y desarrollos inéditos fueron utilizados por los estadounidenses, en particular, contra Japón, el último socio del Eje que quedaría en pie. El 15 de abril de 1945 un submarino modelo XB partió desde el puerto noruego de Kristiansand, supuestamente con rumbo inicial a Japón, por órdenes expresas de Hitler.

¿Qué pasaba por esos días en Alemania? En primer lugar, el verdadero Hitler se encontraba en el búnker dirigiendo personalmente la defensa de Berlín. También, mientras las fuerzas soviéticas comenzaban a rodear la capital alemana, los nazis ya habían cerrado los acuerdos con los norteamericanos de cara al fin de la guerra. Una semana después de que partiera de Noruega la mencionada nave, el submarino U-234, el Führer escaparía rumbo a Austria para dirigirse luego a España. Y a los pocos días, el 1º de mayo, Berlín se rendiría ante sus invasores comunistas mientras que los alemanes anunciaban al mundo que Hitler se había suicidado. Éste es el contexto en el que se da la salida del U-234 desde

Kristiansand, una ciudad Noruega fundada en 1641 por el rey Cristián IV. Esta urbe había sido invadida por los nazis el 9 de abril de 1940 en el marco de la ocupación de Noruega y Dinamarca por las fuerzas del Tercer Reich. El dominio de ambas naciones por parte de los nazis tenía como principal objetivo estratégico controlar el estrecho de Skagerrak, que separa a ambos países, ya que junto con el de Kattegat (a continuación, entre Suecia y Dinamarca) permitía el pasaje de barcos y submarinos desde el Mar del Norte con el Báltico. Desde ese momento, la base naval de Kristiansand se convirtió en un sitio estratégico para los germanos. Precisamente en ese puerto hizo su última escala técnica el U-977, comandado por el capitán Schaeffer, el 2 de mayo de 1945, para luego partir hacia la Argentina, donde se rendiría el 17 de agosto de ese año. Se trata, entonces, de un sitio clave en un momento decisivo, cuando comienza a instrumentarse el plan de huida de los nazis.

El submarino U-234, elegido para un viaje muy especial —tal como se verá—, era un prodigio de la navegación y el de mayor tamaño usado durante la guerra (esta apreciación respecto del tamaño se basa en la versión oficial de la historia, ya que hoy se sabe que hubo otros de mayor tamaño que realizaron operaciones secretas para los nazis). Se trataba del tipo XB, que tenía un desplazamiento sumergido de 2.177 toneladas y una longitud de 89,38 metros. Oficialmente había ocho de estas embarcaciones que fueron usadas como “minadores”, con capacidad para transportar sesenta y seis minas en la proa, la que había sido especialmente adaptada para esa función. Debido a su gran tamaño, tres de ellos (U-116, U-117, U-11) fueron utilizados para reaprovisionamiento, y dos (U-234 y U-219) como transportes de largo alcance.

Con respecto al “hermano” del U-234, el U-219, fue requisado por la

armada japonesa en Yakarta, tras la rendición de Alemania, y renombrado I-505. Esta nave, con sus tripulantes nipones y bajo órdenes de la Armada Imperial de Japón, continuó en operaciones y se rindió ante la Royal Navy recién en agosto de 1945.

Mientras caía Berlín y Hitler se aprestaba a escapar, sin que nadie lo supiera el U-234, amarrado en Kristiansand, comenzó a ser aprovisionado para un largo viaje. Sólo el capitán Johann Heinrich Fehler y algunos hombres de su confianza estaban al tanto de la carga, que consistía en sofisticados elementos tecnológicos secretos, el corazón de los desarrollos nazis, como, por ejemplo, los fusibles infrarrojos inventados por el barón Manfred von Ardenne, un científico que fue encontrado por las fuerzas comunistas en Berlín y que, a partir de ese momento, trabajaría para los comunistas.[7] Von Ardenne —inventor de los visores nocturnos infrarrojos y del microscopio electrónico—, durante el régimen nazi, se abocó al desarrollo de un "dispositivo atómico de destrucción".[8] Fue una figura clave en el avance de un sistema de separación de los isótopos U 238 y U 235 mediante centrifugadoras. Los fusibles cargados en el submarino, inventados por este científico, eran la desconocida "mecha" que permitiría hacer implotar la todavía desconocida bomba de plutonio. Precisamente, los hombres de ciencia norteamericanos no lograban descubrir cómo hacer detonar ese tipo de artefactos que ellos estaban desarrollando a pasos más lentos que los científicos nazis. Los estadounidenses disponían de plutonio suficiente para esa arma y conocían teóricamente el concepto básico consistente en rodear la masa fisionable con explosivos convencionales que al estallar comprimen el plutonio, con la producción, luego, de una reacción en cadena descontrolada que concluye con una gran explosión. Pero no encontraban

cómo iniciar el procedimiento que concluía con la detonación.

¿Qué más se había cargado en la nave? Misiles y cohetes de última generación, otras armas como granadas antitanques y espoletas de proximidad, equipos de comunicación y los últimos modelos de radares desarrollados por los nazis. Debe destacarse que, en varias de estas áreas, tal como hoy se sabe, los científicos alemanes adelantaban significativamente a sus pares norteamericanos. También se cargó un avión Messerschmitt 262 desarmado. Con respecto a este último, debe decirse que, mientras los Aliados combatían utilizando aviones a hélice, los nazis ya habían desarrollado la primera máquina de combate a reacción, la cual entró en servicio como caza en 1944. El traspaso, pues, de estos aparatos tenía como objetivo que se pudiera estudiar su diseño a los efectos de poder producirlos en otro sitio que, evidentemente, no era Alemania. En tal sentido, el U-234 transportó, además, planos y microfilmes de los inventos más modernos producidos por la ciencia germana. Precisamente como pasajeros iban técnicos y científicos que, al escapar en dicho submarino, no fueron detenidos por los soviéticos, quienes, al igual que los norteamericanos, anhelaban apoderarse de la materia gris alemana. Finalmente, se debe indicar que el navío anclado en Kristiansand fue cargado con 560 kilos de uranio, información que al ser conocida, lo que ha ocurrido en los últimos tiempos, ha generado una polémica que dura —tal como lo veremos más adelante— hasta el presente.

¿Qué destino tenía el U-234? Oficialmente, Japón. Esto es lo que los mismos tripulantes nazis creían y, en ese marco, dos oficiales nipones estaban contemplados en la lista de pasajeros. Recordemos que la fecha de partida prevista era el 15 de abril, cuando ya Hitler había dado la orden de

que se ejecutara un “Plan B” de fuga y de evacuación del Tercer Reich. De acuerdo con sus cálculos, el Führer estimaba que, tras la rendición, los japoneses quedarían solos peleando contra el mundo y que, tarde o temprano, se rendirían ante los Aliados. Entonces, esta carga de materiales estratégicos y hombres embarcados ¿sería enviada para tratar de evitar la derrota japonesa? ¿Realmente creía Hitler que ese submarino podría llegar sin ser detectado por las fuerzas aliadas? ¿Pensaba que los japoneses podrían utilizar todos los inventos que se les enviaban y que incluso podrían desarrollar una bomba atómica?

En relación con este último interrogante, los científicos orientales habían trabajado, muy retrasados respecto de los nazis, en un proyecto atómico propio. El grupo principal de investigación estaba dirigido por Yoshio Nishima, un físico de prestigio, quien, desde los años treinta, investigaba la física de partículas en su laboratorio de Riken, donde construyó un ciclotrón. En septiembre de 1940, el ejército comenzó a financiar a Nishima y Riken se convirtió en una instalación militar, bajo el mando del general Takeo Yasuda. De este modo, la iniciativa nuclear pasó a ser una prioridad militar. Los japoneses encontraron yacimientos de uranio en Corea, buscaron una técnica para el enriquecimiento de ese mineral y llegaron a construir una planta de separación de isótopos, que fue destruida antes de estar operativa por un bombardeo de los Aliados, en abril de 1945 (ante el temor de nuevos ataques las instalaciones del proyecto atómico japonés fueron trasladadas a Konan, en Corea).

Además del proyecto atómico del ejército, existió otro de la Armada Imperial, aparentemente más modesto que el primero, dirigido por el científico Bunsaku Arakatsu, un discípulo de Einstein, en la Universidad de Kioto. Hay poca información concreta sobre estos programas y los

resultados alcanzados, lo que ha generado diversas versiones, incluyendo una, no aceptada por el mundo científico, que da cuenta de una supuesta prueba atómica japonesa realizada el 12 de agosto de 1945, fecha posterior a los ataques nucleares de los norteamericanos perpetrados contra las ciudades de Hiroshima y Nagaski.

Volvamos ahora a la historia del U-234 para tratar de contestar la pregunta acerca de si Hitler realmente pensaba enviar esa nave a Japón. En principio, había dos oficiales nipones en el puerto de Kristiansand que estaban en el listado de pasajeros de la nave. Ellos se ocuparon de cargar paquetes con la inscripción U 235 según recordó el jefe de radiocomunicaciones del submarino, Wolfang Hirschfeld, quien en ese momento no sabía de qué materiales se trataba. Al ver que esos bultos "pesados como plomo" tenían esa sigla, el marino le dijo a los dos japoneses que se habían equivocado de submarino, ya que ése era el U-234 y no el U-235. Los orientales igual continuaron su trabajo, y cuando Hirschfeld le comentó el tema al capitán Fehler, éste le ordenó que guardara silencio. Solamente al finalizar el viaje, Hirschfeld se enteraría de que la sigla de los paquetes correspondía a su contenido, esto es uranio, y no a la matrícula de la nave, como él pensaba. La presencia de los dos nipones hace presuponer que Tokio estaba al tanto de que el submarino iría a Japón y que éstos podrían haber sido una suerte de veedores de ese viaje.

Fehler dice que partió al mando del U-234 rumbo a Japón, pero que en la mitad del viaje se enteró de que Alemania se había rendido y, entonces, él decidió poner proa a los Estados Unidos para rendirse en ese país. Al informar de esta novedad a los dos japoneses, éstos se habrían suicidado a bordo. El relato de Fehler es casi infantil, ya que no se trataba de un

submarino más, habida cuenta de la importante carga que transportaba. No resulta muy creíble que el capitán, mediante una resolución personal, decidiera rendirse ante un país enemigo, que aprovecharía esa carga para utilizarla en el combate de los Aliados contra Japón.

Lo cierto es que, el 13 de mayo —cinco días después de la rendición de Alemania y casi un mes después de su partida—, el submarino U-234 se rindió en el Atlántico norte cerca del puerto estadounidense de Portsmouth.[9]

El 16 de mayo, el destructor norteamericano *USS Sutton* tomó el control del U-234, que fue entregado a las autoridades de Portsmouth tres días después. Los científicos alemanes, algunos de los elementos transportados y el uranio fueron trasladados al laboratorio de Los Álamos en Nuevo México, donde se desarrollaba el proyecto atómico norteamericano (Manhattan).

Colaboración

Entre otros elementos que conformaban las 240 toneladas de carga del submarino U-234, había 1.200 fusibles infrarrojos inventados por von Ardenne. Varios de éstos fueron instalados, por los científicos nazis, en la bomba de plutonio que los norteamericanos, a modo de prueba, hicieron explotar el 16 de julio de 1945 en el desierto de Nuevo México. Después de la prueba, el cráter de tres metros de profundidad y 300 metros de ancho se rellenó, y las autoridades informaron que se había tratado de una explosión accidental en un área de desecho de municiones. Se puede decir que el experimento, según la historia oficial la primera explosión de un artefacto nuclear, se pudo concretar merced a este dispositivo facilitado

por los alemanes, ya que, como se vio antes, los estadounidenses no podían resolver cómo iniciar el proceso de detonación.

Con respecto a los 560 kilos de mineral transportado, las autoridades mintieron a la población al asegurar que se trataba de óxido de uranio (U 308), sin mencionar que, en realidad, era uranio enriquecido U 235, tal como lo decían los rótulos de los envases. No tiene sentido haber transportado 560 kilos de U 308, ya que éste contendría sólo 4 kilos del codiciado isótopo explosivo de uranio, de peso atómico 235 (vale mencionar que para construir una bomba como la que destruyó Hiroshima se necesitaban unos 64 kilos).

En cambio, como el submarino llevó 560 kg de uranio enriquecido al 90%, esto significaba que contenía 450 kg de U 235, lo que le permitiría a los estadounidenses fabricar varias bombas. Precisamente, hacia principios de 1945, los científicos norteamericanos habían renunciado a fabricar una de uranio por las dificultades que tenían en el proceso de enriquecimiento que les permitiera obtener una cantidad suficiente del isótopo 235.

Estos datos, respecto de la carga verdadera del U-234, fueron investigados por Carter Hydrick, un ejecutivo de la multinacional informática Compaq, quien publicó el libro titulado *Critical Mass* (*Masa crítica*) con una impactante aclaración en la tapa: “Cómo la Alemania nazi entregó uranio enriquecido a los Estados Unidos para la bomba atómica”. Hydrick, con la ayuda de su hermano, John Gabriel, que trabajó para la CIA y el FBI, encontró documentación relacionada con el caso y llegó a la conclusión de que el submarino que llegó a Portsmouth transportaba 560 kilos puros del isótopo fisionable U 235.[10]

Tras leer ese libro, el doctor Delmar Bergen, quien dirigió la Oficina de

Programa de las Armas en la planta de Los Álamos, donde se trabajó para desarrollar las armas atómicas, ratificó las conclusiones de Hydrick al señalar que “ciertamente el material (traído por el U-234) fue uranio enriquecido”.

Los Estados Unidos mantienen clasificada la mayoría de los documentos relacionados con el caso hasta el presente, circunstancia que dificultó el avance de una investigación periodística de la cadena informativa CNN en 1983. Si bien la CNN obtuvo parte de los informes oficiales que dan cuenta de la carga que llevó el submarino, las puertas de las autoridades se cerraron cuando los periodistas norteamericanos quisieron saber qué tipo de uranio transportó el U-234, un secreto que todavía se mantiene a pesar de todas las evidencias citadas.

En definitiva, la “rendición” del sumergible frente a costas norteamericanas no parece haber sido la decisión de última hora de un capitán sorprendido en el viaje por la firma del armisticio por parte de Alemania. Parece tratarse, en cambio, de una entrega pactada, entre nazis y estadounidenses, de hombres y material estratégico, indispensables para poder concretar luego los terribles ataques nucleares contra Hiroshima y Nagasaki. Este hecho, la transferencia realizada mediante el U-234, es una pieza más que se debe insertar en un cuadro más amplio para así comprender las diversas aristas que conformaban el gran plan de evacuación ideado por el Tercer Reich.

Ataque a Oriente

Derrotada Alemania, y habiéndose rendido Italia, el único socio del Eje que quedaba en pie era Japón. Por esta razón los ataques de los aliados

occidentales se concentraron sobre las islas de esa nación, incluyendo territorios cercanos a Tokio.

La isla de Okinawa, conquistada por los norteamericanos, fue convertida en una base desde la que despegaban cientos de aviones que atacaban territorio japonés. Para tener idea de la magnitud de la ofensiva se puede decir que, por ejemplo, el 4 de julio un millar de aeronaves realizaron un formidable ataque. Esa sola jornada se arrojaron cuatro mil toneladas de bombas incendiarias sobre cuatro ciudades.

Luego se bombardeó la isla de Hondo (Honshu), situada a 225 kilómetros al norte de Tokio, entre otros puntos que fueron arrasados. El día 16 de julio, mediante cañoneo de la flota naval norteamericana y con bombardeo aéreo, fueron destruidos los yacimientos siderúrgicos e industriales de la Isla del Yeso. En ese ataque fueron arrojadas más de mil toneladas de proyectiles, especialmente contra importantes fábricas y el puerto de Muroran.

Mientras continuaba el ataque anglonorteamericano, los soviéticos se aprestaban también a atacar a los nipones con la intención de avanzar y ocupar más espacio en Asia. Era una cuestión estratégica para el Kremlin, de cara a un reparto del mundo, lo que preocupaba a los estadounidenses y a los británicos que pretendían de algún modo ponerle un freno a las tropas de Stalin. Por otra parte, el nuevo gobierno de Italia, otrora fascista hasta la detención y ejecución sumaria de Mussolini, también se sumaba al bando Aliado y le declaraba la guerra a Japón. Los chinos, sedientos de venganza por guerras anteriores, reconquistaban el aeropuerto de Kiangsi mientras los británicos concentraban sus recursos navales y aéreos en el Golfo de Bengala. Con sus vías de comunicación colapsadas y con su población padeciendo hambrunas —debido a la destrucción de su

industria pesquera—, en el aire los nipones olían la proximidad de la derrota.

Solamente sometido al bombardeo convencional, Japón no podría soportar por mucho tiempo el ataque de sus enemigos y estaría obligado a rendirse o a ser arrasado.

Todavía no se hablaba públicamente de "la atómica". Si bien no era necesario utilizar esa arma infernal — nunca se había tirado una bomba nuclear contra un objetivo civil o militar, y ni siquiera se oía hablar de esa alternativa—, la terrible resolución ya se había adoptado. En secreto, en los Estados Unidos se hacían los preparativos necesarios para atacar con esa nueva tecnología letal.

Advertencia a Japón

El 26 de julio, los gobiernos de los Estados Unidos, el Reino Unido y China lanzaron un ultimátum a Japón, en el marco de la Declaración de Potsdam, pidiendo la rendición incondicional de ese país.[11] Aunque en un inicio no era signataria del documento que realizaba esa petición a los orientales, posteriormente adhirió también la Unión Soviética.

De no rendirse, Japón iba a sufrir una "devastadora destrucción", dijo el presidente Truman aunque sin hacer referencia directa a la bomba atómica. El mandatario de los Estados Unidos advirtió que, en caso de no deponer las armas, ese país sería desposeído de sus conquistas territoriales. Además, los dirigentes serían procesados, los ejércitos desmantelados y el territorio terminaría siendo ocupado por las fuerzas aliadas. Como si todo esto fuera poco, debería pagar fuertes indemnizaciones de guerra.

La respuesta no se hizo esperar. El premier japonés Suzuki rechazó la intimación asegurando que los nipones estaban dispuestos a combatir hasta el último hombre.

Hiroshima

El 3 de agosto, Truman dio la orden de arrojar las bombas atómicas sobre Hiroshima, Kokura, Niigata o Nagasaki. Al parecer, al gobierno norteamericano el objetivo le resultaba indistinto, y la decisión final del sitio que sería atacado quedó en manos de los jefes militares.

El 6 de agosto, desde una base ubicada en las islas Marianas, despegó rumbo a Hiroshima una formación de tres bombarderos B-29. En uno de ellos, denominado *Enola Gay*, piloteado por el coronel Paul Tibbets, iba la primera bomba atómica que se usaría contra una ciudad en la historia de la humanidad. Los otros dos aviones viajaban en calidad de observadores.

Los radares japoneses captaron las máquinas aéreas pero, a pesar de que se dio la advertencia a la población, las autoridades se tranquilizaron por la pequeña formación. Evidentemente, según entendieron los militares orientales, no se estaba ante el preludio de los terribles ataques masivos — en algunos se llegaban a utilizar mil aviones juntos en una misma ofensiva — que venían realizando las fuerzas aliadas. Por esa razón no le dieron tanta importancia a la incursión, aunque igual se activaron las alarmas para que la gente concurriera a los refugios antiaéreos.

A las 8:36 hora de Hiroshima se desató el infierno. Se escuchó un ruido ensordecedor y luego un resplandor que cegaba iluminó la zona. La bomba de uranio 235 llamada “Little Boy” había explotado sobre

Hiroshima, con una potencia equivalente a doce mil quinientas toneladas de TNT.

Se levantó de inmediato una columna de humo color gris-morado, el "hongo atómico", que alcanzó más de un kilómetro de altura. En su base crepitaba un corazón de fuego — con una temperatura aproximada a los cuatro mil grados— que todo lo quemaba. En pocos segundos la ciudad quedó arrasada. El desastre fue absoluto. Mientras el hongo continuaba creciendo, el fuego y el calor mataban instantáneamente a todos los seres vivos existentes en varios kilómetros a la redonda. Las personas fueron desintegradas instantáneamente y en algunos casos las sombras de carbón de las víctimas quedaron plasmadas en las paredes de los edificios.

Se produjo una tormenta de fuego con ráfagas de viento que alcanzaron los sesenta kilómetros por hora. Cayeron más de veinte mil edificios y se quemaron incluso las estructuras de acero, que se derritieron. Hasta a ocho kilómetros del lugar de la explosión, la onda expansiva hizo reventar los vidrios de los edificios. Después del estallido de la bomba, se podían ver incendios por doquier. El ataque nuclear mató a más de ciento veinte mil personas de una población de cuatrocientos mil habitantes, y causó otros setenta mil heridos e incontables víctimas que padecerían luego, durante toda su vida, severos daños ocasionados por la radiación. Momentos después, los japoneses hicieron vuelos de reconocimiento para ver qué había pasado tras el ataque norteamericano, ya que se había perdido toda comunicación con la ciudad.

Los pilotos enmudecieron. No lo podían creer. Hiroshima ya no existía.

"No quedará radiación"

Mientras los desconocidos efectos de la radiactividad en los seres humanos comenzaban a afectar a los sobrevivientes de Hiroshima, en silencio se preparaba un segundo ataque nuclear.

Científicos reconocidos que habían investigado el tema — por caso, el doctor Harold Jacobson, de la Universidad de Columbia— alertaron al mundo sobre las terribles consecuencias de la radiación, después de la explosión de la bomba, advirtiendo que podría durar años. El gobierno norteamericano, que sabía que con ese ataque había cometido un crimen contra la humanidad, inmediatamente desmintió esa posibilidad mediante un comunicado del Departamento de Guerra que decía:

> En opinión de los expertos más competentes que han estado estudiando todas las fases de los efectos de la bomba (atómica) por espacio de un número de años, no existe base alguna para las conjeturas del doctor Jacobson con respecto a la radiactividad. Estos mismos expertos no han esperado ningún otro de tales fenómenos radiactivos, tales como él los describe. El doctor J. R. Oppenheimer, director de esta fase de los trabajos, cuando se le solicitaron sus puntos de vista, dijo: "Basados en todos nuestros trabajos y estudios experimentales y en los resultados de las pruebas en Nuevo México, existen amplias razones para creer que no existe apreciable radiactividad en tierra en Hiroshima y que la poca que hubo decayó muy rápidamente".[12]

La mentira oficial, lanzada a los cuatro vientos, se veía favorecida por el desconocimiento que tenía la humanidad de la nueva tecnología atómica. Las impunes declaraciones del gobierno de Washington olían a muerte: mientras se ofrecían conferencias de prensa y se emitían comunicados para minimizar las consecuencias de la bomba lanzada, en secreto se organizaba otra agresión con mayor poder de destrucción.

En tanto, el gobierno de Tokio estaba conmocionado. Los japoneses trataron de apelar a la legislación internacional en un mundo que ya no escuchaba lo que ellos podían decir por más que tuvieran razón. En tal sentido, las autoridades de esa nación, a través de la radio japonesa,

recordaron reiteradamente:

> [...] el artículo 22 de la Convención de La Haya establece claramente que todo ataque contra una ciudad abierta está prohibido y que, por otra parte, los Estados Unidos, no deberían haber olvidado sus frecuentes protestas en nombre de la humanidad, contra los pequeños raids japoneses sobre China.[13]

Los japoneses estaban en lo cierto, según la legislación internacional no se debía atacar una población civil, pero no tendrían mucho tiempo para seguir protestando, ya que un segundo ataque se preparaba...

Nagasaki

¿Qué arma era la que habían usado los norteamericanos? ¿Cómo la habían fabricado? ¿Dónde se había construido? ¿Desde cuándo estaba operativa? ¿Cuántas bombas más de ese tipo tenían los Aliados?

Las preguntas se multiplicaban a medida que los corresponsales de guerra llegaban a Hiroshima y quedaban absortos ante la magnitud de la catástrofe. El mundo no salía de su asombro.

El gobierno japonés acusó el impacto de la agresión pero mantuvo intacto su orgullo. Informó que, a pesar de la magnitud del ataque, no estaba dispuesto a rendirse. Quizás influyó en esa decisión el hecho de que algunos militares nipones pensaran que existía una sola bomba atómica y que, en consecuencia, no se volvería a repetir una agresión similar. Estaban equivocados.

Después del ataque nuclear, la Unión Soviética le declaró la guerra a Japón. La primera acción de los comunistas fue invadir Manchuria, que estaba bajo el poder nipón, un territorio históricamente disputado entre

ambos países. La victoria de los rusos sobre los japoneses en la denominada Batalla de Manchuria, el 8 de agosto, alertó a los anglonorteamericanos sobre el avance comunista en Asia y la necesidad de detener a los rojos cuanto antes.

El 9 de agosto, a las 11:03, una segunda bomba — mucho más poderosa que la anterior— explotó en Nagasaki, ciudad situada en una de las islas de Japón, llamada Kyushu. Se trataba en este caso de una bomba de plutonio, llamada “Fat Man”, con la capacidad de liberar el doble de energía que la bomba de uranio.

Detonó lejos del objetivo previsto, por un error de cálculo debido a las malas condiciones de visibilidad imperantes en ese momento, ya que el cielo estaba cubierto de una vasta capa de nubes que dificultaron el vuelo del avión que la transportaba.

Igualmente, a pesar de errarle al punto exacto previsto como blanco, el daño fue tremendo. Murieron en el acto unas cuarenta mil personas, cifra que se duplicó en unos pocos meses a causa de los efectos de la radiación, heridas incurables y nuevas enfermedades. En los años inmediatamente posteriores se produjeron por lo menos unas cincuenta mil muertes más.[14] Cinco días después del ataque a Nagasaki, los japoneses se rindieron incondicionalmente. La Segunda Guerra Mundial había terminado.

¿Era realmente necesario usar las bombas atómicas, con su secuela de muerte y contaminación radiactiva, para que Japón se rindiera? ¿O se trató de un gran experimento criminal que, además de probar las nuevas armas, sirvió para que los soviéticos, impresionados por el poder de la bomba, no intentaran avanzar sobre esa región de Oriente? La respuesta la da un documento del United States Strategic Bombing Survey que indica que “no caben dudas de que antes del 31 de diciembre de 1945 el Japón se

hubiese rendido aun si no se hubieran lanzado las dos bombas atómicas”.[15]

Por canales diplomáticos, Washington estaba al tanto de que los orientales analizaban rendirse. El presidente Truman fue claro en ese sentido al decir que poseyendo la bomba atómica los Estados Unidos podrían controlar mejor a la Unión Soviética, “ganándoles a través de la intimidación y enfrentando a los rusos con un puño de acero y una prédica fuerte”.[16]

Una copia

En sus memorias, Winston Churchill cuenta que, durante la conferencia de Potsdam, realizada en julio de 1945, él y Truman decidieron contarle a Stalin que se había probado con éxito una bomba de gran poder destructivo en Nuevo México. Para sorpresa de ambos, el dictador ruso contestó con total indiferencia: “¿Ustedes también han conseguido una bomba atómica? ¡Qué suerte! Esa bomba es tremenda. Tírensela a los japoneses”. Churchill quedó asombrado por la respuesta de Stalin, quien no hizo preguntas sobre el tema.[17] El “ustedes también”, ¿qué significó? ¿Sabía Stalin que los nazis habían desarrollado el arma nuclear?

El 9 de agosto de 1945 el responsable científico del Proyecto Manhattan, Oppenheimer, al ser consultado sobre el ataque atómico a Hiroshima, respondió que se había utilizado una bomba que “los alemanes ya habían probado”, y que “por lo tanto no había nada que investigar, sólo usarla”. El día 26 de agosto de ese año, *The Times* y *The New York Times* — así como otros medios del mundo— dieron a conocer un comunicado, emitido simultáneamente por el gobierno inglés y el ejército

norteamericano, sobre la base de los resultados de las investigaciones efectuadas por el grupo CIOS de inteligencia aliada. En la comunicación se admitía el avanzado estado de la investigación nuclear alemana, la importancia del material “incautado” a los nazis y su significación para alcanzar la victoria definitiva sobre Japón. También se hacía mención a los cohetes intercontinentales alemanes, ya desarrollados por el Tercer Reich, así como a los sistemas antirradar implementados en los aviones y submarinos nazis al final de la guerra. Al terminar el conflicto, en agosto de 1945, tanto el primer ministro inglés Winston Churchill como el general Putt, al mando del grupo de ejércitos americanos en Europa, admitieron públicamente que los alemanes disponían de dos bombas atómicas totalmente operativas, así como de nuevas armas secretas. En tanto, el director del Servicio de Información Noruego, Arne Skouen, informó:

> [...] los Aliados, desde hace tres años, tenían conocimiento de que los alemanes estaban realizando experiencias con bombas atómicas de tal poder destructor que una libra (453 gramos) tenía un efecto similar a 14 libras (6.342 kilogramos) de alto explosivo.

También indicó:

> [...] el conocimiento sobre tales experiencias dio origen a que se perpetrasen actos de sabotaje contra delicadas maquinarias en el lugar donde se realizaban las investigaciones científicas, en un establecimiento hidroeléctrico noruego, utilizando para tal fin paracaidistas y saboteadores. [Agencia AP, Nueva York, 7 de agosto de 1945.]

Merced al uranio enriquecido de los alemanes y a la tecnología y los científicos nazis — algo contemplado en el pacto secreto entre estadounidenses y alemanes— se produjo un daño irreparable sobre la población de Japón, que paradójicamente había sido un socio

incondicional del Tercer Reich.

Primeros resultados del pacto

El arribo a los Estados Unidos de material nuclear, tecnología de punta, científicos y técnicos germanos, que llegaron a bordo de submarino U-234 que “se rindió” frente a costas norteamericanas en mayo de 1945, es uno de los frutos del pacto nazi-norteamericano. Esto formaba parte de la transferencia de hombres, material, capital, tecnología y diseños industriales, entre otros bienes, que quedarían en manos de los estadounidenses. La pregunta es: ¿cuál era el precio a pagar por ese aporte que le permitiría a Washington dominar el mundo? Seguramente, muy importante. Incalculable. La primera “compensación” fue dar inmunidad perpetua para el Führer y algunos de sus jerarcas, que merced al acuerdo huyeron sin inconvenientes. Luego de aquellos dos terribles ataques nucleares, se arrojó falsa información al mundo que, al igual que la temible radiactividad de Hiroshima y Nagasaki, permaneció durante mucho tiempo, distorsionando los hechos verdaderos que cambiaron para siempre la historia del planeta.

Tensión con los soviéticos

El Führer había dicho:

> [...] mientras yo viva no habrá conflicto entre Rusia, América e Inglaterra. Están unidos para destruirme. Si yo estoy muerto, no pueden permanecer juntos. Debe venir el conflicto... Alemania sólo puede pensar en la victoria si la gente piensa que yo estoy muerto. [*Time Magazine*, 28 de

mayo de 1945.]

El vaticino de Hitler no tardaría en cumplirse. Él sabía que la coalición enemiga no podría sostenerse por mucho tiempo debido a las grandes diferencias ideológicas existentes entre Washington y Moscú. El líder nazi había destacado varias veces que esa alianza el único objetivo común que tenía era la eliminación del Tercer Reich.

Ahora, con un Hitler ausente — se pensaba que había muerto por suicidio tal como él lo quería hacer creer—, el reparto del mundo entre comunistas y capitalistas había comenzado, y esto originaría varios conflictos en distintas zonas que irían distanciando cada vez más a ambos bloques. Había, además, un tema nuevo que aumentaría la rispidez: los soviéticos — después del ataque estadounidense a Hiroshima y Nagasaki — querían saber cómo funcionaba la bomba atómica y hacían ese reclamo a los norteamericanos en su carácter de aliados. En ese sentido, el 6 de noviembre de 1945, el canciller ruso Viacheslav Molotov manifestó:

> [...] esta terrible invención no debe ser mantenida en secreto. Los nobles propósitos de salvaguardar la paz no tienen nada en común con la política de intenso rearme de las grandes naciones. El uso de la bomba atómica mostró su enorme fuerza destructora. La energía atómica, sin embargo, no ha sido probada como método para prevenir una agresión o como método para salvaguardar la paz. No deben existir tales secretos en estos tiempos que podrían convertirse en protección de un país o de un grupo de países.[18]

Las palabras de Molotov debían ser replicadas por los norteamericanos y la respuesta no tardó en llegar del otro lado del Atlántico. El 7 de noviembre de 1945 el presidente Truman informó que los Estados Unidos no les facilitarían a los soviéticos los secretos que les permitirían a aquéllos fabricar una bomba atómica. Por su parte, con vehemencia Churchill se manifestó en el mismo sentido cuando dijo tener la seguridad

de que “si las circunstancias fuesen distintas y nosotros o los norteamericanos pidiésemos igual acceso a los arsenales rusos, ello no sería concedido”.[19] El presagio de Hitler, de que con su desaparición se rompería la alianza soviética con los anglonorteamericanos, comenzaba a cumplirse, era el primer peldaño que llevaría a la Guerra Fría.

Finalmente, en relación con el escape del Führer y la bomba atómica, es llamativa la frase del jefe nazi pronunciada en el búnker el 21 de abril de 1945, pocas horas antes de que éste huyera de Alemania. Momentos durante los cuales los nazis estaban transfiriendo a los norteamericanos el uranio enriquecido y los secretos de la bomba. A estas frases no se les ha dado importancia bajo el supuesto de que Hitler se suicidó. Pero si la fuga fue una farsa, dichas palabras cobran total sentido. Ese día, dirigiéndose a su equipo de propaganda, que encabezaba Goebbels, le dijo:

> El pueblo alemán ha fallado. En el Este huyen y en Occidente reciben al enemigo con banderas blancas. El propio pueblo alemán ha elegido su destino. No obligué a nadie a colaborar conmigo. ¿Por qué trabajan ustedes a mi lado? ¡Ahora les cortarán sus gargantitas! Pero, créanme, cuando desaparezcamos, la tierra temblará.[20]

Enigmáticas palabras pronunciadas ese día que, hasta hoy, nadie intentó descifrar. En pleno siglo XXI, a la luz de las evidencias aparecidas, podemos decir que el jefe del nazismo cumplió con esa promesa: él, junto con varios de sus secuaces, desapareció y después la tierra tembló en Hiroshima y Nagasaki.

CAPÍTULO 9
Operación *Regentröpfchen*

El Proyecto 63 es un programa de negación con la utilización como un elemento deseable. El objetivo de este programa es asegurar el empleo en los Estados Unidos para ciertos especialistas alemanes y austríacos y así negar sus servicios a potenciales enemigos. Tales especialistas firman un contrato de seis meses con el Departamento de Defensa que les garantiza un ingreso hasta acordar empleo permanente en agencias del Departamento de Defensa o la industria dentro de los Estados Unidos.

PROYECTO 63, Jefatura del Estado Mayor de la US Air Force, 2 de junio de 1953

El plan

Tal como se dijo antes, a partir de 1943, después de la terrible derrota sufrida por las fuerzas alemanas en Rusia, Hitler tomó conciencia de que tarde o temprano perdería la guerra. La audacia de conquistar esa nación para los nazis terminaba igual que el intento de conquista del Imperio Ruso por parte de Napoleón Bonaparte en 1812: un fracaso absoluto con pérdida de miles de soldados. Tras el desastre en tierras soviéticas, los nazis —famosos por ser previsores y minuciosos— comenzaron a elaborar una estrategia de evasión que permitiera poner a buen resguardo el capital del Tercer Reich. Desde su concepción, la iniciativa, un “Plan B”

ante la eventualidad de la derrota, contempló poner a buen resguardo las divisas, la tecnología y los hombres, aquellos mismos que luego serían “reciclados” por los Estados Unidos para luchar contra el comunismo. Como se entenderá, se trataba de una operación extremadamente compleja, pues debía organizarse un escape a gran escala que, por otra parte, debía ser absolutamente secreto tanto en su elaboración como en su ejecución. Un plan oculto, de difícil concepción, ordenado, sincronizado, eficiente y de audaz ejecución. Para Hitler había un hombre que podía ocuparse eficazmente de esta tarea: Martin Bormann, la “eminencia gris” del Tercer Reich. Un jerarca que, con sus juegos de intrigas y una habilidad poco común, se convertiría en el hombre más poderoso del entorno del Führer. El mismo Bormann que luego escaparía a la Argentina, mientras el mundo creía que, al igual que Hitler, había muerto en Berlín.[1]

La operación de escape de los nazis, en la cual trabajaron varios funcionarios y militares, fue redactada en una “lengua sintética” —un idioma artificial creado por los nazis para esconder sus planes más ocultos— y ha permanecido secreta durante más de sesenta años.[2] Hoy se conocen algunos documentos aislados con respecto a esta operación cuyo nombre clave era *Regentröpfchen* (en alemán, gotas de lluvia), el secreto mejor guardado del Tercer Reich. Para prepararlo, desde 1943 se dispuso que diversas áreas trabajaran en forma segmentada en distintos aspectos del plan de fuga. Hay que imaginarse que la iniciativa contemplaba la transferencia de un Estado completo, pero sin que los miembros de los organismos que lo conformaban tuvieran idea del programa de evasión. Para ello, Hitler utilizó la estrategia de conformar compartimentos estancos, esto es, grupos de personas trabajando en determinados

objetivos, sin saber de la existencia del plan general y sin conocer a sus pares, que también participaban del mismo programa. Era un trabajo colosal, una ingeniería fantástica que debía ser sincronizada del primero al último detalle.

El gran plan maestro se organizó en dos programas conocidos como las "acciones" *Viking* y *Läufer*. El primero, *Viking*, fue pergeñado para la evasión de científicos, políticos y militares del Tercer Reich, con el objetivo de que no fueran capturados por los soviéticos y pudieran continuar siendo útiles después de la guerra. Bormann en persona, codo a codo con el estratega nazi Maximiliam Erth, había seleccionado a los "beneficiarios" que podrían utilizar este recurso de última hora. No sólo se trataba de determinar quiénes serían salvados sino, además, cómo y en qué forma se los ayudaría a escapar. Finalmente, adónde irían y bajo qué condiciones cumplirían funciones en el exilio. El conjunto de científicos fue agrupado de acuerdo con sus propias áreas de trabajo y especialidades, adoptándose el mismo criterio con los militares. En general, los hombres de ciencia, así como los uniformados, en su mayoría terminarían trabajando en los Estados Unidos, en el marco de los acuerdos que se tejerían con ese país poco tiempo antes de que terminara la guerra. Con respecto a los personajes políticos, las pistas son más difíciles de seguir, aunque hoy sabemos que el escape de ellos también fue exitoso, ya que varios, incluido el mismo Hitler, pudieron fugar de una Europa en llamas.[3]

La otra acción, denominada *Laüfer*, estaba pensada para que los nazis pudieran mantener su capital económico y militar fuera de Alemania, y eventualmente implementar un gobierno nazi en las sombras. Para ello se determinó la transferencia de las divisas y también, mediante una

operación denominada *Eichhörnchen* (ardillita, en alemán), el traslado de aristócratas y empresarios vinculados con Hitler.[4] Del diseño y ejecución de este programa de evasión de las élites financieras participó el gran príncipe Josias zu Waldeck und Pyrmont, quien era hijo mayor del príncipe Federico y de su mujer Bathildis, princesa de Schaumburg-Lippe. Este principado germano, a principios del siglo XX, puso sus ojos en la Patagonia, donde adquirió la estancia San Ramón, de 100.000 hectáreas con costa en el lago Nahuel Huapi. Una propiedad asociada con la presencia de Hitler en la Argentina a partir de 1945.

El plan que se ha visto hasta aquí no debe confundirse con el que contemplaba la huida masiva de nazis por rutas seguras, de acuerdo también con una planificación ideada para que se salvaran miles de militares, de tercera línea, que fugarían con escasos medios y muchas veces contando solamente con sus piernas. Escapaban a través de bosques y montañas, llevando lo mínimo indispensable para sobrevivir, con la esperanza de que serían ayudados por sus camaradas en el exilio. En ese sentido, Madrid o el puerto de Génova —trampolín para embarcar hacia otras partes del mundo— serían algunos de los destinos elegidos en ese periplo conocido despectivamente como “ruta de las ratas” o “camino de los conventos”, ya que los nazis recibían ayuda de la Iglesia católica.

Paperclip: *nazis de exportación*

La trama de los científicos nazis que comenzaron a trabajar en los Estados Unidos, después que cayera Berlín, es conocida desde el fin de la guerra, y quizás esto fue público porque el hecho de apropiarse de la materia gris alemana no representaba una “transgresión” a los ojos de la sociedad

norteamericana (en cambio, sí hubiese sido un escándalo conocer que oficiales y criminales de guerra nazis, tal como estaba ocurriendo, comenzaban a incorporarse en las filas estadounidenses).

El caso más famoso fue el del científico alemán y mayor de las SS Wernher von Braun — el padre de la carrera espacial—, quien fue asimilado rápidamente por los Estados Unidos. El mismo que había diseñado las terribles bombas V-2 que cayeron sobre Londres durante la Segunda Guerra.

Hoy se sabe que von Braun — así como unos quinientos hombres de su equipo, más diseños y prototipos de prueba— salieron de una Alemania derrotada en el marco del *Project Paperclip*, pergeñado en forma conjunta entre nazis y norteamericanos, que contemplaba la transferencia de la tecnología alemana para ponerla a resguardo de los soviéticos. Von Braun trabajaba en los laboratorios secretos de Peenemünde, en la isla Usedom en el mar Báltico, donde desarrolló el proyecto V-2. Se trató del primer misil balístico de largo alcance — precursor de los cohetes espaciales de los Estados Unidos y de Rusia— con el cual los nazis atacaron Inglaterra, así como también Bélgica y Francia.

Después de la Segunda Guerra, trabajó primero para el ejército norteamericano y luego en la NASA, donde diseñó el impulsor Redstone, que fue empleado para el lanzamiento de los primeros satélites, y los grandes lanzadores, como el Saturno V que llevó el hombre a la Luna, entre otros desarrollos. (Debe decirse que, en 1971, von Braun fue obligado a testimoniar ante fiscales de Alemania Occidental, encargados de investigar los crímenes cometidos en el campo de concentración de Dora, ya que los prisioneros de ese sitio fueron obligados a trabajar en los proyectos que él dirigía.)

El diseño y la ejecución de *Paperclip* estuvieron a cargo de la Joint Intelligence Objectives Agency (JIOA), que reunía a representantes de todos los servicios de inteligencia militar de los Estados Unidos. (Las operaciones de transferencia, de los nazis a los norteamericanos, recibieron el nombre de *Sonrise*, *Overcast*, *Paperclip* y *Blowback*.)

La operación — inicialmente denominada *Overcast* y su sucesora conocida como *Paperclip*— fue parte de un plan de evacuación a mayor escala, cuyos detalles completos no han trascendido en su totalidad, pero que seguramente se irán develando en la medida en que se libere documentación que aún hoy permanece clasificada.

Los norteamericanos buscaban especialmente expertos en aeronáutica, cohetería, guerra biológica y química, y desarrollo nuclear. Se verá ahora con más detalle la importación de los nazis realizada por los Estados Unidos.[5]

Interés nacional

En 1947, la JIOA comenzó una operación secreta denominada “Interés Nacional”, que le permitió continuar absorbiendo científicos y técnicos nazis, incluso quienes habían sido condenados por crímenes de guerra. Varios de estos últimos entraron en los Estados Unidos con el rótulo de “especialistas” o “expertos”.

En este último sentido se puede citar, por ejemplo, a Otto Ambros, director de la IG Farben, acusado por el uso del gas letal Zyklon B en los campos del exterminio nazi, quien se benefició con estas iniciativas oficiales del gobierno de Washington.

En los tribunales de Nüremberg, Otto Ambros había sido declarado

culpable por “esclavización y asesinatos en serie”. Fue condenado a sólo ocho años de prisión. Su liberación se anticipó gracias a la intervención de John McCloy, alto comisionado de los Estados Unidos para Alemania. Tal como se dijo antes, McCloy fue quien se encargó de conseguir la libertad de varios criminales de guerra nazis.

Las propuestas de los estadounidenses, realizadas a varios personajes germanos y aceptadas por estos últimos, fueron para trabajar en el Estado o en algunas empresas privadas, especialmente, CBS Laboratorios, Lockheed, Martin Marrienta y W. R. Grace and Company.

Veamos algunos otros nombres de científicos alemanes a quienes los norteamericanos dieron cobijo para utilizarlos rápidamente en sus programas:

- Walter Dornberger, general nazi que dirigía el proyecto de las bombas V-2 en los laboratorios de Peenemünde. En los Estados Unidos, trabajó en la Bell Aircraft (Bell Textron).
- Theodor Zobel, acusado de haber efectuado experiencias con seres humanos cuando dirigía los túneles de pruebas aerodinámicas de Chalais-Meudon, en Francia.
- Ernst Eckert, experto en carburantes. Antiguo miembro del partido nazi y de las SS.
- Arthur Rudolph. Durante la guerra, fue jefe de producción de la fábrica de Mittelwerk — donde se construían los cohetes V-2— y encargado de establecer el número de horas de labor para los prisioneros procedentes del campo de concentración de Dora, quienes trabajaron en esa planta. En los Estados Unidos fue jefe de proyecto para el programa de la nave Saturno V, la que llegaría a la Luna en 1969. (Cuando pasó a retiro, recibió la Distinguished Service

Medal, la más alta distinción de la NASA.)

- Kurt Debus, ex miembro de las SS, de las SA y de otras agrupaciones nazis. Fue el primer director del Kennedy Space Center en Cabo Cañaveral. Actualmente, la NASA tiene un premio al mérito que lleva su nombre.
- Hubertus Strughold, científico nazi que experimentó con personas, generalmente, prisioneros de guerra como los que se encontraban en el campo de concentración de Dachau. Responsable del Instituto para la Medicina Aérea de la Luftwaffe, en Berlín. Allí se realizaron también terribles experiencias con prisioneros para comprobar la resistencia a la falta de oxígeno, al frío y a la absorción de agua salada. En los Estados Unidos cumplió funciones en la Escuela de Medicina Aérea de Randolph Field, en Texas, bajo la dirección del general Harry Armstrong.
- Kurt Rahr, asesino nazi buscado por Alemania por delitos comunes y por su apoyo al Tercer Reich. Especialista de la electrónica de alta frecuencia, trabajó en la base militar secreta de Edgewood Arsenal, en el estado de Maryland, a partir de septiembre de 1947. Allí se realizaban pruebas con psicotrópicos en humanos.
- Hans Trurnit, profesor titular en la Universidad de Kieldu, de 1934 a 1940. Fue adjunto del profesor Holzlöhner, quien realizó experimentos con prisioneros de Dachau, durante la Segunda Guerra Mundial, relacionados con el frío. (En un extraño juego de intrigas, en los Estados Unidos, Trurnit se enfrentó con Rahr, lo acusó de comunista y consiguió que tiempo después los norteamericanos lo expulsaran.)
- Friedrich Hoffmann, un químico que, durante la guerra, sintetizaba los

gases tóxicos y las toxinas para el laboratorio de guerra de la Universidad de Würzburg y para el Instituto de Investigaciones Técnicas de la Luftwaffe. En los Estados Unidos diseñó trajes de protección y antídotos contra el tabún y el sarín. Se trata de los dos gases más letales, creados por los nazis, que posee la US Army. Inicialmente, estos vapores mortales fueron llevados en grandes cantidades desde Alemania hasta Norteamérica.

Trabajó en la base de Edgewood Arsenal, citada precedentemente, donde, a partir de 1949, se experimentó en seres humanos con LSD y otras sesenta drogas, con fines militares.[6] Confeccionó un censo de plantas psicotrópicas.

- Walter Schieber, brigadier general nazi que controló las fábricas de armamentos francesas durante la ocupación y el proyecto de guerra química ideado por los nazis. Fue detenido en 1945, acusado de cometer crímenes de guerra. Este hombre experimentó en los detenidos con gas-gangrena, el virus del tifus, drogas, agua helada y pruebas en las cámaras de baja presión. Logró inmunidad entregando datos sobre la guerra química a los estadounidenses, mediante informes que fueron dados a la US Army. Fue asignado a la Escuela de Medicina de la Fuerza Aérea en Texas.
- Jesco Freiherr von Puttkamer, ingeniero nazi especializado en cohetería. A partir de 1962 trabajó en la NASA, junto con von Braun, en el programa Apolo, en Huntsville (Alabama). Recibió la ciudadanía estadounidense en 1967. Luego se convirtió en administrador de los programas de actividades especiales de la NASA para vuelos tripulados más allá de la órbita terrestre.
- Kurt Blome, general alemán, especialista en guerra biológica.

Experimentó con la vacuna de la peste en seres humanos. Fue contratado por el Departamento de Química del Ejército de los Estados Unidos.

Especialistas

A continuación se transcribe parte del texto de un documento secreto de la Jefatura del Estado Mayor de la US Air Force, del 2 de junio de 1953, en el cual se menciona la existencia de proyectos para contratar a expertos extranjeros.

En el escrito se explica la existencia de dos iniciativas norteamericanas — *Paperclip* y *Proyecto 63*— tendientes a captar personal idóneo, en obvia referencia a los nazis, antes de que éstos cayeran en mano de "potenciales enemigos" (léase soviéticos).

Obsérvese que, en particular en el *Proyecto 63*, los foráneos a contratar no son catalogados como científicos sino como "especialistas", con lo cual el rango de selección posible se ampliaba también a militares.

La primera parte del documento — titulado "Espacios civiles de personal para ubicar en los programas *Paperclip* y *Proyecto 63*"— dice lo siguiente:

El Departamento de Defensa tiene dos proyectos clasificados, considerados de mayor importancia, que resultan en el empleo y la explotación de científicos extranjeros por parte del Departamento.

El primero, *Paperclip*, brinda la manera de obtener servicios de especialistas extranjeros para tareas específicas dentro del servicio técnico de los departamentos de Ejército, Armada y Fuerza Aérea. La función primaria de este programa es la utilización del individuo, el aspecto de "negación" es altamente deseado pero secundario. Tales especialistas firman un contrato de un año para una tarea específica antes de dejar su lugar de residencia.

El *Proyecto 63* es un programa de negación con la utilización como un elemento deseable. El

objetivo de este programa es asegurar el empleo en los Estados Unidos para ciertos especialistas alemanes y austríacos y así negar sus servicios a potenciales enemigos. Tales especialistas firman un contrato de seis meses con el Departamento de Defensa que les garantiza un ingreso hasta acordar empleo permanente en agencias del Departamento de Defensa o la industria dentro de los Estados Unidos.

Tal como se consigna en la definición del *Proyecto 63* se utilizó la estrategia de la "negación", consistente en contratar la mayor cantidad de "especialistas" para que éstos no fueran captados por los soviéticos.

Armas químicas y drogas

Se ha establecido que cerca de mil quinientos científicos y "expertos" nazis fueron reclutados por los Estados Unidos para trabajar contra la Rusia comunista. Las tareas de estos especialistas fueron para el desarrollo de armas químicas, energía nuclear, psicotrópicos, construcción de misiles y la conquista del espacio, incluyendo el proyecto que se llamaría Guerra de las Galaxias, originariamente concebido por los nazis, que recobraría vigencia en 1983 cuando el presidente Ronald Reagan presentó públicamente dicha iniciativa con el nombre de Strategic Defense Initiative (Iniciativa de Defensa Estratégica), que es la denominación de un sistema de armamento de misiles balísticos intercontinentales destinado a defender a los Estados Unidos de Norteamérica en caso de un ataque nuclear. El proyecto implica el desarrollo de armas terrestres y espaciales de última tecnología.

A gran parte de estos nazis que llegaron a los Estados Unidos se le confió la dirección de programas, o sea que fue ubicada en puestos de primer nivel.

Militares

Actualmente se tiene la seguridad — merced a abundante documentación desclasificada— de que, además de la transferencia de cerebros, cientos de decenas de oficiales de las SS, militares y espías germanos también siguieron el mismo camino que los científicos rumbo a los Estados Unidos.

Un hombre clave en estas historias fue Allen Dulles, que alcanzó el cargo de jefe de espionaje aliado durante la guerra y negociaba directamente con los generales nazis. Dulles — que más tarde dirigiría la CIA— fue el principal artífice de la Operación *Sunrise* (Operación Amanecer). La preparó desde su oficina en Berna, Suiza, donde mantenía contacto con los nazis desde 1942.

Sunrise fue organizada frente a la inminente derrota del Tercer Reich y a la predilección de los germanos de rendirse ante los norteamericanos y británicos, y no ante los rusos.

El principal interlocutor por parte del Tercer Reich fue el comandante de las SS Karl Wolff, cabeza de la Gestapo en Italia. Este pacto se consideró acordado a partir de 1945.

Cuando Wolff concertó secretamente con Dulles, se tuvo en cuenta la impunidad que necesitarían los criminales nazis al terminar la guerra, así como el aporte de los servicios que prestarían los alemanes a los estadounidenses. La relación de Wolff con Dulles le evitó al primero enfrentar el banquillo de los acusados en Nüremberg.

Wolff fue encarcelado en mayo de 1945 por tropas de los Estados Unidos. Fue juzgado por un tribunal alemán y sentenciado sólo a cinco años de prisión en noviembre de 1948. Siete meses más tarde — debido a

su relación con los norteamericanos—, su condena se redujo a cuatro años y fue puesto en libertad.

Varios años después, en 1962, existió presión por parte de la prensa internacional y del Centro Simon Wiesenthal para detener a Wolff. Ante esta situación, las autoridades no tuvieron otra alternativa que apresarlo y juzgarlo por la deportación de trescientos mil judíos al campo de exterminio de Treblinka, una causa que había sido casi ignorada anteriormente. Esta vez fue condenado a quince años de prisión, pero nuevamente cumplió sólo una parte de su condena y fue puesto en libertad en 1969, debido a razones de salud.

Reinhard Gehlen, jefe de la red de espías alemanes en Rusia (Fremde Heere Ost), fue uno de los altos oficiales germanos que participó de los acuerdos con los norteamericanos para establecer una estrategia conjunta contra los soviéticos y, con ese fin, remitió la lista de los agentes nazis propuestos para cumplir esas funciones.

En el marco de la Operación *Sunshine*, el 22 de agosto de 1945, varios de estos espías fueron llevados a los Estados Unidos en un vuelo especialmente realizado con ese fin.

Durante diez años, a partir del fin de la guerra, la CIA invirtió doscientos millones de dólares para sostener a nada menos que cuatro mil agentes nazis, los que conformaban la red de espionaje que tenía como cabeza a Gehlen. Estos espías germanos trabajaron con sus pares norteamericanos en forma conjunta contra la Unión Soviética y países de Europa del Este durante la Guerra Fría.

En julio de 1946, Gehlen fue oficialmente liberado de su condición de prisionero de guerra “especial” y — en acuerdo con los norteamericanos — preparó un equipo de inteligencia conocido como “Gehlen Org”.

Washington le asignó una partida secreta de cinco millones de dólares para empezar a trabajar comandando a trescientos cincuenta oficiales de inteligencia alemana, que fueron oficialmente liberados de los campos de prisioneros. Estos hombres fueron conocidos como los “V-Men” (Hombres V) y por muchos años, durante la Guerra Fría, actuaron como los “ojos y oídos” de la OSS, primero, y de la CIA, después, en los países tras la Cortina de Hierro.

Entre los agentes reclutados por Gehlen, que eran reclamados por crímenes de guerra, se destacaban el doctor Franz Six y Emil Augsburg, ambos miembros de las SS, acusados de asesinar a judíos, intelectuales y partisanos en Rusia. También distintos jefes de la Gestapo de París y de Kiel. Además, el reconocido Willi Krichbaum y otros jerarcas de esa organización.

En 2005, la CIA publicó, en el Archivo de la Nación de los Estados Unidos, la documentación que vinculaba a Gehlen con ese organismo. Así se pudo confirmar que la CIA había mantenido relación con el general Gehlen y había financiado su organización, integrada por ex nazis.

La documentación desclasificada por la CIA consta de dos volúmenes llamados “Secreto RelGER”, compilados por el historiador de esa agencia, Kevin Ruffner.

El investigador Timothy Naftali, de la Universidad de Virginia, descubrió que el servicio de espionaje norteamericano también reclutó en 1949 al oficial de las SS Otto von Bolschwing — relacionado con el criminal Adolf Eichmann—, quien pasó a desempeñarse como uno de sus agentes. La CIA protegió a Bolschwing, acusado por perpetrar crímenes de guerra, al asegurar que no tenía documentación en su contra, lo cual era mentira.

En otro caso — de acuerdo con lo investigado por el experto Norman J. W. Goda, de la Universidad de Ohio— se pudo demostrar que el director del FBI, J. Edgar Hoover, se opuso a que se le creara algún tipo de problemas a Viorel Trifa, un funcionario nazi de la Guardia de Hierro rumana, quien optó por radicarse en los Estados Unidos en 1950.[7]

La CIA tiene en su poder documentos que acreditan las relaciones entre oficiales de las SS y funcionarios de la OSS, Oficina de Servicios Estratégicos (predecesora, hasta 1947, de la CIA).

Esa documentación demuestra, por ejemplo, que los norteamericanos protegieron al criminal nazi Klaus Barbie, quien se había desempeñado como jefe de la Gestapo en Lyon durante la ocupación alemana de Francia. Barbie — conocido como el "Carnicero de Lyon" debido a las atrocidades cometidas por él, junto con otros nazis, en esa ciudad— se convirtió, después de terminar la guerra, en un agente que proveía de información secreta a la CIA.

Entre 1945 y 1955, Klaus Barbie vivió bajo protección en Alemania, en la zona de ocupación norteamericana. En 1956, Francia solicitó su extradición y entonces escapó a Buenos Aires con pasaporte falso a nombre de Klaus Alttman. Luego se trasladó a Bolivia, donde obtuvo la ciudadanía de ese país en 1957. A partir de ese momento — con la colaboración de otros nazis escapados de Europa y el apoyo estadounidense— trabajó para las dictaduras militares de Bolivia y Perú.

En 1980 fue nombrado teniente coronel ad honórem del Ejército de Bolivia. Fue detenido y extraditado a pedido de Francia recién en 1983, con el advenimiento de las democracias en América del Sur. Luego fue juzgado en ese país y condenado a prisión perpetua en 1987. Falleció tras las rejas en 1991.

En 1997, la publicación alemana *Der Spiegel* reveló que el ex mayor de las SS Karl Hass había trabajado para los norteamericanos y para los italianos, mientras simultáneamente estaba siendo buscado bajo el cargo de criminal de guerra, por ser uno de los responsables de la denominada Masacre de las Fosas Ardeatinas, ocurrida en Roma en 1944. *Der Spiegel* dijo que Hass hizo "tareas de propaganda" para los Estados Unidos y que "espió a los comunistas para los italianos". Estas labores las cumplió hasta 1953, aunque ya estaba siendo buscado en relación con el crimen antes citado.[8] El medio de prensa germano aseguró que Hass fue por mucho tiempo "una especie de contacto" entre las autoridades italianas y las norteamericanas, y que el ex SS incluso llegó a trabajar "con el uniforme de capitán del ejército de los Estados Unidos". Mientras la justicia lo buscaba por el crimen de las Fosas Ardeatinas, Hass vivía con el nombre falso de Rodolfo Giustini y trabajaba para el Departamento de Defensa norteamericano, según afirmó *Der Spiegel*.[9]

Otro personaje importante reclutado por los norteamericanos fue Otto Skorzeny. Éste se había desempeñado como general de los Guardias de Asalto nazis, célebre por realizar espectaculares operativos como el rescate de Benito Mussolini cuando el Duce estaba preso en el Gran Sasso. Fue juzgado en Nüremberg por crímenes de guerra, pero quedó absuelto de todos los cargos.

Una de esas acusaciones afirmaba que había ordenado a sus hombres que utilizaran el uniforme enemigo. Esto constituía un crimen de guerra y Skorzeny no pudo negarlo. Sin embargo, en el juicio se presentó, para ayudarlo, el famoso jefe de escuadra inglés Yeo Thomas. Él testificó que los ingleses también habían usado la misma artimaña durante la guerra, información que facilitó que la acusación contra Skorzeny no prosperara y

finalmente fuera absuelto. Luego se lo internó en un “campo de desnazificación” hasta que escapó a España, el 27 de julio de 1948, gracias a la ayuda de un comando de elite del Servicio Aéreo Especial (SAS) británico. Como se ve, los anglosajones estaban interesados en salvar a Skorzeny para sumarlo a sus filas en la lucha contra el comunismo.

Experto en técnicas de guerrillas, secuestro de personas y otras habilidades como torturas y asesinatos, arribó luego a la Argentina, donde, por pedido expreso del presidente Perón, se ocupó de “reestructurar los servicios de seguridad”, según contó el mismo nazi en sus memorias. También organizó grupos clandestinos paramilitares conocidos como las “fuerzas de choque justicialista”.[10] En 1955, al caer el gobierno de Perón, Skorzeny emigró, aunque continuó impartiendo sus conocimientos por el mundo, ya que partió a España y cumplió funciones en el gobierno de Francisco Franco, como consejero del Ministerio del Interior. Estando allí, en 1952, creó la Internacional Fascista. También adiestró al Servicio Secreto de China Nacionalista, en Formosa.

Además, recaló en los Estados Unidos, donde capacitó al personal militar que integraría las unidades especiales de los Marines, conocidas como “Boinas Verdes”, que combatieron al comunismo en Vietnam, y también trabajó para Operaciones Especiales de la CIA.

Incansable en su accionar, Skorzeny reclutó a viejos camaradas de las SS para conformar en Sudamérica los temibles “Escuadrones de la Muerte”, grupos armados clandestinos financiados por los Estados Unidos, que respondían a las dictaduras militares instaladas en América durante los años setenta. En ese sentido trabajó en Bolivia, junto al citado Klaus Barbie, para conformar el grupo parapolicial “Los novios de la muerte”.

El misterio de Heinrich Müller

Por otra parte, está el misterioso caso, aún no develado, de Heinrich Müller, el jefe de la Gestapo, la policía política nazi. Hay que resaltar que este hombre fue uno de los artífices y ejecutores del plan de huida de Hitler.[11]

Tras el armisticio, en 1945, quedó detenido por los norteamericanos y fue interrogado a sabiendas de que se estaba en presencia de un jerarca nazi. Sin embargo, como en otros casos, fue liberado a pesar de que se tratara de un criminal de guerra.

Para la historia oficial aún no está claro qué fue de la vida de Müller, uno de los principales jerarcas del Tercer Reich, luego de que escapara de Berlín. Lo que hoy sí se sabe es que fraguó su muerte. Para esa farsa, el jefe de la Gestapo, antes de huir de Alemania, preparó su propia tumba, hizo colocar huesos humanos en ella y una lápida con la inscripción: “A nuestro querido padre Heinrich Müller. Nacido el 28/4/1899, muerto en Berlín en mayo de 1945”. La treta se descubrió tiempo después cuando se verificó el sepulcro, se procedió a la exhumación y se comprobó que la osamenta no era la del jerarca nazi.

De acuerdo con el investigador Gregory Douglas, desde diciembre de 1948 hasta 1952, Müller habría vivido en Washington, donde habría trabajado para la inteligencia militar de los Estados Unidos, durante la administración del presidente Truman.[12]

Esta información — que también es sostenida por otros investigadores — es sorprendente pero no resulta descabellada, ya que, como se vio, varios nazis, luego de la derrota del Tercer Reich, pasaron a trabajar para los norteamericanos.

Una versión indica que, en 1956, Müller fue atrapado en la Argentina por agentes comunistas. Así lo aseguró el ex ministro del Interior checoslovaco, Rudolf Barak, al semanario alemán *Focus*. En sus declaraciones, realizadas en 1995, Barak dijo que, en la provincia argentina de Córdoba, el jerarca nazi:

> [...] fue capturado durante una cena con técnicos checos, con quienes Müller había ganado confianza: ellos colocaron unos polvos somníferos en su vino y lo llevaron al aeropuerto. Allí ya había un avión preparado, con cuatro agentes de la KGB a bordo, que pudo devolverlo a Praga sin demasiados controles.

Por su parte, el hijo de Barak, un periodista, le dijo a la agencia Associated Press en Bonn que los checos entregaron a Müller a los servicios secretos de la Unión Soviética, la KGB, para quienes habría trabajado como informante. Luego habría muerto estrangulado, en manos de otros reclusos alemanes, en la prisión rusa de Vorkuta.

Es posible que Müller, al igual que otros nazis, después de la guerra haya vivido bajo protección norteamericana. Incluso se ha especulado con la posibilidad de que hubiera trabajado para la CIA. Los archivos de inteligencia del ejército de los Estados Unidos indican que Müller — a quien se designa como “el Müller de la Gestapo” para distinguirlo de los centenares de Müller que había en el escalafón nazi— fue detenido en 1945 por fuerzas norteamericanas, según explicó en 2001 el reconocido historiador George Chalou, que trabajó en el Archivo Nacional de los Estados Unidos durante veintiocho años.

Con respecto a lo que pasó después, el especialista dijo que ésa “es la pregunta del millón”. Ese mismo año el canal de televisión alemán ZDF emitió un programa, basado en documentos del Archivo Nacional de los Estados Unidos, en el que se sostenía que el ejército norteamericano había

detenido a Müller y que lo había dejado en libertad por motivos desconocidos. El programa barajaba la idea de que un servicio de inteligencia de los Estados Unidos hubiera contratado a Müller.

La verdad es que sobre la vida de Müller persisten muchas dudas. “Si hay algún nazi que pudo desvanecerse por completo, ése fue Müller”, explicó Eli M. Rosenbaum, un experto que trabaja desde casi veinte años atrás en la división de crímenes de guerra nazis del Departamento de Justicia de los Estados Unidos. “Se trata de una de las grandes incógnitas de la Segunda Guerra Mundial”, aseguró.[13]

Los interrogantes respecto de Müller — así como de otros nazis que habrían trabajado para la CIA, por caso el SS Sturmbannführer Alois Brunner, experto en deportación de comunistas y judíos, considerado responsable de la muerte de 128.500 personas— persisten hasta hoy.

Muchos nazis, a pesar de que habían sido atrapados por las fuerzas aliadas, fueron “salvados” de ser enjuiciados por el accionar de los norteamericanos, que desplegaron una estrategia con ese fin. Por otra parte, cabe destacarse que la huida de nazis de sitios de detención custodiados por las fuerzas anglonorteamericanas, al caer Alemania, fue una constante que mueve a lógicas sospechas. Por ejemplo, el nazi Erich Priebke — que vivió casi cincuenta años en la Argentina hasta ser extraditado a Italia— contó cómo escapó de un campo de prisioneros ubicado en Rimini (Italia), que estaba bajo custodia de los ingleses. En muchas ocasiones, estas “fugas” eran facilitadas por los mismos captores.

Los casos citados precedentemente son sólo algunos a título de muestra de cómo los nazis fueron recibidos con los brazos abiertos y reutilizados por los Estados Unidos durante la Guerra Fría, en las filas de sus fuerzas armadas, en espionaje o en otras áreas para cumplir tareas militares, de

inteligencia, técnicas o científicas. También, tal como se verá, se “importaron” hombres expertos en adoctrinamiento ideológico, funcionales a los intereses de la derecha en Occidente.

Miles

Se calcula que, entre 1948 y 1952, la CIA — en el marco de una campaña de emigración muy especial— hizo entrar medio millón de europeos en los Estados Unidos, entre los cuales se destacaban varios criminales de guerra nazis.[14]

Había “nazis inmigrantes” de todas las extracciones: oficiales superiores de la Cruz de Hierro húngara, de la Legión Búlgara, de la Organización de Nacionalistas Ucranianos de Stephan Bandera, de la Legión Lituaniana y de la Brigada Ruso Blanca. La mayoría de estas facciones había creado divisiones de las Waffen-SS que, durante la guerra, asesinaron a comunistas y judíos.[15]

Para ese entonces también llegó a los Estados Unidos el húngaro Laszlo Pasztor, quien representaba en Berlín al gobierno fascista de Hungría, de Ferenc Szalas, durante la Segunda Guerra Mundial.[16]

Pasztor fue el puente para que cruzaran el Atlántico criminales nazis de Europa del Este, como el oficial de las Waffen-SS de Rumania Nicolás Nazarenko, especialista en “interrogatorios” a prisioneros políticos, o Radi Slavoff, vocero de Ivan Docheff, fundador de la Legión Búlgara.

Además, arribaron hombres de la Iglesia como Florian Galdau, capellán de la Guardia de Hierro rumana, quien reconoció haber ayudado a criminales de guerra para que pudieran entrar en los Estados Unidos, o fanáticos nazis como Walter Melianovich, quien representó en la nación

del norte a la Asociación Americano-Bielorrusa, fundada por elementos de la Unidad Waffen-SS de rusos blancos.

En 2010, *The New York Times* publicó un informe oficial del gobierno de los Estados Unidos en el cual se reconoce que ese país dio asilo a los nazis. Según ese diario, durante cuatro años el Departamento de Justicia trató de ocultar dicho documento esclarecedor que consta de seiscientas páginas. En el informe se citan varios casos de nazis que llegaron a la nación del norte, como, por ejemplo, Otto von Bolschwing, quien, debido a su relación con importantes alemanes y rumanos, llegó a ser agente de la CIA. Fue nombrado en esas funciones a pesar de que se sabía que había trabajado codo a codo con Adolf Eichmann. El documento detalla cómo la agencia de espionaje debatió en una serie de informes internos qué hacer si se descubría el pasado de Bolschwing.

El informe también indica que en 1979 se creó la Oficina de Investigaciones Especiales del Departamento de Justicia (OSI), con la finalidad de deportar a los nazis (que ya habían sido útiles y luego, ancianos, se convertían en un lastre peligroso para la imagen de la administración norteamericana). Así, el citado Boslchwing iba a ser deportado en 1981 pero falleció ese mismo año. De acuerdo con el documento dado a conocer por *The New York Times*, a muchos nazis "se les garantizó la entrada en los Estados Unidos" a pesar de que se conocían sus antecedentes. "Estados Unidos, que se vanagloriaba de ser un refugio seguro para los perseguidos, se convirtió a pequeña escala en un refugio seguro también para los perseguidores", concluye el documento oficial.[17]

Hasta el presente

Para que quede claro, estos hombres fueron en 1988 el corazón de la campaña electoral de George Bush padre. Slavoff como presidente de los "Búlgaros para Bush"; Galdau, de los "Rumanos para Bush", y Melianovich, de los "Ucranianos para Bush".[18]

En 1942, el citado Allen Dulles, para ese entonces abogado de la familia Bush, había recibido una orden tajante para impedir por todos los medios que la prensa mencionara el nombre de Bush asociado al de Hitler. Esto después de que se comprobara que "grandes partes del imperio Prescott Bush operaron para la Alemania nazi durante el segundo conflicto mundial, contribuyendo de esta manera al esfuerzo de guerra nazi".[19]

En 1943, el mismo Dulles fue nombrado en la dirección de la OSS (el Servicio Secreto norteamericano de aquella época) desde donde trabajaría, con apoyo oficial, para favorecer el ingreso de miles de nazis en su país, tal como se vio anteriormente.

Hoy está demostrado:

> [...] la fortuna de la familia del presidente de los Estados Unidos (Bush) fue en gran medida el resultado del proyecto Hitler. Prescott Bush desempeñó un papel central en financiar y armar a Adolf Hitler para la toma del poder en Alemania, financiar y gestionar las industrias de guerra nazis para la conquista de Europa y la guerra contra los Estados Unidos, y desarrollar las teorías genocidas y la propaganda racista nazi con los resultados conocidos.[20]

Jubilados nazis

En 1996 estalló una polémica por las jubilaciones que Alemania, muy discretamente, estaba pagando a ex miembros del ejército nazi o de las fuerzas SS, residentes en el extranjero. El diario *Sunday Times* afirmó que "Alemania se niega a entregar las lista de los jubilados nazis en el exterior,

pero da a entender que se trata en su mayoría de europeos del Este que estuvieron enrolados en las despiadadas SS”. Efraim Zuroff, director del Centro Simón Wiesenthal de Jerusalén, que durante años se dedicó a la búsqueda de nazis, al referirse al tema afirmó que “es una vergüenza”, ya que “es inconcebible dar apoyo financiero a quien ‘sirvió a un régimen que mató a millones y millones de personas’” (agencia ANSA, Londres, 15 de diciembre de 1996). El *Sunday Times* aseguró que había miles de beneficiarios de estas jubilaciones en el mundo.

El país donde más jubilados nazis recibían esas sumas era los Estados Unidos, con 3.377 jubilados muy ancianos que aún quedaban vivos en esa nación.

Adolf Eichmann

En 2005, el grupo judío Liga Anti-Difamación denunció que la CIA “se ha negado a desclasificar miles de páginas sobre los criminales de guerra nazis”, y exigió que la agencia “publique todos los documentos pertinentes tal como lo exige la ley”.

“Han pasado sesenta años desde el fin de la guerra, y ya es tiempo de que se ponga a disposición esta información”, exigió Abraham Foxman, director nacional de la Liga AntiDifamación. Pero el senador republicano Mike DeWine, miembro del Comité Jurídico de la Cámara Alta, le contestó que “ese servicio no tiene voluntad de entregar todos los archivos relacionados con los vínculos con el nazismo, pues tiene autoridad para decir que algunos expedientes son demasiado sensibles”.

En ese sentido, resulta estremecedor enterarse de la protección que los Estados Unidos brindaron al genocida Adolf Eichmann, así como a

cientos de nazis, que fue hecha pública en 2006, al darse a conocer en Washington veintisiete mil documentos liberados por los Archivos Nacionales de ese país, relativos al comportamiento de la CIA tras la Segunda Guerra Mundial.

Los documentos muestran que la Agencia Central de Inteligencia “no movió un dedo” para capturar al genocida Eichmann, según declaró a *The New York Times* la ex congresista Elizabeth Holtzman.

El ex director de la oficina de asuntos judíos de la Gestapo se escondió en la Argentina, en marzo de 1958, con el alias de Ricardo Klement, según informaron a la CIA los servicios secretos externos alemanes (BND).

“Es trágico que cuando la CIA y el espionaje alemán dispusieron de esta información, los israelíes suspendieran temporariamente la búsqueda de Eichmann en la Argentina, porque no conocían su alias” (Ricardo Klement), explicó Timothy Naftali, el historiador que ha revisado los miles de documentos hechos públicos. La CIA y el espionaje alemán no comunicaron a Israel el paradero de Eichmann por temor a que él revelase a su vez que Hans Globke, entonces uno de los principales asesores de seguridad nacional del canciller alemán Konrad Adenauer, había tenido un alto cargo en la administración nazi.

Los documentos muestran también que, entre 1949 y 1955, la CIA montó redes de espías alemanes, que incluyeron a antiguos nazis, para que se infiltraran en el otro lado —las zonas controladas por la Unión Soviética—, para estar preparados ante la posibilidad de que Moscú decidiese invadir Alemania Occidental. Sin embargo, “los datos que estos nazis aportaron fueron en su mayoría rumores o cotilleos, orientados a decir a sus interrogadores estadounidenses lo que querían oír”, declaró Robert Wolfe, ex archivero y experto en documentos sobre los nazis, a

The Washington Post.

Además, Wolfe recalcó que estos fugitivos se aliaron con la CIA “con la esperanza de escapar al castigo por sus crímenes, de beneficiarse actuando como mercenarios, o con el fin de poner en marcha sus agendas políticas, que no necesariamente eran compatibles con los intereses nacionales de los Estados Unidos”.

En 2010, Alemania dispuso reclasificar por cincuenta años más los archivos sobre la vida de posguerra de Adolf Eichmann, los que incluirían informaciones relacionadas con su fuga a la Argentina, así como los apoyos brindados desde distintos sectores oficiales, según una resolución de la Agencia de Inteligencia Exterior (BND) de ese país (*Spiegel*, edición *online*, Berlín, 11 de marzo 2010). Los documentos permanecerán clasificados como secreto de Estado, alegándose razones de seguridad nacional para no darlos a conocer al público. Los investigadores sospechan que en las cuatro mil quinientas páginas clasificadas, relacionadas con el “Arquitecto de la Solución Final”, habría elementos de prueba, incluyendo declaraciones del propio Eichmann, que demostrarían su relación con líderes sionistas así como la ayuda que habría recibido durante la posguerra de países aliados, incluida la misma Alemania, y el Vaticano.

Recientemente, al encontrarse nuevos documentos, se ratificó el hecho de que las autoridades alemanas conocían el paradero Eichmann, pero lo ocultaron, según información publicada por el *Bild Zeitung* en 2011. El informe indica que los servicios secretos alemanes conocían desde 1952 la identidad falsa tras la cual Eichmann se escondía en la Argentina, con el nombre de Ricardo Klement, así como su dirección y sus contactos.[21] Este hallazgo documental, que forma parte del material reunido por la

historiadora Bettina Stangneth, confirma que Alemania — cuyos servicios secretos trabajaban junto con los de Estados Unidos— seguía protegiendo a los jerarcas nazis ocultos, muchos años después de terminar la Segunda Guerra Mundial.[22]

Insólito: un nazi en el Mossad

El criminal nazi prófugo Walter Rauff, famoso por inventar los denominados “camiones de la muerte”, mediante los cuales se asesinaron a miles de judíos, trabajó para el Mossad israelí después de haber terminado la guerra.

A partir de 1942, este nazi se había desempeñado en Berlín como jefe de una sección técnica de las SS y era el responsable de las ejecuciones que se hacían utilizando esos vehículos. Los rodados mencionados se caracterizaban porque un tubo se unía al del escape. Mediante este método se envenenaba a los pasajeros, que eran transportados en la parte trasera del camión — donde se encontraba la salida del caño de escape de los gases— cerrada herméticamente. Así murieron entre noventa y siete mil y doscientas mil personas, la mayoría de ellas judías.

Desde julio de 1942 hasta mayo de 1943, Rauff dirigió también el Einsatzkommando — unidad secundaria de otra encargada del exterminio de los judíos— del norte de África, y fue el encargado de concentrarlos en Túnez.

Después de una breve estancia en Berlín, lo trasladaron a Kursika en julio de 1943, donde dirigió esa misma organización. Desde septiembre de ese año y hasta el final de la guerra dirigió las SS en Milán, donde participó en las negociaciones secretas que desembocaron en la rendición

de los nazis en el norte de Italia.

Rauff fue detenido por los Aliados occidentales, el 30 de abril de 1945, y el 19 de octubre de ese año, en una prisión estadounidense, firmó una declaración mediante la cual admitía que estaba involucrado en el asesinato de judíos por medio de gases tóxicos.

Ese documento luego se presentó en los juicios de Nüremberg junto con una carta del doctor Augusto Beber, donde se describía la técnica utilizada para esos asesinatos. Aparte de esto, el nombre de Rauff se repite treinta y un veces en los protocolos de los juicios de Nüremberg. A pesar de estos antecedentes — que daban los fundamentos necesarios para que fuera considerado un preso que debía estar en condiciones de máxima seguridad a la espera de su condena—, en 1947 consiguió escapar de su sitio de reclusión. Rauff huyó del campo de prisioneros aliado en Rimini, Italia. De ese mismo sitio de detención, tal como se explicó antes, escapó el oficial de la Gestapo, Erich Priebke, quien buscó refugio en la Argentina.

Posteriormente — y aquí comienza lo insólito de esta historia que se repetiría en otros casos similares—, el servicio de espionaje israelí contrató a Rauff para obtener información sobre el ejército sirio. Además, lo ayudó a huir de Europa a América latina. Así lo revelan documentos de la CIA — Rauff no sería el único caso de nazis contratados por los servicios judíos— recientemente desclasificados.

La persona que contactó a Rauff para trabajar para el espionaje israelí, según la CIA, fue Ted Cross (David Magen es su verdadero nombre hebreo), quien había sido contratado en 1948, para realizar actividades de espionaje, por Asher Ben Nathan, que entonces era el director de la “División de Actividades Especiales” de la oficina gubernamental del

Ministerio de Exteriores.[23] Cross había trabajado durante la Segunda Guerra Mundial en el servicio de inteligencia británico y hablaba varios idiomas.

En un memorándum de la CIA, fechado el 24 de marzo de 1950, hay referencia escrita de las relaciones entre el agente israelí Edmond (Ted) Cross — su nombre está borrado en este documento pero no en otros— y el nazi Janos Walberg. En una frase se indica: "la utilización del mencionado (Walberg) por el servicio de inteligencia israelí se adecua a lo descrito en las conversaciones con... (en esta parte el nombre está tachado)".

El documento describe la utilización de ex nazis por parte de los israelíes, para trabajos de espionaje en las naciones árabes.

Mucho tiempo después del envío del coronel de las SS Walter Rauff a Egipto, mediante una declaración el servicio israelí admitió que empleó a este nazi "cuyas posturas y pasado no despertarían sospechas en Egipto de que pudiera ser un agente israelí".

En un documento anterior de la CIA, de febrero de 1950, se indica que Cross ayudó a Rauff a conseguir la documentación necesaria para emigrar a América del Sur, aunque el intento de mandarlo a Egipto había fracasado.

¿Por qué, a pesar de eso, Israel ayudó a Rauff? El mismo documento señala: "no hay que descartar la posibilidad de que su presencia en Siria estuviera relacionada con un servicio para Israel".

Rauff, efectivamente, estuvo en Siria, donde fue consejero militar del presidente Juseini Zahím, quien estuvo dispuesto a llegar a un acuerdo de paz con Israel, pero el primer mandatario tuvo que abandonar el país cuando fue depuesto por un golpe militar.[24] No se sabe cuál era el

objetivo de Rauff en Egipto, pero su vínculo con Cross podría sugerir algunas hipótesis.[25]

De acuerdo con la documentación de la CIA, en 1949 Cross quiso enviar a Rauff a Egipto, aunque el criminal nazi no habría llegado a esa nación. Pero en otro documento de la agencia, esta vez fechado en 1953, el embajador estadounidense en El Cairo informó que un hombre llamado Rauff estaba en Egipto. A este Rauff se lo describe como polaco aunque por otro lado se lo recuerda como responsable de la muerte de judíos en Polonia, razón por la cual es razonable pensar que se trata del mismo nazi.

Según la documentación existente, Rauff fue de Damasco a Beirut y desde allí regresó a Italia. En Génova — mientras seguía sirviendo al servicio secreto israelí y posiblemente también actuara como informante de los británicos— ayudó a varios nazis a escapar de Europa. El mismo Rauff se embarcó hacia América del Sur en diciembre de 1949.

Ya en el Nuevo Continente, primero se instaló en Quito, capital de Ecuador; después, en 1953, estuvo en Buenos Aires — durante la segunda presidencia de Juan Perón—, donde desempeñó tareas, desde las sombras, para combatir a los grupos comunistas. En 1958 — Perón había sido depuesto por un golpe militar en 1955— viajó a Chile, donde un año más tarde adquirió la residencia.

Rauff fue gerente de una empresa de la familia Braun Menéndez, ubicada en el sur de ese país, y luego se desempeñó como asesor del dictador Augusto Pinochet Ugarte.

Si bien formalmente el Estado judío pidió a Chile la extradición del nazi, en rigor a la verdad:

> [...] no sabemos hasta qué punto fueron sinceros los esfuerzos de Israel para capturar a Rauff, la realidad es que ya en 1979 Israel vendió a Chile lanchas de vigilancia, después se fabricaron

aviones de guerra chilenos en Israel y en 1984 todavía se hacían reparaciones de mantenimiento.[26]

Rauff fue detenido en Chile en 1962 ante un pedido de extradición de Alemania Occidental. La Corte Suprema rechazó la demanda y fue liberado.

En 1984, el Ministerio de Justicia israelí y también los tribunales alemanes pidieron la detención de Rauff. Esos reclamos igualmente fueron rechazados, aclarándose que sólo se abriría otro proceso contra el criminal nazi si se presentaban nuevas causas penales en su contra. Ese mismo año — el de mayor presión internacional para apresarlo—, el gobierno de Pinochet informó que Rauff había muerto en mayo como consecuencia de un cáncer de pulmón. Si bien se hizo una ceremonia privada de velatorio y de entierro, algunos investigadores desconfían de esa muerte y hasta se asegura que el ataúd cerrado, que se llevó al cementerio de Santiago de Chile, estaba vacío. Algunas informaciones indicaban que se estaba en presencia de una farsa, para evitar a la justicia, y que el oficial alemán seguía vivo en Chile.[27]

No tan enemigos

Tal como se relató anteriormente, los servicios del criminal nazi Rauff fueron contratados por el gobierno israelí — Israel fue proclamado como Estado el 14 de mayo de 1948— a fines de la década del cuarenta.

Shalevet Freier, que en esa época se desempeñaba como jefe del área política del servicio exterior de Israel, admitió que él fue quien contactó a Rauff en Italia. Dicha confesión fue hecha durante una entrevista realizada en 1993 por Shlomo Nakdimon, para el periódico *Yediot Ajaronot*.

El funcionario judío — quien en los años setenta se desempeñó como director de la Secretaría de Energía Atómica— relató cómo ubicó al criminal nazi en Italia, después de que gente amiga le hablase de un “pez gordo” que había llegado de Siria y era conocido como Ralif, pero cuyo nombre real era Rauff.

Según documentos de la CIA, Rauff llegó en noviembre de 1949 a Roma, procedente de Beirut, y vivió en la pensión Tolentino con el nombre de Walter Rauff. En Siria — según esos mismos informes—, el criminal nazi trabajó también para la inteligencia británica.

En enero de 1950, Cross confirmó a los norteamericanos que Rauff había abandonado Italia, lo que había ocurrido efectivamente en diciembre de 1949.

Freier recordó que él informó al director de la Secretaría de Estado, Boris Guriel, y al director de la Secretaría de Asuntos, Asher Ben Nathan, sobre Rauff, y que no ocultó su identidad y se presentó ante Rauff como delegado del servicio de información de Israel. Según el relato del funcionario israelí, tras aceptar la propuesta, el general nazi se dedicó a redactar, para los servicios secretos israelíes, un informe sobre el ejército sirio.

“Cuando no sabía responder a las preguntas, Rauff solía telefonear a sus conocidos en Siria para recibir información complementaria”, dijo Freier. El gobierno de Israel pagó los servicios de Rauff y cubrió todos sus gastos. Freier, por su parte, dijo en la entrevista que Rauff continuó escribiéndole y que él conservó el vínculo con el destacado criminal nazi “porque pensé que tal vez algún día él me sería útil, él era fiel a los árabes”.

Asher Ben Nathan, que durante muchos años fue importante en el

Ministerio de Defensa israelí y embajador en Alemania y Francia, confirmó que Freier empleó a Rauff, pero que Freier sólo se lo dijo cuando el trato ya estaba realizado.

En realidad, Ben Nathan cree actualmente que el vínculo con el criminal nazi fue un error, pero admite que recibió de él información valiosa. Aun así, en su libro de memorias, que apareció en la década del noventa, dijo que Freier "logró enviar a Siria a un ex oficial nazi que, a su vuelta, trajo una valiosa información que evaluaba las fuerzas del ejército sirio". Ben Nathan confirma que era Rauff y que sabía cuáles eran sus antecedentes.

De este modo podemos concluir que el gobierno israelí — que siempre trabajó financiado desde los Estados Unidos y en coordinación con ese país— contrató por lo menos a un oficial nazi, a sabiendas de que era un criminal de guerra, paradójicamente acusado de matar judíos. (La prensa gráfica dio a conocer, el 2 de mayo de 1945, la información de que había sido detenido en Milán "el buscado coronel Rauff, conocido jefe de las SS", de modo pues que todo el mundo sabía que era buscado por la justicia.) Este caso está acreditado, así como el de otro nazi que también trabajó para los israelíes: el mencionado Janos Walberg de acuerdo con la documentación de la CIA citada anteriormente. Resta indagar más para saber si se trató de hechos excepcionales o si la contratación de nazis, por parte de los servicios israelíes, fue una estrategia que incluyó a más hombres provenientes del extinto Tercer Reich.

Esos nazis tan queridos

El primer director del servicio de espionaje alemán fue Reinhard Gehlen, ex general del ejército germano, quien durante el nazismo recabó

información sobre los soviéticos desde su departamento “Ejércitos Extranjeros Este”. Al terminar la guerra estos conocimientos lo convirtieron en un aliado valioso para los Estados Unidos. En 1946, Gehlen estableció relaciones con los norteamericanos y con los ingleses creando la Organización Gehlen (Gehlen Org) compuesta por ex oficiales nazis, que trabajaron en estrecha relación con los Estados Unidos. En 1956, en Alemania, bajo el canciller Konrad Adenauer, se fundó el Bundesnachrichtendienst (BND), como la sección extranjera de la inteligencia germana. En 2010, al desclasificarse algunas actas confidenciales del BND, salieron a la luz algunos datos inquietantes: unos 200 de los 2.450 subalternos de Gehlen tenían un notorio pasado nazi. De 146 espías investigados, 71 tuvieron que dejar el puesto por “probada participación en delitos violentos nazis”.

En los archivos del BND se encuentran unos 15.000 expedientes de unas 200 páginas cada uno. Hasta ahora han sido examinados por los historiadores solamente unos 5.000.

Norteamericanos con esvástica

El refrán dice que una imagen vale mil palabras. Esto evidentemente es así en el caso de un edificio militar norteamericano, construido en los años sesenta, con forma de cruz esvástica. Su forma, que se puede apreciar desde aire, pasó inadvertida por años. Pero el uso masivo de los mapas realizados con fotografía satelital, accesibles para cualquier usuario de Internet, permitieron “descubrir” en 2005 que un gran edificio de la base naval de San Diego, en California, fue diseñado siguiendo el formato del emblema nazi. El inmueble está ubicado en la calle Tulagi, en

proximidades del muelle de la base anfibia Coronado.

El arquitecto del edificio, John Mock, afirmó que la Armada “sabía que se iba a parecer” a una cruz esvástica, ya que así se estableció en los planos originales aprobados por esa fuerza militar.

El descubrimiento de los internautas generó una gran polémica —ninguna autoridad explicó el motivo por el cual se decidió que el edificio tuviera esa forma—, y la Armada resolvió actuar para frenar la ola de acusaciones que recibía, que hacían alusión a la afinidad entre militares estadounidenses y nazis, simbolizada en el formato del inmueble. La solución adoptada fue invertir unos seiscientos mil dólares para camuflar la forma del edificio con paneles solares y profusa vegetación. Así, la gran esvástica construida seguirá el camino de otros tantos sucesos históricos: se tapará, se ocultará para esconder una verdad que molesta e incomoda.

CAPÍTULO 10

Los secretos de Hitler en la Argentina

Hitler y Pavelić se reunían en un edificio en Mar del Plata, en 1953. Yo asistí a esas reuniones.

HERNÁN ANCÍN, Zapala, 1996

Hitler sufría de asma y úlcera, se había afeitado el bigote y tenía una gran cicatriz en su labio superior.

Documento del FBI, 21 de septiembre de 1945

Tres misterios

Distante a miles de kilómetros del escenario donde se desarrolló la Segunda Guerra Mundial, la Argentina — como otras naciones— guarda aún en sus archivos informaciones secretas que, de conocerse, permitirían cambiar radicalmente la historia del siglo XX.

La pregunta surge inevitablemente: ¿por qué en la Argentina están esos datos? Y la respuesta resulta casi obvia: porque hasta sus costas llegaron miles de nazis, varios de ellos jerarcas, que disponían de información y documentación de enorme valor.

Veamos ahora los misterios principales que se esconden en un lugar tan alejado del Viejo Continente, relacionados con el nazismo, que podrían

ser denominados como los secretos de Adolf Hitler. Éstos son:

1) La llegada de submarinos nazis a la Argentina durante la guerra e incluso después de la caída del Tercer Reich.
2) La vida en la Argentina del vice Führer, Martin Bormann, oficialmente muerto en 1945. Un caso importante de dilucidar, ya que el nombrado fue designado por Hitler, antes de la farsa del suicido, como el "ejecutor testamentario" del jerarca nazi, o sea, la persona encargada de decidir sobre los bienes del Führer después de que éste desapareciera de escena.
3) La presencia de Hitler y Eva Braun en la Argentina a partir de 1945.

Estos tres puntos son cruciales — van a contramarcha de la historia conocida—, ya que, en caso de ser demostrados, permitirían descorrer el velo que tapa una versión muy diferente del pasado.

Para la historia oficial, Hitler y Eva Braun murieron el 30 de abril de 1945 en el búnker de Berlín, no llegaron submarinos nazis fugitivos a la Argentina —excepto el U-530 y el U-977, que se rindieron oficialmente en el puerto de Mar del Plata— y Martin Bormann murió cuando intentaba huir por las calles de la capital alemana, al día siguiente del suicidio del Führer, esto es el 1º de mayo de 1945.

Otros jerarcas también habrían muerto — aun cuando sus cuerpos nunca fueron encontrados— o desaparecido, siendo imposibles de hallar, como una aguja que cae en el medio del océano, por caso el poderoso y temible Gestapo Müller (que también habría vivido en la Argentina, tal como se vio anteriormente).

Estamos en presencia de una gran farsa — producto de una serie de pactos— y las informaciones sobre estos hechos y personajes, todos

relacionados entre sí, fue silenciada o distorsionada. Veamos...

Submarinos nazis: secreto militar

Es abrumadora la cantidad de datos relacionados con la presencia de submarinos nazis en aguas jurisdiccionales argentinas; sin embargo, para la historia oficial, esto es un mito. En realidad, más que un mito se ha convertido en la posición oficial que la Argentina ha sostenido ante el mundo hasta ahora.

La Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina (Ceana), fue creada en mayo de 1997, mediante el Decreto 390 firmado por el entonces presidente Carlos Menem. En su seno se elaboró un frondoso documento, redactado por un importante grupo de especialistas que trabajaron en distintas áreas, con el fin de establecer la presencia cierta de los nazis en el país. Por lo tanto, el informe aborda distintos temas, tratando de cuantificar el número de nazis que entraron en la Argentina.

En el documento citado — con el título "Actividades clandestinas de la Marina alemana en aguas argentinas, 193045, con referencia especial a la rendición de dos submarinos alemanes en Mar del Plata, en 1945"—, el investigador canadiense Ronald Newton concluyó que ningún submarino nazi llegó a la Argentina después de que cayera Berlín, con excepción del U-530 y del U-977, dos naves que se rindieron en el puerto militar de Mar del Plata, en julio y agosto de 1945, arribando a ese atracadero sin oro ni jerarcas a bordo. Newton — quien fuera contratado por la Ceana para redactar parte del documento oficial de la Argentina— no cree en esas versiones y tampoco encuentra asidero a la gran cantidad de testigos

criollos que aseguraron haber visto a los U-Boote navegando en cercanías de las playas durante esa época.

Ésta es la conclusión que hizo propia el gobierno conducido por Menem al aprobar el documento de la Ceana:

> Probablemente nunca se encuentre la explicación de los avistajes inexplicados de submarinos en 1945. Como observé al principio de este informe, es lógicamente imposible probar una proposición negativa en forma absoluta, en este caso, que todas ellas no sucedieron. Aun así, las condiciones que un submarino aislado con destino hacia la Argentina habría tenido que enfrentar — la supervivencia de un grupo clandestino alemán para organizar una recepción, la evasión de la detección antes, durante y después de un desembarco, la cuestión del combustible y las provisiones — son todas tan formidables que la probabilidad de que alguna vez se haya producido ese desembarco es, en mi opinión, del mismo orden de magnitud que la probabilidad de que seres extraterrestres hayan aterrizado con éxito en la Tierra y se hayan ido de nuevo sin morirse de risa...

Se trata de un texto lamentable — con un lenguaje sorprendente ridiculiza la posibilidad de que hayan llegado sumergibles alemanes a la Argentina— para un documento oficial. Newton se olvidó de recorrer la costa patagónica, donde se hubiera llevado varias sorpresas, y además creyó que lo que no fue escrito no existió, un razonamiento simple, muy común, especialmente utilizado por algunos académicos que sólo investigan sentados frente a su escritorio.[1]

Tampoco hurgó demasiado en los archivos argentinos, en especial en los de la Armada nacional. Hay varios datos como para desconfiar de la postura oficial incrédula que daba por sentado que el Atlántico Sur, y más en concreto las costas argentinas, había sido ajeno a la presencia de submarinos nazis.

Los puntos que se citan a continuación surgen de los resultados obtenidos por el autor durante varios años de investigación, sumándose además información extraoficial relacionada con los submarinos nazis que

arribaron a la Argentina. A saber:

a) Presencia de submarinos en aguas jurisdiccionales argentinas en 1945 — esto consta en documentos de la Armada— y desembarcos en distintas playas. Esos sitios incluyen costas de Buenos Aires y de provincias patagónicas. En algunos de estos lugares, durante la guerra, en secreto se realizaba el reaprovisionamiento de esas unidades.
b) Submarinos alemanes llegaron a puertos militares de la Patagonia, como el de Comodoro Rivadavia, donde desembarcaron jerarcas nazis. Esto constaría en documentos secretos clasificados. Los alemanes fugitivos fueron recibidos con honores por parte de efectivos de la Armada argentina.
c) A Tierra del Fuego arribaron los submarinos U-112 y U-114 — dos naves cuya existencia y destino siempre fue un misterio rodeado de las más diferentes versiones, incluyendo la que dice que nunca navegaron y hasta que no fueron fabricadas—; el lugar donde quedaron hundidos estos cascos es en el litoral fueguino, en el Estrecho de Magallanes, en proximidades de la estancia Santa Inés.
d) En Caleta de los Loros, situada en Río Negro, llegaron por lo menos dos submarinos nazis, sus cascos permanecen a escasos treinta y cinco metros de profundidad, tapados de arena.
e) En Kiel, Alemania, en el Memorial Naval y Museo Submarino de Laboe, se exhibe un mapa mundial que marca con cruces los lugares en los que yacen los sumergibles germanos. Allí, “una enorme cruz roja sobre el golfo San Matías marca que en aguas argentinas hay al menos un U-Boot hundido”.[2]
f) La planta petrolera Astra, ubicada en Comodoro Rivadavia, abastecía

a los submarinos nazis. Hacia el final de la guerra el combustible era llevado por camiones a una playa cercana a esa ciudad, donde se realizaba el procedimiento de carga. Durante la primera parte de la guerra, el aprovisionamiento de unidades de la flota alemana se realizaba desde barcos que salían de la Argentina con destinos falsos, para traspasar a los corsarios y submarinos nazis, en mar abierto, el combustible que llevaban.

El capitán de navío Werner Stoephasius, el jefe del Etappendienst, el servicio secreto nazi de aprovisionamiento, reveló que "el mayor éxito" de funcionamiento de esa organización se logró en la Argentina, "donde fueron equipados buen número de los petroleros nodriza que avituallaron a los acorazados de bolsillo *Graf Spee* y *Admiral Scheer*". Stoephasius explicó:

> [...] los buques zarpaban aparentemente de un puerto para otro y no regresaban hasta que había transcurrido el tiempo normalmente empleado en el supuesto viaje, siendo el secreto tan absoluta y celosamente guardado que jamás uno de estos barcos fue apresado al zarpar o recalar en los puertos neutrales cumplimentando órdenes de Berlín. Desde luego el Etappendienst había colocado fondos suficientes en el extranjero antes de la guerra para que nunca llegase a escasear a lo largo de ella...[3]

Con respecto a los desembarcos, en la década del cincuenta los marineros Walter Dettelman y Mariano Alfredo Schulz — ex tripulantes del acorazado nazi *Graf Spee* hundido por sus marineros en el Río de la Plata en 1939, tras no poder escapar de la persecución de barcos de la flota inglesa— reconocieron haber participado de la recepción de un par de submarinos en playas de la Patagonia.

Ambos — que, como el resto de sus camaradas, quedaron internados en la Argentina durante la guerra— dijeron que los sumergibles llegaron a

una costa de la Patagonia entre los días 28 y 29 de julio de 1945. También aseguraron que de los U-Boote desembarcaron “jerarcas” y un valioso cargamento, aunque no abundaron en datos sobre los nombres de las personas que arribaron en esa oportunidad. En 1955, acerca de este hecho, el legislador Silvano Santander — quien como presidente de la Comisión de Actividades Antiargentinas, de la Cámara de Diputados de la Nación, fue abastecido de abundante información y documentos por los Aliados— escribió lo siguiente:

> Pero, según testimonios que hemos de citar, entre los días 28 y 29 de julio de 1945, llegan clandestinamente otros dos submarinos a la costa patagónica. Así lo declaran los ex marineros del *Graf Spee*, Rodolfo Walter Dettelman y Mariano Alfredo Schulz.[4] Agregan que ellos recibieron órdenes del segundo comandante del *Graf Spee*, capitán Kay, para trasladarse a la Patagonia a fin de prestar servicios especiales. Así lo hicieron y no recuerdan bien el sitio adonde fueron llevados, pero saben que se alojaron en una de las estancias de la compañía Lahusen, no molestada por la Comisión de Vigilancia de la Propiedad Enemiga, por expresa decisión del Poder Ejecutivo. Manifiestan, además, esos marineros que en la fecha que hemos citado llegaron dos submarinos. Descargaron muchos cajones pesados que fueron conducidos a la misma estancia en ocho camiones. Por lo que ellos pudieron entender, se trataba de una carga valiosa que venía de Alemania. En botes de goma, más tarde llegaron a la costa ochenta personas. Algunas de ellas, por la forma en que daban órdenes, muy importantes. Los dos ex marineros viven actualmente en la zona occidental de Berlín.

Santander prosigue señalando:

> [...] los marineros del *Graf Spee*, teóricamente, estaban internados. Sin embargo, se los empleaba para todo, hasta para esta clase de trabajo, en el ritmo coordinado del servicio de espionaje. En estos submarinos se trajeron riquezas invalorables y a éstas se las denominó el tesoro nazi.[5]

Un conjunto de documentación desclasificada por la Armada Argentina — que demuestra la actividad de submarinos nazis durante el invierno de 1945—, así como varios testimonios, tiende a demostrar, precisamente,

todo lo contrario a lo que asegura la versión oficial (que ningún submarino pudo llegar a la Argentina). Ese material da cuenta del avistamiento de submarinos nazis en el litoral patagónico y de diversos procedimientos realizados por la flota argentina, incluyendo un ataque a un U-Boot con bombas, ocurrido en el golfo San Matías.[6]

En 2007, el autor solicitó a la entonces ministra de Defensa, Nilda Garré, documentación relacionada con submarinos nazis, así como con la denominada "Operación Calypso", una expedición realizada en 1997 por la Armada Argentina para detectar los cascos de esas naves hundidas en la zona de Caleta de los Loros en el golfo San Matías, a la altura de la provincia argentina de Río Negro.

El pedido dio origen al Expediente 35.275/07, mediante el cual el Ministerio de Defensa trasladó el citado requerimiento a la Armada nacional. Esa arma facilitó poca e intrascendente documentación relacionada con el pedido, y luego el jefe del Estado Mayor General de la Armada, almirante Jorge Omar Godoy, mediante una nota presentada en el expediente citado (con fecha 30 de diciembre de 2008), impuso el carácter de secreto a un importante conjunto de documentos. Obsérvese que esa determinación fue realizada a posteriori del pedido, con lo cual, al momento de la solicitud los documentos no eran secretos y podrían haber sido vistos en el marco del Decreto 1172-03 — de acceso a la información pública—, así como por lo previsto en el Decreto 232/92, que ordena liberar la documentación relacionada con la actividad nazi realizada en la Argentina.

En 2009, el autor, con el patrocinio letrado del doctor Eduardo Boneo Villegas, volvió a reclamar el acceso a esa documentación, pero el subsecretario de Planeamiento Estratégico y Política Militar del Ministerio

de Defensa, licenciado José Luis Sersale, resolvió que no se podría acceder a los documentos solicitados, indicando que éstos permanecerían con el carácter de “secreto militar”. Sersale, mediante una disposición formal, desestimó el pedido, con lo cual se agotó la vía administrativa prevista para tratar de obtener la información sobre las actividades de submarinos nazis en la Argentina.

¿Qué secreto pueden ocultar esos documentos, luego de más de sesenta y cinco años de sucedidos los hechos? Especulemos. Pueden confirmar que los submarinos llegaron a playas desoladas pero también a bases militares australes, una posibilidad real de acuerdo con ciertos testimonios. Además pueden acreditar que quienes llegaron eran jerarcas, citándolos con sus verdaderos nombres (pudiendo estar el de Adolf Hitler entre ellos).

Entonces, el carácter impuesto de “secreto militar” a esta documentación — resguardada hasta el presente en el Ministerio de Defensa— demostraría el alto grado de complicidad del Estado argentino con la recepción de los nazis.[7]

En 2011, el autor inició una acción judicial, en curso al momento de escribirse este libro, para tratar de conseguir la desclasificación de la documentación citada.

El vice Führer

Martin Bormann falleció en Berlín en 1945, según nos cuenta la historia oficial. Cuando la guerra llegaba a su fin, se había convertido en el hombre de mayor confianza de Adolf Hitler: manejaba su agenda personal, administraba sus cuentas personales y decidía quiénes podían

entrevistarse con el Führer. Después de su jefe, era el más poderoso de los jerarcas alemanes. Mediante su última voluntad escrita, Hitler designó a Bormann como ejecutor testamentario, esto es, la persona que podía disponer de los bienes del líder del nazismo luego de que éste desapareciera.

De acuerdo con la versión históricamente aceptada, Bormann murió cuando escapaba a pie, junto al doctor Ludwig Stumpfegger, médico personal de Hitler, según contó Arthur Axmann, líder de las Juventudes Hitlerianas. Axmann dijo que tanto Bormann como Stumpfegger habían muerto posiblemente como consecuencia del estallido de una granada.

A pesar de este relato, y como no se encontró su cadáver (ni tampoco el de Stumpfegger), el segundo de Hitler fue juzgado en Nüremberg en ausencia — para lo cual la fiscalía acreditó que se había fugado— y condenado a muerte.

Durante años se especuló con la posibilidad de que hubiera huido con destino presunto a Sudamérica, tal como lo habían hecho otros criminales nazis. Se dijo que Bormann continuaba manejando los fondos de una organización nazi de posguerra — conocida, entre otros nombres, como "La Araña" u "Odessa"— que funcionaba en las tinieblas. Hay infinidad de artículos periodísticos, libros e informes oficiales que hablan de Bormann vivo después de haber terminado la guerra.

Pero el 7 de diciembre de 1972 aparecieron huesos dispersos, correspondientes a dos cadáveres, cuando obreros de una construcción estaban trabajando en la avenida Invalidenstrasse, en Berlín, en la zona donde Axmann asegurara que habían caído Bormann y Stumpfegger. Al estudiarse esos restos, el dentista Fritz Echtmann reconoció las coronas odontológicas que había colocado a Bormann, con lo cual se dio por

cierto que se trataba de su cadáver. En 1999, un estudio de ADN determinó que, efectivamente, los huesos hallados pertenecían al jerarca nazi. Luego, sus despojos fueron cremados y arrojados al mar, con lo cual se imposibilitó la realización de pericias posteriores.

Al parecer, a los efectos de demostrar que Bormann nunca escapó, se le restó importancia al detalle de que los huesos encontrados tenían micropartículas de tierra roja, que no hay en Berlín sino a miles de kilómetros de allí: en Paraguay.

Así resulta posible que Bormann, al igual que Hitler, hubiera escapado y que, tras su muerte — acaecida en esa nación sudamericana—, su cadáver, o partes de su esqueleto, haya sido transportado a Europa y nuevamente enterrado para ser "descubierto" en Berlín, para de este modo trastocar la historia.

Hipótesis muy conspirativa, se dirá. Pero las consecuencias de los pactos que se hicieron en su momento superan la ficción y — para borrar huellas así como para evitar que se descubra la trama de complicidades— todo es posible. Claro que hay que demostrarlo.

En ese sentido, un experto del caso, el doctor Hugh Thomas, confirmó tras las pericias que "el cráneo de Bormann, al igual que otros huesos (encontrados en Berlín), tenían arcilla roja", aunque el lugar donde fueron hallados dichos restos fuera un suelo arenoso. "En Berlín no hay arcilla roja", dijo el médico, quien nunca creyó en la versión oficial que asegura que el esqueleto del jerarca nazi fue hallado en Alemania, donde se encontraba desde 1945.[8]

Arcilla roja sí hay en Paraguay, en particular en el cementerio de la localidad de Itá, donde habría sido enterrado el jerarca nazi, según se infiere de informes de la policía paraguaya del dictador Stroessner. Al

respecto, documentación de ese país, desclasificada en 1993, firmada por Pedro Prokopchuk, jefe de la División de Asuntos Extranjeros, indica que Bormann murió en Asunción del Paraguay en 1959 y que fue enterrado en Itá.[9]

En Paraguay existe la versión de que Bormann, cuando se encontraba muy enfermo — posiblemente de cáncer al estómago—, se recluyó en la casa del cónsul Werner Jung y que fue atendido primero por Joseph Mengele y luego por el doctor austríaco Otto Biss.[10]

Pero, más que un rumor, esta información también se encuentra en el mismo documento de la policía paraguaya, citado anteriormente, que indica:

> Martin Bormann. Criminal de guerra condenado en el proceso de Norimbergia (sic), después de la Segunda Guerra Mundial, jefe del Partido Nazi durante la guerra, buscado por la justicia internacional; según el informe, remitido en la fecha 29.4.61 a su central en Alemania Occidental; vino en el año 1956 al Paraguay y vivió mucho tiempo en la propiedad del señor Alban Drug en Hohenauen la zona de Alto Paraná. En los años 1958-59 fue tratado por el conocido alemán Joseph Mengele... falleció a causa de su enfermedad de cáncer de estómago el 15 de febrero de 1959 en Asunción, en casa del señor Werner Jung, por el momento cónsul general del Paraguay en Alemania Occidental, y es enterrado en la noche del 17 de febrero de 1959 en el cementerio de Itá.[11]

Un testimonio muy concreto es el del hijo mayor del jerarca Bormann, Adolf Martin, quien después de la guerra se convirtió al catolicismo y se hizo sacerdote en 1953. Bormann Junior — el mayor de nueve hermanos, apodado “Krönzi”, una abreviatura de *Kronprinz*, en alemán “príncipe heredero”— manifestó que hubo varias razones por las cuales él y sus hermanos siempre dudaron de la muerte de su padre, que fue certificada por abogados de Frankfurt en 1973. En ese sentido dijo:

> [...] en el cadáver que nos presentaron no había señales de una herida que nosotros conocíamos (no así los abogados), sufrida por nuestro padre antes de la guerra. Se cayó montando a caballo y se rompió la clavícula. Algunos forenses nos dijeron que era imposible que no quedase rastro alguno de semejante lesión en un esqueleto, por mucho tiempo que hubiera pasado. Los abogados de Frankfurt me informaron de que habían seguido más de cuatro mil pistas. Tal vez se cansaron de investigar y organizaron un entierro político.

Tras lo cual, al aludir a la posibilidad de reencontrarse con su progenitor, agregó:

> [...] si efectivamente consiguió escapar, no creo que pudiera permitirse intentar contactar con nosotros. Con toda seguridad, de saber el camino que yo elegí, creo que sería la última persona con la que habría intentado comunicarse. En caso de que estuviera vivo, creo que siguió su propio camino, que rehízo su vida.[12]

La decisión de "decretar" la muerte de Bormann en 1945 tuvo el resultado obvio de negar todas sus actividades posteriores, sobre todo las relacionadas con el destino de las fabulosas divisas nazis. De este modo quedan libres de toda sospecha aquellas personas y empresas que podrían haber tenido relación, especialmente por negocios de envergadura, con el jerarca nazi, después de ese año. Esto incluye a importantes políticos; por caso, Juan Domingo Perón, a quien Bormann conocía en forma personal, tal como veremos más adelante.

En 1996, en un reportaje concedido al diario patagónico *La Mañana del Sur* —periódico en el que trabajaba el autor de este libro—, la española Araceli Méndez reveló haber sido amiga de Martin Bormann. La mujer dijo que en la década del cincuenta lo conoció en Buenos Aires, con el nombre falso de Ricardo Bauer, y que un hermano suyo fue contratado por Bormann para redactar cartas, informes y documentos.

Méndez — que había llegado a Buenos Aires en 1947— aseguró que

Bormann estaba enamorado de ella pero que decidió rechazarlo como amante, aunque mantuvieron por años una relación de gran amistad. Dijo que no lo quería como novio porque él le había confesado que había sido un importante jefe nazi — le contó que su nombre falso era Ricardo Bauer aunque no le reveló el auténtico—, y esto le había creado a ella un gran conflicto interior. La dama descubriría luego la verdadera identidad de su amigo al ver una foto de Bormann publicada en una revista.

Durante el reportaje la mujer dio una gran cantidad de detalles acerca de Bormann en Buenos Aires, contando, entre otros datos, que el delfín de Hitler conocía personalmente a Perón y a Eva Duarte. También aseguró que ella lo dejó de ver alrededor de 1960, no recordaba bien la fecha, aunque aclaró que, desde varios años antes, ellos ya estaban distanciados y no salían juntos.[13]

Pero además del apasionante relato de Araceli Méndez, la mujer había guardado una foto en la que ella está junto a Bormann. A primera vista no parece ser la imagen del jerarca nazi, pero al hacerse una pericia criminalística no hubo la menor duda.[14]

Los cambios fisonómicos fueron: entretejido de pelo en su frente y cirugía de nariz, además de usar bigotes y anteojos. A pesar de su esfuerzo para modificar las características de su rostro mediante cirugía estética, no pudo “borrar” una pequeña cicatriz que tenía al lado del ojo izquierdo. La foto, sacada en un restaurante de Buenos Aires, fue un regalo muy especial de Bormann a Araceli, que ella guardó entre sus recuerdos hasta hoy, pidiéndole que no la mostrara a otras personas por obvias razones de seguridad personal. Igual debe decirse que la imagen confunde y despista, ya que los mencionados cambios realizados en su cara modifican totalmente su apariencia, excepto la famosa cicatriz que está disimulada

detrás del marco de sus anteojos.

Coincidencias diplomáticas

En 1961, el ex embajador argentino en Israel, doctor Gregorio Topolevsky, afirmó que Bormann había vivido con nombre falso en la Argentina y que “desapareció en la frontera con Brasil cuando supo de la captura de Eichmann por agentes israelíes”. Durante una conferencia de prensa realizada en Tel Aviv, Topolevsky dijo que “si Israel hubiera pedido la extradición de Eichmann por canales oficiales, se hubiera desvanecido dos horas más tarde”, aludiendo a la protección — lo que implicaba la complicidad de funcionarios nacionales— que gozaban los nazis en la Argentina. El ex embajador agregó que “la policía argentina sabía de la presencia de Bormann” en el país (agencia AP, 5 de septiembre de 1961).[15]

El testimonio de Topolevsky, relacionado con Bormann — también conocido como “el hombre de las mil caras”, debido a los repetidos cambios de fisonomía que realizó para no ser detectado—, no es el único que tiene origen en la diplomacia.

En junio de 1998 el autor entrevistó al embajador de Israel en Buenos Aires, Yitzak Avirán, y durante el reportaje le preguntó sobre los nazis famosos que no habían podido ser atrapados por el Mossad, en particular Bormann. Sobre este último el funcionario respondió en forma escueta: “Lamento que no pudimos encontrar a Bormann, se nos escapó”.[16]

Documentación

Si bien Bormann murió en 1945, tenemos hasta aquí una fotografía, una testigo que delata su presencia en Buenos Aires en los años cincuenta y dos funcionarios diplomáticos asegurando lo contrario. Faltaría acreditar su exilio en la Argentina con información oficial.

En tal sentido, en un documento de Coordinación Federal fechado el 5 de octubre de 1960, firmado por el subcomisario Justo Horacio Gómez —jefe de la División Despacho Federal—, se informó que había constancias sobre la presencia de Bormann en la Argentina. En uno de los escritos se lo sindica como antiguo afiliado al Partido Comunista, y como doble agente. En ese documento se asegura que inicialmente huyó a Moscú, donde "residió en compañía del general Dostovalov, ex consejero más cercano de Hitler para los asuntos rusos y a la vez agente soviético. Informe 5-5-52" (CF "A", Nº 99786).

En su informe el subcomisario Gómez también indicó que, en relación con Bormann, se encontraban los expedientes Nº 6197 y Nº 965.

Información sobre Bormann en la Argentina se encontraba, además, en documentación de la SIDE (Servicio de Inteligencia del Estado), en particular en el Expediente Nº 3163DAE 0485 bajo la calificación de "Estrictamente reservado y confidencial". También un sobre rotulado con la inscripción "Informe especial relacionado con Martin Bormann". Este material se hallaba guardado bajo el Nº 6384, en el archivo de la SIDE. Todos los expedientes de la Dirección de Asuntos Extranjeros (DAE) donde existían constancias de Bormann fueron enviados al Departamento de Registro e Informes (SIDE) para su archivo, en 1971, y nunca fueron desclasificados. Es posible que hayan desaparecido.

El libro secreto DAE, del año 1960, donde constaría el destino del Expediente Nº 3163, fue "destruido" según consta en documentación

oficial de Coordinación Federal.

Oficialmente se desclasificó el “Legajo 1” (DAE Nº 4550) y el “Legajo 2” (DAE Nº 20.748), ambos titulados “Martin Borman”. Esta documentación fue enviada al Archivo General de la Nación, donde ha pasado inadvertida. En ésta consta que “los expedientes relacionados con Borman fueron enviados a DRI, en el año 1971” (DAE Nº 450, foja 27). Al parecer, del jerarca nazi se hicieron por lo menos los dos legajos antes citados, que están desclasificados, y por lo menos uno más que permaneció con el carácter de secreto, un accionar insólito, ya que generalmente se labra uno por persona.

En la documentación desclasificada faltan fojas y, de las que están, no todas guardan un orden cronológico. También hay una gran cantidad de copias de artículos periodísticos de diferentes diarios que dan cuenta de la posible presencia de Bormann en la Argentina.

Se encuentran en estos legajos las huellas dactilares de Bormann, tomadas en Alemania en 1934. Éstas fueron enviadas a la Argentina a requerimiento de Coordinación Federal en 1960. El pedido inicial había sido presentado al New Scotland Yard en septiembre de ese año, pero el citado organismo británico contestó que carecía de tales huellas, razón por la cual la Policía Federal Argentina, vía Interpol, las solicitó entonces a Alemania (memorando del director de Investigaciones, inspector general Florentino de la Quintana, DAE “S” Nº 3471).

En la documentación consta que los Estados Unidos pidieron a la Argentina la captura de Bormann el 21de enero de 1949. Esta solicitud fue girada a diferentes unidades de la Policía Federal en estos términos:

> La Captura: del notorio criminal de guerra alemán Martín Bormann también conocido con los nombres de Marti Bohramann o Bormann, nacido el año 1900, de 1,60 a 1,70 m de altura, figura

recia, espalda muy ancha, ligeramente patizambo, cabello a mechones finos, castaño oscuro, comenzando a encanecer, principio de calvicie en el centro, tez cetrina, casi amarillo asiático, probable cicatriz o cicatrices de duelo, en la mejilla izquierda, ojos grises o azules oscuros, afeitado, tiene voz grave, cuellos corto, habla solamente idioma alemán, vestía traje saco derecho color gris oscuro u ojo de perdiz, sombrero de fieltro, con alas bajas, presúmese que el nombrado se encuentra radicado en la ciudad de Posadas, Misiones. [DAE Nº 4550, foja 43.]

En la foja 44 del Legajo 20.748 antes citado se indica:

Se hace constar que todos los expedientes DAE donde existan constancias sobre Martin Bormann fueron enviados al Departamento Registro e Informes para su archivo, en el año 1971.

El autor consultó al Ministerio de Justicia sobre la posibilidad de ver el prontuario de Martin Bormann. La respuesta fue que los legajos son secretos y que esa circunstancia se puede modificar sólo por orden judicial. Entonces, al insistir con el requerimiento, se consultó si existía dicha documentación, ya que ésta corresponde a personas que viven o estuvieron en el país.

El entonces ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, Aníbal Fernández, confirmó que “en referencia a Martin Bormann, se encuentra expediente de Interpol bajo el Nº 7490”. En la declaración del ministro Fernández se escribió Borman con una sola “n” pero, al adjuntarse en el expediente la ficha patronímica, el apellido aparecía escrito con doble “n”.

Como en los archivos argentinos todo es posible, el autor volvió a reiterar la posibilidad de acceder al documento de Interpol antes citado, para verificar si éste correspondía con el del vice Führer o con otra persona homónima del jerarca nazi.

La contestación, en este caso, del comisario Mario Luis Bourdotti es sorprendente pero marca una constante con respecto a los archivos

argentinos. Al referirse al reclamado Expediente ER 7490, el jefe policial informó que “en octubre del año 1999 se determinó el faltante del mismo al efectuarse una compulsa general de dicho archivo, luego de una de las tantas mudanzas a la que se viera sometido el citado material”.

La documentación estaba “perdida”, término que generalmente — en el lenguaje burocrático y cuando se tratan temas densos como el de los nazis — es sinónimo de sustracción. Estos hechos hablan por sí solos y no merecen mayores comentarios.

El custodio de Perón

Además de las pruebas hasta aquí presentadas, el autor pudo entrevistar a un comisario, custodio de Perón, que confirmó haber sido testigo por lo menos de una reunión del presidente argentino con el jerarca nazi Bormann en una residencia que tenía el jefe de Estado en la calle Teodoro García del barrio Belgrano. El hecho tuvo lugar en 1953.

El policía —que llegó a ser jefe de custodia del presidente argentino— también explicó que en varias ocasiones debió entregar sobres con dinero por directivas de Perón. Estas entregas se hacían en el Hotel Plaza, donde Bormann estaba alojado.

Sugestivamente, en un documento del “Legajo Nº 1” de Bormann se menciona a una mujer relacionada con él, Alicia Magnus, y al referirse a ella el documento indica que se encuentra alojada en el Hotel Plaza. El escrito señala que Magnus es de nacionalidad alemana y “sospechosa”, así como que “estuvo parando en el Plaza Hotel de esta capital, regresando al Brasil, donde tiene su domicilio”. El hecho ocurrió en 1953, y al parecer la policía detectó que Magnus “hizo alusiones a la supuesta permanencia del

ex dirigente nazi, en nuestro país”, al referirse a Bormann (“CF “A” Nº 976).

El comisario retirado Jorge Colotto, octogenario, calvo, de ojos claros y mirada vivaz, es el testigo clave. A partir de 1951, y durante casi cinco años, se desempeñó como integrante de la guardia personal del presidente Perón.

El hombre, muy imaginativo por cierto, tuvo la habilidad de anotar en pequeños papeles cada episodio interesante que veía mientras cuidaba a Perón. Podían ser servilletas o pedacitos de hojas de cualquier origen. Los acumuló en una lata que se convirtió en un original archivo: cientos de papelitos escritos con historias inéditas del ex presidente argentino. En uno escribió los detalles de una entrevista que mantuvo Bormann con Perón en Buenos Aires. Pequeños pedazos de papel ahora convertidos en piezas de un apasionante rompecabezas.

Éste es el texto del reportaje realizado al jefe policial, en Buenos Aires, en 2008:

—*¿Usted conoció a Martin Bormann en la Argentina?*
—Sí, cuando se reunió con Perón.

—*¿Dónde y cuándo fue ese encuentro?*
—En la primavera de 1953, en la casa que tenía Perón en la calle Teodoro García. Era una propiedad que se la había regalado Freude y allí el general hacía las reuniones que no quería que se conocieran. Para eso siempre llegaba hasta allí con una gorrita y anteojos negros. El único que venía periódicamente hasta allí, cuando estaba Perón, era el empresario Dodero.

—*¿Cómo sabe que era Bormann?*
—Porque Perón me lo informó. Estábamos en esa casa y el general me dijo “a las veinte horas viene Bormann. Ojo que es alemán, no es argentino, así que si dijo a las veinte esté atento a esa hora, porque los alemanes son puntuales”.

—*¿Cómo llegó Bormann?*
—Exactamente a las veinte y un minuto, bajó de un taxi, yo lo estaba esperando en la puerta. Él me dio la mano con fuerza. Yo lo hice pasar al living de la casa.

—*¿Qué fisonomía tenía?*
—Era un hombre "todo alemán": buen cuerpo, robusto, redondo, tenía bigotes. Estaba vestido de saco y corbata. "Chapuceaba" español pero se entendía bien.

—*¿Dónde estaba Perón cuando llegó Bormann?*
—Estaba en su escritorio, yo lo fui a buscar. Cuando se encontraron, en el living, se saludaron con un abrazo fuerte, como si se conocieran de antes. Pienso que se conocían, que éste no era el primer encuentro entre ellos.

—*¿Qué pasó después?*
—Se encerraron los dos en el escritorio, desde minutos después de las veinte hasta las veintidós horas, casi dos horas.

—*¿Había alguien más en la casa?*
—Sí, estaba el valet de Perón, Romano, y Francisca, la cocinera, ya que el general iba a invitar a Bormann para quedarse a cenar. Pero esto no pasó porque Bormann, cuando el general lo invitó a comer, dijo que no disponía de más tiempo porque tenía otros compromisos.

—*¿Esa casa tenía seguridad?*
—Había dos agentes afuera durante el día, cuando no estaba Perón. Pero cuando Perón iba los sacaba. Como custodia, cuando estaba el general, estaba sólo yo adentro. Así fue también ese día.

—*¿Ocurrió algo significativo durante esas dos horas en las que estuvo Bormann con Perón?*
—Estaban reunidos a puertas cerradas. No sé lo que pasó allí. Lo único que vi es que Romano ingresó al escritorio para servirles algunas bebidas.

—*¿Qué pasó cuando terminó la reunión entre ambos?*
—Salieron del escritorio y el general me dijo: "Hijo, acompáñelo al señor Bormann hasta Cabildo (una avenida de Buenos Aires que quedaba a tres cuadras de la casa) para tomar un taxi". Entonces yo salí con Bormann, pero no fue necesario caminar porque justo en ese momento apareció un taxi al que se subió Bormann.

—*¿Perón le hizo a usted algún comentario?*
—Sí, me dijo: "Bormann me trajo un obsequio inmerecido".

—*¿Usted vio ese regalo?*
—No, Bormann no trajo nada en las manos, quizá era algo pequeño, pienso que podía ser una medalla.

—*¿Usted no le preguntó a Perón de qué regalo se trataba?*
—No.

—*Después de ese día, ¿usted volvió a ver a Bormann?*
—No, pero sé que él estaba alojado en el Hotel Plaza. Eso yo lo sé porque durante un año Perón me daba plata, en un sobre de papel madera, para que fuera a pagar todos los meses la cuenta de Bormann en ese hotel, incluía el alojamiento y todos los gastos.

—*¿La cuenta estaba a nombre de Bormann?*
—No, porque él tenía un nombre falso, pero ahora no me acuerdo de ese nombre.

—*¿Nunca antes había contado esta historia?*
—No.

—*¿Por qué?*
—Por temor. Tengo un poco de temor por mi seguridad personal.[17]

El testimonio, así como los documentos oficiales y antecedentes relacionados con Bormann, confirma los dichos del ex embajador Topolevsky, quien había afirmado que "la policía sabía" que Bormann estaba viviendo en la Argentina con nombre falso.

Más pruebas

En 1996, el autor recibió copia, autenticada ante escribano público, de un

pasaporte falso que habría usado “el hombre de las mil caras”. El documento, extendido a nombre de Ricardo Bauer — de nacionalidad italiana—, se encontraba en buenas condiciones de conservación y pertenecía a la República del Uruguay, bajo el Nº 9.862. Según consta en el documento, habría sido otorgado por la embajada uruguaya en Génova el 3 de enero de 1946 y, de acuerdo con los sellos migratorios, habría sido usado para viajar entre Italia y Francia en 1947. La validez del pasaporte venció el 3 de enero de 1951 y no fue renovado. En la foto del documento aparece un hombre de fisonomía similar a Bormann, vistiendo saco, sin corbata, constando que su profesión es la de “agricultor”. Llamativamente tiene una cicatriz cerca del ojo izquierdo, característica que, en el ítem de señas particulares, consta por escrito en el mismo pasaporte.

Cuando en junio de 1996 el autor publicó copia del documento en el diario patagónico *La Mañana del Sur*, la noticia tuvo gran repercusión y se creó una importante polémica. El agregado de Prensa y Cultura de la embajada de Israel en Buenos Aires, Din Heiman, dijo que era posible que Bormann hubiera estado en la Argentina, y Sergio Widder, representante para América latina del Centro Wiesenthal, expresó que la posibilidad de que el jerarca nazi hubiera arribado al país “no suena como un disparate”, aunque aclaró que en ese sentido “nunca hubo indicios suficientemente fuertes para confirmarlo”. La declaración más llamativa fue la del propio Simon Wiesenthal, quien desde París, apenas un día después de haber aparecido el pasaporte, contradijo al representante de su organización al expresar que “existen pruebas irrefutables de que Bormann murió el 1º de mayo de 1945” en Berlín. Con esta afirmación lapidaria, Wiesenthal concluyó que el pasaporte era falso aun cuando no lo había visto y ni siquiera se había realizado un estudio de éste. Si bien luego se facilitó una

copia al Centro Wiesenthal para que se realizara una pericia del documento en los Estados Unidos, nunca se informó sobre el resultado de dicha comprobación.

Lo extraño del caso es que Wiesenthal durante años sostuvo que Bormann había escapado, y sorpresivamente cambió de opinión al adherir a la posibilidad de que el esqueleto hallado en Berlín fuera el de Bormann.

De acuerdo con una investigación del autor, Bormann embarcó en Génova en 1947 ayudado por el agente Franz Ruffinengo, un austríaco que trabajaba para el presidente Perón, encargado de facilitar la salida de los nazis de Europa. Bormann, al momento de embarcar en un barco de bandera egipcia, le entregó personalmente una esquela a Ruffinengo, quien llevó consigo ese documento excepcional a Buenos Aires. En la nota el jerarca alemán agradeció la ayuda de Ruffinengo con estas palabras que quedaron escritas allí: *"Quiera Dios que yo alguna vez tenga la posibilidad de ayudarlo a usted tal como hizo conmigo. Martin Bormann"*. Ruffinengo, tras la guerra, vivía en Buenos Aires, aunque también tenía una casa en la localidad patagónica de El Bolsón.[18] En la Argentina, este autor pudo ver esa esquela que había sido firmada por Bormann en 1947 en Génova, pero no pudo obtener una copia, ya que Ruffinengo no accedió a ese pedido.

Cuando falleció este hombre, le pedí al capitán Manuel Monasterio —que llegó a conocer a uno de los guardaespaldas que cuidó a Hitler en la Argentina— si podía iniciar conversaciones con la familia Ruffinengo, con quien él tenía buena relación, para recuperar la esquela de Bormann. La gestión de Monasterio no duró, ya que, a poco de iniciarla, fue amenazado de muerte en forma anónima, con lo cual desistió de continuar con la búsqueda del papel que demuestra que el jerarca nazi escapó.

Nazis contra Perón

En 2011, un colaboracionista belga dijo que Martin Bormann había vivido en Paraguay y en Bolivia después de la guerra, bajo la identidad de un religioso, según le constaba personalmente, ya que en varias oportunidades se había reunido con el segundo de Hitler. Las sensacionales declaraciones fueron realizadas por Paul van Aerschodt, durante una entrevista publicada por el diario belga *Dernière Heure*. Condenado a muerte en Bélgica en 1946, van Aerschodt fue entrevistado por el periodista Gilbert DuPont, del mencionado medio de prensa, a sus 88 años en su lugar de residencia, San Sebastián (España), donde se hace llamar Pablo Simons. Paul van Aerschodt afirmó haberse reunido con Martin Bormann "cuatro veces hacia 1950" en La Paz, donde se había refugiado en 1947 "con una visa obtenida en pocos días gracias a la intervención de un padre claretiano, monseñor Antezana".

Según van Aerschodt:

> Bormann venía del Paraguay. Preparaba con unos veinte oficiales un golpe de Estado para derrocar a Perón en la Argentina. Con el nombre de Agustín von Lembach, se hacía pasar por un padre rendentorista y llevaba sotana negra, lo que lo divertía mucho.[19]

Incluso el jerarca nazi fugitivo, haciéndose pasar por cura, "celebraba comuniones, matrimonios, funerales y administraba los últimos sacramentos", aseguró.

Paul van Aerschodt también se reunía con el nazi Klaus Barbie, detenido en Bolivia en 1983, juzgado en Francia en 1987 y muerto en Lyon en 1991. El belga administraba un restaurante en La Paz, "El Corso", y residía en el barrio Florida de la capital, donde tuvo encuentros con estos famosos nazis.

Detenido al fin de la guerra por haber colaborado con el nazismo, Paul van Aerschodt se fugó de la prisión de Charleroi en 1945. Durante su escape llegó a España, pero fue apresado nuevamente y estuvo detenido en el campo para extranjeros de Miranda del Ebro.

Gracias a la ayuda de un religioso, volvió a huir y partió rumbo a Bolivia, a través de la Argentina. En Bolivia vivió hasta 1964 y luego fue a España. A pesar de haber sido condenado a muerte, van Aerschodt trabajó para las Naciones Unidas desde 1969 hasta fines de 1976. En Bélgica prescribió la pena de muerte en 1976, lo que le permitió ir periódicamente a su país.

La posibilidad de que Bormann haya trabajado contra el gobierno de Perón, preparando la revolución militar que finalmente derrocó al presidente argentino en 1955, tal como sugiere van Aerschodt, habría estado motivada por discrepancias relacionadas con la devolución de las propiedades alemanas — confiscadas por el gobierno argentino al ser consideradas bienes del “enemigo”, luego de la declaración de guerra al Eje realizada por Buenos Aires en 1945—, así como con otros intereses económicos germanos.[20]

Martin Bormann, como Adolf Hitler y otros jerarcas nazis, tuvo una falsa muerte para silenciar una historia que, de conocerse, compromete y escandaliza.

Secreto Hitler

Contrariamente a lo que por lo general se cree, en 1945 no existió una declaración oficial de la muerte de Adolf Hitler ni tampoco de su esposa Eva Braun, aunque ambos, supuestamente, se habían suicidado ese año.

No hubo certificaciones formales de esos decesos por la sencilla razón de que los suicidios no existieron y, en consecuencia, sus cadáveres nunca fueron encontrados (la farsa con falsos cuerpos de ambos fue para consumo popular).[21]

Solamente se dio a conocer un desprolijo trabajo del mayor de inteligencia inglés Trevor-Roper que, luego de una corta investigación —en la que no pudo encontrar pruebas ni realizar pericias—, "dictaminó" que Hitler se había suicidado de un disparo en la sien, el 30 de abril de 1945, a las 15:30. Un resultado obtenido en unas pocas semanas sirvió para evitar que el líder nazi fuera juzgado en Nüremberg.

Pero ni las autoridades soviéticas — hasta que murió en 1953, Stalin siempre sostuvo que el Führer había escapado— ni el gobierno norteamericano — en 1952 el presidente Eisenhower consideró que el líder nazi podía estar vivo— dieron por muerto a Hitler. Y el Estado alemán recién lo declaró muerto en 1956, en "presunción de fallecimiento", más de diez años después de su desaparición, plazo necesario para declarar el deceso de una persona cuando no se encuentra su cadáver. Lo cierto es que, durante ese lapso, para Alemania, Hitler legalmente estaba vivo.

Todos los servicios secretos del mundo — así lo demuestran documentos desclasificados— tenían información de que el líder nazi había escapado, y que el suicidio había sido la última gran farsa del Tercer Reich. Pero no había una razón para intentar atraparlo: no tenía condena en su contra ni proceso judicial abierto. No había orden de captura.

En ese sentido, hoy conocemos varios documentos desclasificados del Federal Bureau of Investigation (FBI) de los Estados Unidos relacionados con el escape y posterior exilio de Hitler. En 1998, ese organismo

norteamericano liberó el Archivo Nº 65-53615, referido a Adolf Hitler, que consta de 745 hojas. Se trata de distintos informes, algunos con datos anecdóticos y de poco o nulo valor histórico, a efectos de una investigación relacionada con la presencia del líder nazi en la Argentina, mientras que otros resultan sugestivos y muy interesantes.

Los documentos citados se presentan mezclados, sin respetar un orden por fechas o temas. En la totalidad de ellos aparecen frases o palabras tachadas por el censor oficial, una censura previa al momento de desclasificar el material de archivo. En ese sentido, la ley norteamericana impone tal procedimiento, esto es borrar para siempre la información registrada en los documentos, especialmente cuando lo que esté allí escrito pueda afectar aún los intereses del Estado.[22]

Del expediente mencionado, sesenta y un fojas se refieren a la eventual presencia de Hitler y Eva Braun en la Argentina, después de haber caído Berlín. Incluso se menciona su arribo a la Patagonia en submarino, y se lo ubica viviendo en una estancia patagónica, un *ranch* al sur de los Andes.

Esas informaciones, en su momento secretas, durante aquella época se acumulaban sobre el escritorio de John Edgar Hoover, el legendario director del FBI de ascendencia alemana. Se supone que a partir de esa documentación — que tiene afirmaciones sorprendentes con respecto a un Hitler vivo— los servicios secretos han realizado investigaciones específicas que, en cambio, al menos hasta el día de hoy, no han sido puestas a disposición del público.

Los servicios de inteligencia norteamericanos elaboraron aproximadamente mil doscientos documentos sobre el caso, la mayoría de los cuales no se conoce.

El FBI continuó tratando el tema, tal como surge de ese material

desclasificado, por lo menos hasta los años cincuenta, cuando la versión oficial nos asegura que Hitler se suicidó en 1945. La lógica indica que, si las autoridades hubieran estado convencidas de la muerte del Führer, no se habría dado trámite alguno a los informes que llegaban sobre un Hitler sano, que vivía tranquilamente en el sur del mundo.

Veamos el contenido de algunos de estos sugestivos documentos.

“Hitler está refugiado en la Argentina”

Un informe del FBI, relacionado con el líder nazi y dirigido al director de ese organismo, fue elevado por el funcionario Edwards A. Tomm el 25 de agosto de 1945.

El informe revela que el Departamento de Guerra de los Estados Unidos tenía abundante información, procedente de “varias fuentes”, que indicaba que “ Hitler y muchos de sus asociados estaban refugiados en la Argentina”.

Según surge del texto, el Departamento de Guerra le pidió colaboración al FBI para “evaluar” esos datos inquietantes, pero los funcionarios del servicio de inteligencia dejaron en claro que no accederían a ese pedido. En consecuencia, se aconsejó a los hombres del Departamento de Guerra que dirigieran todas las consultas (relacionadas con Hitler) al general Lang, agregado militar en Buenos Aires, y no al FBI.

El texto del documento es muy interesante, porque revela la preocupación del Departamento de Guerra por un Hitler vivo después de haber terminado la Segunda Guerra. Además, demuestra que existía un problema de competencia, por ese tema caliente, entre esa dependencia y el FBI. El punto de discusión era qué organismo debía ocuparse del

asunto. Al parecer el general Lang centralizaba toda la información.

El documento da cuenta de que existió una reunión, relacionada con la presencia de Hitler en la Argentina, entre un militar de la Comisión de Crímenes de Guerra y Edwards A. Tomm, una autoridad del FBI.

El militar dijo que "había una variedad de información apareciendo de varias fuentes, alegando que Hitler y muchos de sus asociados estaban refugiados en la Argentina y que el Departamento (de Guerra) necesitaba algo para evaluarlo".

Tomm le contestó al uniformado que "el agregado militar en Buenos Aires, el general Lang, se ha autoestablecido como la suprema autoridad en esta materia, que él no reconocía ningún pacto de delimitación y que, consecuentemente, el Departamento de Guerra debía considerarlo llamándolo para tales evaluaciones".

Al respecto agregó que "el general Lang tenía considerable información de nosotros por un período de más de un año", en particular con relación "a una supuesta hacienda en la Argentina, la cual fue reportada como un escondite para alemanes subversivos, supuestamente llegando a la Argentina por medios clandestinos, particularmente submarinos".

El militar quiso saber "si el Bureau distribuiría para la Comisión de Crímenes de Guerra, a través del intercambio internacional del Bureau, circulares impresas para la detención de personas buscadas a quienes la Comisión de Crímenes de Guerra había designado detener", preguntando "si había huellas digitales disponibles de esta gente".

Tomm se manifestó en contra de que el FBI distribuyera circulares para capturar a los jerarcas nazis fugitivos, "primero, porque ellos no tienen huellas digitales y otra identificación probablemente será vaga e inadecuada, segundo, porque la legalidad de muchos de estos

procedimientos está sujeta a duda considerable, incluyendo la cuestión del significado de extradición". Finalmente, el funcionario opinó que, si el FBI distribuía circulares sobre los fugitivos, el público tendría la impresión de que "el Bureau está intentando detener a estos criminales de guerra, pero yo creo que ellos nunca serán detenidos".

Tomm elevó a su jefe, Edgar Hoover, los detalles de la reunión que había mantenido con el representante militar de la Comisión de Crímenes de Guerra. Lo cierto es que, en consonancia con su criterio, nunca se le libró una orden de captura a Hitler ni se difundieron circulares con sus rasgos físicos u otros datos que facilitaran su identificación.

Información sobre Hitler

Otro documento del FBI está dirigido al general Ladd, agregado militar norteamericano en Buenos Aires, y fue elevado por un funcionario del servicio secreto de apellido Strickland el 21 de agosto de 1945.

La documentación revela la voluntad de un testigo dispuesto a indicar dónde estaba viviendo Hitler en la Argentina. El memorándum, además, demuestra la existencia de un conflicto, por el tema de Hitler, entre la Inteligencia Militar — que intenta obtener datos presionando y hasta amenazando a algunos funcionarios— y el FBI.

En el texto se indica que: "Asac Kart Henrich, de la Washington Field Office, llamó e informó que el Bureau (FBI) envió al Washington Field Office una carta del 3 de abril de 1945". La misiva "contenía instrucciones de contactar" a una persona "quien se supone tiene información del hecho de que Adolf Hitler está escondido en la Argentina".

La Washington Field Office informó que el tema — relacionado con la

vida de Hitler en la Argentina— no era de su jurisdicción. Durante la noche del 20 de agosto de 1945, un funcionario de dicha oficina fue amenazado por un hombre de Inteligencia Militar por "rehusarse absolutamente a suministrar cualquier información" a esa dependencia, según revela el documento.

El testigo, cuyo nombre no es dado a conocer, dijo que él había estado recientemente en un *ranch* en la Argentina, y "éste es el punto en particular donde él dice que Hitler está residiendo con algunos secuaces".

Desembarco en el golfo San Matías

El texto de un documento, que se presenta a continuación, fechado el 21 de septiembre de 1945, tiene origen en la oficina del FBI en Los Ángeles (File 105-410). En el escrito, un informante — cuyo nombre está tachado en el original— asegura haber ayudado a tres militares argentinos a esconder a Adolf Hitler luego de que el jerarca nazi desembarcara de un submarino. El hombre pide protección en los Estados Unidos a cambio de brindar datos sobre Hitler. Según el testigo, el desembarco se produjo en el golfo San Matías, en la Patagonia, y el Führer, al momento del relato, habría estado escondido en un *ranch* fuertemente custodiado en las estribaciones de los Andes. No sabemos si el denunciante es la misma persona del informe anterior.

El documento lleva como título el nombre de una persona (que está tachado) que "Informa sobre escondite de Hitler". El hombre contó esta historia a un periodista norteamericano, y éste a su vez a agentes del FBI.

El testigo aseguró que fue "uno de los cuatro hombres que se encontraron con Hitler y su grupo cuando desembarcaron de dos

submarinos en la Argentina, aproximadamente dos semanas y media después de la caída de Berlín", dando a entender que él mismo participó del operativo de recepción de esas unidades navales en las costas de la Patagonia.

Al respecto dijo:

> El primer submarino se acercó a la costa casi a las 11:00 pm; después de que se aseguraran que estaban a salvo para desembarcar, bajó un médico y muchos hombres. Aproximadamente dos horas después, el segundo submarino llegó a tierra y Hitler, dos mujeres, otro médico y muchos hombres más completaron el grupo, arribaron en submarinos cincuenta hombres.
> [...] según la preorganización de seis altos oficiales argentinos, una cuadrilla de caballos estaba esperando al grupo y a la luz del día todos los suministros fueron cargados en los caballos, y comenzó un viaje de todo el día, internándose hacia las estribaciones del sur de los Andes. Al anochecer el grupo llegó al *ranch* donde Hitler y su grupo se refugiaron.

El hombre explicó que "los submarinos navegaron a lo largo de la punta de la Península Valdés, a lo largo del extremo sur de la Argentina en el golfo San Matías".

Con respecto a esa zona, dijo que "hay muchas pequeñas villas en esta área donde los miembros del grupo de Hitler podrían eventualmente permanecer con familias alemanas" y nombró algunos pueblos como "San Antonio, Viedma, Neuquén, Muster, Carmen (de Patagones) y Rawson".

El testigo aseguró que podía "nombrar a los seis oficiales argentinos y también los nombres de los otros tres hombres que ayudaron a Hitler a internarse en su lugar de escondite". El hombre confesó que a él le habían dado $ 15.000 por ayudar en el trato.

El testigo reconoció que, por temor, estaba escondido en los Estados Unidos y que luego podría contar cómo había salido de la Argentina. Por otra parte, aseguró que estaba dispuesto a contar la historia a los oficiales de los Estados Unidos "*después de que capturaran a Hitler*", y pidió para

sí protección personal.

De acuerdo con su testimonio: “ Hitler sufría de asma y úlcera, se había afeitado el bigote y tenía una gran marca (cicatriz) en su labio superior”. El hombre se ofreció a colaborar con la captura del Führer y, en ese sentido, dijo que si los agentes norteamericanos “van a un hotel en San Antonio, Argentina, organizaré un encuentro con un hombre y localizará el *ranch* donde Hitler se encuentra. Está fuertemente resguardado, por supuesto. Ustedes deben arriesgar su vida yendo allí”.

Esta información fue entregada a un periodista de *Los Angeles Examiner* el 29 de julio de 1945. Pero, luego de varias conversaciones con el testigo, éste desapareció y nunca más fue encontrado. Para localizarlo el FBI realizó varias investigaciones, incluyendo el rastreo de su nombre en los archivos policiales de Hollywood y Los Ángeles, así como en los de Inmigración y Naturalización, con “resultado negativo”, tal como consta en el mismo documento. Finalmente, el FBI determinó que “se cree imposible continuar con los esfuerzos para localizar a Hitler, con la escasa información obtenida a la fecha”.

Hay otra información similar a la del documento precedente en un informe del FBI dirigido a su director, John Hoover, en el que también se asegura que Hitler desembarcó en la Patagonia. Su origen es Los Angeles Field Office y el *paper* está redactado el 14 de agosto de 1945, o sea que fue escrito más de tres meses después del presunto suicidio de Adolf Hitler.

Finalmente, a continuación se transcribe de modo parcial un documento, enviado al director del FBI, que lleva fecha 17 de febrero de 1955. El texto es el siguiente:

Reurlet 1/19/55 contiene información de un sujeto que supuestamente había visto a Adolf Hitler en

Buenos Aires, aproximadamente 4 o 5 años atrás. La CIA había preguntado si el sujeto fue entrevistado para una información adicional. Entonces entrevistarían al sujeto de referencia que vio a Hitler en Sudamérica y también información identificatoria concerniente al sujeto.

La cita de este informe es importante porque demuestra que, diez años después de su presunto suicidio, el FBI seguía colectando datos relacionados con un Hitler vivo.

De esto no se habla

Si Hitler escapó, y si su muerte y la de Eva Braun son una gran farsa, este hecho por sí solo podría ser la punta de un iceberg mayor, especialmente si esa fuga oculta un entramado de complicidades, ayuda norteamericana incluida.

Cuando se menciona este auxilio de los Estados Unidos, se debe aclarar que en esa nación no todas las autoridades sabían que Hitler había escapado, ya que en principio el asunto lo manejó un círculo militar reducido. Por otra parte, el servicio secreto de ese país cumplió con la tradicional premisa de "buscar pero no encontrar", lo que supone ubicar al personaje en cuestión, para saber dónde se encuentra y qué hace, pero sin intentar capturarlo (ya que nunca hubo orden de captura al decretarse su muerte por suicidio).

Si todo esto sucedió, ello implicaría pactos desconocidos, acuerdos que se pueden inferir a partir de los sucesos ocurridos a posteriori de la rendición de Berlín. El FBI dedicó tiempo y esfuerzo, incluyendo agentes especiales, para verificar la huida y la vida en el exilio de Hitler, centralizando esa información en la embajada norteamericana en Buenos Aires.

El autor ha detallado las características del escape de Hitler de Europa, incluyendo documentación y declaraciones, varias de ellas públicas por cierto, que acreditan ese hecho. Por otra parte, ha presentado en obras anteriores documentos oficiales, como los del FBI citados antes, relacionados con la posible presencia de Hitler en la Argentina.

También ha entrevistado a personas que estuvieron con Hitler en la Argentina, y ha reconstruido — a partir de esos testimonios y esa documentación— parte de la vida de posguerra del líder nazi.[23] Algunos de esos testimonios son:

Catalina Gamero contó que ella atendió a Hitler en la localidad cordobesa de La Falda, en el chalet del matrimonio Eichhorn, dueños del Hotel Edén. Éstos — Ida y Walter— eran financistas de Hitler, tal como lo indica un documento del FBI en el que se advierte que el Führer podría buscar refugio en ese lugar. El matrimonio citado nunca ocultó su admiración por Adolf Hitler. El testimonio de Gamero es importante, ya que era la única persona que vivía con los Eichhorn en el mismo chalet donde el Führer fue alojado en otoño de 1949. Según la testigo, Hitler estuvo allí y luego se escondió en una casa de la misma familia ubicada en el cerro Pan de Azúcar, a pocos kilómetros de La Falda. Gamero agregó que, durante años, Hitler llamaba por teléfono, generalmente una vez por semana, a Córdoba para poder hablar con Ida Eichhorn, quien posiblemente tenía una relación de parentesco con Hitler — habían nacido en la misma región—, a quien llamaba “primo”.

De acuerdo con el testimonio de Gamero, las llamadas periódicas de Hitler, que ella atendía para luego pasárselas a Ida, se realizaron hasta 1964, fecha en que la mujer amiga de Hitler falleció.

El periodista cordobés Ariel Collia aseguró que vio la correspondencia que intercambiaba la familia Eichhorn, con Hitler. Esto lo pudo hacer por la relación de amistad que tenía con uno de los hijos de Tony Ceschi, hijo de Ida Eichhorn (de un primer matrimonio), y heredero de ella.

Dijo que algunas cartas firmadas por Hitler estaban fechadas antes de 1945, pero otras, también rubricadas por el líder nazi, correspondían a años posteriores. También el cronista, que vive en La Falda, vio una foto de Hitler con Ida sacada en Córdoba.

Como prueba de estas relaciones entre Hitler y la familia Eichhorn es interesante un documento secreto del FBI (Federal Bureau of Investigation), firmado por John Edgar Hoover, y fechado el 17 de septiembre de 1945. En el mismo se indica: “Si el Führer tuviera en algún momento dificultades, él siempre encontraría un refugio seguro en La Falda”.

Luego el informe revela que los integrantes del matrimonio Eichhorn habían sido importantes

financistas de Hitler, y que además ambos habían forjado una estrecha relación de amistad con quien luego llegaría a ser el temido canciller de la Alemania nazi. Lo cierto es que Hitler recibía desde la Argentina apoyo financiero y mantenía profusa correspondencia con la familia Eichhorn desde la década del veinte.[24]

El informe secreto del FBI demuestra claramente el apoyo de los Eichhorn a Hitler; y, además, es terminante respecto del papel que podrían haber jugado — al estar previsto darle alojamiento— a la hora de que el líder alemán buscara refugio.

Textualmente, el documento del FBI, relacionado con Córdoba y, concretamente, con el matrimonio alemán de La Falda, dice:

La siguiente información fue obtenida de la Sala de Guerra a través del OSS. La señora Eichhorn, respetable miembro de la sociedad argentina y propietaria de un spa hotel en La Falda, hizo, en una fiesta íntima unas semanas atrás, la siguiente observación:

a) Su familia había sido entusiasta partidaria de Hitler desde que fue fundado el partido nazi.
b) Antes de que los nazis obtuvieran el poder, ella colocó íntegramente a su cuenta bancaria 30.000 marcos a disposición de Goebbels.
c) Hitler nunca olvidó este acto y durante los años siguientes, cuando él estuvo en el poder, ellos (presumiblemente ella y su esposo) se hicieron amigos. Se hicieron tan unidos que solían vivir juntos en el mismo hotel en ocasión de su anual permanencia en Alemania en el Parteitag (la fiesta del Partido Nacionalsocialista). Ellos tenían permitido entrar en los cuartos privados del Führer todo el tiempo, sin ser anunciados previamente.
d) Si el Führer tuviera en algún momento dificultades, él siempre encontraría un refugio seguro en La Falda, donde ellos ya tenían hechos los preparativos necesarios.

Un detalle es que Hoover envió este informe a la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, y pidió que se investigara. Pero estamos hablando de un documento fechado en septiembre de 1945, cuando el presunto suicidio de Hitler habría ocurrido casi cinco meses antes, según lo asegura la versión oficial. Y si leemos con atención, es sumamente interesante el punto d) del escrito, en el que se indica que los Eichhorn habían preparado la recepción de su famoso amigo en La Falda. ¿Ignoraba el FBI entonces, cinco meses después de su anunciada muerte, el suicidio del hombre más odiado del mundo?, o ¿se debe admitir la más lógica interpretación acerca de que Hoover sabía cuál era la verdad y por ello el envío del curioso memo?

Hernán Ancín relató con lujo de detalles que presenció una serie de reuniones que Hitler mantuvo con Ante Pavelić, el presidente de la Croacia nazi. Ancín, que fue entrevistado en tres oportunidades por el autor, mantuvo una relación de confianza con Pavelić, luego de que el ex dictador croata escapara de Europa para radicarse en Buenos Aires. El hombre era carpintero y fue contratado por Pavelić para que trabajara en una empresa constructora que administraba el líder

croata, con quien trabó una relación de amistad.

Ancín aseguró que en el año 1953 presenció reuniones entre Hitler y Pavelić en la ciudad de Mar del Plata. Según el relato del testigo, los encuentros se realizaron en un edificio céntrico, propiedad del ex dictador croata. Hitler llegaba acompañado de Eva Braun y tres guardaespaldas. Ya en el interior del edificio, en un gran salón, los hombres hablaban por su lado, mientras que Eva Braun hacia lo propio con María Rosa Gel, una amante de Pavelić.

La enfermera española Mafalda Batinic, que después de la guerra vivió en la ciudad patagónica de Comodoro Rivadavia, dijo que reconoció a Hitler cuando éste fue a visitar a un hombre alemán, que había sido baleado, internado en el sanatorio donde ella trabajaba. Batinic, cumpliendo funciones de agente de salud, había visto de cerca al Führer en Francia, cuando el líder nazi estuvo allí, tras la invasión a ese país, y visitó a los soldados alemanes heridos.

La historia que ella contó ocurrió en los años cincuenta en la Patagonia. La mujer aseguró haber quedado impresionada cuando vio que Hitler visitaba al paciente. En esa oportunidad, la visita ocurrió una sola vez, alertó a las autoridades del nosocomio quienes, según su relato, espiaron al visitante quien fue hasta la sala donde se encontraba internado el alemán herido. Muy nerviosa, cuando el presunto Hitler se retiró, ella le preguntó al paciente por quien había llegado a saludarlo. El hombre, molesto porque la mujer había reconocido al líder nazi, admitió de quien se trataba pero le advirtió que, por su seguridad personal, le convenía mantener silencio.

María Acosta, una mujer que trabajaba en el Hotel Viena — un complejo que tenían los nazis en Córdoba— dijo que Hitler visitó ese lugar después de la guerra. Acosta era dama de compañía de la dueña del hotel, Melita Fleishesberger, esta última esposa de Máximo Palkhe (accionista de la empresa Manesmann, acusada de haber recibido divisas que los nazis transfirieron al exterior cuando terminaba la guerra). El autor entrevistó a Acosta cuando ella tenía 96 años en la localidad cordobesa de Mar Chiquita donde se levantaba el Viena.

Francisca Huichapay — una señora que hablaba perfectamente alemán— contó que Hitler mantenía reuniones en el Hotel Parque de Bariloche, ubicado a orillas del lago Nahuel Huapi, donde ella trabajaba. En ese sentido dijo que el cocinero de ese lugar era, en realidad, un agente nazi encubierto, que coordinaba las reuniones de Hitler con otras personas. Ella había entablado una relación de amistad con el hombre que le reveló ese secreto.

Carmen Torrontegui — una mujer muy preparada que se desempeñaba como cocinera en la estancia San Ramón, de Bariloche, administrada por alemanes— dijo que ella preparaba la comida para Hitler y Eva Braun en los años cuarenta, cuando el matrimonio estaba refugiado en ese lugar que fue propiedad de capitales alemanes y luego de suizos.

El capitán Manuel Monasterio contó al autor que conoció a uno de los guardaespaldas del Führer, un alemán que usaba el nombre falso de Glocknick y que cuidó a Hitler en la Argentina. El hombre, que trabajaba de mecánico y vivía en forma humilde en la austral Caleta Olivia, le dijo a Monasterio que él trabajó al lado del jefe nazi hasta su muerte, ocurrida en territorio argentino en

los años sesenta. Según ese relato. Hitler murió en la Argentina, y Glocknick fue testigo de los últimos días del Führer.

La anciana Angélica Pelotto dijo que Hitler, en 1948, estuvo en el pueblo patagónico de Esquel, donde ella vivía. Aseguró que esto fue conocido por otras personas de esa localidad. "Cuando se comentó que Hitler estaba en la zona, se le dio la importancia del momento pero nada más... porque la gente se había acostumbrado a eso", recordó al aludir a esa localidad que, en esos años, era un pequeño poblado de montaña. La anciana ubicó el hecho en 1948, y dijo que en los comercios de la empresa Lahusen — una cadena de almacenes de la Patagonia— se exhibían retratos de Hitler y que todos los empleados hacían el saludo fascista.

Eugenia Schaffer aseguró que Hitler vivió en la Patagonia y que falleció en la Argentina. Ella disponía de estas informaciones por ser amiga del piloto nazi Albrecht Boehme, quien residía en la localidad patagónica de Cervantes, en la provincia de Río Negro. Boehme mantuvo correspondencia con varios jerarcas nazis después de la guerra. El autor tuvo acceso a tres agendas de Boehme, así como a cartas que demostraban un profuso y sugestivo intercambio epistolar, posterior a la guerra, que mantenía este hombre con nazis de alta jerarquía. Esas cartas fueron conservadas por sus familiares. Al respecto, en una carta enviada a este último — fechada en Alemania, el 20 de junio de 1956, y rubricada por el general Walter Seydlitz, se asegura que Hitler vivía y estaba activo. En ese sentido, en la misiva, Seydlitz le dijo a Boehme que se trasladaría a Córdoba para "esa reunión con nuestro amado y recordado camarada Hitler". En la carta se indica que "todos hablan de lo linda que es la Patagonia del Führer".[25]

Además de los citados, otros testimonios directos han sido obtenidos por el autor, y todos tienen afirmaciones similares a las antes mencionadas, con respecto a un Hitler vivo, oculto en la Argentina. Por ejemplo, una persona que lo llegó a conocer y a saber detalles de la muerte del Führer, ocurrida en los años sesenta, así como el destino de sus restos mortales. También se han podido conocer los relatos de uno de los guardaespaldas que, con el nombre falso de Irwin, lo cuidó en la última etapa de su vida, además de los de una mujer cuya familia era amiga de Hitler en la Argentina. Otro testimonio es el de una hija de un militar cuyo padre le confesó que el viejito que los visitaba — y que jugaba con ella cuando era chica— no era el "abuelo Orlando", como a la nena le contaban, sino Hitler. La confesión del militar a su hija fue

realizada cuando ella era mayor y el Führer ya había fallecido, según le aseguró.

También es significativa la declaración de Ingeborg de Schaeffer, viuda de Heinz Schaeffer, capitán del U-977, submarino que llegó a la Argentina el 17 de agosto de 1945, quien dijo que Hitler desembarcó en el sur argentino. Entrevistada en Alemania — antes había vivido con su marido en la Argentina— aclaró que el Führer no viajó en el submarino que comandaba su esposo — que llegó al puerto de Mar del Plata el 17 de agosto de 1945— sino en otro que arribó a las costas de la Patagonia.[26]

Es interesante destacar que el 17 de julio de ese año, el *Chicago Herald-Times* informó que Hitler y Eva Braun habían desembarcado en playas argentinas y que ambos se encontraban viviendo en una estancia de la Patagonia, propiedad de alemanes. Ese diario norteamericano, reproduciendo un despacho de Vicent de Pascal, su corresponsal en Montevideo, aseguró que “es cierto que Hitler y su esposa, esta última vestida con ropas masculinas, desembarcaron en la Argentina y se encuentran en un inmenso establecimiento alemán en la Patagonia”.

Informaciones similares fueron publicadas por distintos medios del mundo. Estos datos son concordantes con algunos de los documentos del FBI que se han visto anteriormente.

En 2009 un equipo científico norteamericano demostró que la única evidencia del suicidio de Hitler, un pedazo de cráneo que guardan los rusos con el agujero de un disparo de bala, atribuido a Hitler, se correspondía con el de una mujer joven y no con un hueso del líder alemán. Ésa era única “prueba” tangible del presunto suicidio de Hitler. Realizado el estudio, que incluyó muestras de ADN, su resultado significó que se defenestrara esa supuesta evidencia y, a partir de ese momento, han

cobrado fuerzas las teorías revisionistas respecto de la fuga de Hitler, especialmente en Rusia. En mayo de 2010 — cuando se cumplieron sesenta y cinco años de la toma de Berlín por parte de los nazis—, el presidente ruso Dmitry Medvedev ordenó al Ministerio de Defensa desclasificar y publicar en Internet documentos de la Segunda Guerra Mundial. Este trabajo tiene que estar cumplido antes de 2013, según explicó el ministro de Defensa, Anatoly Serdyukov. De una vez por todas, ¿darán a conocer los rusos los documentos que demuestran el escape de Hitler?

Eva Braun

Respecto de la suerte corrida por Eva Braun, la falta de información pública es abrumadora (lo que no quiere decir que existan documentos clasificados relacionados con su vida después de haber escapado de Berlín). Directamente desapareció de escena.

Algunos testigos — como Hernán Ancín, citado precedentemente— dicen que ella acompañaba a Hitler. Otra testigo a la que accedió el autor — cuyas iniciales son M. B. y que no permitió ser nombrada por temor— asegura que Eva vivía junto a Hitler en la Argentina, obviamente, ambos con identidad falsa. M. B. dijo que su familia tenía una relación de amistad con Hitler y que éste los visitaba, cuando ella era pequeña, en una casa ubicada en la provincia de Santa Fe. Aseguró estar al tanto de que Hitler había estado en el Hotel Viena, en Córdoba, y que allí disponía de habitaciones exclusivas para él y Eva Braun. Esta circunstancia le fue confirmada al autor por un amigo de uno de los guardaespaldas que cuidó a Hitler en Sudamérica.

En 1981, un funcionario norteamericano dijo que Eva Braun estaba viviendo en la Argentina, en una declaración pública que, sorprendentemente, casi ha pasado inadvertida. Esta afirmación fue realizada por el doctor Larry Birns, en ese entonces titular del Consejo para Asuntos Latinoamericanos. Birns afirmó que el presunto esqueleto de Eva Braun, encontrado por los rusos, era falso y que el cuerpo verdadero nunca fue encontrado. “Por lo tanto tenemos que pensar que está viva, y de eso tenemos algunas pruebas”, aseguró.

El funcionario señaló que el supuesto cadáver de la Braun tenía seis dientes de oro y un puente, pero que su equipo había entrevistado a dentistas que habían atendido a la mujer y que éstos confirmaron que Eva nunca tuvo puente ni dientes de oro. “Tenía sí dos dientes de porcelana que, si hubiese sido cremada, hubieran resistido el daño por el fuego.”

“Si los rusos insistieron en su versión fue sólo por razones psicológicas. Así pensaban evitar la supervivencia del nazismo”, explicó Birns.

El funcionario aseguró que existían evidencias de que Eva Braun había estado en las localidades cordobesas de La Cumbrecita y otra llamada Los Cisnes. Al momento de las declaraciones de Birns, Eva Braun, de haber estado viva, habría tenido sesenta y nueve años.[27]

En 2008, en Bariloche, el autor entrevistó a Gerda Behemer, una mujer que había trabajado en Buenos Aires para el empresario alemán, pro nazi, Ricardo Staudt. Behemer se mudó a Bariloche y en los años ochenta fue invitada a tomar el té por un grupo que estaba conformado por mujeres de la comunidad alemana local. La anfitriona era Frau Teresa, una viuda que vivía sola en una casa ubicada en la avenida Belgrano, en el “barrio alemán” de la ciudad.

Según Behemer, Frau Teresa — era la primera vez que la veía y no

supo su apellido— tenía “apariencia tristona” y en ese entonces tendría “más de setenta años”. Ella recuerda que la “casa estaba un poco desordenada” y que durante la reunión hablaron, en alemán, sobre temas triviales. Sin embargo, le llamó la atención su apariencia porque era muy parecida a Eva Braun.

De acuerdo con el relato, Frau Teresa se fue de Bariloche, aparentemente enferma, en esa misma época, y la casa que ocupaba, antes de partir, fue donada por ella al Hospital Alemán. Luego, cuando Frau Teresa ya no vivía en Bariloche, una persona de las que había asistido a la reunión donde tomaron té le confesó que esa viuda, en realidad, era Eva Braun, tal como Gerda sospechaba.

¿Hijos?

Para saber si Hitler y Eva Braun tuvieron hijos hay que revisar la historia. Algunos indicios parecen indicar que Eva Braun fue madre, probablemente, en dos oportunidades.

En junio de 1945, Eric Wesslen, ex agregado de la embajada sueca en Berlín, reveló que ella había tenido descendencia. En tal sentido, el diplomático informó que había concebido a un varón y a una niña como consecuencia de su relación con el Führer. Wesslen señaló:

> [...] se cree que cuando Hitler partió de Berlín, el 8 o 9 de abril, no fue sólo para traer a Eva Braun a la capital, sino también para decir adiós a sus hijos, y probablemente ponerlos en un sitio más seguro. Pasó tres días en Baviera en momentos en los que su presencia en Berlín era más necesaria que nunca. [Agencia United Press, 11 de junio de 1945.]

Según un despacho noticioso, “ Hitler fue padre la víspera de Año

Nuevo de 1938. Eva Braun le dio un hijo en una maternidad de San Remo, Italia, y no se la vio en sus habituales paseos automovilísticos en Berlín durante un mes o más” (Reuters, Bad Godesberg, 20 de enero de 1946).

Al caer la Alemania nazi, apareció otro elemento sugestivo: llamó la atención una fotografía que se encontró de Eva Braun junto a dos niños de corta edad, un varón y una nena, hallada entre sus efectos personales en su residencia de Munich.[28] Esa fotografía dio mucho que hablar, especialmente porque los rasgos del varón eran similares a los del líder nazi.

Hubo otro suceso significativo cuando los Aliados capturaron a uno de los correos que había partido del búnker, después de haberse realizado la ceremonia del casamiento de Hitler con Eva Braun. En ese sentido se supo que

> [...] aunque tres mensajeros portaban sendas copias de los testamentos de Hitler, sólo uno de ellos, Wilhelm Zander, llevaba consigo el único duplicado conocido del acta de casamiento de Hitler. Junto a ella, la inquietante foto de un niño de unos diez años cuyo parecido con Hitler era asombroso. El mensajero negó toda información al respecto, alegando que ignoraba en realidad quién era el niño, pero en los círculos militares de los aliados se supuso que Zander — ayudante del misterioso Martin Bormann, el auténtico cerebro de Hitler en la sombra— trataba de entregar el testamento y el certificado de casamiento con la fotografía del muchacho a los padres de Eva Braun. Un oficial del Tercer Ejército norteamericano llegó a decir que “la semejanza entre Hitler y el niño es llamativa”.[29]

Después de terminada la guerra, el doctor japonés Mino Kato se trasladó a Berlín como corresponsal de la revista *Nishi Nishi* de Tokio. Allí entrevistó al padre de Eva Braun, Fritz Braun, a quien le preguntó sobre este tema. En 1950, Kato contó que el progenitor de la esposa del Führer le contestó: “Que mi hija haya tenido un hijo, o haya estado a

punto de tenerlo, carece de importancia. Lo importante es que Hitler no ha muerto sin sucesor...”.

En 1945, los Aliados encontraron efectos personales de Eva Braun y la fotografía de una hija del matrimonio llamada Uschi Hitler. De acuerdo con una información, reproducida por todos los diarios del mundo:

> [...] los funcionarios del servicio secreto norteamericano, que están examinando los efectos personales de Eva Braun, que, según se informó, contrajo matrimonio con Hitler antes de que ambos se suicidaran en el edificio de la Cancillería del Reich, descubrieron docenas de fotografías de ella y de Hitler en “poses familiares”, juntamente con su pequeña hija llamada Uschi. [Agencia AP, Francfort, 15 de noviembre de 1945.]

En los años setenta, la abogada Alicia Olivera — quien varios años después sería designada Defensora del Pueblo de la ciudad de Buenos Aires— atendió profesionalmente a una mujer que le dijo que vivía en Bariloche y que estaba casada con un nazi. Ambos utilizaban identidad falsa según le reveló a la letrada.

Al entrar en confianza, la señora le confesó que ella era hija de Hitler y Eva Braun. Según el relato de Olivera, esta mujer tenía un parecido sorprendente con la esposa del Führer y no presentaba características o conductas que hicieran presumir que tenía algún problema psíquico.[30]

Sobre esta historia, Olivera contó que ella en ese entonces se desempeñaba como abogada del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), un organismo no gubernamental creado en 1979 para protección de los derechos humanos. La abogada dijo:

> Alrededor del año 1985 se acercó a la institución una mujer algunos años menor que yo. Esta mujer era rubia, mediría alrededor de 1,50 m, y si bien no era gorda, tenía redondeces, era rellenita. [...] la recuerdo muy bien, su cara me quedó grabada, esta mujer muy angustiada venía a pedir ayuda, tenía un grave problema de documentos y si mal no recuerdo estaba casada con un alemán de Bariloche, que le daba muy mala vida. Según ella me manifestó, sus documentos eran falsos, había nacido en la

Argentina y me dijo que sus padres eran Adolf Hitler y Eva Braun, de los cuales no hablaba con cariño. La mujer parecía estar en sus cabales y me dijo que la infancia la pasó en la zona de la cordillera, tengo idea que por la zona de Mendoza, provincia pegada a Neuquén. Lo que me contó me pareció creíble, le pedí que volviera pero nunca más lo hizo.

La letrada agregó que la impresionó el parecido físico de esta mujer con Eva Braun, lo que la llevó a buscar una foto de ella, aparecida en una revista, para compararla con las de su clienta, y esa imagen alentó su sospecha de que realmente se trataba de la hija de la amante de Hitler.

La mujer le dijo a la abogada que había nacido en la Argentina, lo que significaría que no podría tratarse de Uschi Hitler, ya que esta última es de origen europeo. Entonces ¿tuvo la famosa pareja otra hija en la Argentina?, o ¿realmente se trataba de Uschi, y ella mintió respecto de su lugar de nacimiento? Eva Braun llegó a la Argentina cuando contaba con treinta y tres años, y Uschi, con siete u ocho.

Carácter reservado

A pesar de toda esta documentación, y la de otros países, en la Argentina no es posible acceder a informes policiales, militares o de inteligencia relacionados con Hitler. Que no existan carece de lógica y de sentido común, habida cuenta de que los servicios de inteligencia argentinos estaban al tanto de la actividad de los agentes norteamericanos del FBI en la Argentina, que estaban tratando de precisar en qué lugar estaba Hitler.[31]

Sin embargo, la Policía Federal asegura no tener documentación relacionada con Adolf Hitler o Eva Braun, según informara oficialmente al autor el ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, Aníbal Fernández, el 17 de abril de 2009 (Expediente 175.113-08, Abel Basti).

Tampoco se registran datos o investigaciones relacionadas con el líder nazi.

El autor solicitó el acceso a los legajos personales de Hitler, Eva Braun, Heinrich Müller y Martin Bormann en el marco del Decreto 1172/03 de acceso a la información pública. Sin embargo, el pedido tuvo un dictamen negativo de la Dirección Nacional de Protección de Datos Personales, del ministerio antes citado, y del comisario mayor Osvaldo Horacio Francisco, director general de Asuntos Jurídicos de la Superintendencia de Planificación y Desarrollo de la Policía Federal.

En ambos casos se consideró que, si bien se pedían los legajos de personas que podían ser criminales de guerra y estar muertas, darlos a conocer vulneraba la ley de protección de datos personales (Ley 25.326). El comisario Francisco, además, opinó que, a juicio de las autoridades, prevalece el artículo 6º del Decreto 6580/58 — Ley orgánica de la Policía Federal— que establece:

> Los prontuarios y fichas de identidad son documentos de carácter oficial y reservado. Están destinados a la identificación de las personas, constituyendo registros privados a cargo de la Policía Federal, para uso exclusivo de la misma. No deben remitirse a ninguna autoridad.

Francisco consideró que la información de los prontuarios —incluyendo la de los prófugos de la justicia que están muertos— “es de carácter reservado y por ende, no correspondería acceder a brindar acceso a los mismos”. Esto sin perjuicio de que dicha información haya sido declarada como “de carácter secreto, reservado o de interés para la seguridad nacional, del Estado”.

Este dictamen, de fecha 5 de diciembre de 2008, cerró el paso para investigar legajos personales de jerarcas — empezando por Hitler— y de otros personajes del Tercer Reich que encontraron un refugio seguro en la

Argentina. A esto se sumó un informe del comisario mayor Horacio Alberto Giménez, superintendente de Interior y Delitos Federales Complejos, en el cual asegura que en esa dependencia “no existen archivos” de nazis.

Tal como ocurre en otros países, la información sobre la fuga de Hitler y su vida después de la guerra existe pero es secreta. Es posible que, como en el caso Bormann, los documentos hayan sido sustraídos o destruidos, siendo irrecuperable para siempre esa información.

A fines de 1999, el gobierno presentó un informe final realizado por la Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades Nazis en la Argentina (Ceana), en el que se destaca que el mencionado país recibió a ciento ochenta criminales, destacándose entre ellos a “Radislaw Ostrowski, de Bielorrusia, y a Ante Pavelić, de Croacia, y al francés Émile Dewoitine, padre del primer avión a reacción construido en el país, el Pulki I”.[32]

El documento — que cita con nombre y apellido a los fugitivos que encontraron refugio en la Argentina— señala que el “supuesto arribo de Adolf Hitler y Martin Bormann es incongruente desde hace décadas con la mejor historiografía, que los da por muertos desde fines de la Segunda Guerra”. En ese sentido, Ignacio Klich, coordinador de la Ceana, “desmintió en forma tajante las versiones alimentadas por la Oficina Federal de Investigaciones norteamericana (FBI) que promovió la idea de que Adolf Hitler estuvo viviendo en la Argentina”.[33] Para Klich, “hubo gente que fue importante en la estructura del régimen nazi que vino a la Argentina, pero Hitler y su mujer y Martin Bormann no vinieron a la Argentina. Ellos no sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial”, aseguró.

El informe también niega que hayan arribado submarinos alemanes a la Argentina, excepto el U-530 y el U-977, indicando respecto de esas dos

naves que “no se ha podido comprobar que descargaron jerarcas y bienes robados”.

Tal como se desprende del documento argentino citado — una especie de “punto final” para la historia de los nazis que ingresaron escapando de Europa—, la hipótesis de Hitler y Bormann vivos después de la guerra ha sido descartada, no por haber evaluado pistas y pruebas, sino simplemente por contradecir la historia oficial. Al ser desechada a priori esa posibilidad no se investigó, una actitud académica pasiva, para un trabajo — el informe oficial— que le dedicó fojas y fojas a nazis de tercer nivel, que no formaban parte de la máxima jerarquía.

La versión tradicional — que no se puede discutir a riesgo de ser ridiculizado por el *establishment*— es como una gran pirámide construida con piezas falsas que ocultan la verdad. Esas fracciones están encastradas perfectamente para mostrar una sola realidad. Si se puede demostrar la falsedad de algunas de las piezas clave, y se las quita del juego, las otras se corren y la pirámide tambalea; si se sacan más, puede llegar a desmoronarse, dejando ver el lado oculto que se intenta esconder.

Negar que hayan llegado submarinos nazis fugitivos a la Argentina es la forma de tapar el hecho de que Hitler y otros jerarcas llegaron al país. Si la pieza falsa “no llegaron submarinos” se saca, entonces se produce un primer tembladeral. La otra mentira es que Bormann murió. Si se saca ésa, puede comenzar a quedar al descubierto que la organización financiera nazi continuó activa, con el vice Führer manejando finanzas millonarias. La tercera pieza clave falsa es el suicidio de Hitler, que esconde un conjunto de confabulaciones y acuerdos increíbles. Si caen estas piezas se desnuda la otra historia, resultado de una serie de pactos que tenían como meta proteger intereses concurrentes, escondidos bajo una admirable,

siniestra y compleja trama de complicidades.

El nuevo cuadro histórico — consecuencia de este audaz revisionismo a más de sesenta y cinco años del fin de la guerra— dejaría en evidencia la alianza alcanzada entre los nazis y los norteamericanos. Esta nueva historia mostraría a un Hitler fugitivo, protegido pero que pasó a segundo plano, y a la “eminencia gris”, Martin Bormann, convertido en la cabeza de la estructura nazi de posguerra, que tuvo como socios a políticos, militares y famosos empresarios. Nombres que no deben trascender.

Pero a la Argentina nunca llegaron submarinos alemanes, Hitler y Bormann murieron en Berlín y nunca existió un pacto entre nazis y norteamericanos.

Colorín colorado...

Epílogo

Estados Unidos ha crecido en base a las guerras.

Presidente norteamericano GEORGE BUSH a su par argentino Néstor Kirchner, cumbre de Monterrey, 2004[1]

En este libro se ha demostrado la existencia de pactos y de acuerdos secretos, así como algunas tramas poco conocidas y premeditadamente silenciadas por la historia oficial, cuyo conocimiento nos muestra una verdad histórica diferente de la que se aprende en forma académica. Estos vacíos de información intencionales — se insistirá en que no son casuales, ya que se trata de una estrategia de los grupos de poder, varias veces involucrados en hechos inconfesables— se traducen en la falta de datos clave a la hora de evaluar los acontecimientos, para así poder formar una opinión sobre lo que ha ocurrido y sucede en el mundo.

Sin que nadie nos lo haya explicado en un colegio o en una facultad, hoy podemos afirmar que el floreciente capitalismo de principios de siglo XX aceptó a su contraparte, el comunismo, como un sistema necesario y complementario del liberalismo económico. Esta interrelación permitió realizar negocios de gran envergadura entre ambos bloques y posibilitó — por la aparente oposición ideológica, que signaría la propaganda política de la época— autoafirmar y exaltar hasta el paroxismo, tanto en los ciudadanos occidentales como en los soviéticos, las metas de sus propios sistemas, rechazando de plano los del otro. Esta lucha dialéctica potenció a

cada uno de los sectores y reafirmó la identidad de cada régimen.

Sólo con esta visión revisionista de lo que ocurrió se comprende la ayuda que discretamente recibió el régimen bolchevique desde el mundo occidental, especialmente de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania, las potencias de la época. En este libro se ha visto el apoyo financiero que les fue dado a los comunistas desde Wall Street, así como el ingreso de empresas norteamericanas en la Rusia poszarista y el apoyo indispensable brindado por Washington al ejército soviético durante la Segunda Guerra Mundial.

El Council on Foreign Relations Inc. (CFR) — creado en 1921, y que reunió, tal como ocurre hasta el presente, a influyentes personalidades de los Estados Unidos— se ocupó de diseñar una política de *balance of power* — una antigua estrategia de Gran Bretaña—, destinada en este caso a equilibrar el liberalismo económico y democrático con el pujante régimen comunista. Por esta razón, la banca internacional también ayudó a Hitler y a Mussolini, ya que el nazismo y el facismo también fueron útiles a los negocios y a los juegos de equilibrio del poder. Quizás el momento de verdadero distanciamiento entre Washington y Moscú ocurrió después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, cuando el comunismo era conducido por Stalin — rebelde y reacio a las políticas provenientes de Wall Street—, período que duró hasta la muerte del jefe soviético ocurrida en 1953 (oficialmente, por un “derrame cerebral”, pero posiblemente se haya tratado de un asesinato).

A decir de Eisuke Sakakibara, director general de la Oficina de Finanzas Internacionales del Ministerio de Finanzas de Japón, el enfrentamiento entre los soviéticos y los capitalistas

> [...] no fue más que un conflicto entre dos versiones extremas del progresivismo: socialismo y

> capitalismo neoclásico. Ambas ideologías fijaron como meta una rápida y justa distribución del bienestar material... La ex URSS y los Estados Unidos podrían clasificarse juntos como estados experimentales que brindaron al mundo dos alternativas distintas para el progreso.[2]

De acuerdo con Adrián Salbuchi, reconocido consultor internacional e investigador:

> [...] la estrategia básica desde hace muchas décadas parecería haber sido la de lanzar a ambos "experimentos" — comunismo y capitalismo— sobre el planeta y luego dejarlos que se desarrollaran según sus propias dinámicas; que interactuaran y, dentro de determinados límites, que entraran en conflicto, para así fortalecerse mutuamente.[3]

Pero de toda esta estrategia, que continúa hasta el presente, nunca nos enteramos de nada, y la información aquí presentada aparece como un tardío descubrimiento de un conjunto de datos que nos permite ver la cara oculta de la historia. Merece entonces la pena conocer otros casos a modo de muestra de las distorsiones y falsas verdades que se nos han enseñado.

Por ejemplo, se ha visto que Hitler copió las leyes raciales de los Estados Unidos, las que permitían la esterilización forzada, e incluso otras prácticas criminales, a los efectos de "purificar" la raza. Estos procedimientos no eran un invento del jefe nazi, tal como se nos hace creer, sino consecuencia de una ideología común a los "anglosajones" que había exaltado la eugenesia, esto es la doctrina de la "higiene racial", mediante la cual se justificaba la necesidad de eliminar personas o ciertas etnias de la sociedad consideradas "no deseadas", especialmente, para las elites alemanas y estadounidenses.

La discriminación fue y es uno de los fundamentos de los experimentos con seres humanos, ya que se elige a ciertos grupos — por su nivel social u origen racial— para realizar las experiencias que, de resultar beneficiosas, podrán ser aplicadas luego sin riesgos (los peligros están

precisamente en los ensayos). Esta cuestión, vista en retrospectiva, es reveladora de la afinidad de una ideología común entre los nazis y los norteamericanos. Veamos.

Después de la guerra, durante el proceso de Nüremberg, se realizó el juicio contra los médicos alemanes que realizaron prácticas aberrantes. En ese juicio, conocido como "Estados Unidos contra Karl Brandt", veintitrés doctores fueron condenados con distintas penas. Seis de ellos —entre los que se encontraba Karl Brandt— fueron sentenciados a muerte, y posteriormente ahorcados. Los doctores fueron inculpados por realizar más de doce experimentos médicos sin el consentimiento de los afectados, tanto en pacientes de hospitales como en prisioneros en los campos de concentración. Durante el proceso quedaron demostradas las prácticas realizadas con malaria, entre 1942 y 1945, en más de mil prisioneros en el campo de concentración de Dachau (Baviera, Alemania). También se acreditaron las experiencias de esterilización, así como las relacionadas con trasplantes y con el uso de gas mostaza. En su defensa, los acusados argumentaron que no existían leyes que catalogaran como legales o ilegales dichas prácticas y también recordaron que en los Estados Unidos se habían realizado experimentos similares, sin que la justicia de ese país hubiera procesado a los involucrados.

Paradójicamente, mientras se juzgaba a los galenos nazis, médicos norteamericanos participaban de un programa secreto mediante el cual se les inoculó sífilis, gonorrea y chancros a casi setecientos guatemaltecos; usándose el mismo argumento de sus pares nazis: la falta de una legislación que prohibiera esas experiencias. El plan consistía en evaluar la acción de la penicilina y tuvo como protagonistas a presos, soldados, prostitutas y enfermos mentales.

En esos experimentos de Guatemala se utilizó a prostitutas con gonorrea o sífilis para contagiar a presos en cárceles o a pacientes de manicomios. Pero cuando se comprobó que eran muy pocos los hombres que se habían contagiado, se pasó a la inoculación directa, inyectando la bacteria de la sífilis en el pene, el brazo o la cara de los conejillos de indias, quienes no sabían para qué eran usados. Uno de los médicos estadounidenses que formó parte del experimento realizado en Guatemala fue John Cutler, doctor del Servicio de Salud Pública e investigador en el lamentable proyecto Tuskegee, mediante el cual a cientos de ciudadanos negros de Alabama, que ya estaban contagiados de sífilis, se les negó intencionadamente tratamiento para que los galenos pudieran ver el avance de la enfermedad y sacar conclusiones. A medida que los afectados iban muriendo, el gobierno ofrecía a los deudos entierros gratuitos a cambio de poder realizar las respectivas autopsias. En este último caso, la experimentación — que comenzó con seiscientos negros— duró cuarenta años, entre 1932 y 1972, cuando una filtración a la prensa reveló las características del ensayo.[4]

La experiencia de Guatemala se conoció recién en 2010 como consecuencia de un estudio liderado por la investigadora Susan Reverby, de la Universidad de Wellesley, Massachusetts, que sacó a la luz documentos reveladores. Su publicación obligó a la secretaria de Estado, Hillary Clinton, a disculparse, en nombre de su país, ante el presidente de Guatemala, Álvaro Colom, más de medio siglo después del lamentable experimento que en su momento fuera avalado por Washington. Fueron solamente disculpas, nada de eventuales indemnizaciones o compensaciones.

El ensayo de Guatemala no era el primero realizado por los

norteamericanos — en 1931 los médicos del Instituto Rockefeller, dirigidos por el doctor Cornelius Rohad, inocularon cáncer a portorriqueños— ni el último que haría ese país. En 1940, cuatrocientos presos de Chicago fueron infectados con malaria y tratados con medicamentos no autorizados. Una experiencia que fue reiteradamente citada a modo de defensa por los médicos nazis juzgados en Nüremberg, a quienes, tal como se mencionó antes, se los acusaba por haber realizado ese tipo de prácticas. En 1942 se hicieron experimentos con gas mostaza en cuatro mil soldados estadounidenses y también se utilizaron menonitas (*amish*) a cambio de ser exceptuados del servicio militar obligatorio. En todos estos casos, nadie informó sobre las consecuencias que podían llegar a padecer estas personas por ser sujetos de las mencionadas experimentaciones.

Desde 1947, en el marco de las investigaciones militares sobre drogas, se experimentó con LSD por lo menos en mil personas (luego, en 1965 comenzaría el Proyecto MKSearch, que estudia las reacciones humanas ante drogas sicodélicas y, al año siguiente, el Proyecto MKOften, con el objeto de comprobar los efectos toxicológicos de los estupefacientes).

En varias oportunidades, los norteamericanos esparcieron bacterias, virus, bacilos, agentes químicos u otros elementos desconocidos en determinados lugares, previamente seleccionados, para experimentar con la población. Por ejemplo, en 1950 se arrojaron bacterias en San Francisco, lo que provocó el aumento de los casos de pulmonía, y en 1953 se rociaron con sulfuro de zinc-cadmio zonas de Winnipeg, St. Louis, Minneapolis, el Fuerte Wayne, el Valle del Monocacy, en Maryland, y Leesburg, Virginia, entre otras experiencias. En 1977 se hizo público, en el Senado de los Estados Unidos, que entre 1949 y 1969, en secreto, fueron

rociadas con agentes biológicos por lo menos doscientas treinta y nueve zonas pobladas de esa nación.

Los norteamericanos no dudaron en realizar las experiencias más terribles — exposición a la radiactividad, agentes químicos y bacteriológicos, estupefacientes, etc.— con sus propios ciudadanos, claro que con los más “indeseables”; y a la hora de la guerra con otras naciones probaron armas biológicas, entre otras prácticas prohibidas, aprovechando la posibilidad de poder realizar ensayos sobre el enemigo.

No faltó la experimentación con sus propios soldados. En 2002 se supo que cuatro mil trescientos marinos fueron sometidos a varias pruebas, entre 1964 y 1968, con armas químicas y biológicas en sus propios buques, sin conformidad de los afectados ni protección alguna. Se trató del Proyecto SHAD, la sigla de “Riesgo de a Bordo y Defensa” (*Shipboard Hazard and Defense*), que formaba parte de entrenamientos ante eventuales guerras biológicas. El programa mencionado abarcó pruebas diseñadas para identificar las vulnerabilidades de los buques de guerra norteamericanos a los ataques con agentes biológicos y químicos, con la intención de desarrollar procedimientos para responder a tales agresiones. Bajo el Proyecto SHAD hubo ciento trece operaciones o pruebas diferentes. Por ejemplo, desde aviones se rociaron sustancias tóxicas sobre naves de guerra, con sus tripulantes a bordo. En el caso del buque *George Eastman*, en 1964, se introdujo gas sarín — que ataca el sistema nervioso y resulta letal— a través del sistema de ventilación de la nave, entre otras prácticas similares. El Departamento de Estado hasta ahora desclasificó parcialmente doce de los ciento trece experimentos realizados con los soldados norteamericanos, informes que confirman este tipo de prácticas aberrantes.

Los experimentos con seres humanos resultan acreditados desde las ideologías que ponderan y justifican la discriminación racial, ya que esas corrientes funestas minimizan el valor de la vida y, en pos de falsos ideales, todo es permitido y posible. En 1990, en Los Ángeles, se probó una vacuna contra el sarampión, no autorizada, en mil quinientos bebés negros e hispanos de seis meses de edad. La utilización de pequeños no era una novedad, ya que durante la Guerra Fría se había experimentado con niños deficientes de Massachusetts, dándoles de comer alimentos radiactivos. En la década del noventa se eligieron niños huérfanos —latinos, negros o blancos pobres— infectados con VIH, para probar la eficacia de sustancias contra el sida. Gran parte de esos chicos — de Illinois, Nueva York, Maryland y Texas— murió. El diagnóstico oficial de esos decesos indicó neumonía o envenenamiento en la sangre.

En 1970 se conoció la existencia de las denominadas “armas étnicas”, para ser usadas contra determinados grupos. Bajo ese concepto, durante la Guerra Fría se experimentó con esquimales de Alaska y enfermos de cáncer, negros ellos y, textualmente, “de bajo nivel de inteligencia”. A los esquimales se les dio yodo radiactivo para estudiar el comportamiento de la tiroides en situación de frío extremo, y a los enfermos se les aplicó radiación en la Facultad de Medicina de la Universidad de Cincinnati (Ohio). En pleno siglo XXI aún sabemos muy poco de todo esto, no es difícil imaginarse la razón, pero día a día se conocen documentos y testimonios que corroboran estas prácticas, que no se narran en ningún libro de historia.

El tema del racismo no fue una cuestión exclusiva de los nazis. La política antisemita de Hitler era conocida pero conscientemente ignorada por los

principales países, cuyas autoridades estaban al tanto del accionar del Tercer Reich. Recordemos, tal como se vio en este libro, la gran cantidad de barcos que con su carga de refugiados judíos deambularon por los puertos del mundo sin que ningún gobierno los aceptara. Durante la Segunda Guerra, "tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña los gobiernos sabían con lujo de detalles la política de exterminio masivo de judíos que estaba desarrollando Hitler. Incluso la prensa occidental estaba perfectamente al tanto de las aberraciones que estaba cometiendo el dictador alemán, a pesar de lo cual tejió un manto de silencio casi total sobre el tema durante el desarrollo de la guerra".[5] Sin ir más lejos, recordemos que el complejo de Auschwitz era en un cincuenta por ciento propiedad de la empresa norteamericana Standard Oil (la otra mitad era de la alemana Farben). Así que los estadounidenses no podían desconocer qué estaba pasando allí.

Como si esto fuera poco, los líderes sionistas trabajaron junto con los jerarcas del Tercer Reich y, luego de la guerra, contrataron a criminales nazis como el general Walter Rauff, responsable de la muerte de miles de judíos. Ahora también se sabe que Simon Wiesenthal, el famoso cazador de nazis, no era un justiciero solitario sino que trabajó para los servicios secretos israelíes.[6] Detalles de este caso fueron publicados en 2010 en el libro *Wiesenthal, la biografía*, del periodista Tom Segev, columnista del diario israelí *Haaretz*, en el cual se demuestra que el famoso cazanazis, cuando se creó el Estado de Israel, fue contratado por el Departamento de Estado del Ministerio de Exteriores, predecesor del Mossad, que le otorgó un pasaporte israelí (aunque Wiesenthal vivía en Austria). En 1984, los comunistas checos lo acusaron de pertenecer a los servicios secretos israelíes pero ni el Mossad ni Wiesenthal respondieron a esa imputación.

“Trabajó unos diez años y le pagaban en efectivo entre 300 y 400 dólares mensuales, además de financiarle la apertura de su centro de documentación en Viena”, confirmó Segev al aludir a los servicios que prestaba Wiesenthal. Así, éste — mientras buscaba nazis por el mundo— colaboraba con el Mossad, organización que no dudó en contratar a nazis fugitivos que trabajaron a sueldo con los israelíes, en particular, para combatir a los árabes. Una trama de complicidades sin precedentes que sorprende y que, claro está, no se divulga. Por otra parte, el dudoso papel del mediático Wiesenthal respecto de la captura de prófugos ha sido cuestionado por dirigentes judíos. Por ejemplo, Eli Rosenbaum, ex colaborador del Congreso Judío Mundial y director de la Oficina de Investigaciones Especiales del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, dijo que Wiesenthal fue “un obstáculo, más que una ayuda, para traer criminales de guerra ante la justicia”. En tanto, Neal Sher, predecesor de Rosenbaum, le envió una carta a Wiesenthal mediante la cual criticó su accionar y le recordó que “ninguna de las acusaciones emanadas de su oficina han resultado en la apertura de una causa judicial” por parte del citado Departamento norteamericano

La Segunda Guerra, al igual que la Primera, supuso un gran rédito para los banqueros, los empresarios y los industriales que, aun cuando pertenecieran a bandos enfrentados, no dejaron de hacer buenos dividendos juntos, gracias al conflicto, esto es a costa de millones de muertos y heridos.

La gran historia falseada — que el autor ha presentado en su libro *El exilio de Hitler*— es la del supuesto suicidio de Hitler en el búnker de Berlín. Con la versión de su muerte oficial se pretendió poner punto final a muchas preguntas. Con el suicidio del jefe nazi se pudo cerrar un

capítulo de la historia para que los poderosos pudieran continuar haciendo negocios, sin que se hicieran cuestionamientos que habrían complicado a más de un personaje conocido.

La huida de Hitler representaba (y esto es así todavía hoy) la punta del iceberg de los acuerdos de los nazis con los norteamericanos. Si se hubiera descubierto que Hitler había escapado, habrían comenzado las preguntas incómodas: ¿cómo lo hizo? y ¿quién lo ayudó? Las investigaciones hubieran demostrado que no habría podido fugarse en solitario, al estilo de un superhéroe que logra cruzar el planeta, en el momento justo en que los Aliados desplegaban todo su poderío como vencedores de la guerra.

Las pesquisas, sobre el rastro de un Führer evadido, hubieran llevado a demostrar que había existido un plan general de fuga, que se concretó merced a un pacto militar entre alemanes y norteamericanos. Esto hubiera abierto la puerta a investigar quiénes — gobiernos, hombres y empresas— estaban involucrados en este escape de película protagonizado por Hitler y sus hombres. Mejor no averiguar, mejor no preguntar demasiado. La salud del silencio. Los ejemplos históricos que se han presentado en este libro demuestran que hay dos versiones de la historia. Una es la vulgarmente conocida, escrita por los grupos de poder y divulgada por los medios de comunicación que esos mismos círculos manejan.

Es la versión que se enseña en las escuelas y en las facultades. Es la que la gente repite de generación en generación, y a fuerza de repetirla se convierte en un dogma. La historia oficial es lineal, no trata de relacionar los acontecimientos financieros con los políticos — es la economía la que marca los pasos de la política y no al revés—, y hace hincapié en un sinnúmero de nombres y fechas que los alumnos deben aprender de

memoria. La historia se aprende, así, como un cuento infantil aburrido que termina durmiendo al lector.

Siguiendo ese esquema, los comunistas fueron “malos” pero por suerte surgió el bando angelical de los Aliados para así poner freno a las pretensiones de los rojos, consistentes en eliminar el capital privado y cercenar la libertad a los hombres.

En algún momento apareció la encarnación del diablo, Adolf Hitler —las antípodas de la Libertad y la Justicia—, quien quería apoderarse del mundo y matar la mayor cantidad de judíos posible. Por suerte, también estaban allí los Aliados seráficos que pusieron coto al nazismo y lo aplastaron.

Cobarde, como la historia oficial lo muestra, Hitler prefirió pegarse un tiro antes que morir combatiendo o rendirse y dejarse apresar, para así ser juzgado y pagar por sus crímenes. El mismo hecho, el del suicidio, para los nazis no es un signo de cobardía sino de honor, convirtiendo de este modo a su líder histórico en un mártir, casi en un santo.

Además de esta historia-cuento está la oculta, conocida sólo por los propios protagonistas. La versión oficial generalmente hace referencia a una parte de la verdad — todo lo que ocurrió no se puede esconder—, pero omite otra, quizá la más importante, cuyo conocimiento cambia la misma naturaleza de los sucesos. ¿Cuál es el motivo por el que se oculta la totalidad de verdad? Simplemente porque su conocimiento demostraría la complicidad de esos mismos círculos con los hechos más aberrantes que se conocen, con el solo propósito de conservar el poder y seguir haciendo negocios.

Se ocultan actos inmorales cuya publicidad, por lo menos, acabaría con el prestigio de grandes personajes, sin perjuicio de que los implicados, al

conocerse la verdadera trama, deberían ser juzgados y condenados.

El sistema y la metodología utilizada en el pasado por los círculos de la Reserva Federal y Wall Street — este libro describe algunos ejemplos desde comienzos del siglo XX hasta 1945— se continuó usando hasta el presente.

Por esta razón — conociendo que esta distorsión, respecto de los hechos pasados, existe y se repite— se deberían analizar los grandes sucesos posteriores con nuevos ojos, de modo tal que las historias ocultas salgan a la luz y se pueda ver la auténtica realidad.

Esto, especialmente, con el período de la Guerra Fría, cuando la industria bélica tuvo fabulosas ganancias a costa de infundir terror en un mundo que rogaba que no estallara un holocausto nuclear.

Hubo también grandes negocios durante esa etapa, entre los comunistas y los estadounidenses, tal como ocurrió cuando Wall Street financió el golpe de los bolcheviques y al gobierno soviético, durante los años posteriores que siguieron a la revolución roja de 1917.

Además, habría que revisar el proceso que llevó a la caída del muro de Berlín, suceso acordado previamente entre los banqueros y los políticos, con sus importantes implicancias, y las guerras en Oriente Medio, así como las pergeñadas en otros países, sin olvidar las revoluciones perpetradas para derrocar presidentes legítimos y poner en su lugar a dictadores. Con respecto a esto último, se destaca el Plan Cóndor implementado en los años setenta, durante el cual norteamericanos y nazis trabajaron juntos contra las endebles democracias americanas para imponer gobiernos militares y, mediante ellos, hacer frente al avance del comunismo en la región.

Finalmente, se debe analizar la aparición del “terrorismo internacional”,

luego de que cayera el muro de Berlín y desapareciera de escena el tradicional rival comunista.

Sobre este punto hay que dejar al descubierto que la estrategia consiste en que siempre haya enemigos, ya que éstos son el pretexto necesario para crear un clima de temor en la población. La creencia de que existe un enemigo justifica la compra de armas y una estrategia de “defensa activa” — bajo ese rótulo para inocentes se esconde un plan de ataque, dominación y sometimiento— que se concreta ocupando países con fuerzas internacionales “de paz” o en forma directa, tal como lo hicieron los Estados Unidos en Irak, Afganistán u otras naciones. Si no hay enemigos, se los debe crear para justificar así los hechos más deleznables.

Atentado del 11-S

Este proceso de revisión seguramente permitirá ver también de una manera distinta el famoso atentado a las Torres Gemelas, del 11 de septiembre de 2001, merced a los logros de los movimientos populares que, para el esclarecimiento de la verdad, surgieron y están activos en los Estados Unidos.

En ese sentido, cada día que pasa una mayor cantidad de investigadores — ante el conjunto de pruebas y declaraciones de testigos— se inclina a pensar más en un autoatentado que en un ataque terrorista.

Esta obra no tiene el propósito de enumerar y ahondar en esas contundentes evidencias — por ejemplo, las que infieren la utilización de metodologías para demoliciones controladas, o la inexistencia del avión comercial que habría colisionado contra el Pentágono—, habiendo abundante información en Internet y bibliografía relacionada con el caso

que ponen en jaque la versión oficial.

Si se acepta la hipótesis de un autoatentado, cabría hacer una pregunta clave: ¿es posible que los norteamericanos maten a miles de sus propios ciudadanos para exhibir ante los ojos del mundo, en vivo y en directo, una farsa infernal?

La respuesta la tiene la historia, ya que esto ha ocurrido antes. En primer lugar se debe recordar que los Aliados, durante la Primera Guerra, enviaron a una muerte segura a miles de norteamericanos que embarcaron en el transatlántico *Lusitania*, tal como se vio en este libro. Se trató de un señuelo estudiado por Londres y Washington para que los alemanes atacaran el navío que viajaba sin escolta — cargado de municiones en contravención de la legislación internacional vigente— en las turbulentas aguas europeas. Ese ataque seguro sería el pretexto que usarían los Estados Unidos para entrar tardíamente en la Primera Guerra Mundial.

Otro caso similar, dejar que murieran sus propios connacionales, ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial, cuando las autoridades estadounidenses sabían que los japoneses iban a atacar la base de Pearl Harbor. Sin embargo, no se dio ningún alerta a quienes iban a ser bombardeados, y la agresión armada causó una tragedia humana. En ese ataque murieron dos mil quinientos militares y civiles estadounidenses. También en este caso, el hecho significó la justificación que necesitaban los Estados Unidos para ingresar en una guerra mundial (la Segunda).

El ataque de las Torres Gemelas fue el motivo que esperaba el presidente George Bush para realizar una invasión a Afganistán, que en realidad había sido planificada mucho tiempo antes.

Luego del supuesto atentado terrorista contra las Torres Gemelas en los Estados Unidos se desató una campaña mediática contra el Islam, se acusó

como autor intelectual a Osama Bin Laden, y Bush advirtió que se castigaría a países como Irán, Irak y Corea del Norte para evitar nuevos actos terroristas. A principios de 2002, Bush sugirió al Congreso norteamericano la necesidad de tomar medidas de acción directa contra los regímenes que supuestamente respaldaban a terroristas o amenazaban con armas de destrucción masiva a los Estados Unidos o a sus aliados. Bush dijo que desde esos países se podía abastecer con armas a los terroristas que, según su versión, se entrenaban en los campamentos de Hamas, Hezbollah o la Jihad Islámica. En tanto, el vicepresidente Dick Cheney declaraba que no había duda de que Saddam Hussein tenía armas de destrucción masiva.

El 13 septiembre de 2002, ante la Asamblea General de la ONU, el premier británico Tony Blair acusó a Irak de respaldar a organizaciones terroristas. En su declaración lo apoyó el presidente de España, José María Aznar.

El gobierno de Irak, presionado por la comunidad internacional, aceptó el ingreso en el país de inspectores de la Organización de Naciones Unidas (ONU) para que verificaran que ese país no tenía armas biológicas o químicas, tal como lo aseguraba Bush.

El 20 de septiembre, Bush anunció que, de ser necesario, atacaría preventivamente a Irak, mientras Blair afirmaba que esa nación había escondido sus armas químicas y biológicas para que no pudieran ser encontradas por los inspectores de la ONU.

En febrero de 2003, Colin Powell, secretario de Estado norteamericano, acusó nuevamente a Irak de ocultar tecnología bélica, de mantener vínculos con Al-Qaeda y de burlar a los inspectores de la ONU, que aún no habían encontrado tales armas.

El 24 de febrero, los Estados Unidos, Gran Bretaña y España presentaron ante el Consejo de Seguridad de la ONU un proyecto de resolución que abría las puertas al ataque militar pero, el 17 de marzo, Francia, Rusia, Alemania y China se negaron a autorizar el uso de la fuerza militar.

Entonces, los Estados Unidos — actuando en forma unilateral y sin ningún marco legal— le dieron a Hussein cuarenta y ocho horas para abandonar Irak, y el 19 de marzo el presidente George Bush le declaró la guerra a esa nación. Desde varias semanas antes, una coalición de doscientos cincuenta mil soldados, con sofisticada tecnología militar, se encontraba esperando en el Golfo Pérsico para iniciar la invasión.

El ataque comenzó el 20 de marzo, y durante los dos primeros días cayeron tres mil misiles sobre Irak. Bombas norteamericanas impactaron sobre dependencias de las televisoras árabes Al-Jazeera y Abu-Dhabi, así como en el Hotel Palestina, donde se hospedaban periodistas de todo el mundo.

El ataque duró nueve días y arrojó un terrible saldo de destrucción, contabilizándose las víctimas fatales en más de catorce mil, tanto militares como civiles, justificando la muerte de estos últimos como lógicos daños colaterales. En otras palabras, asesinatos necesarios y justificados.

Las armas químicas y biológicas nunca fueron encontradas y posteriormente se descubriría que habían sido un pretexto para justificar la invasión. Luego — mientras los Estados Unidos aseguraban el control del petróleo en esa zona— se repitió lo de siempre: se impuso un nuevo gobierno leal a Washington y se firmaron con empresas privadas contratos millonarios para reconstruir el área — donde habían sido convertidas en escombros empresas de energía, redes viales, infraestructura básica, etc.—

devastada por las bombas.

El sector privado participó para armar un nuevo ejército iraquí — tal como, después de la revolución bolchevique, Wall Street se había ocupado de equipar al flamante ejército comunista especialmente mediante la empresa DuPont— y en reorganizar la vida política de Irak. Por supuesto, el negocio de las armas — había que reponer el material utilizado— funcionó a las mil maravillas otra vez.

Conociendo ahora cómo se han movido históricamente los círculos del poder — usando una metodología similar durante una centuria, que siempre ha resultado exitosa—, todos los sucesos históricos deberían ser analizados nuevamente bajo una óptica distinta.

La imagen de Hitler, un loco al que le encantaba matar judíos, obró por años como un gran elemento de distracción que permitió tapar — con la industria de Hollywood por medio, que también hizo pingües negocios con la guerra— los hechos reales que comprometían con el régimen nazi a funcionarios, políticos, empresarios, industriales, militares y grandes personajes de la sociedad mundial.

Durante años se trató de convertir a Osama Bin Laden — también como el líder nazi, armado y financiado por los Estados Unidos— en una especie de nuevo Hitler, con *look* de terrorista árabe.[7] Pero ahora la información oficial puede ser cuestionada y también reconocida como falsa, gracias a esta nueva era de la informática que pone al alcance de la mano, en segundos, datos múltiples provenientes de distintas fuentes. Ésa es la diferencia respecto de años atrás, cuando todo el mundo debía creer a pie juntillas lo que los medios de comunicación “serios” — los únicos que podían acceder a la información— contaban, siempre dividiendo al

mundo en dos bandos: los buenos y los malos.

Ahora se conocen, con más precisión, las cartas que han jugado los círculos de poder internacional, con sus banqueros asociados, las que dan por tierra una visión simplista de los hechos históricos. En realidad, se ha tratado de un juego dramático, una travesura que podemos calificar de satánica, ya que implicó la muerte de millones de personas. Esas vidas fueron cercenadas por las guerras, pero también por la pobreza impuesta a vastas regiones del mundo en forma deliberada.

Se sabe que el planeta cuenta con los recursos suficientes para erradicar el hambre, pero éstos, debido al sistema implementado por los poderosos, son más usados para sostener el confort en los países desarrollados —siendo necesario desde lo económico mantener activa la industria armamentista— que para socorrer a grandes sectores de la población, que en pleno siglo XXI viven en condiciones infrahumanas.

Detrás de la historia oficial han existido siempre acuerdos, a veces no escritos, incluso entre los sectores que ante la sociedad aparecían enfrentados pero que, detrás de escena, brindaban juntos, celebrando los millones en ganancias que cosechaban a costa del sufrimiento de los más débiles. Se trató de pactos criminales, que significaron (y significan) la muerte de miles y hasta de millones de seres humanos inocentes.

¿La unidad de las naciones?

La Organización de las Naciones Unidas (ONU) fue fundada el 24 de octubre de 1945, al terminar la Segunda Guerra Mundial, en San Francisco, California. Inicialmente estuvo integrada por cincuenta y un países, llegando a tener más de ciento noventa y dos Estados miembro (al

momento de publicarse este libro). Se define como una asociación de gobierno internacional, con capacidad para adoptar resoluciones sobre temas trascendentes como la paz, la seguridad, el desarrollo económico y los derechos humanos. En su seno mantiene varios organismos administrativos: Asamblea General, Consejo de Seguridad, Consejo Económico y Social, Secretaría General, Consejo de Administración Fiduciaria y Corte Internacional de Justicia.

Esta organización es la continuidad de la Sociedad de las Naciones, que fracasó en sus intentos de mantener la paz en el planeta al estallar la Segunda Guerra Mundial.

Las Naciones Unidas, en particular su Asamblea General, representan un foro universal en el cual todos los Estados se encuentran en un pie de igualdad para votar y para expresar sus ideas.

Si bien este organismo formal ha sido útil para el tratamiento de diversas cuestiones — se han celebrado gran cantidad de tratados internacionales—, resultó inoperante a la hora de resolver los grandes problemas del mundo, como el armamentismo y el hambre.

Manejado por los Estados Unidos y sus socios, por lo general sus resoluciones se cumplen cuando éstos se ven favorecidos, y no se ejecutan cuando los perjudican. En este último sentido basta ver las disposiciones, nunca plasmadas en la realidad, relacionadas con el conflicto en Palestina, el resto de Oriente Medio, las islas Malvinas o las grandes guerras y los conflictos importantes ocurridos desde la creación de esta organización. En estos casos, en la medida en que las resoluciones de la ONU fueron contrarias a los Estados Unidos, a Inglaterra y a Israel, directamente no se cumplieron. El 10 de noviembre de 1975 la Asamblea General de la ONU logró sancionar una resolución “condenando al

sionismo como una forma de racismo y dominación racial”, por su política de persecución y dominio contra los pueblos árabes autóctonos de la región. Pero al poco tiempo, debido a la presión de los Estados Unidos e Israel, la disposición fue anulada.

También se debe recordar, como un ejemplo reciente y elocuente, que el Consejo de Seguridad de la ONU rechazó la propuesta norteamericana (también firmada por Inglaterra y España), presentada en febrero de 2003, de invadir Irak, y a pesar de esta negativa igual se produjo el ataque. Por supuesto, sin ninguna sanción para los estadounidenses ni para las otras naciones integrantes de la OTAN (Organización del Atlántico Norte) que participaron de esa operación bélica.

Además, hay que resaltar, entre otros contrasentidos, que los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU — cuya finalidad es garantizar la paz en el planeta— son los Estados Unidos, Francia, China, Rusia y Gran Bretaña, países que producen el noventa por ciento de las armas que se distribuyen en el mundo. Al respecto se debe recordar que el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, firmado por casi todas las naciones en 1968, permite que sólo esos cinco países tengan bombas atómicas (ya las poseían al momento de sucribir el convenio citado). Los otros que en la práctica pueden tener esas armas son los que no adhirieron al mencionado convenio —Israel, India y Pakistán— y, finalmente, Corea del Norte, que se retiró del acuerdo.

Tampoco se puede hablar de una justicia internacional imparcial. Los acusados por crímenes de lesa humanidad generalmente son los que no pertenecen al bando de “los buenos”. Así, hasta el día de hoy se persiguen y se juzgan ancianos que pertenecieron a las fuerzas nazis, para hacer justicia, pero ni siquiera se ha planteado la posibilidad de llevar al

banquillo a los responsables del ataque criminal aliado realizado con bombas y dispositivos incendiarios contra la ciudad alemana de Dresden — que dejó miles de muertos civiles en febrero de 1945— o a los de las agresiones nucleares perpetradas por los Estados Unidos contra las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, en agosto de ese mismo año. Estas acciones — realizadas cuando la Segunda Guerra terminaba—, además de ser crímenes de lesa humanidad, eran innecesarias desde el punto de vista militar para alcanzar la victoria final, ya que no constituían objetivos estratégicos. Fueron lanzadas contra poblaciones urbanas y causaron miles de muertos inocentes. También blancos civiles fueron atacados durante las guerras más recientes de Corea, Camboya, Afganistán e Irak, entre otros conflictos que asolaron al mundo en los últimos años, sin que nunca se juzgara a un solo responsable de esas matanzas que, en varios casos, a modo de inconsistentes disculpas inmorales por los daños irreparables causados a inocentes, fueron catalogadas de daños colaterales por los agresores estadounidenses.

La creación de la Corte Penal Internacional también es un ejemplo elocuente. Si bien la mayoría de los países adhirió a ese organismo supranacional, no firmaron ni ratificaron el estatuto de la Corte Penal los siguiente países: los Estados Unidos, Israel, Rusia, China, Cuba e Iraq. El 2 de agosto de 2002 el Congreso de los Estados Unidos aprobó la American Servicemembers' Protection Act (ley para la protección del personal de los servicios exteriores norteamericanos). Esta legislación prohíbe a los gobiernos y a los organismos federales, estatales y locales estadounidenses — incluidos los tribunales y organismos del Poder Judicial— cualquier tipo de asistencia a la Corte Internacional Penal. De este modo se impide que se concrete la eventual extradición de cualquier

ciudadano de los Estados Unidos, a requirimiento de la Corte, así como cualquier tipo de investigación en ese país. Además, se autorizó al presidente de los Estados Unidos a utilizar “todos los medios necesarios y adecuados para lograr la liberación de cualquier detenido o encarcelado (estadounidense o de países aliados), en nombre de, o a solicitud de la Corte Penal Internacional”. Es para que le quede claro al resto de las naciones, las resoluciones de los organismos supranacionales no pueden crearle ningún tipo de problemas a los Estados Unidos.

El gobierno mundial

Ahora bien, en pleno siglo XXI, ¿podemos saber cómo seguirá esta enigmática historia? ¿Quiénes están hoy diseñando una planificación mundial que, tal como se vio, no necesariamente busca el bienestar de la gente? ¿Qué personajes trabajan con ese fin? ¿Qué instituciones?

Es necesario investigar para contestar estas preguntas y, con nuevos datos, observar el escenario internacional con una visión inquisidora y crítica.

Después de terminar la Segunda Guerra Mundial, se crearon entidades internacionales multilaterales impulsadas por los grandes bancos y las empresas multinacionales. Con ese marco surgió la Organización de las Naciones Unidas y aparecieron el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

Con la caída del muro de Berlín, en 1989, se desmoronó también el esquema de la bipolaridad — la prolongada Guerra Fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética— y se comenzó a imponer al mundo la idea de la denominada “globalización”. Al poco tiempo, luego de que Irak

invadiera Kwait en 1990 — lo que desencadenó la operación “Tormenta del Desierto”, liderada por los Estados Unidos, que culminaría con la derrota de los iraquíes—, el entonces presidente George Bush anunció que había nacido un Nuevo Orden Mundial.

En el planeta existen varias estructuras de poder, como los gobiernos nacionales, las empresas multinacionales — en muchos casos con mayores presupuestos que los de los países—, los bancos internacionales, los medios de comunicación y los organismos supranacionales. En este “nuevo orden”, uno de los objetivos es que los Estados nacionales pierdan fuerza, meta que encubiertamente se ha transmitido a las sociedades en forma de “ideas fuerza”, como aquellas que expresan la panacea de la privatización de todos los servicios — incluyendo los más estratégicos—, el “achicamiento” de las estructuras oficiales, el “recorte del gasto” — aunque esto signifique la disminución de los presupuestos destinados a la salud, la educación y la justicia— y otras medidas similares que permiten que aumente la injerencia del sector privado en desmedro del público.

La gente ve cómo se desarticulan los organismos del Estado, cómo colapsa la administración estatal y el servicio de justicia y cómo son cada vez menos eficientes las fuerzas militares, policiales y de seguridad. ¿Es esto casualidad?

La democracia se basa en el regimen de partidos políticos, y éstos necesitan recursos financieros que surgen del capital privado. Es así como las empresas — interesadas en negocios y no en el bien común— van a condicionar a los dirigentes que luego van a convertirse en funcionarios. Por esta razón se mezcla cada vez más la cosa pública con los intereses privados.

El desprestigio en el que caen los dirigentes políticos — mediocres y

que han sido fuertemente corrompidos—, y el Estado mismo, hace que los ciudadanos justifiquen los procesos de privatizaciones impulsados desde el exterior. De éstos se favorecen los funcionarios, que cobran coimas y "beneficios" por ayudar a determinados grupos, y los capitales privados, que ganan las licitaciones muchas veces "hechas a medida" para ciertas empresas seleccionadas.

El manejo de la droga — introducida como un elemento para, además de ser un fabuloso negocio, destruir las conciencias— y de la pobreza, a la que son arrastrados los países previamente endeudados por los organismos internacionales, contribuye a preparar el abono para la edificación del Nuevo Orden, que se basa en un conjunto de estructuras privadas que opera como una red supranacional.

El planeta está gobernado — hablamos del poder real, no del formal— por un conjunto de entidades entrelazadas entre sí que mantiene una misma ideología, con intereses concurrentes y objetivos comunes. La meta actual de éstas es el debilitamiento de los Estados-nación y su posterior disolución para que el "Nuevo Orden Mundial " alcance su plenitud.

Varias personalidades forman parte de más de uno de estos organismos privados y actúan como enlaces entre ellos. Algunos son líderes políticos de primer nivel, como George Bush (padre) o Henry Kissinger, pero el resto de los personajes involucrados es desconocido para la inmensa mayoría de la gente. En realidad, esas organizaciones diseñan políticas, pero no las impulsan desde allí; en cambio, son sus miembros los que lo hacen, pero desde los puestos públicos o privados que ocupan. Así, aprovechan esos cargos oficiales o el que desempeñan en grandes empresas multinacionales para ejercer su influencia personal en pos de una misma meta. De este modo, la implementación de medidas — luego

de la correspondiente “bajada de línea” acordada en los foros internacionales— llega a organismos oficiales y sociedades empresarias a partir de sus propios socios o funcionarios, nucleados en grupos que reúnen a personalidades internacionales de primer nivel (donde se acuerdan los pasos a seguir para concretar la anhelada globalización).

Si bien en las naciones democráticas se mantiene el acto de votar para elegir a las autoridades, y teóricamente para decidir sobre el futuro de cada país, lo cierto es que los gobiernos nacionales han perdido fuerza ante estas estructuras que detentan el verdadero poder y, en consecuencia, marcan el rumbo de los sectores políticos, financieros, militares y científicos del planeta.

La verdadera política del sistema es ejercida por los denominados “clubes de reflexión”, los encuentros de los “líderes globales” que se reúnen, por ejemplo, en el World Economic Forum (Foro Económico Mundial) de Davos, entre otros eventos en los que se decide el futuro del mundo.

Algunas de las entidades ejecutivas de este orden global casi totalmente unificado son:

- La Organisation for Economic Co-operation and Development (OECD), entidad fundadora de la Multilateral Agreement on Investment (MAI), que estipula las reglas del comercio a nivel global. Agrupa a unos treinta países desarrollados que “comparten los principios de la economía de mercado”. Su influencia es notoria en la política económica de los países occidentales.
- El Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial son los arquitectos de la economía del planeta y de los diseños de planes para proteger el medio ambiente. Para “ayudar” a los gobiernos de países

no desarrollados, otorgan préstamos con la condición de que aquéllos apliquen políticas económicas ultraliberales (la frase "hay que achicar el Estado" está acuñada en este contexto). Ejecutan una estrategia de mantener en constante endeudamiento a esas naciones, con lo cual se garantizan el poder sobre ellas.

- La Organización Mundial de Comercio (OMC) fija las reglas del comercio mundial, reduciendo considerablemente el margen de decisión de los Estados nacionales.
- La Comisión Europea (también conocida como "Comisión de Bruselas") es el gobierno de la Unión Europea. Sus miembros no son elegidos directamente. La comisión tiene la influencia de *lobbies* industriales y empresariales. La mayoría de los comisarios europeos están estrechamente ligados a las multinacionales o a diferentes organismos y entidades que tienden al liberalismo y a la globalización. Esta comisión — que no está sujeta a un control democrático— sanciona las reglamentaciones de la Unión Europea y varios de sus integrantes son miembros o tienen estrecha relación con el poderoso Grupo de Bilderberg y, además, son participantes asiduos del World Economic Forum de Davos. Entre algunas de estas personalidades se pueden citar a sir Leon Brittan, Pascal Lamy, Romano Prodi, Jacques Santer, Edith Cresson, Emma Bonino y Mario Monti. En el Banco Central Europeo (BCE), hay directivos de dicha entidad financiera que también son o fueron participantes del Grupo de Bilderberg. Entre otros, Jean-Claude Trichet, Wim Duisenberg, Ormar Issing, o Tommaso Padoa-Schioppa.

Los foros o "clubes de reflexión"

Además de las entidades ejecutivas citadas precedentemente, se encuentran los foros o círculos selectos del pensamiento global, también llamados clubes de reflexión, a saber:

- La Council on Foreign Relations (CFR) es una organización norteamericana creada en 1921 con un aporte inicial de cincuenta mil dólares proporcionado por la Carnegie Corporation, que reúne a los más importantes líderes políticos o económicos. Es la continuidad de The Inquiry, organización creada por el presidente Woodrow Wilson, al finalizar la Primera Guerra, con el propósito de diseñar propuestas para resolver problemas políticos. Desde 1956, la mayoría de los presidentes y los altos funcionarios de los Estados Unidos es miembro del CFR. Entre otros integrantes de esta entidad se encuentran George Bush padre, Henry Kissinger y David Rockefeller.
- El World Economic Forum (WEF) es una organización que reúne a los hombres más acaudalados y poderosos del mundo. La reunión anual se realiza en Davos, Suiza. Las personalidades más destacadas e influyentes del WEF están en contacto permanente mediante "Welcom", una súper red de videoconferencia.
- La Comisión Trilateral es un organismo fundado en 1973 por el banquero David Rockefeller y el influyente Zbigniew Brzezinski, quien se desempeñara como asesor del presidente Jimmy Carter. Nuclea a líderes de América del Norte, Japón y Europa Occidental (las tres principales zonas económicas).
- El Instituto Francés de Relaciones Internacionales (IFRI) es la versión francesa del CFR.
- El Club de Roma es un círculo de "reflexión", conformado por líderes

políticos y expertos en economía, principalmente de Europa.

- El Grupo de Bilderberg está integrado por banqueros, expertos de defensa, dueños de medios de comunicación, científicos, funcionarios, integrantes de la realeza, expertos en finanzas y destacados políticos de los Estados Unidos y Europa. Fue fundado en 1954, en el Hotel Bilderberg, en Oosterbeek, cerca de Arnhem, en los Países Bajos, con el objetivo declarado de "hacer un nudo alrededor de una línea política común entre los Estados Unidos y Europa en oposición a Rusia y al comunismo". Hoy es uno de los círculos más poderosos. El grupo se reúne una vez al año, participando alrededor de un centenar de selectos invitados.

Nuevo Siglo Americano

En los Estados Unidos se creó el denominado "Proyecto por un Nuevo Siglo Americano". Esta iniciativa (denominada en inglés PNAC: Project for the New American Century) fue ideada por un grupo ideológico y político de Washington.

La organización fue fundada en 1997, como un ente sin fines de lucro, con el objetivo de fomentar "el liderazgo mundial de los Estados Unidos" en el mundo. El primer presidente es William Kristol, editor del *Weekly Standard* y colaborador de la cadena FOX.

Proyecto por un Nuevo Siglo Americano — el nombre lo dice todo aunque debería decir norteamericano en vez de americano— surgió como una iniciativa del Proyecto de Nueva Ciudadanía (New Citizenship Project), otra organización de carácter social que, como no podía ser de otro modo, también formalmente no tiene ánimo de lucro. Esta última fue

fundada por las asociaciones Sarah Scaife Foundation, John M. Olin Foundation y Bradley Foundation.

Los miembros anteriores y actuales de la PNAC pertenecen al movimiento neoconservador, son en su mayoría importantes miembros del Partido Republicano, y un gran número de ellos fueron funcionarios de primera línea durante la administración del presidente George W. Bush. Entre otros personajes, son integrantes de esa entidad: Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Jeb Bush, Richard Perle, Richard Armitage, Dick Cheney, Lewis Libby, William J. Bennett, Zalmay Khalilzad y Ellen Bork, esposa de Robert Bork.

La PNAC es conducida por una dirección que tiene siete miembros permanentes, además de un grupo de directores. El nombre de la organización proviene de la expresión “el nuevo siglo americano”, y se basa en la idea de que, durante el siglo XX, el mundo fue dominado por los Estados Unidos, y que esa situación debe prolongarse en los próximos cien años. Para ello se debe asegurar una estrategia que permita mantener la supremacía de la nación del norte y su intervención en todos los problemas mundiales (*Pax Americana*). La PNAC tuvo su primer éxito al conseguir, mediante sutiles presiones e influencias, que Washington lanzara la “Operación Libertad Iraquí” en 2003.

Muy inquietante.

El verdadero poder internacional, tal como se vio en las líneas precedentes, es manejado por una constelación de entidades que tienen sintonía entre sí, y no por un solo organismo formal mundial, lo que le permitiría al común de la gente individualizar a sus integrantes y las maniobras que realizan para asegurarse el gobierno del planeta.

Por un lado, este círculo analiza y decide objetivos políticos y, por el otro, establece las metas financieras y económicas a alcanzar. En este último sentido, una estrategia ha sido utilizar en forma permanente un lenguaje técnico que nadie entiende, a menos que sea un experto en ciencias económicas. Así, con el uso de esas expresiones, se han manejado las finanzas internacionales sin que la gente se dé cuenta de los actos inmorales y a veces criminales que se estaban cometiendo al decidir cómo se mantendría el endeudamiento permanente de las naciones pobres, entre otras medidas que causan daño a la población.

Usando este vocabulario, pensado para armar una ingeniería financiera que beneficia a los mismos de siempre, la riqueza de un sector del planeta se construyó con los recursos naturales y humanos de vastas regiones del mundo que fueron gravemente perjudicadas.

Dentro de ese mismo esquema, utilizando argumentos neoliberales, se concibió a las masas obreras como mano de obra barata para las empresas multinacionales, una idea similar a las de los campos de concentración nazi, como Auschwitz, la famosa fábrica de combustibles sintéticos cuya propiedad compartían, en partes iguales, la Farben alemana y la Standard Oil norteamericana.

El poder real no está en manos de las democracias, es decir, de la gente, aunque así se haga creer. Por el contrario, lo detenta un círculo selecto que planifica el futuro del planeta con una marcada ideología, un grupo exclusivo que tiene la “misión” de encargarse de los destinos de la humanidad. Tal como se hizo notar en la Introducción de este libro, estos “iluminados” tienen en común un sustrato filosófico y hasta esotérico, un peligroso concepto de ser los “elegidos”, y un desprecio por los sectores populares.

Esta elite es la encargada de escribir la historia oficial de un modo que no los comprometa a ellos ni a sus intereses, presentando una visión distorsionada, simple y cándida de los sucesos, en la que siempre los buenos — bando donde ellos se encuentran claro está— enfrentan a los malos. Los rótulos de los hombres del mal cambian según los tiempos: bolcheviques, nazis, terroristas, líderes islamistas fanáticos... Los buenos son occidentales, de tez blanca y, preferentemente, de ojos claros.

Resumiendo, el poder real no está concentrado en un solo lugar, ya que es ejercido por un grupo de personas que se reúne en forma alterna en distintas entidades no gubernamentales. Esto permite que no se identifique a quienes lo ejercen, porque las resoluciones no se adoptan en esos foros donde no se impulsa en forma directa ninguna política. En realidad, las acciones son ejecutadas luego en los puestos de poder que ocupan esas mismas personas. Las medidas acordadas e implementadas tienen como objetivo debilitar a las naciones así como el traspaso de las actividades económicas al sector privado. Una ventaja para imponer ese plan al mundo es que, mientras los gobiernos cambian, los poderosos se mantienen en sus sitios de influencia durante casi toda la vida. Por otra parte, los países pueden cambiar de políticas, según el mandato de turno, lo que no ocurre con quienes conciben el plan que conduce a la globalización total. Estos grupos también manejan los grandes medios de prensa, impidiendo que la historia sea revisada (cualquier intento en ese sentido será calificado como de querer imponer una “teoría conspirativa”).

Actualmente nos encontramos en una etapa avanzada del proceso de globalización — luego de que la caída del Muro de Berlín marcara el fin de la “bipolaridad”— que, tal como se dijo antes, lleva a un gobierno unificado que no tiene una sede física determinada, sino que se opera

desde un conjunto de organizaciones interrelacionadas entre sí.

Esta idea no es nueva, ya había sido enunciada formalmente por el CFR en 1922, cuando en su periódico de política exterior, el *Foreign Affairs*, se dijo que “obviamente no habrá ni paz ni prosperidad para la humanidad mientras permanezca dividida en cincuenta o sesenta Estados independientes... El verdadero problema hoy es el de estructurar un gobierno mundial”.[8]

Sangre y agallas

Para concluir este ensayo se contarán dos historias que, a modo de ejemplo, resumen mucho de lo que se ha dicho en este libro. En realidad, se trata de dos confesiones — la de un agente de inteligencia norteamericano y la de un científico alemán— que nos permiten develar parte de la verdad oculta durante decenios.

La primera corresponde al general George Patton, un héroe norteamericano de la Segunda Guerra Mundial, muy querido y admirado por la sociedad estadounidense, cuya fama se prolongó en el tiempo merced a las películas de Hollywood que lo inmortalizaron en la pantalla grande. Por su valor y audacia se ganó el sobrenombre del general “Sangre y Agallas”, y fue considerado un genio militar, aunque por su carácter rebelde tuvo sanciones por insubordinaciones y transgresiones a las órdenes de sus superiores.

En 1916 peleó en los combates de frontera con México, luego participó de la Primera Guerra Mundial y, debido a sus éxitos, fue ascendido dos veces hasta el grado de teniente general, quedando al mando de la Tank Corps, que era parte de la Fuerza Expedicionaria Estadounidense. Cuando

ese conflicto estaba terminado, Patton se recuperaba en un hospital, luego de haber sido herido por fuego de ametralladoras (en momentos en que se encontraba ayudando a sacar un tanque atascado en el barro).

Durante la Segunda Guerra participó de la campaña en África del Norte y le fue dado el mando del VII Ejército estadounidense, que estaba preparándose para la invasión de Sicilia en 1943. Mientras visitaba hospitales y elogiaba a los heridos, abofeteó y humilló verbalmente a los soldados Paul G. Bennet y Charles H. Kuhl, al considerar que ambos estaban mostrando un comportamiento cobarde. Cuando esto se conoció, parte de la opinión pública se puso en su contra y se solicitó su expulsión de las fuerzas armadas. Patton fue relevado del mando del VII Ejército poco antes de que se comenzara la campaña en Italia.

Un mes después de la invasión de Normandía, fue puesto al mando del III Ejército estadounidense, situado al oeste de las fuerzas aliadas de tierra. La ofensiva de éste se detuvo bruscamente, el 31 de agosto de 1944, cuando sus tropas se quedaron sin combustible en las afueras de Metz. Según el propio Patton, se trató de una conspiración para favorecer el avance del general inglés Montgomery, en detrimento de su ejército.

Patton y el oro nazi

Patton protagonizó una de las historias secretas relacionadas con el denominado “oro nazi” que recién se conoció hace pocos años merced a la desclasificación de informes secretos del ejército de los Estados Unidos. La liberación de esa documentación — que se realizó en forma gradual y progresiva entre los años 1989 y 1997— permitió conocer el destino de las barras de oro que se encontraban en el Banco Central de Alemania

(German Reichsbank), así como otros valores que estaban en los museos y dependencias oficiales del Tercer Reich.

Los documentos liberados demuestran que, el 7 de abril de 1945, el general Patton recibió de sus oficiales de inteligencia información sobre fabulosas riquezas escondidas por los nazis en las minas de sal de Kaiseroda en Merkers, Bavaria.

Como las unidades de Patton se encontraba en esa área, el jefe militar ordenó comprobar el dato y, luego, él mismo se trasladó a las minas para realizar un informe pormenorizado que elevaría a su superior, el general Omar Bradley.

En las extensas galerías de la mina de sal pudo ver que se acumulaban barras y monedas de oro, metales preciosos, divisas extranjeras y obras de arte. Se pudo confirmar que se trataba de las reservas de Alemania que habían sido trasladadas allí por los nazis para que no quedaran en manos de los soviéticos.

El 12 de abril de 1945, a escasas semanas de la rendición de Berlín, los generales Eisenhower, Bradley y Patton descendieron a la mina — bajaron seiscientos cuarenta metros en un ascensor— y comprobaron que las riquezas encontradas superaban con creces lo que inicialmente se había pensado. Por otra parte, las autoridades hallaron los inventarios y el detalle exacto de lo que allí había, de acuerdo con un listado que había sido confeccionado por los nazis. El lugar inmediatamente fue custodiado por una gran cantidad de tropas que fueron desplazadas con ese fin.

Funcionarios del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos determinaron que el oro encontrado en las minas era equivalente a unos tres mil quinientos millones de dólares actuales. También se verificaron doscientas obras de arte del Museo del Káiser Federico y, además,

cuarenta y cuatro cajones con ornamentos, vajillas de plata y porcelana antigua que había pertenecido a la familia real Hohenzollern.

Las riquezas, mediante un operativo secreto, fueron trasladadas en camiones del ejército y luego embarcadas a los Estados Unidos. Las obras de arte de Alemania fueron devueltas a esa nación en 1950. Pero la mayor parte del tesoro — como las barras de oro con el sello del Reichsbank, de un valor inmenso— se encuentra en la actualidad en custodia del Departamento del Tesoro norteamericano.

Como en el caso del tren del oro, que trasladó a Austria las reservas de Hungría — convoy que quedó en manos de los Aliados—, o del submarino U-234 — que se "rindió" frente a costas norteamericanas con uranio enriquecido y desarrollos tecnológicos estratégicos—, el "hallazgo" del Tesoro del Tercer Reich, en las minas de sal de Kaiseroda, lógicamente mueve a dudas.

Si los nazis escondieron todo allí, ¿cuál era el segundo paso previsto por los jerarcas germanos? Con Alemania destruida y en medio de un gran desbande, ¿pensaban dejar el tesoro oculto por años? ¿Cómo lo retirarían luego? ¿Para llevarlo adónde? ¿Cómo llegaron los norteamericanos a enterarse del lugar e incluso encontrar el inventario minucioso de esa fortuna preparado por los burócratas nazis?

Si, en cambio, pensamos que había un pacto entre nazis y norteamericanos, el sentido de haber protegido las reservas cambia, y todas las preguntas antes realizadas tienen una respuesta razonable pero diferente de la que se cuenta. Era lógico que los nazis cumplieran el objetivo de resguardar esa fortuna de los soviéticos y, pacto por medio, que fuera entregada a los norteamericanos en el marco del acuerdo general de evasión. Por esta razón, Eisenhower cambió a último momento de

estrategia y decidió que Berlín dejara de ser un objetivo militar, tal como se explicó en el Capítulo 6, ya que era una ciudad derruida sin ningún botín a obtener.

Las fabulosas reservas del Tercer Reich tenían prioridad por sobre una montaña de escombros con miles de cadáveres, inclusive algunos plantados que tenían como objetivo demostrar la muerte de Hitler. De Berlín, de esas ruinas y de esos huesos podrían ocuparse los soviéticos.

Sea como fuere, el gran secreto — consistente en que el oro nazi terminara en el Tesoro de los Estados Unidos, donde actualmente se encuentra— fue conocido por Patton, quien fue un protagonista destacado en esta increíble historia.

Mejor un patriota muerto

Hacia el final de la guerra, Patton se desplazó hasta la dársena de Saar en Alemania. Él planeaba tomar Berlín, pero el mando aliado decidió detener el avance estadounidense, luego de una determinación adoptada por Eisenhower tras hacer un acuerdo directo con Stalin. Pensó entonces en avanzar sobre Praga, pero sus planes corrieron la misma suerte y debió contentarse con objetivos menores.

Al terminar el conflicto en Europa, durante una de las celebraciones por la rendición de Alemania, Patton hizo un encendido discurso de carácter anticomunista que tuvo como consecuencia la crispación de Moscú, obligando a Washington a sacarlo del escenario bélico. Se optó por darle el cargo de gobernador militar de Baviera, aunque él quería seguir combatiendo en el Pacífico contra Japón.

La resolución adoptada por la jerarquía militar para acallar a Patton no

fue una solución: en sus nuevas funciones, hablando frente a periodistas, comparó a los nazis con los perdedores de las elecciones estadounidenses — o sea como un partido político más— y agregó más leña al fuego cuando aseguró que los aliados occidentales se habían equivocado de enemigo, en clara referencia a los soviéticos.

Para Patton, según sus propias palabras, el enemigo de los estadounidenses debía haber sido la Unión Soviética y no los nazis, por quienes profesaba respeto y hasta simpatía.

Patton también expresó sus críticas a la estrategia y política militar norteamericana; especialmente, la resolución de haber cedido a los soviéticos la toma de Berlín. Y para que quedara claro, calificó a los comunistas de “enemigos irreconciliables”.

Estas palabras de Patton, así como otras declaraciones que realizó en el mismo sentido, trajeron problemas a la ya difícil relación entre norteamericanos y soviéticos. Patton fue pronto relevado del mando del III Ejército y transferido al XV Ejército, una unidad burocrática que debía preparar la historia de la Segunda Guerra. La historia oficial escrita por los vencedores.

Por su alta graduación, Patton conocía varios secretos de los sucesos ocurridos durante el conflicto; especialmente, en la última etapa, cuando estaba obsesionado, como otros generales norteamericanos e ingleses, con detener el avance de los rusos, para impedir que tomaran Berlín. Él también sabía la historia relacionada con el oro del Tercer Reich, antes relatada, y estaba al tanto de los pactos entre jefes militares norteamericanos y jerarcas nazis.

Triste, desilusionado y dispuesto a renunciar al ejército, sufrió un grave accidente automovilístico el 21 de diciembre de 1945, cuando estaban

comenzando el juicio de Nüremberg. En realidad, esto de que padeció un “accidente” forma parte de la novela oficial y de la historia de los héroes norteamericanos, idolatrados por años. Veamos la verdad.

En esa fecha, Patton sufrió un atentado en Manheim, Alemania, cuando se trasladaba en su Cadillac y sorpresivamente se encontró con un camión cruzado en la ruta, que le cortaba el paso, contra el cual se estrelló. Él y sus acompañantes resultaron ilesos del choque, pero un francotirador que esperaba a la vera del camino lo hirió de suma gravedad al pegarle un balazo en el cuello. El “accidente automovilístico”, en realidad, fue un intento de asesinato. El jefe militar fue hospitalizado y se lo operó de urgencia. Contrariamente a lo que se esperaba, y como si fuera un milagro, Patton no sólo salió bien de la intervención quirúrgica sino que tuvo una rápida evolución favorable que sorprendió hasta a los mismos médicos que lo atendían. Pero no acaba aquí la historia, ya que, estando todavía internado y faltando poco tiempo para que se le diera el alta, falleció envenenado en el nosocomio. Su suerte estaba marcada.

Durante esa época, y hasta hace poco tiempo, existieron múltiples dudas sobre esa muerte, consistentes en dos etapas: el frustrado atentado en la ruta, perpetrado por el francotirador, y el envenenamiento fatal.

En 1999, el historiador Robert Wilcox pudo entrevistar al espía norteamericano Douglas Bazata, poco tiempo antes de que este último falleciera. El anciano quería hacer la confesión de su vida y le contó que él había sido quien preparó y ejecutó el atentado contra Patton en la ruta, y que incluso había sido quien había jalado el gatillo del disparo que impactó en el cuello del famoso general.

Según Wilcox, durante el final de sus días, Bazata estaba acuciado por sus remordimientos, y por esta razón “sostenía una guerra interior consigo

mismo por culpa del crimen que había cometido”. Lo insólito de esta revelación es que Bazata, en ese entonces, trabajaba para la OSS (Office of Strategic Services, antecesora de la CIA) y que recibió la directiva criminal de ejecutar a Patton personalmente de parte del titular de esa dependencia, el general estadounidense “Wild Bill” Donovan.

“Me confesó que fue el causante del accidente y que lo había ordenado Donovan”, explicó Wilcox al referirse a las declaraciones del arrepentido militar norteamericano.

De acuerdo con el relato, Donovan le dijo a Bazata: “Se nos presenta una situación dramática con este patriota (Patton), está fuera de control y lo debemos salvar de sí mismo, y también porque puede arruinar todo lo que los Aliados han hecho”.

¿Qué significa “todo lo que los aliados han hecho”?: formalmente ganar la guerra, y en forma oculta transferir el capital del Tercer Reich —capital, hombres, tecnología, etc.— a los Estados Unidos. Patton sabía demasiado y, por su impetuoso carácter, así como por disputas que mantenía con sus jefes, parecía que estaba cada vez más predispuesto a contarlo todo. Bazata, que fue un héroe de guerra, condecorado con cuatro medallas púrpuras, también le aseguró a Wilcox — quien publicó la información que le dio su entrevistado, así como otras relacionadas con ese hecho, en el libro *Target Patton* (Regnery Publishing, 2008)— que los servicios secretos norteamericanos estaban al tanto de los planes de los comunistas, consistentes en matar a Patton aprovechando que estaba internado en un hospital. Y que, sabiendo que el crimen se iba a ejecutar, hicieron la “vista gorda” para que así los espías soviéticos pudieran envenenarlo, tal como finalmente ocurrió.

Por otra parte, Wilcox también pudo entrevistar a Stephen Skubik,

espía de contrainteligencia del ejército de los Estados Unidos, quien le dijo que él había avisado a Donovan de que los comunistas planeaban asesinar a Patton en el hospital. Pero el jefe de la OSS, a pesar de esta advertencia, no ordenó ninguna medida de protección para salvarlo de una muerte segura, por el contrario, incluso el general norteamericano internado quedó sin ningún tipo de custodia.

Debe recordarse que Donovan estuvo implicado en las negociaciones de los nazis con los estadounidenses, para facilitar el escape de Europa de los alemanes, varios de los cuales se radicaron en los Estados Unidos, donde, tal como se vio, terminaron trabajando para ese país, con el objetivo de combatir al comunismo.

Este caso es demostrativo de las componendas ocultas que caracterizan los momentos más singulares de la historia, las que a veces se conocen recién varios años después. Aun cuando este tipo de hechos — secretos de más de medio siglo— salga a la luz, no se termina de develar toda la verdad, y a veces hasta cuesta entender los objetivos que se persiguen.

En este ejemplo, Donovan — que termina ayudando a los nazis para que puedan escapar— ordena el asesinato de Patton, que era un anticomunista declarado y que reconocía a los nazis como aliados ideológicos.

¿Qué nos queda por saber de esta trama para poder interpretar correctamente lo ocurrido? Seguramente, muchos más datos que no conocemos — en especial hasta qué nivel político se convalidó el asesinato de Patton—, los que todavía siguen siendo secretos.

Atómicas con esvásticas

La otra historia corresponde a la confesión del científico nazi Erwin Oppenheimer — no se trata del científico norteamericano que tenía el mismo apellido— relacionada con las bombas nucleares alemanas, un tema que se ha visto exhaustivamente en el Capítulo 8. Si bien en esa parte de este libro se han puesto en evidencia testimonios y elementos que tratan de fundamentar la idea de que Hitler podía tener la bomba atómica, parecen faltar algunos datos como los que podría aportar un testigo calificado, lo que permitiría confirmar una verdad completamente diferente de la oficial.

El famoso científico alemán Oppenheimer — célebre por haber descubierto la utilidad del circonio, un metal muy duro, en la fabricación de la bomba— trabajó para el proyecto nuclear nazi en las instalaciones ubicadas en Innsbruck, Hamburgo y Peenemünde. Después de haber terminado la guerra, cumplió funciones en los Estados Unidos —adoptó la ciudadanía de ese país— junto con cientos de colegas germanos que, como él, cruzaron el Atlántico en el marco de los acuerdos alcanzados entre nazis y norteamericanos.

Viviendo en su nueva patria, el reconocido científico decidió contar la verdad sobre la bomba nazi y aseguró que los alemanes, cuando estaba terminando la guerra, ya disponían del arma nuclear y no, en cambio, los estadounidenses, descartando así de plano la información tradicional (que dice lo opuesto).

En su libro *Prisioneros del mundo atómico* — una edición de sólo dos mil ejemplares, publicada en los años cincuenta, que casi nadie conoce—, Erwin Oppenheimer decidió hacer la confesión de su vida y contó toda la verdad. En ese sentido dijo que, en julio de 1944, “estaban teóricamente resueltos la mayor parte de los problemas técnicos planteados para la

realización de la bomba atómica” alemana.

El científico dio detalles de cómo se llegó a obtener el uranio 235, combustible clave para la nueva arma, y otros datos de interés. Él trabajó personalmente en la obtención de circonio, mediante la fisión del uranio 238, en un reactor que los alemanes tenían en Hamburgo. Al respecto recordó que “habiendo encontrado este metal protector (el circonio), la bomba de uranio ya estaba realizada en principio”.

Según el científico nazi, “a finales de noviembre de 1944, sólo faltaba proceder al montaje de la bomba. Todo dejaba prever que estaría terminada el 30 de enero, fecha del 12º aniversario de la subida al poder del Partido Nacional Socialista”.

A principios de 1945, los ataques aliados se sucedían en Alemania y “las fábricas de Hamburgo habían sufrido terribles bombardeos... no obstante, habíamos tenido el tiempo necesario para reunir, en los refugios subterráneos de Innsbruck, una cantidad de uranio suficiente para construir varias bombas”, recordó Oppenheimer.

De acuerdo con el relato del científico, procedentes de la planta de Hamburgo, “el 15 de febrero nos fueron entregados los tubos de circonio cuyos planos habíamos diseñado”. El experto alemán agrega un dato asombroso al afirmar que la bomba atómica nazi “el 20 de abril estaba terminada, y que la reserva de uranio existente fue inmediatamente empleada en la construcción de otros cuatro artefactos”. Entonces no estamos hablando de una sola bomba nuclear operativa. Durante esa misma jornada, durante una entrevista, Mussolini aseguró que Hitler ya disponía de tres bombas atómicas (véase el Capítulo 8).

Recordemos que, precisamente, ese mismo día — cuando se conmemoraba el cumpleaños cincuenta y seis del Führer— Hitler saludó a

una delegación de las Juventudes Hitlerianas. Repasemos nuevamente qué dijo el líder alemán a los soldados adolescentes que habían llegado para saludarlo:

> Se están librando intensos combates en todos los frentes. La gran batalla decisiva tiene lugar aquí, en Berlín. El desempeño del soldado alemán, su proverbial firmeza y su indomable voluntad de lucha decidirán el destino de Alemania. Son el ejemplo de que una resistencia obstinada puede repeler aun a un enemigo numéricamente superior. Nuestra creencia en que podemos ganar la batalla de Berlín no debe flaquear. La situación es comparable a la de un enfermo al que se le dice que su fin es inminente. Pero ello no significa que vaya a morir. Pueden salvarlo nuestros medicamentos, descubiertos justo a tiempo y en producción en ese preciso instante. Debemos decidirnos a resistir hasta el momento en que se puedan aplicar esos medicamentos, momento en que llegará nuestra victoria final. ¡Lo que cuenta es seguir combatiendo con voluntad de hierro!

En ese momento — tan crucial cuando el cerco soviético se cerraba sobre Berlín—, los imberbes miembros de las Juventudes Hitlerianas ¿entendieron a qué se refería Hitler cuando hacía mención a “nuestros medicamentos”? Hoy a la distancia, y con la luz que da el paso del tiempo, sin lugar a duda sabemos que el jefe nazi hacía alusión a las bombas atómicas alemanas, tres de las cuales — al decir de Benito Mussolini— ya estaban terminadas.

Cuarenta y ocho horas después de pronunciadas estas palabras — y cuando los norteamericanos ya disponían del tesoro del Tercer Reich, puesto por los nazis a resguardo de los soviéticos en las minas de sal de Kaiseroda—, el Führer escapó haciendo una escala en Austria, antes de seguir su camino que tenía como destino final a la Argentina Allí, en la estación de Linz, llegó un tren, llevado por hombres de las SS, que dejó en manos de las fuerzas norteamericanas el tesoro de Hungría. Los pagos se estaban realizando... Por otra parte, a los pocos días, el submarino U-234 se “rindió” frente a costas estadounidenses cargado de material

nuclear, incluyendo el uranio enriquecido necesario para las bombas atómicas, así como otros desarrollos tecnológicos y científicos alemanes.

Otro secreto de Hitler es que para entonces los nazis habían diseñado platos voladores, desarrollo que también en forma oculta se transfirió a los Estados Unidos. En 2010, la reconocida revista científica alemana *PM* publicó un artículo en el que se informa que el programa relacionado con los platos voladores tenía el nombre en clave "Schriver-Habermol", tomado de los apellidos de uno de los pilotos de prueba del Ejército alemán y de uno de sus ingenieros. Según un técnico que habría participado en el proyecto, citado por la revista, los ingenieros alemanes construyeron al menos quince discos voladores; uno de los cuales fue visto volando sobre Praga a principios de 1945, de acuerdo con el relato de un testigo.[9]

El convenio se cumplió. Los norteamericanos tenían el oro, la tecnología de avanzada y las bombas atómicas. A cambio los nazis, con Hitler a la cabeza, ya podían gozar de impunidad.

Erwin Oppenheimer contó que a él se le había encomendado la tarea de "estudiar la posibilidad de colocar una bomba de uranio en una V-2", de modo que con ésta se pudiera atacar Londres. El impresionante misil A-4, conocido como V-2, tenía catorce metros de longitud, pesaba casi trece toneladas, incluyendo una de explosivos. Su diámetro era de más de un metro y medio, y podía recorrer sus trescientos cuarenta kilómetros de alcance a velocidades que lo hacían no interceptable por cualquier aparato o dispositivo de la época.

Según el científico alemán, Hitler, pensando en el final de la guerra, le había confiado su estrategia al jerarca Göring: ésta consistía en atacar

Londres y, al mismo tiempo que ocurría la agresión nuclear, desaparecer de escena, “suicidándose” dice Oppenheimer, aunque a esta altura sabemos que, en el caso Hitler, la palabra “suicidio” es sinónimo de fuga.

De acuerdo con el relato de Oppenheimer, el plan de Hitler era:

> [...] lanzar una bomba de uranio sobre Londres y se habría suicidado inmediatamente. Este doble gesto habría tenido, según él (Hitler), una doble consecuencia. En primer lugar, los enemigos de Alemania habrían comprobado que ésta, si bien enteramente ocupada y derrotada militarmente, disponía de un extraordinario artefacto, gracias al que, antes de morir, podía provocar enormes destrucciones. Nueva York, Moscú y París habían sido designados como próximos objetivos si no llegaba inmediatamente un alto el fuego en el frente. En segundo lugar, Hitler había pensado que su muerte facilitaría el alto el fuego y que la paz que debía seguirse, gracias a este último sobresalto atómico, sería la menos desventajosa posible para Alemania.[10]

Con respecto a esa desaparición, tal como se vio antes, el mismo Hitler en el búnker de Berlín había dicho:

> Mientras yo viva no habrá conflicto entre Rusia, América e Inglaterra. Están unidos para destruirme. Si yo estoy muerto, no pueden permanecer juntos. Debe venir el conflicto. Y cuando llegue, yo tengo que estar vivo para guiar a los alemanes, para que se levanten de la derrota y lleguen a la victoria final. Alemania sólo puede pensar en la victoria si la gente piensa que yo estoy muerto.[11]

Al parecer, Göring le había sugerido a Hitler una alternativa más sencilla que la de atacar con el artefacto nuclear: negociar la bomba con los norteamericanos, ya que estos últimos no la tenían, a pesar de los denodados esfuerzos por obtenerla, y sabían que era un arma crucial que condicionaría el futuro de la humanidad. Si ellos no aceptaban los términos de esta negociación — que propondrían los nazis a cambio de que se les facilitara la fuga y posterior impunidad—, los estadounidenses eran conscientes de que “la atómica” podría quedar en manos de los

soviéticos.

Hay un dato más que aporta el especialista nuclear. A fines del año 1944 “una alta personalidad científica alemana perteneciente al Instituto Kaiser Wilhelm de Berlín” le elevó a Hitler un informe que “estudiaba las posibles consecuencias de una experiencia nuclear y las declaraba peligrosas para toda la humanidad”. Ese documento habría impresionando a Hitler, especialmente las secuelas de la radiactividad —si la bomba se tiraba sobre Londres, la nube radiactiva podía llegar a Alemania—, quien al parecer no quería cargar con el peso moral de haber sido quien ordenó el primer ataque nuclear de la historia y, por lo tanto, resultar culpable del gran desastre, un crimen de lesa humanidad, que se ocasionaría. Estas consideraciones, sumadas a los problemas de operatividad para lanzarla, fueron las causas que habrían motivado que Hitler optara por el consejo inicial de Göring, respecto de utilizar la nueva arma como principal carta de negociación con los norteamericanos. La segunda parte del plan, esto es su desaparición física, igual la mantendría y de hecho se concretaría al salir totalmente de escena, mientras los nazis hacían correr la falsa noticia de que se había suicidado en el búnker de Berlín.

Oppenheimer no sabe cómo se realizaron las negociaciones entre los nazis y los estadounidenses, y es lógico que no lo sepa porque él era un científico y no un político, un militar o un agente de inteligencia. Era un reconocido experto que brindó un testimonio muy importante, por cierto, acerca de lo avanzada que se encontraba la tecnología alemana en materia nuclear, y que además, con valentía, confesó algo que casi nadie se animó a decir: Hitler disponía de bombas atómicas.

Él tampoco estuvo al tanto de cómo y en qué circunstancias esas armas fueron transportadas a los Estados Unidos, desconociendo qué medios se

usaron para trasladar la tecnología nuclear. En ese sentido, hoy se sabe del mencionado viaje del submarino U-234 — que llegó a los Estados Unidos con su carga atómica sólo cinco días después de la rendición de Alemania — aunque posiblemente se realizaron otros traspasos, quizás algunos por avión, cuyos detalles permanecen desconocidos.

Si bien el científico germano desconoce cómo se transfirieron las bombas nazis a los Estados Unidos, en cambio no duda en hacer una afirmación lapidaria al declarar:

> [...] fuera de un puñado de científicos del átomo y algunos políticos, todo el mundo creyó que las dos bombas que aplastaron al Japón en agosto de 1945 eran de fabricación norteamericana. En realidad, como yo debería averiguar más tarde, estas bombas eran el arma secreta de Hitler.[12]

Al respecto, Oppenheimer asegura:

> [...] si hoy hago esta revelación, no es porque intente dar a Alemania la gloria de haber sido la primera nación que liberó las fuerzas que posiblemente en un próximo futuro podrán destruir toda la humanidad. Es simplemente para aclarar un punto de la historia.

Claro que al explicar esa circunstancia con información que es absolutamente diferente de lo que siempre se creyó — ya que se nos enseñó que Hitler no llegó a tener la bomba atómica—, además de “aclarar un punto de la historia”, se trastoca toda la trama conocida hasta hoy y aparece una de las verdades que, complicidades por medio, siempre permanecieron ocultas.

En este libro se vio que Wall Street — el palpitante y vigoroso corazón del capitalismo occidental— financió la revolución bolchevique, una ideología diametralmente opuesta, y también que durante años los Estados

Unidos hicieron grandes negocios con los comunistas. Esto pasaba mientras se hacía creer al mundo que Washington y Moscú estaban enfrentados irreconciliablemente.

Desde los Estados Unidos, además, se financió a Mussolini y a Hitler, aunque para la historia los norteamericanos — abanderados de la libertad y de la democracia— nunca respaldaron a esos dictadores, a los que enfrentaron con discursos públicos y con las armas hasta derrotarlos en el campo de batalla.

También se presentó en esta obra el estratégico y sorprendente acuerdo alcanzado entre los nazis y los sionistas — ambas partes siempre mostradas al mundo como enemigos acérrimos—, un convenio público del cual luego se desinformó durante años hasta que se logró borrarlo de la historia colectiva. Esto sin dejar de mencionar el llamativo hecho de que criminales de guerra nazis, como el general Rauff, trabajaran para el Mossad, mientras se hacía creer que estaban siendo buscados por los servicios secretos israelíes.

Por otra parte, acabamos de ver que las barras del oro nazi — de valor varias veces millonario y cuya búsqueda por todo el mundo ha sido tan difundida— se encuentran en las arcas del Tesoro de los Estados Unidos.

Evidentemente, Hitler mantuvo varios secretos, y sus cómplices, fieles a la ideología nacionalsocialista hasta la muerte, nunca hablaron de más y guardaron silencio absoluto para no quedar enredados con esos asuntos. En ese sentido, sabemos, más de sesenta y cinco años después, que él no se suicidó en el búnker de Berlín como se nos hizo creer, un relato oficial que ha servido para poner un punto final a la historia del nazismo. Un corte tajante, una terminación estudiada para así poder tapar

definitivamente toda la trama de complicidades e intereses conjuntos que involucró a varios sectores del poder, tanto oficiales (funcionarios, políticos y militares) como privados (intelectuales, científicos, empresarios, industriales y banqueros). Hemos visto además que, hacia el final de la guerra, los nazis hicieron un acuerdo oculto con los norteamericanos, aunque siempre se dijo que ambos bandos eran contrincantes que peleaban entre sí sin piedad, hasta que uno pudiera aplastar para siempre al otro.

Finalmente, resulta asombroso saber que las bombas arrojadas sobre Japón eran nazis: uno de los secretos de Hitler mejor guardados. En ese sentido, el científico Erwin Oppenheimer —que como se vio trabajó en el proyecto nuclear primero para los nazis y luego para los estadounidenses — en los años cincuenta aseguró que las "verdaderas bombas norteamericanas que pueden ser llamadas atómicas fueron lanzadas a principios de mayo de 1948 en Eniwetok", un atolón de las islas Marshall; o sea, casi tres años después de los terribles ataques nucleares contra Hiroshima y Nagasaki.[13] Así que mientras se aseguraba que, en 1945, Hitler no tenía la bomba, y sí en cambio los norteamericanos, la verdad fue exactamente al revés. Y, como si esto fuera poco, las bombas atómicas alemanas cayeron sobre Japón, paradójicamente el gran socio del Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial.

En este ensayo se ha recorrido un largo camino analizando sucesos históricos trascendentes que signaron el devenir mundial, desde una perspectiva diferente de la tradicional. Se trató de poner luz para ver con claridad hechos muy importantes, que permanecieron ocultos durante años, especialmente para poder conocer, con datos inéditos, los grandes secretos de Adolf Hitler. Hoy se trata de uno de los temas "políticamente

incorrectos”, cuya difusión molesta a los grupos de poder que buscan que exista un “pensamiento único” en el marco de la mentada globalización. Un solo libreto del pasado y del presente, todo lo que escape a esa trama oficial no es más que “teorías conspirativas”, una calificación elegida por los grandes medios para desacreditar cualquier variante que se quiera presentar. Sobre la historia del siglo XX pueden quedar todavía muchas dudas y varias preguntas sin respuestas. Pero hemos descubierto que han ocurrido importantes sucesos, silenciados en el tiempo, que al ser conocidos cambian la trama central que se nos presentó como la única verdad. Esas modificaciones — sucesos que marcan contradicciones con los relatados en la versión tradicional— impactan en la visión del resto de los acontecimientos históricos, ya que todo está relacionado y, al poder comprender el conjunto de los hechos, se puede entender su sentido y su dirección. Por eso ahora, después de conocer la nueva información que se presentó, se puede tener una sola certeza: nada, absolutamente nada, fue como se nos ha contado.

La verdadera historia, para asombro de muchos, recién ahora comienza a escribirse.

BIBLIOGRAFÍA

Allen, Martin, *El rey traidor*, Tusquets, Barcelona, 2001.

Angosto, Pedro Luis, *La república en México. Con plomo en las alas*, Espuela de Plata, Sevilla, 2009.

Aziz, Philippe, *Los criminales de guerra*, Dopesa, Barcelona, 1975.

Basti, Abel, *Bariloche nazi*, edición del autor, S. C. de Bariloche, 2003.

——, *Hitler en Argentina*, edición del autor, S. C. de Bariloche, 2006.

——, *El exilio de Hitler*, Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

Basti, Abel y van Helsing, Jan, *Hitler überlebte in Argentinien*, Amadeus Verlag, Berlín, 2011.

Baumbach, Werner, *Broken Swastika*, Dorset Press, Nueva York, 1992.

Bellant, Russ, *Old Nazis, the New Right and the Reagan Administration*, Political Research Associates, Cambridge, 1989.

Binion, Carla, "Nazis and Bush family history", *Online Journal*, 21 de diciembre de 2000.

——, "Nazis and the Republican Party", *Online Journal*, 28 de enero de 2000.

Black, Edwin, *IBM y el Holocausto*, Little Brown/Crown, Nueva York, 2001.

——, *The Transfer Agreement*, Macmillan, Nueva York, 1984.

Bloch, Michael, *Ribbentrop*, Bantam Press, Londres, 1992.

Boas, Jacob, "A nazi travels to Palestine", *History Today*, Londres, 1980.

Botaya, Felipe, *Operación Hagen*, Nowtilus, Madrid, 2005.

Brenner, Lenni, *Zionism in the Age of the Dictators*, Lawrence Hill, Chicago, 1983.

Brooks, Geoffrey, *Hitler's Terror Weapons: from V-1 to Vimana*, Leo Cooper, Barnsley, 2002.

Byrnes, James, *Speaking Frankly*, Harper & Brothers Publishers, Nueva York, 1947.

Canudas, Enrique, *Las venas de plata en la historia de México*, Utopía, México, 2005.

Churchill, Winston, *La Segunda Guerra Mundial*, Peuser, Buenos Aires, 1957.

——, *Memorias*, Orbis, Barcelona, 1989.

Dawidowicz, Lucy, *A Holocaust Reader*, Behrman, Nueva York, 1976.

——, *The War Against the Jews*, Bantam, Nueva York, 1976.

De la Sierra, Luis, *Corsarios alemanes durante la Segunda Guerra Mundial*, Juventud, España, 2000.

Diggins, John P., *Mussolini and Fascism: The View from America*, University Press, N. J., Princeton, 1972.

Douglas, Gregory, *Gestapo Chief. The 1948 Interrogation of Heinrich Müller*, James Bender Publishing, San José, California, 1995.

Duker, Abraham, "Diaspora", *Jewish Frontier*, 1937.

Elam, Sarga y Waith, Denis, "Nuestro hombre en Damasco", periódico *Haaretz*, 31 de marzo de 2007.

Feder, Gottfried, *Manifiesto contra la usura y la servidumbre del interés del dinero*, Avanzada, Buenos Aires, 1984.

Feilchenfeld, Werner, *Haavara-Transfer nach Palaestina*, Mohr/Siebeck, Tübingen, 1972.

Frölich, Paul, *Rosa Luxemburgo. Vida y obra*, Fundamentos, Barcelona, 1976.

Futrell, Michael, *Northern Underground*, Faber and Faber, Londres, 1963.

Görlitz, Walter, *El oro y el poder*, Abril, Buenos Aires, 1975.

Graziano, Walter, *Nadie vio Matrix*, Planeta, Buenos Aires, 2007.

——, *Hitler ganó la guerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 2004.

Grose Peter, *Continuing The Inquiry: The Council on Foreign Relations from 1921 to 1996*, Council on Foreign Relations Press, Vermont, 2006.

Guénon, René, *Le théosophisme, historie d' une pseude-religion*, Éd. Traditionnelles, París, 1921.

Hagedorn, Hermann, *The Magnate: William Boyce Thompson and His Time (1869-1930)*, Reynal & Hitchcock, Nueva York, 1935.

Hahn, Fritz, *Waffen und Geheimwaffen des deutschen Heeres. 1933-1945*, Monch (Bernard & Graefe Verlag GmbH & Co. KG), Berlín, 1998.

Hansing, Ron, *Hitler's Escape*, Athena Press, Londres, 2005.

Hentschen, Philip, *The Nuclear Axis, Germany, Japan and the Atomic Bomb Race*, Sutton Publishing Limited, Londres, 2000.

Herzl, Theodor, *Der Kongress*, Welt, 1897. Reimpreso como *Theodor Herzl's zionistische Schriften*, Jüdischer Verlag, Berlín, 1920.

——, *The Jewish State*, Herzl Press, Nueva York, 1970.

Hilberg, Raúl, *The Destruction of the European Jews*, Holmes and Meier, Nueva York, 1985.

Hirschfeld, Wolfang y Brooks, Geoffrey, *The Story of a U-boat NCO 1940-1946*, Naval Institute Press, Londres, 1996.

Hitler, Adolf, *Mi lucha*, Ediciones Trasandinas, reimpresión, Santiago de Chile, 2001.

Höhne, Heinz, *The Order of the Death's Head*, Ballantine, Nueva York, 1971.

Hunt, Linda, *L'Affaires Paperclip. La récupération des scientifiques nazis par les Américans 1945-1990*, Stock, París, 1991.

Hydrick, Carter, *Critical Mass*, 2ª edición, Whitehurst & Company, Nueva York, 2004.

Karlsch, Rainer, *Hitler's Bombe*, Deutsche Verlags-Anstalt, Munich, 2005.

Katkov, George, "German Foreign Office Documents on Financial Support to the Bolsheviks in 1917", *International Affairs*, 32, Royal Institute of International Affairs, Londres, 1956.

Kegley, Charles W. y Wittkopf, Eugene R., *American Foreign Policy: Pattern and Process*, St. Martin's Press, Nueva York, 1991.

Kershaw, Ian, *Un amigo de Hitler*, Península, Barcelona, 2006.

——, *Hitler (1936-1945)*, Península, Barcelona, 2000.

Kevles, Dan, *In the Name of Eugenics: Genetics and the uses of human heredity*, Knopf, Nueva York, 1985.

Kinnaird, Clark, *The Black Book of Fascist Horror*, Pilot Press, Nueva York, 1945.

Lesta, José, *El enigma nazi*, EDAF, Madrid, 2003.

Lepic, Arthur, "Los manuales de tortura del ejército de los Estados Unidos", Voltairenet.org, 2004.

Loftus, John, *The Belarus Secrets*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1982.

Loftus, John y Aarons, Mark, *The Secret War Against the Jews*, St. Martina Griffin, Nueva York, 1997.

López Miorll, Miguel Ángel, *La Casa Rothschild en España: 1812-1941*, Marcial Pons, Ediciones de la Historia, Madrid, 2005.

Lottman, Herbert, *Los Rothschild. Historia de una dinastía*, Tusquets, Barcelona, 2006.

Mandel, Ernest, *Tratado de economía marxista*, Serie Popular Era, México, 1969.

Margalit, Avishai, *The Violent Life of Yitzhak Shamir*, Review of Books, Nueva York, 1992.

Miles, Basil, *Las Camisas Negras de Italia y los negocios*, Nation's Business, Nueva York, 1923.

Moody, John, *The Truth about the Trusts*, Moody Publishing Company, Nueva York, 1904.

Muchnik, Daniel, *Negocio son los negocios*, Norma, Buenos Aires, 1999.

Naftaly, Timothy y Norman, Goda, *La inteligencia de Estados Unidos y los nazis*, Cambridge University Press, Nueva York, 2005.

Newton, Ronald, *El cuarto lado del triángulo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

Nicosia, Francis R., *The Third Reich and the Palestine Question*, Universidad de Texas, Austin, 1985.

Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral*, Alianza Editorial, Madrid, 1996.

Oppenheimer, Erwin, *Prisioneros del mundo atómico*, Vergara, Barcelona, 1956.

Overy, Richard, *Interrogations, the Nazis in Allied Hands 1945*, Penguin Putnam Inc., Londres, 2001.

Palacios, Jesús, *Erik Jan Hanussen. La vida y los tiempos del mago de Hitler*, Oberon, Madrid, 2005.

Posner, Gerald y Ware, John, *Mengele*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.

Possony, Stefan, *Lenin: The Compulsive Revolutionary*, Allen, George & Unwin, Londres, 1966.

Prinz, Joachim, *Zionism under the Nazi Government*, Young Zionist, Londres, 1937.

Quigley, Carroll, *Tragedy and Hope: A History of the World in Our Time*, Macmillan Company, Nueva York, 1966.

Rigg, Bryn Mark, *La tragedia de los soldados judíos de Hitler*, Inédita Editores, Barcelona, 2008.

Robin, Jean, *Hitler, el elegido del Dragón*, Planeta, México, 1991.

Ryan, Cornelius, *La última batalla*, Destino, Barcelona, 1966.

Salbuchi, Adrián, *El cerebro del mundo*, Ediciones del Copista, Córdoba, Argentina, 1999.

Salinas, Juan y De Napoli, Carlos, *Ultramar Sur*, Norma, Buenos Aires, 2002.

Sampson, Anthony, *The Sovereign State of ITT*, Stein & Day, Nueva York, 1973.

Santander, Silvano, *Técnica de una traición*, Antygua, Buenos Aires, 1955.

Schleunes, Karl A., *The Twisted Road to Auschwitz*, Urbana, Universidad de Illinois, 1970.

Schopenhauer, Arthur, *Fragmentos en torno a la historia de la filosofía*, Biblioteca de Ensayo Siruela, Madrid, 1973.

——, *Parerga y Paralipómena*, Ágora, Málaga, 1997.

Sebreli, Juan José, *El olvido de la razón*, Sudamericana, Buenos Aires, 2006.

Sereny, Gitta, *El trauma alemán*, Península, Barcelona, 2005.

Sherwood, Robert E. *Roosevelt y Hopkins. Una historia íntima*, José Janés, Barcelona, 1950.

Simpson, Christopher, *Blowback: America's recruitment of nazis and its effects on the Cold War* , Weidenfeld & Nicolson, Nueva York, 1988.

Simpson, Colin, *Luz sobre el Lusitania*, Selecciones del Reader's Digest, Nueva York, 1964.

Sondern, Frederic (Junior), *Los últimos días de Hitler. Secretos de la Segunda Guerra Mundial* , Selecciones del Reader's Digest, México, 1977.

Speer, Albert, *Memoria del Tercer Reich*, Plaza & Janés, España, 1973.

Steffens, Lincoln, *Autobiography*, Harcourt, Brace and Company, Nueva York, 1931.

——, *The Letters of Lincoln Steffens*, Harcourt, Brace and Company, Nueva York, 1941.

Sutton, Antony C., *Western Technology and Soviet Economic Development* , Hoover Institution, Stanford, California, 1968.

——, *National Suicide: Military Aid to the Soviet Union*, Arlington House, Nueva York, 1973.

——, *Wall Street and the Rise of Hitler*, 76 Press, California, 1976.

——, *Wall Street y los bolcheviques*, Veritas Publishing, Estados Unidos, 2000.

Sweeting, C. G., *Hitler's Squadron. The Führer's Personal Aircraft and Transport Unit, 1933-1945*, Brassey's Inc., Washington, 2001.

Szabó, Ladislao, *Hitler está vivo*, Tábano-Verlag, Buenos Aires, 1947.

Tarpley, Webster G. y Chaitkin, Anton, *George Bush. The unauthorized biography*, Executive Intelligence Review, Washington, 1991.

Thirring, Hans, *The History of the Atomic Bomb*, Neues Österreich Zeitungs und Verlagsgesellschaft, Viena, 1946.

Thomas, Mark, *Belching Out The Devil: Global Adventures with Coca-Cola*, Ebury Press, Londres, 2008.

Van Helsing, Jan, *Geheimgesellschaften und ihre Macht im 20 Jahrhundert*, Rhede, Emsland, Ewert, 1993.

Wallace, Max, *The American Axis. Henry Ford, Charles Lindbergh and the Rise of the Third Reich* , St. Martin's Press, Nueva York, 2004.

Weckert, Ingrid, *Reichskristallnacht*, Grabert, Tübingen, 1981.

——, *Feuerzeichen*, Grabert, Tübingen, 1981.
Wells, H. G., *Esquema de la historia universal*, Anaconda, Buenos Aires, 1946.
Wiesenthal, Simon, *Los asesinos entre nosotros*, Moguer, Barcelona, 1967.
Wilcox, Robert, *Target Patton*, Regnery Publishing, Washington, 2008.
Wise, Jennings C., *Woodrow Wilson: Disciple of Revolution*, Paisley Press, Nueva York, 1938.
Witkowski, Igor, *Czwarta Rzesza*, Widawca: Wis-2, Varsovia, 2005.
——, *Prawda o Wunderwaffe*, Wydawca: WIS-2, Varsovia, 2007.
Yisraeli, David, "The Third Reich and the Transfer Agreement", *Journal of Contemporary History*, Nº 2, Londres, 1971.
——, *The Palestine Problem in German Politics 1889-1945*, Bar-Ilan University, Israel, 1974.

Artículos periodísticos citados

Agencia ANSA, Berlín, 19 de enero de 1997.
Agencia ANSA, Londres, 15 de diciembre de 1996.
Agencia AFP, Londres, 9 de marzo de 2010.
Agencia AP, Nueva York, 7 de agosto de 1945.
Agencia AP, Washington, 8 de agosto de 1945.
Agencia AP, Londres, 7 de noviembre de 1945.
Agencia AP, Francfort, 15 de noviembre de 1945.
Agencia AP, Buenos Aires, 5 de septiembre de 1961.
Agencia EFE, Reino Unido, 16 de junio de 2006.
Agencia EFE, Madrid, 18 de diciembre de 2009.
Agencia Noticias Argentinas, 25 de julio de 1999.
Agencia Ria Novosti, 30 de marzo de 2005.
Agencia Reuters, Moscú 6 de noviembre de 1945.
Agencia Reuters, Nüremberg, 31 de diciembre de 1945.
Agencia Reuters, Bad Godesberg, 20 de enero de 1946.
Agencia Reuters, Nueva York, 8 de agosto de 1945.
Agencia Telam, Washington, 5 de diciembre de 1996.
Agencia United Press, Berlín, 9 de junio de 1945.
Agencia United Press, Londres, 11 de junio de 1945.
Agencia United Press, Londres, 26 de mayo de 1945.
Chicago Times, Chicago, 17 de julio de 1945.
Diario *ABC*, 11 de diciembre de 2004.

Diario *Ámbito Financiero*, 12 de noviembre de 1999.
Diario *Crítica*, 14 de septiembre de 2009.
Diario *El País*, 3 de diciembre de 1996.
Diario *La Mañana del Sur*, 6 de septiembre de 1996.
Diario *La Mañana del Sur*, 18 de julio de 1999.
Diario *La Nación*, 19 de febrero de 1997.
Diario *Le Figaro*, 1º de septiembre de 1970.
Diario *Página/12*, 4 de diciembre de 1996.
Diario *Pravda*, 8 de mayo de 1991.
Diario *Tiempo Argentino*, 29 de agosto de 2010.
Foreign Affair, artículo de Eisuke Sacakibara, vol. 74, Nº 5, septiembre de 1995.
Journal of Palestine Studies, edición verano de 1976.
Los Angeles Times, 13 de octubre de 1966.
Manchester Guardian, 23 de mayo de 1936.
New York Herald Tribune, 13 de junio de 1938.
Online Journal, 28 de enero de 2000.
Online Journal, 21 de diciembre de 2000.
Periódico *Das Schwarze Korps*, 15 de mayo de 1935.
Periódico *Der Angriff*, 23 de diciembre de 1935.
Periódico *Der Angriff*, 9 de octubre de 1934.
Periódico *Foreign Affairs*, diciembre de 1922.
Periódico *Haaretz*, 31 de marzo de 2007.
Periódico *Jüdische Rundschau*, 13 de junio de 1933.
Periódico *Jüdische Rundschau*, 17 de septiembre de 1935.
Periódico *Völkischer Beobachter*, 8 de abril de 1933.
Periódico *Yediot Ajaronot*, varias ediciones de 1993.
Revista *Defensa*, artículo de Luigi Romersa, agosto-septiembre de 1984, Madrid.
Revista *Libertad Digital*, artículo de César Vidal, 20 de abril de 2004.
Spiegel Online, Berlín, 11 de marzo de 2010.
The Daily Telegraph, 24 de agosto de 2010.
The Dearborn Independent, 22 de mayo de 1920.
The Journal of Modern History (Chicago), vol. 64, Nº 3, septiembre de 1992.
The New York Times, 26 de agosto de 1945.
The Times, 26 de agosto de 1945.
Time Magazine, 28 de mayo de 1945.
Washington Post, 2 de febrero de 1918.

Documentación consultada y citada

Archivo Federal de Rusia, Informe anual al Presidium Supremo, con motivo de conmemorarse el 28º aniversario de la revolución rusa, 1945.

Embajada de los Estados Unidos en Londres, Apéndice Nº 1 al Nº 19.489 de envío, 27 de noviembre, 1944.

Circular del Ministerio del Exterior de Alemania, 25 de enero de 1939.

Departamento de Estado de los Estados Unidos, Decimal File, 861.00/4214a.

Documentos de Nüremberg, Tribunal Militar Internacional, 3358-PS Pruebas de los principales criminales de guerra, vol. 32, Nüremberg, 1947-1949.

Documentos desclasificados del FBI, Archivo Nº 65-53615, "Adolf Hitler".

Documents on the Holocaust, Yitzhak Arad, Yad Vashem Publications, 2001.

Hitler's Speeches, 1922-1939, Editor Norman Baynes, vol. 1.

Informe al Décimo Congreso del Partido Comunista Ruso, Lenin, Moscú, 15 de marzo de 1921.

Informe del general B. R. Legge, agregado militar de los Estados Unidos en Suiza, a Inteligencia Militar, CID Nº 123156/IG 4812, 28 de marzo de 1945.

Informe Ew-Pa 128 del Servicio de Inteligencia Militar de los Estados Unidos.

Memorándum de la Federación Sionista Alemana, 21 de junio de 1933.

Memorándum de la Gestapo de Baviera, 18 de febrero de 1935.

Memorándum del Ministerio del Interior alemán, 17 de diciembre de 1937.

Otras fuentes

"Las Camisas Negras de Italia y los negocios", *Nation's Business*, febrero de 1923.

"Haavara", *Encyclopaedia Judaica*, 2ª edición, Dartmouth Medal Winner, Estados Unidos, 2007.

"Zionism Under Hitler", Max Nussbaum, *Congress Weekly* (American Jewish Congress), 11 de septiembre de 1942.

"Berlin" y "Haavara", *Encyclopaedia Judaica*, vol. 5, Nueva York y Jerusalén, 1971.

"Reaction of the Jewish Press to the nazi Challenger", Margaret Edelheim-Muehsam, Leo Baeck Institute, *Year Book*, vol. 5, 1960.

"The International Jew. The world's foremost problem", artículos aparecidos en *The Dearborn Independent*, ediciones desde el 22 de mayo hasta el 2 de octubre de 1920.

"Baal is not God", *Congress Bulletin*, 24 de junio de 1936.

"Hitler de los Andes", Discovery Channel.

Archivos oficiales consultados

Armada Argentina.
Archivo General de la Nación.
Federal Bureau of Investigation (FBI).
Military Intelligence Service of the United States.
Ministerio de Defensa de Argentina.
US Air Force History Office.
US National Archives & Records Administration (NARA).

1 Abel Basti, *El exilio de Hitler*, Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

2 José Lesta, *El enigma nazi*, Edaf, Madrid, 2003.

3 Adolf Hitler, *Mi lucha*, Ediciones Trasandinas, Santiago de Chile, 2001.

4 La filosofía de este sistema quedó definitivamente plasmada en su obra *Die Welt als Wille und Vorstellung* (*El mundo como voluntad y representación*). En 1851 apareció una colección de ensayos y aforismos publicada con el nombre de *Parerga und Paralipomena* (*Parerga y Paralipómena*) que le permitió a Schopenhauer alcanzar finalmente gran renombre.

5 Juan José Sebreli, *El olvido de la razón*, Sudamericana, Buenos Aires, 2006.

6 Arthur Schopenhauer, *Fragmentos en torno a la Historia de la Filosofía*, Biblioteca de Ensayo Ciruela, Madrid, 1973.

7 Arthur Schopenhauer, *Parerga y Paralipómena*, Ágora, Málaga, 1997.

8 *Ibidem.*

9 Jesús Palacios, *Erik Jan Hanussen. La vida y los tiempos del mago de Hitler*, Oberon, Madrid, 2005.

10 Periódico *Völkischer Beobachter*, 8 de abril de 1933.

11 José Lesta, *op. cit*.

12 Jan van Helsing, *Geheimgesellschaften und ihre Macht im 20. Jahrhundert*, Rhede, Emsland, Ewert, 1993.

13 José Lesta, *op. cit*.

14 Jean Robin, *Hitler, el elegido del Dragón*, Planeta, México, 1991.

15 Desde 1938 hasta 1951, Buber fue profesor de filosofía social en la Universidad Hebrea de Jerusalén. En 1949 fundó, y hasta 1953 dirigió, el Instituto Israelí para la Educación de Adultos, que preparaba profesores para trabajar en el ámbito de la inmigración. En 1958 fue el editor jefe de la *Enciclopedia para la educación israelí*. También fue un dirigente de la asociación Ichud (en hebreo: "Unión"), grupo que bregaba por la reconciliación entre árabes y judíos.

16 Adolf Hitler, *op. cit*.

1 H. G. Wells. El término “anglosajón” es usado como denominación genérica de los pueblos germánicos que invadieron Inglaterra en el siglo VI.

2 Una visión diferente, distinta de la oficial, con esta definición de Winston Churchill, la describió Michael Lind en un excelente artículo publicado por la revista *The Spectator*, en 2005. Paradójicamente, ese mismo año, en una votación popular auspiciada por la BBC, Churchill fue elegido, superando a Nelson, Cromwell y Shakespeare, como el británico más grande de todos los tiempos.

3 Ernest Mandel, *Tratado de economía marxista*, Serie Popular Era, México, 1969.

4 Gottfried Feder, *Manifiesto contra la usura y la servidumbre del interés del dinero*, Avanzada, Buenos Aires, 1984.

5 Herbert Lottman, *Los Rothschild. Historia de una dinastía*, Tusquets, Barcelona, 2006.

6 Miguel Ángel López Miorll, *La Casa Rothschild en España: 1812-1941*, Marcial Pons, Ediciones de la Historia, Madrid, 2005.

7 Herbert Lottman, *op*. *cit*.

8 Miguel Ángel López Miorll, *op*. *cit*.

9 Walter Graziano, *Hitler ganó la guerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 2004.

10 John Moody, *The Truth about the Trusts*, Moody Publishing Company, Nueva York, 1904.

11 Antony Sutton, *Wall Street y los bolcheviques*, Veritas Publishing, Estados Unidos, 2000.

12 John Moody, *op. cit*.

13 Enrique Canudas, *Las venas de plata en la historia de México*, Utopía, México, 2005.

14 Enrique Canudas, *op. cit*.

15 Paul Frölich, *Rosa Luxemburgo. Vida y obra*, Fundamentos, Barcelona, 1976.

16 Antony Sutton, *Wall Street y los bolcheviques, op. cit.*

17 Sobre Thompson se puede leer Hermann Hagedorn, *The Magnate: William Boyce Thompson and His Time (1869-1930)*, Reynal & Hitchcock, Nueva York, 1935.

18 *Washington Post*, 2 de febrero de 1918.

19 Antony Sutton, *Wall Street y los bolcheviques, op. cit.*

20 Lincoln Steffens, *Autobiography*, Harcourt, Brace and Company, Nueva York, 1931.

21 Jennings C. Wise, *Woodrow Wilson: Disciple of Revolution*, Paisley Press, Nueva York, 1938.

22 Lincoln Steffens, *The Letters of Lincoln Steffens*, Harcourt, Brace and Company, Nueva York, 1941.

23 Walter Graziano, *op. cit.*

24 Michael Futrell, *Northern Underground*, Faber and Faber, Londres, 1963. Stefan Possony, *Lenin: The Compulsive Revolutionary*, Allen, George & Unwin, Londres, 1966. George Katkov, "German Foreign Office Documents on Financial Support to the Bolsheviks in 1917", *International Affairs*, 32, Royal Institute of International Affairs, Londres, 1956.

25 Walter Görlitz, *El oro y el poder*, Abril, Buenos Aires, 1975.

26 Expediente AS3530, Ministerio de Relaciones Exteriores, 6 de julio de 1915.

27 Antony Sutton, *Wall Street y los bolcheviques, op. cit.*

28 Archivo Departamento de Estado de los Estados Unidos. Decimal File, 861.00/4214a.

29 Informe al Décimo Congreso del Partido Comunista Ruso, Lenin, Moscú, 15 de marzo de 1921.

30 Antony C. Sutton, *Western Technology and Soviet Economic Development*, Hoover Institution, Stanford, California, 1968, y *National Suicide: Military Aid to the Soviet Union*, Arlington House, Nueva York, 1973.

31 Se puede consultar también *Los Angeles Times*, en su edición del 13 de octubre de 1966.

32 Antony Sutton, *Wall Street y los bolcheviques, op. cit.*

33 John P. Diggins, *Mussolini and Fascism: The View from America*, University Press, N. J., Princeton, 1972.

34 *Ibidem.*

35 “Las Camisas Negras de Italia y los negocios”, *Nation’s Business*, febrero de 1923.

36 Antony Sutton, *Wall Street y los bolcheviques, op. cit.*

1 Walter Graziano, *Nadie vio Matrix*, Planeta, Buenos Aires, 2007.

2 Enrique Canudas, *Las venas de plata en la historia de México*, Utopía, México, 2005.

3 Colin Simpson, *Luz sobre el Lusitania*, Selecciones del Reader's Digest, 1964.

4 H. G. Wells, *Esquema de la historia universal*, Anaconda, Buenos Aires, 1946.

5 *Ibidem.*

6 En octubre de 2010, Alemania terminó de pagar la última cuota de setenta y cinco millones de euros (ciento dos millones de dólares), de la gran suma adeudada como consecuencia del Tratado de Versalles. Para poder hacer frente a esas obligaciones, la Alemania de la República de Weimar tuvo que acceder a una serie de créditos: primero, el préstamo Dawes en 1924 y, luego, el Plan Young en 1929 (que preveía pagos hasta 1988). Con la subida de Hitler al poder en 1933, se suspendieron todos los pagos. Después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos, Francia y el Reino Unido decidieron no condonar el pago, y la flamante República Federal Alemana se comprometió a asumir dicha deuda, que se saldó en 1983. Sin embargo, no se habían abonado los intereses acumulados entre 1945 y 1953 y durante ese mismo año, mediante el Tratado de Londres, se aplazó la liquidación de los intereses hasta que se reunificara Alemania. Y a partir de ese momento, los alemanes se comprometían a liquidar la deuda en cuotas a lo largo de veinte años. Con la reunificación del país en 1990, se reabrió ese plazo para terminar de liquidar los montos adeudados.

7 Peter Grose, *Continuing The Inquiry: The Council on Foreign Relations from 1921 to 1996*, Council on Foreign Relations Press, Vermont, 2006.

8 Adrián Salbuchi, *El cerebro del mundo*, Ediciones del Copista, Córdoba, Argentina, 1999.

9 H. G. Wells, *op. cit*. La Sociedad de las Naciones fue creada por el Tratado de Versalles (1919) y estuvo impulsada en sus orígenes por el presidente de los Estados Unidos, Thomas Woodrow Wilson. Sin embargo, el Congreso norteamericano no ratificó el tratado mencionado — que tenía como objetivo regular las relaciones internacionales después de la Primera Guerra Mundial— y, al oponerse los legisladores, los Estados Unidos se autoexcluyeron de dicha organización.

10 Adolf Hitler, *Mi lucha*, Ediciones Trasandinas, Santiago de Chile, 2001. Mediante la "Inmigration Restriction Act" (1924), el gobierno de los Estados Unidos prohibió el ingreso de inmigrantes con enfermedades hereditarias o contagiosas.

11 Dan Kevles, *In the Name of Eugenics: Genetics and the uses of human heredity*, Knopf, Nueva York, 1985.

12 El Plan Young fue un programa para resolver el problema de las reparaciones de guerra impuestas a Alemania, que sustituyó al Plan Dawes cuando fue evidente que los germanos no podrían cumplir con los pagos establecidos en este último.

13 Antony Sutton, *Wall Street and the Rise of Hitler*, 76 Press, California, 1976.

14 Carroll Quigley, *Tragedy and Hope: A History of the World in Our Time*, Macmillan Company, Nueva York, 1966.

15 Antony Sutton, *op. cit*.

16 Ian Kershaw, *Un amigo de Hitler*, Península, Barcelona, 2006.

17 H. G. Wells, *op. cit.*

18 Ian Kershaw, *Hitl*er *(1936-1945)*, Península, Barcelona, 2000. Durante el tiempo que duró esta polémica, Winston Churchill defendió a Eduardo VIII. En ese sentido, véase Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam Press, Londres, 1992.

19 Martin Allen, *El rey traidor*, Tusquets, Barcelona, 2001.

20 Agencia EFE, Reino Unido, 16 de junio de 2006.

1 Este acuerdo fue propiciado en 1928 por el secretario de Estado de los Estados Unidos, Frank Kellogg. Mediante ese convenio los firmantes se abstenían de hacer la guerra. Fue rubricado por sesenta y tres países, inclusive la Unión Soviética.

2 Desde principios del siglo pasado, Walker extraía petróleo de Bakú, una región rusa ubicada a orillas del mar Caspio, y le vendía el fluido a los soviéticos.

3 Walter Graziano, *Hitler ganó la guerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 2004.

4 Daniel Muchnik, *Negocio son los negocios. Los empresarios que financiaron el ascenso de Hitler al poder*, Norma, Buenos Aires, 1999.

5 Hermann Göring adhirió al nazismo en 1922 y, con el paso del tiempo, fue uno de los principales colaboradores de Hitler. Cuando los nazis alcanzaron el poder, se convirtió en primer ministro de Prusia y ministro del Aire del Reich (había sido aviador durante la Primera Guerra). Fue mariscal de campo y se lo consideraba el sucesor del Führer. En 1945, cuando caía Berlín, Hitler lo defenestró y luego lo detuvieron los Aliados. Fue condenado a muerte en Nüremberg pero se suicidó antes de la ejecución.

6 H. G. Wells, *Esquema de la historia universal*, Anaconda, Buenos Aires, 1946.

7 Walter Görlitz, *El oro y el poder*, Abril, Buenos Aires, 1975.

8 Abel Basti, *El exilio de Hitler*, Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

9 La Standard Oil fue fundada por John Rockefeller, el patriarca de ese clan.

10 Walter Graziano, *op. cit.*

11 Luego de la invasión alemana a Polonia en 1939, la Standard Oil se comprometió a mantener la fusión con IG Farben aun cuando los Estados Unidos ingresaran en la guerra.

12 En 1980, William Farish III fue nombrado por George Bush padre, cuando éste fue elegido vicepresidente de los Estados Unidos, como administrador de todos sus bienes.

13 “The International Jew” fue un conjunto de cuatro folletos, distribuidos por Ford a principios de 1920. En tanto, “The International Jew. The world’s foremost problem” se trató de una serie de artículos del magnate norteamericano publicados en el periódico *The Dearborn Independent*.

14 Max Wallace, *The A merican Axis. Henry Ford, Charles Lindbergh and the Rise of the Third Reich*, St. Martin's Press, Nueva York, 2004.

15 Daniel Muchnik, *op. cit*.

16 *Ibidem.*

17 En su libro *IBM y el Holocausto*, el escritor Edwin Black detalla la complicidad de esta empresa norteamericana con los nazis.

18 Mark Thomas, *Belching Out The Devil: Global Adventures with Coca-Cola*, Ebury Press, Londres, 2008.

19 Anthony Sampson, *The Sovereign State of ITT*, Stein & Day, Nueva York, 1973.

1 Theodor Herzl, *Der Kongress*, Welt, 1897. Reimpreso como *Theodor Herzl's Zionistische Schriften*, Jüdischer Verlag, Berlín, 1920.

2 Ingrid Weckert, *Reichskristallnacht*, Grabert, Tübingen, 1981. Theodor Herzl, *The Jewish State*, Herzl Press, Nueva York, 1970. Edwin Black, *The Transfer Agreement*, Macmillan, Nueva York, 1984.

3 Se trata de una carta del secretario de Relaciones Exteriores británico, Arthur James Balfour, dirigida al barón Lionel Walter Rothschild, líder de los judíos ingleses, para ser entregada a la Federación Sionista. El documento original se conserva en la Biblioteca Británica.

4 Adolf Hitler, *Mi lucha*, Ediciones Trasandinas, Santiago de Chile, 2001.

5 *Ibidem.*

6 Memorándum del 21 de junio de 1933, Federación Sionista Alemana. Lucy Dawidowicz, *A Holocaust Reader*, Behrman, Nueva York, 1976. Francis R. Nicosia, *The Third Reich and the Palestine Question*, Universidad de Texas, Austin, 1985.

7 Periódico *Jüdische Rundschau*, Berlín, 13 de junio de 1933.

8 Sobre el Acuerdo de Traslado, entre otras, se puede consultar las siguientes obras: Werner Feilchen feld, *Haavara-Transfer nach Palaestina*, Mohr/Siebeck, Tübingen, 1972; David Yisraeli, "The Third Reich and the Transfer Agreement", *Journal of Contemporary History*, Nº 2, Londres, 1971; "Ha'avara", *Encyclopaedia Judaica*, 1971; Francis Nicosia, *The Third Reich and the Palestine Question*, Universidad de Texas, Austin, 1985; Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Holmes and Meier, Nueva York, 1985.

9 Edwin Black, *op. cit*.

10 Lenni Brenner, *Zionism in the Age of the Dictators*, Lawrence Hill, Chicago, 1983; *The Journal of Modern History* (Chicago), vol. 64, Nº 3, septiembre de 1992.

11 Edwin Black, *op. cit*.

12 Norman Baynes (ed.), *Hitler's Speeches, 1922-1939*, vol. 1.

13 Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head*, Ballantine, Nueva York, 1971.

14 Memorándum de la Gestapo de Baviera, 18 de febrero de 1935.

15 Joachim Prinz, *Zionism under the Nazi Government*, Young Zionist, Londres, 1937.

16 Jacob Boas, “A nazi travels to Palestine”, *History Today*, Londres, 1980.

17 “Ein Nazi fährt nach Palästina”, artículo del periódico nazi *Der Angriff*, 9 de octubre de 1934.

18 Jacob Boas, *op. cit*.

19 *Das Schwarze Korps*, 15 de mayo de 1935.

20 Francis Nicosia, *op. cit*.

21 *Ibidem.*

22 Leni Brenner, *op. cit*. Véase Margaret Edelheim-Muehsam, “Reaction of the Jewish Press to the nazi Challenger”, Leo Baeck Institute, *Year Book*, vol. 5, 1960.

23 Francis Nicosia, *op. cit*.

24 Periódico *Der Angriff*, edición del 23 de diciembre de 1935.

25 Lenni Brenner, *op. cit*.

26 Francis Nicosia, *op. cit*. Karl A. Schleunes, *The Twisted Road to Auschwitz*, Urbana, Universidad de Illinois, 1970.

27 “Berlin”, *Encyclopaedia Judaica*, vol. 5, Nueva York y Jerusalén, 1971. Además, Lenni Brenner, *op. cit*.

28 Una gran diferencia del sistema económico del Tercer Reich, respecto de las potencias capitalistas, fue la prohibición del interés, con el objetivo de volcar la totalidad del capital en el sistema de producción. Dicha restricción no era un invención de Hitler, ya que hay antecedentes similares desde la Antigüedad. Por ejemplo, en la antigua Roma, mediante la "Lex Gemicia" del año 332 a.C., se les prohibió a los ciudadanos romanos tomar o dar préstamos con interés. En tanto, el papa León I, "El Grande", en el año 443 prohibió los intereses, una restricción que hasta entonces sólo había sido obligatoria para los clérigos. A partir de ese momento la medida — fundamentada en estrictas razones morales— fue incorporada a la ley canónica como una obligación también para los laicos.

29 Abraham Duker, “Diaspora”, *Jewish Frontier*, 1937.

30 “Baal is not God”, *Congress Bulletin*, 24 de junio de 1936.

31 Lucy Dawidowicz, *The War Against the Jews*, Bantam, Nueva York, 1976. Max Nussbaum, "Zionism Under Hitler", *Congress Weekly* (American Jewish Congress), 11 de septiembre de 1942.

32 Edwin Black, *op. cit*.

33 *Ibidem.*

34 Francis Nicosia, *op. cit*.

35 David Yisraeli, *The Palestine Problem in German Politics 18891945*, Bar-Ilan University, Israel, 1974.

36 Karl Schleunes, *op. cit*.

37 Ian Kershaw, *Hitler*. *1936-1945*, Península, Barcelona, 2000.

38 Werner Feilchenfeld, *op. cit*.

39 “Dr. Wise Urges Jews to Declare Selves as Such”, *New York Herald Tribune* , 13 de junio de 1938.

40 Francis Nicosia, *op. cit*.

41 Ian Kershaw, *op. cit*.

42 Diario *ABC*, 11 de diciembre de 2004.

43 Diario *ABC*, 11 de diciembre de 2004.

44 Ian Kershaw, *op. cit*.

45 Yitzhak Arad, *Documents on the Holocaust*, Yad Vashem Publications, 2001.

46 "The Secret Contacts, Klaus Polkhen", *Journal of Palestine Studies*, edición verano de 1976. David Yisraeli, *The Palestine Problem in German Politics 1889-1945, op. cit.*

47 Avishai Margalit, *The Violent Life of Yitzhak Shamir*, Review of Books, Nueva York, 1992. Lenni Brenner, *op. cit*.

48 Lenni Brenner, *op. cit*.

49 Edwin Black, *op. cit*.

50 *Documentos de Nüremberg*, Tribunal Militar Internacional, 3358-PS Pruebas de los principales criminales de Guerra, vol. 32, Nüremberg, 1947-1949.

51 Werner Feilchenfeld, *op. cit.* "Haavara", *Encyclopaedia Judaica*, Nueva York y Jerusalén, 1971.

52 Edwin Black, *op. cit*.

53 Werner Feilchenfeld, *op. cit*. Ingrid Weckert, *Feuerzeichen*, Grabert, Tübingen, 1981.

54 Byrn Mark Rigg, *La tragedia de los soldados judíos de Hitler*, Inédita Editores, Barcelona, 2008.

55 “Hubo judíos en el ejército de Hitler”, *Página/12*, 4 de diciembre de 1996.

56 *Ibidem.*

57 *El País*, 3 de diciembre de 1996.

58 *Página/12*, 4 de diciembre de 1996.

59 Paradójicamente, varios historiadores han sugerido que Hitler tenía ascendencia judía, ya que su padre Alois habría sido hijo ilegítimo de una relación entre María Schickelgruber y Frankenberger, un muchacho hebreo de diecinueve años. Un análisis de ADN realizado a parientes de Hitler demostró que tienen un cromosoma poco frecuente en Europa occidental y que sí se encuentra fácilmente en los habitantes africanos de Marruecos, Argelia y Túnez, así como en los judíos. Esto demostraría que la ascendencia de Hitler estaba relacionada con algunos de estos pueblos que no eran arios. (*The Daily Telegraph*, 24 de agosto de 2010.)

60 Walter Görlitz, *El oro y el poder,* Abril, Buenos Aires, 1975. Stinnes también tenía una flota de barcos, cuya nave principal se llamaba *General Belgrano,* barco que unía el puerto de Hamburgo con el de Buenos Aires.

61 *Ibidem.*

1 Simon Wiesenthal, *Los asesinos entre nosotros*, Moguer, Barcelona, 1967.

2 En 1925, Alemania había firmado los Acuerdos de Locarno —tendientes a garantizar la paz en Europa— y un año después esa nación pudo formar parte de la Sociedad de las Naciones, organización de la cual estaba excluida.

3 Walter Görlitz, *El oro y el poder*, Abril, Buenos Aires, 1975.

4 *Ibidem.*

5 Los tratados de asistencia recíproca firmados por Polonia con Francia y con Gran Bretaña preveían brindar ayuda al primer país en caso de ser invadido desde Occidente — tal como ocurrió con las fuerzas nazis— pero no desde Oriente, desde donde se perpetró la incursión de los soviéticos. Al final de la Segunda Guerra, Moscú acordaría con los aliados occidentales que Polonia, junto con otras naciones de Europa, quedaría bajo órbita comunista.

6 Revista *Libertad Digital*, artículo de César Vidal, 20 de abril de 2004.

7 *Pravda*, 8 de mayo de 1991.

8 Víctor Litovkin es especialista en asuntos militares, colaborador de la *Revista Militar Rusa*.

9 Reportaje del historiador ruso Valentín Falin a Litovkin, editado por la agencia de noticias rusa Ria Novosti, 30 de marzo de 2005.

10 Winston Churchill, *La Segunda Guerra Mundial*, Peuser, Buenos Aires, 1957.

11 Juan Salinas y Carlos Di Napoli, *Ultramar Sur*, Norma, Buenos Aires, 2002.

12 Como contracara, antes de que empezara la invasión nazi, la Unión Soviética se había anexionado la parte oriental de Polonia, Estonia, Lituania, Letonia y había conseguido concesiones territoriales de Finlandia.

13 Philippe Aziz, *Los criminales de guerra*, Dopesa, Barcelona, 1975.

14 En febrero de 1997, el Centro Simon Wiesenthal pidió formalmente al gobierno que se investigaran los movimientos bancarios y las transferencias, de Alemania y Suiza a la Argentina, realizadas por más de trescientos jerarcas, empresarios e industriales del régimen nazi. En el listado figuraban los nombres de Adolf Hitler y Eva Braun. (Diario *La Nación*, 19 de febrero de 1997.)

15 Informe Ew-Pa 128 del Servicio de Inteligencia Militar de los Estados Unidos. Apéndice N° 1 al N° 19.489 de envío, 27 de noviembre de 1944, de la embajada de los Estados Unidos en Londres.

16 Informe Ew-Pa 128 del Servicio de Inteligencia Militar de los Estados Unidos.

17 Simon Wiesenthal, *op. cit*.

18 *Ibidem*. El nombre Odessa (del alemán: Organisation der Ehemaligen SS-Angehörigen) significa Organización de Antiguos Miembros de las SS. Se trata de la denominación dada a una supuesta red de colaboración, desarrollada por los nazis, para ayudar a camaradas de las SS en el exilio.

19 Abel Basti, *El exilio de Hitler*, Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

1 Cornelius Ryan, *La última batalla*, Destino, Barcelona, 1966.

2 Cornelius Ryan, *op. cit.*

3 Informe del general B. R. Legge, agregado militar de los Estados Unidos en Suiza, a Inteligencia Militar, CID Nº 123156/IG 4812, 28 de marzo de 1945. Un día antes, la Argentina le había declarado la guerra al Eje.

4 Posiblemente hay un error de tipeo en la carta, ya que la descripción de los submarinos correspondería al modelo XXI y no XXV.

5 FBI. Informe del general Ladd a John Edgar Hoover, Buenos Aires, 4 de septiembre de 1944.

6 Douglas Gregory, *Gestapo Chief. The interrogation of Heinrich Müller*, James Bender Publishing, San José, California, 1995.

7 Reportaje del autor a Habel, diario *La Mañana del Sur*, 18 de julio de 1999.

8 *Ibidem.*

9 Douglas Gregory, *op. cit*.

10 *Ibidem.*

11 Reportaje del autor, 18 de mayo de 2010.

12 Abel Basti, *Bariloche nazi*, edición del autor, S. C. de Bariloche, 2003.

13 James Byrnes, *Speaking Frankly*, Harper & Brothers Publishers, Nueva York, 1947.

14 Abel Basti, *Hitler en Argentina*, edición del autor, S. C. de Bariloche, 2006.

15 Robert Sherwood, *Roosevelt y Hopkins. Una historia íntima*, José Janés, Barcelona, 1950.

16 *Ibidem.*

17 Frederic Sondern (Junior), *Los últimos días de Hitler. Secretos de la Segunda Guerra Mundial*, Selecciones del Reader's Digest, México, 1977.

18 La tripulación del U-1277 fue internada en el “Castelo de São José da Foz do Douro”, en Oporto, y posteriormente entregada a los ingleses. Los marineros estuvieron dos años presos como “combatientes enemigos desarmados”. Pero el capitán Stever permaneció cautivo al menos un año más, ya que un tribunal inglés lo condenó por haber hundido el submarino.

19 Agencia United Press, Berlín, 9 de junio de 1945.

20 Pujol fue un agente que trabajó para el servicio secreto francés (Deuxième Bureau).

21 Abel Basti, *Bariloche nazi*.

1 Albert Einstein había sido Premio Nobel de Física en 1921 pero emigró de su patria, Alemania, a los Estados Unidos once años después, cuando el nazismo comenzaba a alcanzar el poder.

2 Felipe Botaya, *Operación Hagen*, Nowtilus, Madrid, 2005.

3 Fritz Hahn, *Waffen und Geheimwaffen des deutschen Heeres. 19331945* , Monch (Bernard & Graefe Verslag GmbH & Co. KG), Berlín, 1998.

4 Revista *Defensa*, artículo de Luigi Romersa, agosto-septiembre de 1984, Madrid.

5 Rainer Karlsch, *Hit ler's Bombe*, Deutsche Verlags-Anstalt, Munich, 2005.

6 Igor Witkowski, *Prawda o Wunderwaffe*, Wydawca: WIS-2, Varsovia, 2007.

7 Tras la guerra, von Ardenne colaboró con el programa nuclear soviético dentro de la empresa ruso-germano-oriental Wismut, en Turingia. Luego cumplió funciones en un instituto dedicado a la separación industrial de isótopos (Suchumi) en la Unión Soviética.

8 Diario *Página/12*, 8 de septiembre, 2007.

9 Abel Basti, *El exilio de Hitler*, Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

10 Carter Hydrick, *Critical Mass*, 2ª edición, Whitehurst & Company, Nueva York, 2004.

11 La Conferencia de Potsdam duró desde el 17 de julio hasta el 2 de agosto de 1945. Allí se decidió la división de Alemania en cuatro zonas administradas por los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Rusia, con la dirección de un Consejo de Control conformado por esos cuatro Estados, hasta que se creara un nuevo gobierno alemán estable. Muchos de los acuerdos alcanzados en Potsdam luego se incumplieron debido a las tensiones crecientes entre el bloque occidental y la Unión Soviética.

12 Agencia AP, Washington, 8 de agosto de 1945.

13 Agencia Reuter, Nueva York, 8 de agosto de 1945.

14 En Japón se constataron unos cuatrocientos mil “hibakusha”, denominación dada a las personas que padecen los efectos de la radiactividad como consecuencia de aquellos dos ataques fatídicos.

15 Charles W. Kegley y Eugene R. Wittkopf, *American Foreign Policy: Pattern and Process*, St. Martin's Press, Nueva York, 1991.

16 Adrián Salbuchi, *El cerebro del mundo*, Ediciones del Copista, Córdoba, Argentina, 1999.

17 Winston Churchill, *Memorias*, Orbis, Barcelona, 1989.

18 Agencia Reuters, Moscú, 6 de noviembre de 1945. Informe anual al Presidium Supremo, con motivo de conmemorarse el 28º aniversario de la revolución rusa, 1945.

19 Agencia AP, Londres, 7 de noviembre de 1945.

20 Cornelyus Ryan, *La última batalla*, Destino, Barcelona, 1966.

1 Investigación inédita del autor, véase el último capítulo de este libro.

2 Este plan ha sido detallado también en Abel Basti, *El exilio de Hitler*, Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

3 En el diseño de la acción *Viking* trabajaron Philip Bouhler, jefe del despacho privado de Hitler, el SS Standartenführer doctor Constantino Canaris, sobrino del almirante homónimo, el SS Gruppenführer doctor Gerhard Klopfer, y Karl Hanke, Gauleiter de Niederschlesien.

4 Resulta significativo que esta operación se denominara *Eich hörnchen* (cuyo significado es “ardillita”), precisamente, un diminutivo de la palabra *Eichhorn* (“ardilla”), el apellido del principal financista de Hitler en la Argentina, dueño del Hotel Edén en la provincia de Córdoba.

5 Sobre este tema, véase Tarpley, Webster G. y Chaitkin, Anton, *George Bush. The unauthorized biography*, Executive Intelligence Review, Washington, 1991.

6 Arthur Lepic, “Los manuales de tortura del ejército de los Estados Unidos”, voltairenet.org, 2004.

7 Timothy Naftaly y Norman Goda son autores del libro *La inteligencia de Estados Unidos y los nazis* (Cambridge University Press, Nueva York, 2005), resultado del análisis de doscientos cuarenta mil documentos de los agentes del FBI, cuatrocientos diecinueve de la CIA y cerca de tres mil páginas del ejército estadounidense.

8 Karl Hass fue detenido y juzgado en 1998, junto al capitán de las SS Erich Priebke, por la Matanza de las Fosas Ardeatinas. Ambos fueron condenados a prisión perpetua por un tribunal militar italiano.

9 Agencia ANSA, Berlín, 19 de enero de 1997.

10 Silvano Santander, *Técnica de una traición*, Antygua, Buenos Aires, 1955.

11 Abel Basti, *El exilio de Hitler*, *op. cit*.

12 Gregory Douglas, *Gestapo Chief. The 1948 Interrogation of Heinrich Müller*, James Bender Publishing, San José, California, 1995.

13 *Los Angeles Times*, 2001. Entrevista de Henry Weinstein.

14 Christopher Simpson, *Blowback: America's recruitment of nazis and its effects on the Cold War*, Weidenfeld & Nicolson, Nueva York, 1988. Véase Webster G. Tarpley y Anton Chatkin, *La familia Bush y la Alemania nazi* (Executive Intelligence Review, Washington, 1991), libro que describe puntualmente el ingreso de nazis en los Estados Unidos.

15 Russ Bellant, *Old Nazis, the New Right and the Reagan Administration*, Political Research Associates, Cambridge, 1989; www.skepticfiles.org.

16 John Loftus y Mark Aarons, *The Secret War Against the Jews* , St. Martina Griffin, Nueva York, 1997. En 1972, George Bush padre, en su calidad de titular del Concejo Nacional de los Republicanos, nombró a Pasztor como presidente del Concejo Republicano de Nacionalidades.

17 *The New York Times*, 13 de noviembre de 2010.

18 Carla Binion, “Nazis and the Republican Party”, *Online Journal*, 28 de enero de 2000.

19 *Ibidem*, 21 de diciembre de 2000.

20 Webster G. Tarpley y Anton Chaitkin, *op. cit*.

21 *El Mundo*, 9 de enero de 2011.

22 *Ibidem*. Eichmann fue capturado el 13 de mayo de 1960 por agentes israelíes en la Argentina y trasladado a Jerusalén, donde fue juzgado, condenado a muerte y ejecutado.

23 La División de Actividades Especiales era un organismo de espionaje israelí en el exterior, predecesor del Mossad.

24 Sarga Elam y Denis Waith, “Nuestro hombre en Damasco”, periódico *Haaretz*, 31 de marzo de 2007.

25 Según una investigación de la ex empleada del Mossad Rut Kimche, en plena guerra de independencia, en julio de 1948, Cross fue enviado para asesinar a algunos miembros de Fatah en Egipto con la ayuda de un grupo de judíos. En el último momento se canceló esta operación. Cross volvió a Egipto en septiembre, pero otra vez se desistió de este plan, probablemente porque se enredó en un episodio amoroso con la princesa egipcia Amina Nur el Din y, por esa causa, tuvo que abandonar el país. Al referirse al caso, Kimche dice que “toda esta situación recuerda un asunto vergonzoso de los años cincuenta” ya que “el plan del 48 no pudo llevarse a cabo, al parecer, gracias a la princesa egipcia”.

26 Sarga Elam y Denis Waith, *op. cit*.

27 Abel Basti, *Hitler en Argentina*, edición del autor, S. C. de Bariloche, 2006.

1 Ronald Newton es autor del libro *El cuarto lado del triángulo* (Sudamericana, Buenos Aires, 1995), en el que describe la influencia nazi en la Argentina.

2 Nahuel Coca, “Resurge el misterio de los submarinos alemanes”, *Crítica*, 14 de septiembre de 2009.

3 Capitán Luis de la Sierra, *Corsarios alemanes durante la Segunda Guerra Mundial*, Juventud, España, 2000.

4 El radiotelegrafista Dettelman, ficha de internación Nº 37-493, escapó de Santa Fe en 1941. El cabo Schulz, ficha de internación Nº 751, huyó de Córdoba en 1940, pero ese mismo año fue detenido e internado en la isla Martín García. Finalmente, volvió a escapar en 1941 y fue recapturado. A partir de 1943 comenzó a trabajar en Buenos Aires para la firma alemana AEG. De la recepción de ese submarino participó también el marinero Willi Brennecke, ficha de internación Nº 41-740, quien en Buenos Aires, en 1941, se evadió de la internación. Este hombre no volvió a aparecer.

5 Silvano Santander, *Técnica de una traición*, Antygua, Buenos Aires, 1955.

6 Abel Basti, *Hitler en Argentina*, edición del autor, S. C. de Bariloche, 2006.

7 En 2010, Lidia Papaleo de Graiver dijo que el motivo por el que fue secuestrada y torturada por un “grupo de tareas” a las órdenes del general Ramón Camps, jefe de la Policía de Buenos Aires, se debió a que sus captores querían obligarla a declarar que el presidente Juan Perón le había entregado al empresario José Ber Gelbard — que fuera ministro de Economía durante la tercera presidencia de Perón, en 1973— un cargamento de lingotes de oro “que habían llegado desde Alemania con los submarinos alemanes a Mar del Plata”. La viuda de David Graiver fue secuestrada el 14 de marzo de 1977, durante la dictadura militar encabezada por el dictador Jorge Rafael Videla que había tomado el poder un año antes. También fueron secuestrados sus suegros, así como colaboradores y familiares de David Graiver, su fallecido esposo. “Fui la persona que más torturaron del grupo... querían que yo dijera sí o sí que Perón le había entregado a Gelbard (que había sido socio de David Graiver) una cantidad de lingotes de oro que habían dejado los nazis, en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, con la aparición de submarinos alemanes en la costa de Mar del Plata”, aseguró. (*Tiempo Argentino*, 29 de agosto de 2010.)

8 Documental *Un hombre a la sombra del Führer,* Set Productions asociado a Spiegel TV y RAI-FORMAT, 1998.

9 Informe al doctor Antonio Campos Alum, Dirección General de Asuntos Extranjeros, Ministerio del Interior (Paraguay), 29 de agosto de 1961.

10 Gerald Posner y John Ware, *Mengele*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.

11 Este informe fue firmado, y remitido a sus superiores, por el citado Prokopchuk, el 24 de agosto de 1961. Casi un mes después, el 23 de septiembre, Prokopchuk fue acribillado a balazos por el croata Batric Kontic. Una acusación de complicidad en el hecho recayó contra Juan Erasmo Candia, jefe de Investigaciones de la policía de Paraguay.

12 Gitta Sereny, *El trauma alemán*, Península, Barcelona, 2005.

13 *La Mañana del Sur*, 6 de septiembre de 1996.

14 Pericia criminalística realizada en 1996 por el licenciado Enrique Prueger en Neuquén.

15 Gregorio Topolevsky (1907-1986) fue médico y político que militó en la Unión Cívica Radical del Pueblo. Fue designado embajador argentino en Israel, entre 1955 y 1958, y en los años sesenta se desempeñó como funcionario nacional, durante la presidencia de Arturo Illia. Fue titular de varias organizaciones judías locales, como el Instituto Cultural Argentino Israelí.

16 Reportaje grabado de Avirán en los archivos del autor.

17 Grabación de la entrevista en los archivos del autor. El reportaje fue realizado en Buenos Aires en 2009, y participó el periodista Nahuel Coca.

18 Abel Basti, *Bariloche nazi*, edición del autor, S. C. de Bariloche, 2003.

19 En 1961 la policía paraguaya facilitó a Bormann la cédula de identidad Nº 27399, con el nombre de Agustín von Lembach, lo que confirma los dichos de van Aerschodt. Abel Basti y Jan van Helsing, *Hitler überlebte in Argentinien*, Amadeus Verlag, Berlín, 2011.

20 En mayo de 1945, cuando finalmente Alemania se rindió, el gobierno argentino creó la *Junta de vigilancia y disposición final de la propiedad enemiga*, encargada de investigar y confiscar los capitales alemanes, japoneses e italianos (así como los originarios de otras naciones que formaron parte del Eje) radicados en el país. La mayor parte de las empresas incautadas posteriormente pasó a manos de la Dirección Nacional de Industrias del Estado (Dinie) y fue nacionalizada. En 1951, la Argentina y la República Federal de Alemania reiniciaron los vínculos diplomáticos y comenzaron las negociaciones para la restitución de los bienes expropiados. Dos años después comenzó la devolución parcial de la propiedad "enemiga", que incluía edificios de asociaciones civiles, clubes y colegios. También se comenzaron a restituir, en forma progresiva y muy lentamente a juicio de los germanos, los derechos sobre marcas y patentes así como valores bancarios. Al momento de la Revolución Libertadora — que derrocó a Perón en 1955—, gran parte de esos bienes, confiscados diez años antes, no habían sido devueltos a pesar de los permanentes reclamos de los alemanes.

21 Abel Basti, *El exilio de Hitler*, Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

22 FBI. Archivo Nº 65-53615, “Adolf Hitler”.

23 *Ibidem.*

24 Copias de esas cartas, y otras pruebas de esta relación, han sido publicadas en *Hitler en Argentina*, del autor.

25 Copia de la carta del general Seydlitz fue publicada en *Hitler en Argentina*, del autor.

26 Abel Basti, *El exilio de Hitler*, *op. cit*.

27 *Tal cual*, 4 de febrero de 1981.

28 Ladislao Szabó, *Hitler está vivo*, Tábano-Verlag, Buenos Aires, 1947.

29 Agencia Reuters, Nüremberg, 31 de diciembre de 1945.

30 Entrevista del autor, julio de 2000. Véase *Hitler en Argentina*.

31 *Hitler de los Andes*, Discovery Channel.

32 *Ámbito Financero*, 12 de noviembre de 1999.

33 Agencia Noticias Argentinas, 25 de julio de 1999.

1 Film *Al sur de la frontera*, Oliver Stone.

2 Eisuke Sakakibara, *Foreign Affairs*, vol. 74, Nº 5, septiembre de 1995.

3 Adrián Salbuchi, *El cerebro del mundo*, Ediciones del Copista, Córdoba, Argentina, 1999.

4 Associated Press, 26 de julio de 1972.

5 Walter Graziano, *Nadie vio Matrix*, Planeta, Buenos Aires, 2007.

6 *The New York Times*, 2 de septiembre de 2010.

7 El presunto asesinato de Bin Laden, cometido por fuerzas norteamericanas especiales en 2011, genera varias preguntas que no han tenido respuestas, en particular porque —al igual que lo sucedido con Hitler— no se pudo ver su cadáver.

8 Philip Herr, "From Empire to Commonwealth", *Foreign Affairs*, Nº 2, diciembre de 1922.

9 *The Telegraph*, 19 de noviembre de 2010.

10 Erwin Oppenheimer, *Prisioneros del mundo atómico*, Vergara, Barcelona, 1956.

11 *Time Magazine*, 28 de mayo de 1945. Artículo periodístico basado en la declaración de un guardaespaldas de Hitler interrogado por los soviéticos.

12 Erwin Oppenheimer, *op. cit*.

13 *Ibidem.*

Basti, Abel
Los secretos de Hitler - 1a ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2011.
(Investigación periodística)
EBook.

ISBN 978-950-07-3716-6

1. Investigación Periodística. I. Título
CDD 070.44.

Edición en formato digital: octubre de 2011
© 2011, Random House Mondadori S.A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-3716-6

Conversión a formato digital: Newcomlab S.L.

www.megustaleer.com.ar

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:
Humberto Primo 555, BUENOS AIRES
Teléfono: 5235-4400
E-mail: info@rhm.com.ar
www.megustaleer.com.ar